UN SEGUNDO EN LA ETERNIDAD

Dr. Frederick L. Beynon

Héctor Pérez Rojas Marzo 2000.

EDITORIAL ANTALBE
Gran Vía, 800 Barcelona

Escaneado con CamScanner

Versión:
P. J. Peyrona
© Editorial Antalbe 1981
I.B.S.N. 84-85-155-77-7
Depósito Legal: B. 24.318 - 1981
Printed in Spain
Impreso en España

Gráficas BISANI Mora la Nueva, 11 Barcelona 23

DEDICATORIA

A todos aquellos que han aniquilado gran parte de nuestras facultades mentales, obligándonos a poner la vida a disposición del sentido de las agujas de un reloj, les ofrezco este trabajo como símbolo de mi perdón.

Y, también, a quienes piensan como Louis Pauwels, que "hay tiempo para todo; tiempo incluso para que los tiempos se reúnan", les dedico el esfuerzo plasmado en este libro. Pero a éstos como símbolo de mi solidaridad.

FREDERICK L. BEYNON

Escaneado con CamScanner

PREÁMBULO

Decirle al lector interesado por los temas que aparecen en este trabajo que estamos en un mundo de locos es, a mi juicio, gratuito e inútil por sabido. Asegurarle que todos los mecanismos sociales del mundo occidental tienden a que el hombre viva el presente, pero condicionándolo a que lo mantenga porque es lo mejor para él, cae en el campo de los axiomas. Insistirle en que el ser humano ha sido convertido en una máquina de producir y consumir, y que sus metas han sido dirigidas por los grupos dominantes hacia logros única y exclusivamente económicos, sería reiterativo por demostrado.

Vivimos, vengo diciéndolo desde hace quince años, en una explotación del hombre por el hombre que, además, soportamos sin demasiadas protestas porque, hábilmente, se nos ha hecho creer que, de rebelarnos contra lo establecido, perderíamos cuanto poseemos y que eso sería gravísimo para nosotros.

Es, claro, un error creerlo y una mezquindad incalificable imponernos tal creencia. Pero como así está montado el laberinto occidental de hoy, no queda más remedio que utilizar los mínimos resquicios de libertad que todavía quedan, para gritar (aunque sea en el desierto) que todo es una farsa. Que todo es una mentira de brutales dimensiones, tendente a mantener a los mismos (¡siempre a los mismos!) en la cúspide del poder.

Mas, como el miedo está tan arraigado, el hombre normal ni siquiera se atreve a pensar sobre su situación objetiva. Hagan la prueba: hablen con ese vecino de profesión ejecutivo; pregúntenle qué le parece la vida y le dirá que un asco; incítenle a dejar su trabajo, y les contestará que es imposible: ¿qué haría con las letras pendientes de pago, con el apartamento en el campo o con el

Escaneado con CamScanner

coche que conduce? Pierde la vida, sí; pero tiene tanto temor a quedarse sin sus cuatro utensilios consumistas, que no le afecta.

No extrañará, pues, que la humanidad haya llegado a un punto en el que el pasado no importa, si no es para recordar los propios esfuerzos, los padecimientos sufridos, y procurar no repetirlos; en el que el presente lo es todo; y en el que el futuro sólo se tiene en consideración para actuar de cara a mantener lo que se posee o, en todo caso, intentar aumentarlo. Nada más interesa: el pasado, pasado está; el futuro se dirige desde el presente para que nada cambie... a no ser para "mejorar". Somos incapaces de pensar en el mañana en sí mismo, ya que debido a esa deformación de miedo que nos han creado, ese mañana lo ponemos siempre en relación a lo que disponemos hoy: el trabajo, los plazos, los hijos, la *seguridad*, como decía, de que mañana tendremos, por lo menos, lo mismo que hoy.

El *tiempo* ha dejado de ser *tiempo*, para convertirse en *medida*, igual que el hombre ha dejado de serlo para transformarse en trabajador. Nadie es capaz de prever nada, porque todos tendemos a conservar lo que tenemos. En definitiva, que no contentos con destrozar el presente, estamos mediatizando el futuro para que sea como los de arriba quieren que sea.

Un desastre.

Ahora bien, ¿por qué no permitir que la imaginación vuele un poco? ¿Por qué no plantearnos las situaciones que vivimos fuera del tiempo que conocemos o, tal vez, en otro tipo de tiempo? Yo he procurado hacerlo y me he encontrado con una sorpresa francamente inquietante, no sé si por lo agradable o por lo penoso: resulta que alterando el tiempo, viviríamos las mismas cosas que vivimos, aunque con la diferencia fundamental de que las entenderíamos perfectamente y que, por tanto, seríamos capaces de alterarlas si nos conviniera. Créame el lector: es un ejercicio vivificante.

Recuerdo en mi época de estudiante de enseñanza media, los esfuerzos que tuve que realizar para entender las complicadas teorías sobre el tiempo que filósofos de la talla de Aristóteles, Kant, Bergson y otros, habían enunciado. No sé por qué, siempre llegaba a la conclusión de que hablaban de tiempos diferentes. ¿Por qué, pues, no tomar uno de esos tiempos distintos y aplicarlo a la realidad actual que todos conocemos? ¿Por qué

no romper, aunque sólo sea por una vez, con la monotonía de la dirección impuesta por los de siempre, y pensar por nuestra cuenta?

No es un juego vanal, lector amigo.

Dicen que la realidad siempre supera a la imaginación; que es más completa y agradable, pero que nosotros únicamente vivimos una parte de esa realidad y por eso lo que imaginamos nos parece más conveniente. Pero también aseguran que el hombre no puede "inventar" nada; que sólo está capacitado para descubrir ciertas cosas, mezclando conceptos aislados que ya conoce y combinándolos de manera distinta a la que le han enseñado. Así se ha llegado a la actual sociedad tecnológica: variando la unión de los conocimientos que ya poseíamos.

¿Por qué, pues, no alterar el tiempo manteniendo el espacio que conocemos? Tal vez, esa nueva combinación nos ofrecería soluciones a algunos de los problemas que acucian a la raza humana.

Y, en todo caso, por el simple hecho de romper con una barrera que nos ha sido impuesta, la del presente y futuro dirigidos, será una experiencia reconfortante.

A mi juicio, extraordinariamente reconfortante.

Escaneado con CamScanner

Primera parte

PERSONAS

"La raza de los químicos ha edificado toda una filosofía fantástica, partiendo de algunas experiencias en el hornillo."

FRANCIS BACON

"Probablemente posea la materia mil propiedades más que desconocemos."

VOLTAIRE

Escaneado con CamScanner

Capítulo primero

Berna, 5 de enero del año 2103.

En su despacho de la Administración Ejecutiva de Justicia, el presidente de la Primera Sala de Audiencias de la capital depositó sobre la mesa de trabajo unos documentos y, muy cuidadosamente, recostó su espalda contra el respaldo del sillón giratorio que ocupaba. Sin dejar de mirarlos, encendió maquinalmente un cigarrillo y, tras lanzar al aire la primera bocanada de humo, meditó:

"Es inaudito... Gloriosamente inaudito... ¿Por qué será así? ¿Qué misteriosas deformaciones congénitas le obligarán a actuar de semejante modo? ¿O no padecerá ninguna enfermedad?"

Reflexionó un momento sobre esta última posibilidad y se dijo:

"No... Imposible... El investigador médico central no ha descubierto en ellos ninguna anomalía, pero debe ser porque se trata de alguna dolencia nueva... ¡Es tan absurdo pensar que actúa de manera tan poco social, estando completamente sano!"

Sin darse cuenta, apagó el recién comenzado cigarrillo en un cenicero metálico y, cruzando las manos sobre sus antebrazos, intentó rememorar nuevamente el caso que, veinticuatro horas después, se vería obligado a... ¿a qué? ¿A presenciar? ¿A dirigir? ¿A controlar? ¿A escuchar? ¿A arbitrar? Porque lo que sí era cierto es que él, como juez, y al igual que todos sus compañeros, presidían una sala de justicia, pero *no juzgaban.*

"Ya se sabe —meditó—. Los tiempos han cambiado y nuestro papel en la Administración Ejecutiva de Justicia, también..."

Pero no era éste un tema sobre el que le agradara

Escaneado con CamScanner

profundizar, por lo que regresó al punto que, en aquellos instantes, más le preocupaba: el "caso Glaris".

No terminaba de entender a ese tipo de hombres. Para Birger Hamrin, presidente de la Primera Sala de Audiencia de la capital, seres como el acusado Rudolf Glaris pertenecían (o deberían pertenecer) a una raza distinta de hombres.

¿Cómo definirlos?

Varias veces a lo largo del proceso que se había incoado a Glaris, intentó encontrar un calificativo que definiera, aunque fuera aproximadamente, al acusado. No lo había conseguido. Manejó, verdaderamente, algunas posibilidades... Pero todas se revelaban inexactas en cuanto se profundizaba un poco en ellas.

Primero pretendió encasillarlo con una etiqueta que por sí misma entraba casi de lleno en el campo del delito: *idealista*. Pero no... no podía decir que Rudolf Glaris fuera precisamente eso... Además, ¿por qué iba a serlo?

En su tiempo de estudiante superior había sido aleccionado sobre lo que, decenios atrás, fue el idealismo y sobre algunas de sus más extendidas manifestaciones sociales: comunismo, socialismo, cristianismo y otras sectas más que sus maestros reunieron bajo el epígrafe general de "Fraternidades Universalistas".

Todas fueron desapareciendo sin violencias de ningún tipo. O, cuanto menos, la inmensa mayoría de semejantes organizaciones habían pasado al ostracismo a causa, fundamentalmente, de su inutilidad. En efecto, si socialistas y comunistas propugnaban en sus tiempos un reparto generalizado de las riquezas del planeta, casi podría decirse que, por caminos distintos a tan caducas doctrinas, la humanidad había alcanzado esos objetivos...

"Sí... —meditó el juez Hamrin—. Los textos universitarios decían bien claramente que ambas facciones políticas deseaban un reparto equitativo de los bienes terrenos. Y eso, a mi juicio, se ha logrado. La gente trabaja de acuerdo con sus posibilidades y recibe las compensaciones que necesita para mantener una vida digna... sin traumas ni envidias..."

Con una sonrisa de satisfacción, se expuso mentalmente los logros del sistema... *de su sistema*... y se sintió contento. Moderada, aunque justamente contento.

El mecanismo ideado era bien simple. Los niños crecían libremente hasta los seis años, repartiendo su tiempo entre la familia y otros críos de su edad. Cuando los padres acudían a su trabajo, dejaban a los hijos en unos centros estatales y allí alternaban durante las cuatro horas de labor que, tres días a la semana, empleaban los mayores en beneficio del Estado. Llegada esa edad, los niños eran sometidos a un exhaustivo test que la computadora general se encargaba de evaluar. De esta evaluación, salía la tendencia principal del crío y sus cualidades más potenciables. Un nuevo proceso de estos datos, señalaban el trabajo al que, de mayor, debería dedicarse.

Si su labor se enmarcaba en los términos de la intelectualidad, inmediatamente comenzaba su educación en ese sentido; lo mismo ocurría si las tendencias señalaban la agricultura, minería, ganadería, o el comercio, la industria o la enseñanza. Los de la última escala, que debían dedicarse a trabajos manuales, seguían su plácida vida de no hacer nada hasta los dieciocho años. A esa edad, se les encomendaba una función (barrendero, regador, limpiador, etc.) y se les daba el mando de un robot: la función del hombre consistía, simplemente, en programar el ingenio para que realizara el trabajo y desconectarlo cuando lo hubiera cumplido. Eso era todo.

Los demás, tenían una vida de características diferentes, si bien mantenían el mismo sistema cartesiano que los más humildes trabajadores. Así, el agricultor disponía de una terminal de la computadora general, que le indicaba qué debía sembrar o plantar, cuándo recoger le cosecha y a qué lugar enviarla. Estas órdenes, las trasladaba a sus obreros manuales, quienes, tras programar sus robots, las cumplían en el plazo establecido.

Los intelectuales estaban divididos en dos grandes grupos: los llamados *docentes* y los *creadores*. Los primeros se dedicaban a la enseñanza de quienes habían sido seleccionados para ello y utilizaban, cómo no, las indicaciones de la computadora general, que les entregaba el programa didáctico por períodos de seis meses. Concluidos éstos, se realizaba una especie de examen que evaluaba la propia computadora: los aptos continuaban con sus estudios; los no aptos, sufrían un nuevo test, similar al que habían realizado a los seis años, del que podían extraerse dos conclusiones: si la computadora se reafirmaba en lo dicho durante el primer sondeo, repetía curso de nuevo; en caso contrario, el alumno era de-

Escaneado con CamScanner

finitivamente rechazado y dedicado a otras funciones acordes a los resultados del nuevo test. Si el alumno repescado volvía a suspender en el período siguiente, era dedicado sin mayores contemplaciones a las labores manuales.

Los intelectuales creadores disponían de despachos individuales, en los que se dedicaban a trabajos de redacción o investigación científica, según su especialidad. Todos sus escritos o descubrimientos eran introducidos en la computadora general que, inmediatamente, daba su veredicto: si la obra no contradecía al sistema, pasaba a engrosar el cerebro electrónico y se distribuía por toda la nación a través de los medios usuales (telecine, biblioteca filmada, etc.). Si la computadora rechazaba un texto o un invento, no lo hacía jamás parcialmente, sino en su totalidad. Entonces, el creador o investigador era examinado por un grupo de colegas, quienes, invariablemente, descubrían su desviacionismo. Tras la pertinente autocrítica, el intelectual destruía su obra y era readmitido en la élite pensante del país... hasta que se producía el tercer desvío. Si tal cosa ocurría, el hombre era destinado sin nuevo juicio a labores manuales.

Se había conseguido de esta forma un equilibrio realmente espectacular. El dinero no existía: cada cual disponía de lo que necesitaba y en el momento en que lo precisaba, porque todo era de todos y todos intervenían directamente en su control y distribución. ¿A qué, pues, tildar a nadie de idealista si la situación social ideal de un siglo antes ya se había conseguido?

El juez Hamrin coincidió una vez más en que no era ése el calificativo que podría definir al procesado Rudolf Glaris.

¿Revolucionario, quizá?

Tampoco.

Decía el diccionario computado, que *revolucionario* era el calificativo que, un siglo atrás, recibían aquellos hombres que intentaban un cambio de gobierno por medio de la fuerza armada. Decía también que en todas las organizaciones revolucionarias existían tres ramas: la política, la ideológica o intelectual y la armada. Birger Hamrin intentó colocar a Rudolf Glaris en una de las tres, mas, como de costumbre, el esfuerzo resultó vano.

"No es un político —se dijo—, porque no quiere acceder al poder. No es un revolucionario armado, porque

jamás ha esgrimido un artilugio de fuerza extrahumana. No es un ideólogo porque no propugna ninguna ideología conocida..."

Su razonamiento, simplista si se quiere, no dejaba de ser exacto en el marco de *su* sociedad. Políticos existían muy pocos y la práctica mayoría de ellos eran burócratas de alto nivel, que se encargaban de controlar las computadoras. Ideólogos no habían, simplemente porque las coordenadas del sistema estaban en la computadora general desde hacía decenas de años y nada hacía presagiar que hubieran quedado anticuadas. Guerrilleros... ¿Sabía alguien qué era un guerrillero, excepto aquellos que estudiaban la lejana historia de siglos atrás?

—"No —se dijo una vez más—. Rudolf Glaris no cabe en ninguno de esos apartados..."

Entonces... ¿qué podía ser?

Desde el primer momento, el juez Hamrin se había dado cuenta de las dificultades que entrañaba el "caso Glaris", por eso solicitó su examen en la computadora general en dos ocasiones, sin que los resultados hubiesen aclarado nada.

Cierto era que casos penales se daban pocos en el país. Muy pocos, quizá una decena al año, y la práctica totalidad de ellos eran delitos comprendidos en el capítulo del erotismo. Sin embargo, la computadora señalaba con precisión matemática dónde estribaba la dolencia del delincuente y se subsanaba por medio de terapias sicoanalíticas, prueba de ello es que la reincidencia no existía.

Pero aquello... el "caso Glaris"... ¿Qué misteriosas dolencias condicionaban a aquel hombre, que ni siquiera la infalible computadora general era capaz de descubrirlas?

"¡En fin! —concluyó el juez—. ¡Cosas de intelectuales! Siempre he dicho que los hombres dedicados a la creación, tienen la penosa obligación de pensar. Y que el pensamiento es la mayor trampa que se le tiende al ser humano. Mañana veremos qué ocurre en la sala..."

Miró su calendario electrónico y comprobó que ese "mañana" correspondía al 6 de enero del año 2103. Involuntariamente, su cerebro quedó fijo en la fecha:

"Seis de enero —meditó—. Seis de enero... ¿De qué me suena a mí esa fecha...? ¿Seis de enero?"

Durante algunos segundos esforzó su mente alrededor de ese día. Por fin, con una expresión de júbilo, recor-

Escaneado con CamScanner

dó que, según las mitologías que estudiara en su juventud, los individuos que habitaban el planeta en siglos anteriores celebraban una absurda fiesta...

"Sí —rememoró—. Una fiesta en la que engañaban a los niños diciéndoles que unos hombres... Reyes, creo que les llamaban... iban a dejarles en el balcón unas cosas llamadas juguetes... Luego, según los libros, los padres compraban esas cosas y las depositaban en las ventanas para que, al día siguiente, los críos pensaran que, en efecto, esos reyes se habían acordado de ellos... ¡Valiente estupidez! ¿Cómo eran capaces de mentir tan descaradamente?"

Satisfecho de sí mismo por la implacabilidad de su memoria, el juez Birger Hamrin se levantó del sillón, rodeó la mesa y se dispuso a abandonar su despacho.

Calmosamente, cerró la puerta y, ya en el pasillo, se detuvo un momento para preguntarse:

"¿Juguetes? ¿Y para qué podrían servir esos juguetes?"

Con un gesto de indiferencia, se situó sobre la alfombra transportadora que le conduciría al ascensor. En definitiva... ¿a él qué le importaba lo que sucediera cien, doscientos o trescientos años antes?

Capítulo II

Con los nervios alterados quizá por primera vez en su vida, Jean Capel arrojó un manojo de papeles a la otra punta del sofá en que permanecía sentado desde hacía varias horas y, angustiado, exclamó:

—¡No entiendo nada! ¡Absolutamente nada! ¿Qué papel represento yo en esta obra, si puede saberse? ¡Ninguno! ¡Abogado! ¡Eso me han dicho que era: abogado! Pero... ¿abogado de quién? ¿De Rudolf Glaris? ¿Y qué ha hecho ese hombre? ¿Qué norma ha contravenido? ¿Qué actividades antisociales ha desarrollado?

Hastiado, se respondió que todas y ninguna; como todas y ninguna de las características legales de un abogado podría esgrimir él en la vista que iba a celebrarse el día siguiente, 6 de enero del año 2103.

Sin atreverse a confesarlo abiertamente, se sentía gravemente desencantado de un sistema social que había permitido semejante situación.

"Una de dos —meditó por enésima vez—. O ha realizado actividades antisociales, y eso debe decirlo la computadora general, o no lo ha hecho. En el primer caso, el investigador médico central debería haber descubierto el error síquico que ha provocado en Glaris esa reacción antisocial; en el segundo supuesto, es decir, si no ha atacado el sistema, ¿por qué se le juzga? Pero lo más curioso es que la computadora asegura que sí, que Rudolf Glaris está realizando actos contra la sociedad en que vivimos... ¡pero no puede señalar cuáles! Y, por otra parte, el investigador médico central no encuentra ninguna anomalía en la mente del procesado..."

Para terminarlo de arreglar, la Administración Ejecutiva de Justicia le había nombrado "abogado" del reo...

Escaneado con CamScanner

"¿Abogado? ¿De qué? —se preguntó en voz alta—. Hace decenas de años que no existen los abogados en este país, entre otras razones porque son innecesarios... Los pocos delitos que se producen son de carácter sexual y la computadora se encarga de señalar las dolencias anímicas de los culpables... ¿A qué viene, ahora, crear de nuevo la figura del defensor y la del acusador y organizar un juicio convencional, si hace más de setenta y cinco años que no se celebra ninguno?"

No quería reconocerlo, pero él sabía las causas. Como conocía las razones por las que la Administración Ejecutiva de Justicia le había elegido para interpretar la figura del defensor.

"Eso es lo que pasa: que nos ha dejado fuera de juego."

Y, quizá, el abogado Jean Capel acertaba de pleno al reconocer algo que, seguramente, ni la computadora general, ni los jueces de la Administración Ejecutiva de Justicia, ni el investigador médico central, llegarían a aceptar jamás: que un procesado, Rudolf Glaris, personalizaba un caso no previsto por el sistema y que, por tanto, su actuación presuntamente delictiva dejaba a todo el organigrama social fuera de juego. Por eso el juez Hamrin, tras una deliberación con los miembros de la Administración Ejecutiva de Justicia, no había tenido más alternativa que repescar viejos sistemas y organizar aquella pantomima de juicio que iba a celebrarse al día siguiente.

"Todo va a ser una pantomima... El fiscal hablará... ¿Pero de qué, si la computadora se ha demostrado incapaz de acusar concretamente al procesado? Yo defenderé, pero... ¿de qué, si no existirán acusaciones concretas? Rudolf Glaris explicará su comportamiento, mas... ¿para qué, si ya lo ha hecho docenas de veces, dos de ellas frente a la propia computadora, sin que pudieran detallarse sus cargos? Y, luego, todo lo que se diga será evaluado por la misma computadora que, en definitiva, será la que dicte sentencia... Pero, ¿qué sentencia puede dictar, si ya antes de empezarf no ha podido señalar cargos exactos contra Rudolf Glaris?"

Era, desde luego, una situación completamente anormal, que pretendía juzgarse a través de sistemas caducos y, por lo tanto, tan anormales como la propia situación. ¡Y él había sido introducido en semejante lío, sin saber las razones!

"Bueno —se dijo—, en realidad sí las sé..."

No quería confesarlo, como si ocultando esas razones sus quejas adquirieran más fuerza ante sus superiores, pero las conocía perfectamente. Él, Jean Capel, de treinta y cinco años de edad, casado y con dos hijos, era, quizás, el único especialista en jurisprudencia clásica. Ya desde muy joven, había sentido fuertes inclinaciones hacia los diferentes cuerpos jurídicos que, en tiempos, habían regido la conducta de los humanos, y ello le había inducido a investigar, como complemento a esa primera curiosidad, las bases idiosincráticas en las que se basaban los viejos códigos. Así, en diez años, se había convertido en un erudito de las leyes, porque también conocía sus fundamentos doctrinales religiosos o políticos.

Tenía compañeros que, en efecto, sabían tanto o más sobre normativas jurídicas, pero nadie como él podía explicar el origen religioso, político o social de todas y cada una de las leyes que, en otros tiempos, habían encorsetado las sociedades occidentales.

Ésas eran las razones de su elección. Ante unas circunstancias completamente anormales, se había buscado un procedimiento inusual y un especialista en tales procedimientos para poder desarrollar la mascarada que, al día siguiente, concluiría con la condena de un hombre.

Porque, Jean Capel estaba convencido de ello, la farsa del día siguiente terminaría con una condena. No podía imaginarse cuál sería impuesta, pero no tenía dudas sobre un dictamen sancionador.

Todo ello le mantenía sumido en un estado nervioso realmente inquietante. Por un lado, el procedimiento a seguir le parecía inconveniente, injusto e ilegal; por otro... ¿qué castigo podían dar a un hombre, si ante cualquier falta la ley sólo admitía la enfermedad como causa desencadenante del delito?

Repasó de nuevo la situación.

Hasta entonces, cuando un hombre alteraba el status legal del sistema, era llevado a presencia del juez, quien, como primera providencia, ordenaba un test frente al investigador médico central. La práctica totalidad de estos análisis indicaban alguna malformación síquica que el investigador médico dejaba exactamente reflejada en un escrito que pasaba a manos del juez. Dos o tres días después, el magistrado, en presencia del acusado, de la

Escaneado con CamScanner

víctima de su comportamiento maligno y de un testigo, leía el informe a la computadora general que, en definitiva, dictaba la sentencia. Una sentencia que, invariablemente, ordenaba la curación del reo por medio de tal o cual terapia, a realizar por este o aquel especialista. Semanas después, el hombre estaba sano y se reincorporaba a su actividad.

Los pocos casos que no podían incluirse en esta norma general, y Capel sólo recordaba dos en los últimos diez años, eran simplemente enviados fuera del tiempo. Se sobreentendía que si un delito no tenía su origen en una enfermedad síquica del delincuente, era porque éste padecía tendencias malignas voluntarias y, ante semejantes circunstancias, el sistema entendía que la sociedad no podía correr el riesgo de recibir continuos ataques que la dañaran indiscriminadamente. Entonces, mediante un artilugio complicado en la forma, pero muy sencillo en el fondo, el individuo era enviado a tiempos anteriores, tras serle borrada su personalidad al completo, lo que se conseguía destruyendo su memoria.

Cuatro personas participaban directamente en la operación: un supervisor que daba las órdenes a través de un circuito de radio-televisión transistorizado, y tres verdugos cuya función consistía en permanecer encerrados durante veinticuatro horas en sendos apartamentos y apretar, en el momento indicado, un botón rojo. El del primer verdugo ponía en funcionamiento el mecanismo del tiempo, señalando la época en la que reaparecía el reo; el del segundo ejecutor, seleccionaba el espacio, es decir, el lugar donde emergería el transportado; el tercer verdugo, al pulsar su interruptor, producía una serie de ondas que borraban la memoria del individuo. Así de simple.

"Es decir —meditó Jean Capel—, que nuestro sistema únicamente contempla dos soluciones: o las terapias síquicas o el destierro en el tiempo..."

Visiblemente inquieto, el abogado abandonó el sofá e inició un paseo por la amplia sala de estar. Nada de todo aquello le gustaba... Intuía, más que sabía, que iba a participar en una grave injusticia, que no tenía más remedio que colaborar en la probable aniquilación de un hombre cuya culpa no podía detallarse con exactitud.

Porque si la computadora sólo era capaz de señalar dos sentencias, la terapéutica y la de destierro, ¿por cuál se inclinaría en el caso Glaris, teniendo en cuenta

que la propia computadora no había logrado concretar su falta y que el investigador médico central no encontró ninguna anomalía en su sique?

Por un instante intentó adivinar lo que ocurriría el día seis, en el transcurso de la vista. Se autosituó a la derecha del juez; colocó a la izquierda del magistrado al fiscal, y descubrió los micrófonos semiocultos que captarían todas las palabras que se pronunciaran en la sala, para trasladarlas al mastodóntico cerebro de la computadora. Se vio preguntando una y mil veces qué había hecho su defendido, y escuchó invariablemente la misma pregunta:

"Comportamiento antisocial."

Se descubrió inquiriendo a voces en qué consistía ese "comportamiento antisocial" e intuyó la sardónica sonrisa del fiscal cuando, sin poder concretar, machacaba una y otra vez la misma cantinela:

"Pues el comportamiento antisocial consiste precisamente en eso, en comportarse antisocialmente. ¿Acaso no sabe el abogado distinguir entre lo bueno y lo malo? ¿Admite definición absoluta el concepto de bueno o el de malo? ¿Por qué, pues, debe admitirlo el concepto de comportamiento antisocial?"

Angustiado, comprendió que poco o nada podría hacer en semejantes circunstancias. Pero ello le desesperaba.

Desde muy joven se había sentido a gusto en el sistema. Por comparación con los textos que estudiara, aceptaba que la sociedad vivía mucho mejor en el año 2103, que sólo cien o ciento veinticinco años antes; que las gentes trabajaban menos y más descansados; que la envidia o la ambición casi habían sido desterradas por completo del país y que, por tanto, la humanidad competitiva había desaparecido, para dar paso a una humanidad igualada. Reconocía que existían ciertos privilegios y que unos vivían mejor que otros, pero también asumía el hecho de que esas diferencias eran menores que cien años atrás. El mundo de las ideologías caducas, que pretendían un nuevo sistema económico de mayor equidad, había cedido ante el empuje de una sociedad económica en la que las ideologías no existían porque, sencillamente, no eran necesarias.

Todo era mejor, desde luego.

Sin embargo, Jean Capel presentía el fallo. El error. Porque si todo era tan perfecto, tan exacto y tan bene-

Escaneado con CamScanner

ficioso, ¿cómo era posible que el comportamiento de un hombre, de un solo hombre, alterara hasta tal punto el sistema, que éste se veía obligado a volver a las viejas formas de enjuiciamiento de conducta, para calibrar sus responsabilidades?

Sin darse cuenta, se había detenido ante la videobiblioteca. Centenares de videocassettes se ordenaban metódicamente en los estantes, ofreciendo al investigador una mezcla de novedades literarias y de viejos engendros seudonovelescos, útiles tan sólo para los que, como él, se dedicaban al estudio de las costumbres y normas de otros tiempos.

Involuntariamente, estiró la mano, tomó uno de los cassettes y lo introdujo en el aparato reproductor. Se estiró en el sofá buscando la relajante comodidad de los mullidos cojines, apretó un botón de mando a distancia y se dispuso a escuchar el texto que había elegido al azar.

Despreocupadamente, oyó una voz metálica que decía:

"Un mundo feliz. Autor: Aldous Huxley. Características: novela de ficción, publicada en 1944. Catalogación: vano intento, evidentemente equivocado, de prever el futuro predirigido y mecanizado."

Interesado, se incorporó del sofá y siguió atentamente la narración. Concluida ésta, una especie de desasosiego se apoderó de él. En la novela, los niños eran engendrados y dirigidos desde la fecundación hasta la muerte... Ellos, los miembros del sistema del año 2103, tenían libertad de concepción e, incluso, los caminos de los críos se marcaban una vez conocidas sus tendencias. A la sociedad de Huxley se le daba una especie de droga, soma le llamaban, que sumía a los individuos en un paraíso artificial, mientras que él y sus compañeros vivían en un mundo equilibrado, absolutamente distanciado de aquel que preveyera el autor de la novela.

Mas, aunque no supo por qué, encontró que ambos mundos se parecían más que se distanciaban... Algo faltaba en ambos... o en ambos sobraba, que les hacía similares...

Una voz agradable le sacó de sus meditaciones:

—¿Has terminado ya con ese engorroso asunto de mañana?

La graciosa figura de Shanon, su mujer, le hizo sonreír más relajadamente:

—Sí... Ya he terminado... ¿Quieres algo?

—En concreto, nada...

Conocía de sobra aquella mirada y aquel ademán insinuante... provocador...

Cálidamente, le invitó:

—Ven... Siéntate a mi lado.

Y, mientras ella se acercaba con aires que pretendían ser sinuosos, él se tomó una minúscula pastilla que siempre llevaba en el bolsillo y que, según rezaba en el prospecto, excitaba la líbido justo en el momento conveniente.

No es que él, Jean Capel, no tuviera impulsos eróticos, no. Lo que sucedía, y esa era una de las normas básicas de convivencia en el sistema, es que ninguno de los dos cónyuges podía negarse a los requerimientos sexuales del otro. Y, naturalmente, cuando uno no tenía ganas de sumirse en los arrullos del amor, la única solución posible era la pastilla.

La única, artificial y definitiva solución.

Escaneado con CamScanner

Capítulo III

Todo, en su vida personal, lo había hecho como resultado de un impulso aparentemente irreflexivo que le llevaba a tomar ciertas determinaciones sin conocer exactamente sus causas. Esta particularidad suya, que tantas críticas levantara en tiempos, le daba ahora motivos, tristes y escasos motivos, para regocijarse.

Porque Rudolf Glaris, cuarenta años, casado, sin hijos, investigador de filosofía pura, había sido tan aparentemente impulsivo en su existencia privada como metódico y ordenado en la que los demás llamaban profesional.

Conoció a Berta y, sin saber por qué, se casó con ella en brevísimo plazo. En contra de la opinión de sus compañeros y amigos, que le indicaban la conveniencia de seguir la tradición de unas relaciones prematrimoniales, él optó por el matrimonio inmediato. Le salió bien, en efecto, lo que sirvió, por una parte, para acallar las críticas de sus colegas (que duraron cerca de cinco años) y, por otra, para afirmarle en la convicción de que, en determinados casos, lo mejor es dejarse llevar por la intuición.

Fiándose de esa intuición, decidió no tener hijos. Superó las súplicas de Berta, los comentarios jocosos de sus conocidos e, incluso, las indirectas de sus superiores por aquello de que se desviaba demasiado de la normativa establecida por el sistema... Pero se mantuvo firme, y tomó las pastillas esterilizantes. El orden social admitía la libertad de procreación, como también aceptaba el matrimonio sin relaciones íntimas precedentes: nadie, pues, pudo oponerse *oficialmente* a sus determinaciones... aunque extrañó sobremanera que alguien, fuese o no perteneciente al área de los investigadores,

adoptara dos (¡nada menos que dos!) decisiones tan fuera de lo corriente.

Luego vino su primer libro sobre "Filosofía humanista en el siglo xxs Einstein y Bergson, paladines de la libertad de pensamiento", que fue rechazado por la computadora.

A Rudolf Glaris le sorprendió. La temática era, a su juicio, vulgar, ya que versaba sobre el enfrentamiento ideológico de esos dos personajes con la ciencia oficial de su tiempo. Años después de la muerte de ambos, el mundo entero reconoció lo acertado de sus conclusiones científico-filosóficas, por lo que su libro no podía ser malinterpretado. Sin embargo, el dictamen del grupo de colegas que analizó su obra, fue tajante:

—Te empeñas en mostrar que esos dos hombres, a pesar de que se enfrentaban a todos los sabios de su tiempo, tenían razón. Y eso es peligroso.

—¿Por qué? —había preguntado él.

—No lo sabemos exactamente —reconocieron ellos—. Pero suponemos que la computadora estima la posibilidad de que ahora, en estos momentos, si alguien decidiera enfrentarse abiertamente con el sistema, hallaría un inestimable precedente en tu libro. ¿Te imaginas a uno de nosotros afirmando que la ciencia actual está equivocada, emitiendo nuevas teorías y esgrimiendo tu libro como prueba de que algo parecido ocurrió doscientos años atrás?

Sarcásticamente, Rudolf Glaris había preguntado:

—¿Os lo imagináis vosotros? ¿No os parece un disparate?

Pero no hubo nada que hacer y, exteriormente, Rudolf reconoció sus errores y destruyó el libro.

Mas la simiente había sido sembrada.

A partir de aquel momento, Glaris dejó de concentrarse en el pasado para analizar con mayor profundidad el presente. *Su presente.* Y comenzó a ver cosas que no le gustaron nada. Ante su propio asombro, fue reconociendo a su alrededor lo que dos siglos atrás se consideraba "dirigismo" y, mucho antes, "esclavitud". Comprobó, entre perplejo y dolido, que los críos acogidos en los establecimientos estatales mientras sus padres trabajaban, invertían las cuatro horas en contemplar larguísimas sesiones televisivas; que cuando esos mismos niños eran trasladados a sus casas, volvían a sentarse frente al televisor, al cine indiivdual o al videocassette,

Escaneado con CamScanner

hasta que, después de cenar, se acostaban. Y que semejante proceso duraba años... Demasiados años...

A los pocos meses, Rudolf Glaris se preguntaba qué validez podrían tener los tests de selección que se hacían a los seis años de edad, si no se había permitido a los niños desarrollar por sí mismos sus cualidades o potencias mentales. Y, penosamente, concluyó que semejantes análisis no servían de nada, porque no intentaban averiguar las condiciones síquicas del crío, sino descubrir la validez de esas condiciones en relación con las que el sistema exigía para tal o cual trabajo.

Sin atreverse a dar publicidad a su descubrimiento, siguió investigando. Un par de años después, llegaba a la aterradora convicción de que vivía en un mundo de autómatas, cuyo margen de libertad era exactamente el que la computadora creía inofensivo para el sistema. Comparó sus observaciones directas, con el conocimiento que tenía de los tiempos precedentes y notó la falta de muchas cosas que, a su juicio, podían reinstaurarse en el sistema sin que éste se resintiera, aunque ello significara un espacio de libertad, si no mayor, sí *distinto*. Comprobó, por ejemplo, que nadie en el año 2103, practicaba deporte alguno... aunque no constaba taxativamente su prohibición. Los libros del siglo xx hablaban de lugares públicos donde se reunían la gente: bares, cines, teatros, recintos deportivos, iglesias... Nada de todo eso existía en su época porque los hombres, convenientemente aleccionados desde su juventud, no entreveían otra forma de vivir que la anodina consistente en trabajar cuatro horas durante tres días a la semana y encerrarse luego en su casa, para devorar decenas de películas o escuchar novelas grabadas en cinta, todas ellas inexcusablemente acordes con los postulados del sistema. No habían automóviles, ni propulsores individuales, porque estaban en desuso: los hombres vivían al lado de sus trabajos; los amigos no existían y la buena educación indicaba que, una vez casados, los hijos se olvidaban de sus padres para emprender una vida nueva circunscrita al estricto círculo de su esposa, hijos y trabajo.

Buscó afanosamente alguna norma que prohibiera el trato entre padres e hijos después del matrimonio. Y no la encontró.

Intentó hallar algo que prohibiera las reuniones en

grupo, fuera de los domicilios particulares de cada cual. Y no existía.

Quiso saber en qué consistía la legislación sobre deporte o actividades públicas, y tampoco halló nada ni a favor, ni en contra.

Cada vez más sorprendido, Rudolf Glaris examinó el registro de la Administración Ejecutiva de Justicia porque, según había oído en sus tiempos de estudiante, las grandes doctrinas religiosas y políticas del siglo xx habían desaparecido, pero quedaban algunas sectas de las que se interesaban en el epígrafe de "Fraternidades Universalistas" que, aunque prácticamente inactivas, eran toleradas por el sistema... si bien consideradas inútiles y, desde luego, inofensivas.

Se acercó a una de ellas.

Se reunían dos veces al mes en un campo ubicado fuera de la ciudad: con ello no contravenían ninguna disposición y, además, la computadora jamás podría acusarles de falta alguna, ya que sus conversaciones se desarrollaban lejos de los demás.

Allí comenzó su cambio radical. Y allí comenzó a alegrarse de esas determinaciones que había tomado, atendiendo únicamente a sus impulsos y dejando de lado las razones de la sociedad que le rodeaba, porque desde el primer momento supo, quizá también por intuiciones irracionales, que todo "aquello" terminaría mal para él. En tal caso, el hecho de no tener hijos le daba un amplio margen de actuación. Y el futuro de Berta no sería obstáculo, puesto que ella, como todos los seres de su sociedad, disponía de todo lo necesario para subsistir.

La primera sorpresa fue comprobar la "calidad" de las personas que integraban la secta: a excepción de dos individuos, todos los demás pertenecían al sector de los trabajos manuales. La segunda, el amplio eco que tuvieron sus impresiones entre tan poco corriente auditorio: todos, absolutamente todos los asociados, se mostraron de acuerdo con sus opiniones...

Por eso estaba, en aquellos momentos, en régimen de aislamiento social: porque, años después de aquel primer contacto, intentó por segunda vez la publicación de sus postulados, cosa que rechazó la computadora...

Mas... ¿para qué pensar en todo ello, si al día siguiente se vería obligado a repetirlo, una vez más, en el juicio que iban a organizarle?

Sentado en la sala de estar de un apartamento de

Escaneado con CamScanner

tres piezas instalado en el edificio de la Administración Ejecutiva de Justicia, Rudolf Glaris dejaba transcurrir el tiempo que faltaba para la celebración de la audiencia sobre su caso, meditando con cierta amargura sobre su inmediato pasado. ¿De qué se le acusaba?

No terminaba de comprenderlo.

La normativa del sistema decía bien claramente que un intelectual pasaría al área de los trabajadores manuales en el supuesto de que se le rechazara una tercera obra.

¿Era ese su caso?

Por supuesto que no.

Presentó la primera y, tras una autocrítica, la destruyó. Redactó la segunda y la computadora se encargó de rechazarla. Cierto es que él intentó defenderla ante el tribunal compuesto por sus propios compañeros; cierto fue, también, que quizás utilizó más energía y vehemencia de la estrictamente necesaria en sus inútiles esfuerzos por lograr que su trabajo no fuera destruido; pero... ¿iba eso contra el sistema? No. ¿Atacaba a la sociedad en que vivía? Tampoco. Entonces... ¿qué estaba sucediendo con él? ¿Por qué ese ensañamiento?

Reconocía, eso sí, que su comportamiento podía ser calificado de extraño por la élite del sistema: se había casado sin relaciones prematrimoniales; tomó la determinación de no tener hijos; se le rechazó la primera obra por presuntamente peligrosa y la segunda por contener conceptos atentatorios contra el orden establecido, según dictaminaron sus compañeros. No estuvo de acuerdo con semejante conclusión, pero la acató y realizó la autocrítica... Todo eso, desde luego, era algo anormal en el sistema; pero, sin embargo, también era perfectamente legal, puesto que nada de cuanto había hecho estaba prohibido. ¿Entonces? ¿Qué querían hacerle? Y, sobre todo, ¿por qué?

Recordó algunos párrafos de su obra, los que más duramente fueron criticados por el tribunal formado por sus colegas:

"No existiendo, como no existe, ninguna disposición social que impida las reuniones de grupos de personas en las calles o en los campos, ¿por qué limitarse a una continua y pasiva contemplación de las distracciones programadas por los medios audiovisuales? ¿Por qué no invertir parte de nuestro tiempo libre en dialogar con

los compañeros de trabajo, dando con ello rienda suelta a nuestra imaginación? ¿Por qué no relacionarnos más íntimamente, por qué no amarnos con mayor extensión individual que la de hoy, relegando a un segundo término las comodidades de la televisión o de la telebiblioteca?"

Era curioso.

Nadie estaba obligado a conectar sus aparatos de visión directa en casa y, sin embargo, a él le censuraban que propagara la idea del diálogo porque, siempre según el tribunal que juzgó su libro, "iba en contra de la costumbre establecida". Es decir, porque era contraria a la rutina de acudir a casa, darle al interruptor de cualquier ingenio electrónico y sentarse como un robot a digerir todo lo que le enviaran desde los centros emisores. Pero, ¿no habíamos quedado en que no era obligatorio utilizar los medios audiovisuales? Entonces, ¿qué podía importarle al sistema que él aconsejara otro tipo de distracciones si, en su opinión, eran más positivas para el hombre y, desde luego, no estaban en contra del organigrama social?

Rememoró otro párrafo:

"Por comparación con otras épocas anteriormente vividas, he llegado a la conclusión de que el hombre se ha deshumanizado, quizás a causa de esa falta de contacto con sus familiares o amigos. En mi opinión, del diálogo entre individuos, surgiría una mayor comprensión hacia cosas que, hoy por hoy, nos parecen intrascendentes, tal vez porque no las sabemos valorar. Por ejemplo, yo no recuerdo haber visto jamás a una mujer oliendo una flor, a un agricultor admirando su cosecha o a un jardinero extasiándose ante la belleza de su jardín. Todos nosotros estamos trabajando para nosotros mismos, es cierto; mas hemos convertido el trabajo y todo lo que producimos en algo mecánico, carente de sentido. Una flor no sirve más que para componer tal o cual fármaco, igual que una cosecha sólo se valora bajo el punto de vista de la alimentación, no de su belleza o de otras sensaciones puramente anímicas."

Rudolf Glaris sonrió con pena al recordar el comentario de sus compañeros:

"Propones, nada menos, que parte de los frutos del

Escaneado con CamScanner

trabajo se dediquen a la contemplación, a la satisfacción de los sentidos. Pero eso es una incongruencia, porque los hombres pueden ver las más bellas flores en una filmación y oler sus aromas a través de la química. Al aconsejar algo inútil, te pones contra el sistema, ya que, en definitiva, esa parte que se debería dedicar a satisfacer los sentidos, tendría que ser aumentada en la producción anual, con lo que deberíamos trabajar más, y eso, como sabes, iría en detrimento del bienestar social."

Es decir, que no le entendían.

Él no pedía que las flores se emplearan para otras funciones diferentes que aquellas para las que se había planificado su producción: si la computadora había decidido una cosecha de un millón de rosas para la fabricación de tal producto, le parecía muy bien... No hacía falta plantar más unidades, únicamente era necesario que a la gente se le enseñara que, además de esa utilidad química, las flores podían ser, también, fuentes de sensaciones agradables; sensaciones que iban desde la simple contemplación de los campos, hasta la posibilidad de olerlas directamente, antes de cortarlas y enviarlas a los laboratorios.

Mas, como siempre, la respuesta fue:

—Es inútil... Viéndolas por videocassette también se huelen.

¿Y cuando habló de las posibilidades de crear centros de reunión estatales? Decía en su libro:

"Puesto que ningún ordenamiento legal lo impide, el Estado podría destinar locales cerrados para que los ciudadanos se reunieran en ellos y dialogaran en grupo. Podría, incluso, reanudarse alguna vieja tradición, consistente en entretenimientos de salón, en los que la imaginación, la habilidad personal y la inteligencia, fueran factores determinantes en el resultado del juego."

Obviamente, sus compañeros le censuraron...

—...Ese empeño en volver a una sociedad competitiva como las de siglos atrás...

Sin embargo, los juegos no estaban prohibidos. Ni las reuniones. Ni los diálogos. Ni las relaciones entre padres e hijos tras el matrimonio. Ni la contemplación de los jardines o las áreas agrarias de siembra. Ni era obligatorio utilizar los televisores o los videocassettes,

ni forzosas las relaciones prematrimoniales, ni exigible tener hijos.

Mas, a pesar de todo, allí estaba él, Rudolf Glaris, esperando que, pocas horas después, le juzgaran.

No pudo evitar un gesto de desencanto.

Él, que había sido agriamente censurado por propugnar una sociedad competitiva ya caduca y que debido a ello había realizado la autocrítica necesaria para que la computadora le dejara en paz, iba a ser protagonista de un proceso que, según le dijera su abogado, seguiría los procedimientos de sistemas judiciales enterrados decenas de años atrás. ¿No era eso una incongruencia?

Lo era, claro.

Como también lo era que siendo él miembro de la Hermandad tolerada por la computadora, no hubiesen procesado a ningún otro compañero de la agrupación. ¿Por qué sólo a él?

No lo entendía.

Pero en el fondo le daba igual. Al día siguiente, ante todos y frente a todos, pensaba expresarse con toda la claridad posible. Con la diáfana claridad que, impulsivamente, le demandaba su profundo e intacto sentido de la ética.

Escaneado con CamScanner

Capítulo IV

Cuando, años atrás, Reginald Wanter, secretario general de la tolerada "Hermandad de la Rosa, de la Cruz y del Amor", recibió la visita de un tal Rudolf Glaris, le había recibido con cierta prevención. Sólo tenía un motivo para ello: pertenecía a la élite de los intelectuales, y eso, para los miembros de la Rosa y la Cruz, podía ser peligroso.

El riesgo no era, desde luego, personal; más bien ciertas infiltraciones podían ser consideradas como negativas para la continuidad del grupo como organización: vivían en un mundo supercontrolado por la rutina y, ya se sabía, todos aquellos que desarrollaban alguna actividad fuera de las habituales, despertaban la atención de los superiores.

Sin embargo, tras una breve charla con Glaris, sus temores se desvanecieron y le citó para la primera reunión campestre.

Ahora, pasados algunos años, Reginald Wanter no estaba en condiciones de afirmar si se arrepentía o no de su decisión.

Por una parte, tanto las palabras como la actuación de Reginald Wanter se asemejaban en mucho a lo que estaba escrito en los Libros Ocultos. Por otra parte, la responsabilidad de desencadenar la acción prevista en esos mismos documentos era de tales dimensiones que, si se decidía a hacerlo, se tambalearían hasta los más firmes cimientos del sistema establecido.

¿Qué hacer?

Por un instante, Reginald intentó ser objetivo.

Rudolf Glaris era un hombre extraño, anormal casi, si se le situaba en el contexto social en que vivía: eso

era un hecho tan claro, que ni siquiera merecía mayores matizaciones. Sin embargo, la filosofía que Glaris propugnaba era, justamente, la que desde hacía años... muchísimos años, defendía la "Hermandad de la Rosa, de la Cruz y del Amor".

Decían los libros, textualmente:

"Cuando llegue le conoceréis, porque no tendrá interés en saber nada de la otra parte oculta y hablará como si conociera esa parte, aunque sin conocerla."

Y eso se había cumplido.

Reginald recordó cómo, en un momento de entusiasmo, quiso hablar con Rudolf Glaris y ponerle al corriente de ciertos aspectos de la Hermandad que él desconocía. Rudolf, muy serio, le contestó:

—No. No quiero.

—Pero... ¿por qué?

—No sé... Intuiciones... Impulsos... Siempre me ha pasado lo mismo: en ocasiones, siento la necesidad imperiosa de hacer o dejar de hacer algo. Y no puedo evitarlo. Lo sorprendente es que siempre que sigo esos impulsos acierto plenamente en mi determinación.

Él, Reginald Wanter, guardó un respetuoso silencio y no volvió a tocarse el tema. Mas... ¿era eso suficiente para adoptar la decisión escrita en los Libros?

Dudaba... Era tan simple lo que debía hacerse y tan graves las consecuencias... Sin embargo... ¿podía él negarse a cumplir lo que estaba escrito?

Llamaron a la puerta y su rictus de inquietud se acentuó. Mecánicamente pulsó el interruptor que abría la puerta e instantes después aparecía en la antesala un hombre.

El hombre.

¿Qué decirle?

Intentó olvidar su dilema y, sonriendo afablemente al recién llegado, le pidió:

—Pasa, por favor, Sankt. Considérate en tu casa.

Tímidamente, el hombre comenzó a andar hacia el interior del salón, mientras decía:

—Gracias, Reginald. Gracias.

Tomó asiento en un sillón situado a la derecha del que ocupaba Reginald y, quedamente, como atemorizado, le preguntó:

—¿Me has llamado para algo en concreto?

Escaneado con CamScanner

Reginald Wanter movió la cabeza afirmativamente, mientras murmuraba en voz baja:

—Sí, Sankt... Te he llamado para algo *muy* en concreto...

Por un momento, Reginald Wanter fijó sus ojos en aquel hombre y recordó su trayectoria en la secta. Sankt Gallen, veintiocho años, soltero y huérfano, situación muy poco corriente entre los habitantes de aquel país. Coeficiente intelectual muy por debajo de lo normal. Ocupación, labores manuales de último grado, puesto que, debido a su capacidad mental, no podía confiársele un robot. Llegó a la Hermandad casi por aburrimiento, y entre los miembros de la Rosa y de la Cruz encontró cierta comprensión y, desde luego, un gran cariño que él creía honesto.

Se volcó con ellos.

Poco después, un compañero de la Hermandad, aparentemente insignificante, moría, y Sankt, animado por el propio Reginald, ocupaba su lugar. Lentamente, fue recibiendo su preparación... Los conocimientos adecuados para que, si llegaba el caso, pudiera desarrollar su labor sin inconvenientes personales.

Y el momento había llegado.

—Sí —repitió mecánicamente Reginald Wanter—. Te he hecho llamar para algo *muy* en concreto. Pero, ven... salgamos a dar un paseo...

Y los dos hombres abandonaron la casa, dispuestos a encaminarse al lugar de costumbre: el campo situado en los alrededores de la ciudad.

Capítulo V

Cuando ascendían al último estrato del poder, los hombres perdían sus patronímicos anteriores y pasaban a ser designados por palabras y números cuyo significado sólo conocía una mínima parte de la minoría dominante. Los motivos de semejante particularidad eran (¿o quizá sería mejor decir que *habían sido*?) obvias: se sobreentendía que desde el instante en que se alcanzaba la órbita del máximo poder, las personas dedicaban su vida íntegramente al servicio de la sociedad. Esposa e hijos quedaban separados del padre y éste, casi siempre pletórico de satisfacción por haber sido elegido para los más "altos sacrificios en favor de sus semejantes", desaparecía de su existencia cotidiana para ingresar en el mundo, exótico y misterioso desde el exterior, del control de la computadora.

Tres eran los miembros situados en la cúspide de la pirámide social; tres eran los hombres que tenían como fundamental misión alimentar el cerebro de la computadora, bien fuera corrigiendo defectos, bien añadiendo a su implacable y ya veterana memoria, nuevos hallazgos o teorías más avanzadas. Lex y Pax constituían dos partes del triunvirato. El primero, como su propio nombre indicaba, tenía como labor básica decidir qué podía introducirse en la todopoderosa máquina y qué rechazarse para que su autor hiciera el consabido acto de autocrítica. Cierto que antes de adoptar una decisión, escuchaba el veredicto de la propia computadora; mas ello no iba en demérito de la trascendencia de su trabajo: cuando el cerebro inerte no tenía respuestas, como en el caso de Rudolf Glaris, él, Lex, debía darla partiendo de un solo postulado; que no contradijera lo que ya estaba programado.

Escaneado con CamScanner

Su función no era, desde luego, sencilla. La computadora no entregaba un veredicto claro, únicamente en el caso de que no existieran precedentes; lo que quería decir que nada se había legislado sobre el particular. Entonces, Lex se devanaba la mente buscando las últimas consecuencias del acto, idea, libro o descubrimiento científico a examinar y presentar su informe al triunvirato del que formaba parte. Si estas *posibles* consecuencias podían rozar *siquiera hipotéticamente* el orden establecido, la obra sometida a análisis era rechazada y su contenido programado en la computadora como negativo, evitando, de tal forma, que el caso pudiera repetirse.

Pax, segundo miembro del triunvirato, tenía la difícil misión de realizar todas aquellas órdenes que emanaban de la computadora. Si, por ejemplo, una obra literaria era rechazada, Pax seguía atentamente la actuación del tribunal ético que debía juzgar al compañero equivocado, a fin de certificar que, efectivamente, el mandato mecánico había sido fielmente cumplido. Exactamente igual actuaba con respecto a la agricultura, ganadería, laboratorios, orden social, medicina y demás áreas sociales establecidas. Contaba para ello con un nutrido ejército de burócratas que, diseminados por toda la geografía territorial, le informaban minuciosa y detalladamente de cuanto ocurría, en cumplimiento de una labor que se asemejaba más a la de espía que a la de colaborador social.

El tercer miembro del triunvirato recibía el nombre de Dux y su voto en las deliberaciones inclinaba la balanza hacia su tesis, ya que, siempre por orden de la computadora, su juicio valía el doble que el de Lex y Pax. Al igual que en el caso de Pax, Dux disponía de legiones de seres que ocupaban su vida en informar sobre los más insignificantes detalles: gracias a tales informes, Dux había conocido al profesor Rudolf Glaris; merced a ellos, supo de sus decisiones un tanto anormales y de sus dos intentos, hábilmente controlados desde el triunvirato, de colocar en la computadora tesis arriesgadas; y por obra de ellos, aquella tarde del 5 de enero del año 2103 había reunido en su despacho a los otros dos miembros del triunvirato, a fin de adoptar una resolución definitiva sobre el caso, ya excesivamente molesto, de aquel desviacionista tan empecinado en respetar la normativa social, como en arriesgarla inútilmente.

* * *

—Caballeros, considero inútil repetir el motivo de nuestra reunión; mañana se celebrará el juicio correspondiente al caso Glaris y, por lo tanto, el tiempo apremia. Pasemos, pues, directamente a las deliberaciones.

Pax y Lex asintieron con la cabeza. Ambos habían tomado asiento ante la amplísima mesa semicircular de Dux, fabricada sobre una sola pieza de vidrio transparente, por lo que el máximo representante del triunvirato podía ver perfectamente los voluminosos cartapacios que descansaban en el suelo.

Despreocupadamente, Dux inquirió:

—¿Lex?

El aludido abrió la carpeta, eligió cuidadosamente un folio y, tras observarlo superficialmente, miró al rostro de Dux y habló:

—Insisto en lo que vengo diciendo desde un principio: Rudolf Glaris no ha transgredido la Ley.

—Eso ya lo sabemos —le interrumpió Dux—. Deseamos saber tu informe personal.

—Comprendo —musitó Lex.

Meditó brevemente. Por un instante, un observador imparcial hubiera podido pensar que le sabía mal emitir el juicio que se esperaba de él. Y, probablemente, ese observador hubiera acertado... si bien por causas distintas a las que, desde el exterior, podrían creerse. Lex tenía las ideas muy claras. Excesivamente claras: la ley estaba escrita y computada, luego no existía problema. Jamás se habría atrevido a poner en duda la veracidad o la exactitud de todo cuanto componía la memoria mecánica por la que se regía su mundo. Sin embargo, ése era precisamente el problema: que en todo lo que permanecía computado, nada parecía oponerse a las ideas de Glaris.

Había intentado por todos los medios sacar las conclusiones más sutiles; adivinar, llevando tales ideas a un hipotético último estrato de realidad, las consecuencias más perniciosas para el orden establecido. ¿Y qué había logrado? Nada.

O, por mejor decir, casi nada:

—Entiendo que las tesis del profesor Glaris pueden ser nocivas para nuestro orden.

Dux, ante la mirada hierática de Pax, preguntó:

Escaneado con CamScanner

—¿Por qué?

Sorprendido, Lex balbuceó:

—¿Por qué... qué?

—Por qué pueden ser nocivas, eso es lo que quiero saber.

No se lo esperaba. Francamente, eso le parecía una broma de muy mal gusto. Desde el principio habían quedado de acuerdo en una cosa: Rudolf Glaris estaba proponiendo hipótesis peligrosas. Sabían que en la computadora no existía nada que le acusara; estaban al corriente de que todavía quedaba al reo la posibilidad de una tercera autocrítica y que ellos mismos la habían anulado por medio de un revival jurídico, basado en sistemas caducos; decidieron, en su día, que la actuación de Glaris perturbaba o podía perturbar la sociedad casi perfecta en que vivían y que por ello debía ser aislado, separado de sus congéneres... ¿A qué venía, pues, semejante pregunta?

Buscó una salida airosa al laberinto mental en el que estaba perdido y, al fin, sonriendo con satisfacción, opinó:

—Nuestras leyes tienen excepciones...

—Cierto —intervino por vez primera Pax.

—Pues bien —prosiguió Lex, agradeciendo con la mirada el apoyo de su compañero—, cuando se utiliza en exceso tales excepciones, el uso se transforma en abuso. Y ese abuso puede ser peligroso para la credibilidad y obediencia de las leyes que regulan la normalidad.

—Eso es una estupidez, Lex —espetó sin miramientos Dux.

Perplejo, el aludido preguntó:

—¿Por qué?

—Es bien simple: tan ley es la general como la particular. Si usar la particular en exceso es abuso, también lo sería utilizar en exceso la general... en cuyo caso, aquellos que respetan las leyes, es decir, que las emplean diariamente para regir su comportamiento, estarían abusando de ellas y, por lo tanto, serían nocivos para la sociedad. Por eso es una estupidez...

Observó socarronamente a Lex y continuó:

—Pero no la rechazo por eso, Lex... Al contrario, debo reconocer que dialécticamente era una buena argucia...

Reconfortado, Lex comentó:

—Me alegra oírlo... Entonces, ¿por qué...?

—Si yo me he dado cuenta de la contradicción, la computadora también lo habría hecho... Y, lógicamente, la propuesta no sería aceptada.

Callaron durante unos instantes buscando, sin duda, una solución al acuciante problema. Pax, pensando en voz alta, dijo:

—Lo grave del caso es que no podemos actuar libremente... Tiemblo sólo de imaginarme lo que ocurriría en caso de que la computadora nos contradijera...

Resignadamente, los otros dos coincidieron con gestos maquinales. Por fin, Dux propuso:

—Repasemos una vez más la ideología de Glaris... Tal vez saquemos algo en claro de ella... Tú la has estudiado con mayor profundidad, Lex... Habla.

Pausadamente, el hombre comenzó a esbozar un cuadro ideológico que, en apariencia, podría atribuirse a Glaris:

—Básicamente, el texto de Glaris gira alrededor de dos ejes formados por estos conceptos: "deshumanización" y "falta de libertad".

Pax inició lo que sin duda iba a ser una tanda de aspavientos ante la gravedad del delito, pero quedó súbitamente quieto ante la mirada arrogante de Dux. Éste, secamente, mandó:

—Sigue, Lex.

—Bien... Ordenando un poco sus deshilvanados pensamientos, podríamos resumir su concepción social de esta manera: el hombre actual ha quedado deshumanizado por completo, debido a una carencia casi total de la práctica mayoría de los sentimientos que él, Glaris, consideraría normales. Dice, por ejemplo, que desde que nace un ser humano, se le controla y educa a través de los medios audiovisuales y que, por tanto, cuando se efectúa la primera evaluación infantil, a los seis años, la mente ya está deformada. Indica, seguidamente, la posibilidad de que semejante evaluación sea errónea, precisamente porque al niño no se le ha dado otra opción distinta a la que ya está institucionalizada. Continúa afirmando que, tras el primer examen, la conducta humana se dirige siempre hacia las metas señaladas por la computadora en esa evaluación y que, primero, sólo existen castigos para quienes no logran esas metas y, segundo, los premios, es decir, los ascensos sociales, quedan circunscritos al área de los intelectuales. Concluye, en este apartado, asegurando que al aislar al hombre de sus

Escaneado con CamScanner

progenitores en el momento del matrimonio, se le arrebata una parte de su sensibilidad. Y que esta circunstancia se alía con el hecho de que su actividad profesional no ha sido elegida por él, sino por la computadora, con lo que otra gran parte de su tan mencionada sensibilidad, también queda anulada. De ahí extrae la consecuencia de la deshumanización... Por otra parte, esas mismas premisas marcan la falta de libertad, ya que, siempre a juicio de Glaris, un hombre deja de ser libre cuando se le impone una forma de vivir, sea ésta cual fuere. Y, según afirma, el orden social establecido impone nuestra manera de vivir, al evitar que el niño conozca otra distinta ya desde su más tierna infancia.

—Estúpido —sentencia Pax—. Completamente estúpido.

—No tanto... —reflexionó en voz alta Dux—. No tanto...

Hizo una breve pausa, y preguntó:

—¿Expone, en algún momento, casos concretos en los que se manifieste esa falta de libertad?

Lex repasó unas hojas del cartapacio y, con ellas en las manos, comentó:

—Sí... Por ejemplo, habla de los juegos... De lo que antes se llamaba "deporte"... Dice que la gente ni siquiera sabe lo que es.

—No me extraña —reconoció Dux—. Yo tampoco.

Pax, alardeando de sus conocimientos, aseguró:

—Son competiciones entre dos personas o dos grupos...

Comprobando que había despertado la atención de sus compañeros de triunvirato, siguió:

—Sí... Veréis, años atrás los hombres perdían el tiempo de una manera harto curiosa: por ejemplo, se tiraban todos al agua y procuraban llegar en primer lugar a un punto determinado.

—¿Para qué? —preguntó Dux.

—No está muy claro... Creo que les daban una medalla.

Con un gesto de incredulidad, Dux inquirió:

—¿Y eso era todo?

—Había otros... ¿deportes...? Sí, claro, deportes... Competían para ver quién saltaba más alto o mayor cantidad de metros lineales; tiraban una cosa redonda a un campo, pelota, creo que la llamaban, y la perseguían dos grupos distintos, con la intención de llevarla a las

líneas opuestas del lugar donde se jugaba... si es que a eso se le puede llamar "jugar", claro... Tengo entendido que incluso montaban sobre ciertos animales llamados "caballos", y les maltrataban para que llegaran en primer lugar a un punto determinado...

Dux, pensativo, opinó:

—Qué raro, ¿no?

—Sí —reconoció Lex.

—¿Dice algo de todo eso la computadora? —preguntó Dux.

—Nada. Hace tantísimo tiempo que desapareció todo eso, que no fue incluido en los programas originales.

—Luego no está prohibido...

—No.

Dux meditó largo tiempo, antes de interesarse:

—Lex... ¿Adónde podría llevarnos permitir esos... juegos o como se llamen?

El interpelado aseguró:

—No lo sé, Dux. Por una parte, va en contra del principio de la igualdad, es decir, que incita a la competición. Competir significaría, probablemente, ansias de vencer, de ser el mejor, y eso desencadenaría sentimientos de superioridad en los deportistas más dotados... No me extrañaría que, pasado algún tiempo, los jugadores exigieran dictaminar sus propias leyes al margen de la computadora...

Dux lanzó una estruendosa carcajada, al final de la que comentó:

—¿Os imagináis a un manual de último grado, montado en uno de esos caballos y diciendo que como el suyo es el más rápido de todos, quiere entrar aquí, en la computadora? ¿No es risible?

Corearon las risas de Dux durante un buen rato, hasta que éste dijo:

—¿En qué más dice que se nota la falta de libertad?

—Asegura que separamos a los hijos de sus padres cuando éstos se casan.

Pax estalló:

—¡Pues que sigan solteros!

—Glaris asegura que, en tal caso, aquellos que deseen casarse y mantenerse cerca de sus progenitores, no podrían hacerlo. Y que no es un acto de libertad dar dos opciones: soltero y con los padres, o casado y sin ellos.

—¿Dice algo de eso la computadora? —preguntó Dux.

—Poco... El traslado de los hombres se hace, sobre

Escaneado con CamScanner

todo, de acuerdo con su nivel profesional... Taxativa, expresamente, no hay nada sobre el particular.

—¿Algo más?

—Sí... Propone que las gentes dejen los medios audiovisuales y salgan al campo.

Sobrecogido, Dux exclamó:

—¡Válgame la cordura! ¿Para qué quiere eso?

—Para oler las flores y contactar con la naturaleza.

Perplejo, Pax opinó:

—No lo comprendo... ¿Es que no puede oler las plantas en los videos? ¿No puede casi tocar los animales de las películas tridimensionales?

—Ese *casi* es lo que, a su juicio, falla.

Dux, cortando el diálogo de sus compañeros, habló:

—En definitiva y concretando, lo que Rudolf Glaris quiere es que la gente tome iniciativas, ¿no? Que pueda optar entre el campo y el método audiovisual, ¿no? Que deje de comportarse como hasta ahora; de seguir las reglas de convivencia y que realice cosas que escapan a los programas de la computadora, ¿no?

—Eso parece —reconoció Lex.

—Bien, el riesgo está claro... Si la gente tiene dos opciones y les permitimos elegir, no cabe duda de que el campo de elección será cada día más considerable... Comenzarán con los juegos; seguirán con el campo, y terminarán por pedir que les dejemos cerca de sus padres, que les autoricemos a poseer un vehículo para desplazarse e, incluso, que repasemos cotidianamente sus posibilidades profesionales...

Ante el asombro y la perplejidad de sus colegas, Dux prosiguió:

—De ahí a cuestionar la computadora, es decir, todo el sistema, sólo va un paso. Y, decidme, ¿cómo podríamos vivir sin la computadora? ¿Cómo?

Lex y Pax negaron vehementemente con enérgicos movimientos de cabeza, ante lo que Dux prosiguió:

—Además, tened en cuenta que somos nosotros los que alimentamos la máquina... ¿Qué haríamos sin ella? ¿Te imaginas tú, Lex, escribiendo tesis en un laboratorio de investigación?

No.

Desde luego, no se lo imaginaba. Como no podía hacerse una idea de lo que sería su vida si, por cualquier circunstancia, se viera obligado a abandonar la fastuosa mansión en la que vivía y las prerrogativas propias

de su cargo. ¿Cómo continuar existiendo sin uno de los cuatro aparatos de relajación corporal que tenían en su orden social? ¿Cómo prescindir de sus dos unidades privadas de impulsores individuales, que le permitían desplazarse un par de veces al mes hasta el domicilio de la que fue su esposa antes de alcanzar un cargo en el triunvirato? ¿Cómo adaptarse a una vida de rutina, mecánicamente perfecta, él, que desde hacía tantísimos años hacía lo que le venía en gana?

Y, desde luego, ¿cómo desacostumbrarse de las exquisiteces de la Sección Especial, en la que él y sus compañeros podían disponer de cualquier cosa, desde manjares a ingenios nuevos; desde filmes "apartados", hasta relaciones femeninas gratísimas y desinteresadas?

No. "Aquello" no podía pasar.

Por eso Lex forzó al máximo su imaginación. Por eso, tras un prolongado esfuerzo, estalló:

—¡Ya lo tengo!

Dux y Pax le miraron sobresaltados.

—¡La secta! ¡La Hermandad! ¡Llamad al juez! ¡Avisad a Birger Hamrin y que se persone aquí inmediatamente! Mientras tanto, os pondré al corriente de la idea que se me acaba de ocurrir.

Escaneado con CamScanner

Capítulo VI

Cuando, en su celda de aislamiento social, Rudolf Glaris había pensado que todos los miembros de la "Hermandad de la Rosa, de la Cruz y del Amor" pertenecían a la clase de trabajadores manuales, hizo mentalmente dos excepciones. Una de ellas era, evidentemente, Reginald Wanter, secretario general de la Hermandad.

El segundo individuo, perteneciente a la categoría de intelectuales, era, a juicio de Glaris, un ser misterioso. O, mejor, un ser que intentaba disimular su insignificancia tras una especie de cortina de falso misterio. Se hacía llamar "profesor" Dherwidd... a pesar de que jamás nadie había conseguido pruebas de que, en efecto, impartiera la docencia en algún centro social. Sin embargo, y de eso no cabía la menor duda, pertenecía a la élite intelectual.

Rudolf Glaris, probablemente porque jamás permitió que se le pusiera al corriente de ciertos aspectos de la Hermandad, no podía saber que el "profesor" Dherwidd era un especialista en terapias medicinales antiguas y que, como experto en ellas, dominaba a la perfección técnicas como la del hipnotismo que, en el año 2103, habían sido sustituidas merced a los avances de la investigación bioelectrónica.

Curiosamente, esa misma intuición que le forzaba a tomar determinaciones consideradas anormales en la época y que le inclinó al rechazo de una instrucción metódica de los aspectos más secretos de la Hermandad, sirvió también para que ignorara que aquella tarde del 5 de enero del año 2103, Reginald Wanter y Sankt Gallen, el joven de veintiocho años, soltero y huérfano, se encaminaron hacia el domicilio del profesor, después

de haber efectuado un largo y, al parecer, aleccionador paseo por los campos cercanos a la ciudad.

Naturalmente, jamás llegaría a enterarse de lo que se trató en la insólita reunión. Mas eso nunca llegó a inquietarle... al menos en el transcurso del año 2103.

* * *

El juez Birger Hamrin, presidente de la Primera Sala de Audiencia de la capital, entró en el despacho y ocupó la silla que, situada entre Lex y Pax, le ofrecía, mientras permanecía sentado tras la imponente mesa, el poderoso máximo representativo del triunvirato: Dux.

Lo menos que podía decirse del magistrado es que estaba impresionado; real e intensamente impresionado, tanto por la majestuosidad de unas instalaciones que visitaba por vez primera, como por la sobrecogedora presencia de Dux, máximo responsable social del orden, de quien tanto había oído hablar y a quien jamás vio en persona.

Lex y Pax eran... ¿cómo decirlo...? Distintos. Con Lex había mantenido periódicos, aunque distantes, contactos; con Pax incluso departió amistosamente en determinados momentos de su carrera profesional... Ambos, de alguna manera, habían perdido ese encanto atractivo e inquietante que siempre tenía lo desconocido.

Pero Dux... Dux era otra cosa.

Intuía que algo grave debía estar pasando para que la más alta jerarquía del orden le concediera una audiencia. O, no... No era una audiencia, sino que le había llamado a su presencia. En su fuero interno, Birger Hamrin estaba convencido de que el motivo de su llamada únicamente podía estar relacionado con el caso Glaris, mas... ¿era para recibir nuevas instrucciones o exigían su presencia para reconvenirle por alguna equivocación cometida?

Este vago temor y, desde luego, las contradictorias sensaciones que le originaba el simple hecho de estar allí, en el centro de la computadora y ante Dux, le obligaban a un desusado esfuerzo para controlar sus reacciones nerviosas y, por tanto, le daban un aire de hombre violentado que el propio Dux trató de disipar:

—Siéntese y permanezca tranquilo... Le hemos llamado para recabar su opinión.

Impensadamente, el juez se oyó preguntar:

Escaneado con CamScanner

—¿Sólo para eso?

Inmediatamente pensó que era una pregunta estúpida, a la que tan sólo se daría una respuesta ambigua:

—¿Le parece poco o es que teme que exista otra razón? —le replicó Dux.

—Disculpe... Son los nervios.

—Cálmese, Hamrin. No sucede nada... por ahora. Lex quiere proponer una solución para el caso Glaris, solución que es de nuestro agrado y que deseamos exponerle, ya que sin su colaboración nos sería muy difícil llevarla a cabo. ¿Está usted dispuesto a escucharla?

Hamrin comprendió que, en definitiva, se trataba de imponerle una norma de conducta en su profesión; de forzarle a hacer algo, lo que, evidentemente, iba en contra de las normas. Pero... ¿qué podía hacer él, pobre juez de Audiencia? De momento, oír... Después, con toda la seguridad, aceptar...

—Naturalmente, señor... Es un caso difícil en el que me siento parcialmente desorientado... Tal vez alguna sugerencia hábil podría ser de gran utilidad...

Dux sonrió ante la diplomacia del magistrado y ordenó:

—Adelante, Lex.

—No es necesario recordarle las complicaciones que está originando el asunto Glaris...

—Desde luego que no —reconoció Hamrin.

—Voy a comentarle, en primer lugar, nuestro punto de vista... Es decir, la opinión que nos merece la actuación de Rudolf Glaris, siempre en relación con el bienestar social que todos deseamos para nuestros congéneres...

—Es algo que les honra, señores —aduló Hamrin.

Intentando desdramatizar el asunto, Lex prosiguió:

—Aunque personalmente creemos que las teorías de Rudolf Glaris son absolutamente inviables..., intrascendentes incluso para gentes formadas como usted mismo o para el estrato intelectual de la sociedad, no podemos por menos que sentir un vago, aunque concreto, temor sobre la nociva influencia que podría ejercer sobre las personas que, debido a sus aptitudes claramente señaladas por la computadora, desarrollaron con menor amplitud sus ya de por sí escasas facultades mentales... ¿Sigue usted mi razonamiento?

El juez sonrió al decir:

—Creo que sí.

—Me alegro. Regresando al centro de la cuestión, le diré que, como usted ya sabe, nada en concreto hay en la computadora que nos permita alejar a Rudolf Glaris de la esfera social en que se mueve. Mas ello se debe, fundamentalmente, a dos razones: la primera, que el acusado pretende el regreso a una sociedad caduca, arcaica, totalmente inviable, que no fue computada como negativa debido, precisamente, a su antigüedad y a su inviabilidad. La segunda, relacionada íntimamente con la anterior, consiste en un hecho que, de alguna manera, podría ponernos en entredicho...

Hizo una pausa, buscando las palabras exactas y continuó:

—Verá, juez Hamrin... El único hombre que conoce a fondo las culturas anteriores es, precisamente, Rudolf Glaris... Existen, sí, personas que dominan parcelas de las civilizaciones precedentes quizá con mayor detalle que el propio Glaris; pero sólo eso: parcelas. Para tener una amplia visión de conjunto de la sociedad que el acusado propugna, necesitaríamos reunir a todos esos intelectuales y mantener una tanda de conversaciones e intercambios culturales que, probablemente, nos llevaría años... En tales condiciones, la computadora no puede ser alimentada en sus programas-madre, es decir, computando como negativas todas las circunstancias de civilizaciones anteriores, por dos causas: una, nuestro desconocimiento del tema; otra, que algunas de sus instituciones, como por ejemplo el matrimonio, la procreación, el trabajo, etc., han sido aprovechadas por el Nuevo Orden, si bien bajo formas distintas a las pasadas. Es obvio que si decidiéramos alimentar los programas-madre negativamente, en el caso de que conociéramos perfectamente esas civilizaciones, la computadora comenzaría a rechazar una gran parte de nuestro actual ordenamiento... ¿Entiende usted?

El juez afirmó:

—Sí... Continúe.

—Si se diera este segundo supuesto, comprenderá usted que tanto la posición del triunvirato, como la de toda la élite intelectual, quedaría un tanto desairada ante la sociedad...

El juez meditó un instante y coincidió:

—Desairada, sí... Y preocupantemente atareada en reorganizar el sistema social, de acuerdo con las nuevas normas que, indudablemente, generaría la computadora.

Escaneado con CamScanner

—Exacto —intervino casi alegremente Dux.

—Se preguntará usted —prosiguió Lex— por qué no seguimos el sistema normal: prevenir hasta las últimas consecuencias lo que puede suceder y preguntar a la computadora...

Hamrin iba a protestar: ¿cómo podía pensarse de él semejante cosa? ¿Cómo iba él a osar...? Lex, imperturbable, no le permitió hablar y se autocontestó:

—Simplemente, por desconocimiento de las culturas... Hasta donde somos capaces de llegar, la instauración de ciertas reformas no es incompatible con el sistema en que vivimos... Mas, como ignoramos muchas facetas de esas culturas que Glaris defiende con tanto entusiasmo, tememos que nuestras deducciones adolezcan, en sus premisas iniciales, de falta de datos. Ello nos conduce a la desagradable situación de saber que nuestras conclusiones son erróneas... sin poder demostrar que, en efecto, lo son. ¿Comprende?

El juez comprendía perfectamente. Si Lex aceptaba sus conclusiones como acertadas, la computadora no encontraba nada punible en las teorías de Glaris. Si reconocía que se equivocaba, al no poder computar las razones de ese error, la máquina rechazaría el informe. Y, en cualquier caso, Rudolf Glaris quedaría absuelto de toda culpa..., y más si se tenía en cuenta que, según la normativa legal, le quedaba todavía un tercer acto de autocrítica...

Sí... Era una difícil situación. Birger Hamrin lo reconocía... aunque no dejaba de hacerse algunas preguntas. Pero no era el momento de formularlas en voz alta y respondió:

—Sí. Comprendo perfectamente.

—Espléndido. Entonces, seguramente aceptará nuestras indicaciones para resolver el caso.

Afectando cierta humildad, el magistrado murmuró:

—Desde luego... Lo que esté en mi mano...

Dux interrumpió a su colega y propuso:

—Vamos a centrar su culpa en la influencia negativa que pretendió ejercer sobre esa Hermandad a la que pertenecía.

Hamrin se sobresaltó. Cuidadosamente, eligió las palabras para recordar:

—Sin pretender contradecirle, Dux, debemos pensar que la "Hermandad de la Rosa, la Cruz y el Amor" es

perfectamente legal y que sus miembros han sido expresamente autorizados para pertenecer a ella...

—¿Y cuál es el inconveniente? —preguntó Dux.

—Si deseamos demostrar que Rudolf Glaris ejerció esa negativa influencia y que la computadora lo acepte como hecho antisocial, será preciso que alguno de sus miembros declare en contra del acusado. Y eso lo veo harto imposible...

Displicentemente, Dux jugueteó con el juez, al interrogarle con aires de superioridad:

—¿Y por qué?

—Por dos razones. Primera, por la especial idiosincrasia del grupo. Sabemos que esa influencia no ha existido y, conociéndolos como les conozco, juraría que no declararán en contra de Glaris. Segunda, porque en el improbable supuesto de que depusieran de acuerdo con nuestros deseos, ellos mismos, los testigos, serán sancionados por la computadora a un período de rehabilitación síquica. Y, la verdad, no creo que nadie desee abandonar su vida normal para dedicar unos meses a semejante terapia.

Dux, con aires de que empleaba una infinita paciencia para con su ignorante interlocutor, murmuró:

—No se preocupe por eso, Hamrin... Los testigos se los daremos nosotros esta misma tarde, si lo desea.

Sorprendido, el juez preguntó:

—¿Han conseguido que alguien traicione a la Hermandad?

—No —reconoció Dux, entre las sonrisas de complicidad de sus dos colegas.

—¿Entonces?

—Algo mucho mejor...

Hizo una breve pausa para conseguir una mayor intensidad en el efecto que pensaba producir, y siguió:

—Querido juez... Es usted un profesional perfecto, mas desconoce muchos aspectos del poder... Tal y como le he prometido, esta misma tarde, si lo desea, le entregaremos esos testigos... ¿Cuántos quiere? ¿Tres? ¿Cuatro? Pida usted... Pida sin temor...

Dubitativamente, Hamrin opinó:

—Creo que dos serían suficientes.

—Muy bien... Dos... ¿Los prefiere varones o hembras?

El magistrado, sorprendido, aseguró:

—No importa... Eso no importa...

Escaneado con CamScanner

—Bien... Dentro de un rato les tendrá en su despacho. Ya sabe cuál es su obligación: interrogarles en el procedimiento de mañana y demostrar a la computadora que Hamrin influenció negativamente en ellos. ¿Estamos de acuerdo?

Levantándose, el magistrado balbuceó:

—Completamente.

—Entonces, ya nos veremos. Gracias por su colaboración.

* * *

La afiliación a la "Hermandad de la Rosa, de la Cruz y del Amor" era perfectamente legal; para lograr su programación, era necesario únicamente dar el nombre a la computadora.

Lex actuó con tranquilidad. Una simple llamada y dos personas que estaban sufriendo tratamiento de rehabilitación por causas eróticas se personaban en el despacho de Dux. Minutos después, Ralph Ramper y Georgia Mass firmaban un documento solicitando su cómputo en la máquina como miembros de la Hermandad.

A cambio, el Estado les permitiría regresar a sus domicilios antes de concluir la cura sin que Pax, el encargado de seguir el cumplimiento de las decisiones, interviniera.

Mas, semejante prebenda únicamente podría ser alcanzada si los dos seres elegidos superaban el "pequeño e insignificante" trámite de valorar, al día siguiente, ciertos aspectos negativos de la conducta de un hombre al que ni siquiera conocían.

Claro que, a juicio de Lex, aquello no sería muy difícil, ya que Birger Hamrin, el juez que les sometería a un breve e intrascendente interrogatorio frente a la computadora, iba a aleccionarles previamente sobre las características de sus preguntas.

Previa e inmediatamente porque, para sorpresa de Ralph y Georgia, aquella misma tarde fueron conducidos a presencia del magistrado.

* * *

Dos horas después, Reginald Wanter y Sankt Gallen regresaban al domicilio del primero. Tomaron asiento,

se miraron con cierta perplejidad y Sankt, con los ojos muy abiertos por el entusiasmo, reconoció:

—Será fácil, Reginald. Muy fácil.

A lo que, vacilante, el secretario de la Hermandad replicó:

—Eso espero... *Eso esperamos.*

Escaneado con CamScanner

Segunda parte

HECHOS

"Para conservar su imagen, a la sociedad le resulta muy conveniente apartar todo aquello que pueda poner de manifiesto sus contradicciones y su incoherencia."

(*Ronald D. Laing,* siquiatra)

Escaneado con CamScanner

Capítulo primero

Jean Capel, el abogado que iba a hacerse cargo de la defensa de Rudolf Glaris, entró en la amplia sala dispuesta para la vista casi una hora antes de la señalada para su celebración.

Compungido, meditó:

"Deprimente... Absolutamente deprimente... Han pretendido reconstruir un escenario jurídico de hace más de un siglo y, evidentemente, no lo han conseguido."

Repasó una y mil veces el *atrezzo* de la farsa hasta que, bien a su pesar, tuvo que concluir en que, estéticamente, todo estaba muy logrado... Tal vez *demasiado logrado.*

"Sí —reflexionó, comparando la sala con las fotografías que había utilizado en su época de estudiante—, es exacta... Bancos para el público... Un amplio estrado... La mesa presidencial... A los lados y rodeándola, otras dos mesas para el defensor y la acusación... El banquillo para el reo... Pero falta algo... Algo importante..."

Sin quererlo, vino a su memoria que ese *algo* ya lo había utilizado el día anterior. Pero... ¿cuándo? Se esforzó levemente, antes de recordar el instante:

"Sí... Cuando terminé de escuchar *Un mundo feliz*... Pensé que, salvando las distancias, entre la sociedad que plasmaba el autor y la actual, existía una similitud... Y que esa similitud era *algo* que faltaba o que sobraba en ambas civilizaciones... Cierto —volvió a insistir—, noté esa similitud que, aquí, en esta sala, es diferencia."

Siguió curioseando durante un buen rato. Paradójicamente, todo lo que se había instalado, es decir, la estética física de la sala, era idéntico a lo que, en tiempos, constituyera un tribunal convencional. Y, sin embargo...

"Falta algo... Algo que dé a la estancia esa sensación

Escaneado con CamScanner

de severa majestuosidad... de austera grandiosidad que se desprende de todos los documentos gráficos que he examinado..."

Por un momento, pensó que la diferencia podía estribar en su estado anímico, un tanto deprimido por su convencimiento de que "aquello" sería una pantomima; pero cuando iba a profundizar en semejante idea, decidió abandonar la sala y encaminarse hacia un despacho que se le había otorgado para cumplimentar sus trámites oficiales en aquel proceso. Total, ¿a él qué le importaba?

Desencantado, salió de la estancia y caminó por los modernos pasillos. Desgraciadamente, no había sabido calibrar la diferencia entre mesas, bancos y sillas de madera y los mismos utensilios de metales más o menos nobles. Los primeros, siglos atrás, imponían respeto. Los segundos, aquella mañana del 6 de enero del año 2103, se convertirían en mudos notarios, en inútiles testigos, en degradados componentes de una obra teatral, escrita y dirigida únicamente con la intención de aniquilar a un hombre.

* * *

Minutos antes de las nueve de la mañana, el juez Birger Hamrin entreabrió mínimamente los cortinajes situados entre su despacho accidental en la sala de vistas recién instalada y la sala en sí y, al mirar subrepticiamente por la rendija, no pudo por menos que efectuar un gesto de desánimo...

"No me gusta —murmuró—. No me gusta nada..."

En previsión de lo que pudiera suceder, el magistrado había entregado a los vigilantes una lista con los nombres de todos los miembros de la "Hermandad de la Rosa, de la Cruz y del Amor". Desde luego, los relacionados tenían absolutamente prohibida la entrada a la estancia... Sin embargo, dos circunstancias disgustaban intensamente al juez. De un lado, la masiva presencia de intelectuales que, quizá movidos por su lógica curiosidad investigadora, llenaban los bancos destinados al público con la intención, creía Birger Hamrin, de presenciar "in vivo" el desarrollo de una sesión jurídica anacrónica...

"Demasiada gente —masculló—. Demasiado interés... Demasiados testigos... ¿Y si vinieran por otras causas?

¿Y si pensaran lo mismo que el acusado? A fin de cuentas, poco sabemos de las intenciones de Rudolf Glaris y mucho menos de sus correligionarios..."

Pero el segundo punto observado molestaba más, si ello era posible, al magistrado. Allí, en los primeros bancos, rodeado de colegas intelectuales, estaba Reginald Wanter, secretario general de la Hermandad.

"¿Cómo habrá logrado entrar? ¿Quién habrá sido el incauto que ha desobedecido mis instrucciones?"

Visiblemente molesto, corrió delicadamente la cortina, se acercó a la mesa de su improvisado despacho, tocó un timbre sin cables y al momento apareció un hombre semioculto entre los brillantes pliegues de un uniforme metalizado.

—¿Me ha llamado, señor?

—Sí. ¿Quién ha permitido la entrada al caballero que está en el primer banco de la derecha, ocupando el segundo lugar a partir del centro?

Sin molestarse en mirar, el vigilante respondió:

—Yo, señor... Todos los que han entrado en la sala han sido previamente identificados por mí.

Vaciló por un momento, preso de la ira. Sin embargo, supo contenerse y preguntó:

—¿Tiene usted la lista que le entregué esta mañana?

—Sí, señor.

Se la tendió. Birger Hamrin no tuvo necesidad de leerla, ya que, en primer lugar, aparecía bien claramente el nombre de Reginald Wanter.

Rojo de rabia, se situó frente al suboficial, señaló con el dedo la primera línea de la relación y, procurando controlarse, le preguntó airadamente:

—¿Sabe leer?

—Sí, señor.

—¿Qué pone aquí?

—Reginald Wanter, señor.

—¿Sabe quién es?

—No, señor.

Birger Hamrin no pudo contenerse y estalló:

—¡Pues justamente el caballero que se sienta en el primer banco de la derecha, ocupando el segundo lugar a partir del centro! ¿Puede usted explicarme eso? ¿Puede?

Lívido, el vigilante balbuceó:

—Creo que sí, señor.

—¡Pues hágalo!

Escaneado con CamScanner

—Creí que esta lista comprendía únicamente personas de niveles más bajos que los intelectuales. Al no recibir instrucciones en contra de que éstos presenciaran el juicio, no vi inconveniente en que el señor Wanter les acompañara... Creí que la relación era, simplemente, para impedir que los de labores manuales o...

—¿Y quién le ha pedido a usted que piense? ¿No sabe cuáles son sus responsabilidades? ¿No sabe en qué lugar le situó la computadora? ¿No sabe qué puede ocurrirle si se sale de él? ¿No sabe que para pensar hay que estar en un lugar más alto que el de usted? ¿No sabe que voy a proceder contra usted y que espero que la computadora le conceda un largo período de rehabilitación síquica? ¡¡Váyase!! ¡¡Váyase!!

Seriamente atemorizado, el hombre dio media vuelta con la intención de salir por una de las puertas laterales del despacho. Sin embargo, al llegar a ella creyó haber encontrado una posible solución a su error y, a pesar del riesgo que ello entrañaba, murmuró:

—Señor... Si lo desea, puedo encargarme de obligarle a abandonar la sala.

Birger Hamrin le fulminó con la mirada. Luego, simulando una aparente calma y exagerando la pronunciación para que el desgraciado vigilante se diera perfecta cuenta de su nuevo error, comentó:

—Veo que persiste usted en la fea costumbre de pensar por otro... Bien... Bien... Veremos. Ya veremos. De momento, si es que le *apetece* obedecerme, deje al señor Wanter donde está y regrese usted a su lugar. Cuando termine con el asunto Glaris, ya me encargaré de usted, caballerete.

Y, mascullando las sílabas, concluyó, mientras le hacía un gesto para que abandonara la estancia:

—No le quepa duda... *Me encargaré de usted.*

* * *

En otro despacho improvisado, de características similares al del abogado Jean Capel, el fiscal Larson Zoam jugueteaba con las volutas de humo que, expertamente, hacía salir de su amplia... amplísima boca.

Ni siquiera se había leído el sumario: ¿para qué? Todo estaba meridianamente claro: la computadora aseguraba que Rudolf Glaris había cometido actos antisociales, pero no concretaba cuáles... ¿Iba él, Larson Zoam,

un hombre sacado de sus investigaciones literarias para desempeñar el arcaico cargo de acusador, a poder competir con la casi perfecta máquina que controlaba todos los eventos de la vida social?

"No —se respondió, exhalando el humo que le quedaba en la boca—. Rotundamente, no."

Entonces... ¿para qué perder el tiempo leyendo aquel fajo de folios incoherentes? Se limitaría a hacer siempre la misma calificación: actos antisociales generalizados. Y nada más.

Si existían los testigos y las declaraciones del propio encartado se encargarían de demostrarlo y la computadora, tras la evaluación, de dictar sentencia. Si esos hechos presuntamente cometidos por Glaris no eran ciertos, ¿a qué preocuparse?

De cualquier forma, terminada la representación de la mañana, las cosas regresarían a su normalidad y nadie, en mucho tiempo, volvería a pensar en la posibilidad de utilizar caducos sistemas procesales para enjuiciar la conducta de un hombre.

"Y, siendo así, ¿para qué molestarse en quedar bien o mal, si no ha de servir de nada?", se dijo.

Lógicamente, no pensó ni por un instante en la posibilidad de que Rudolf Glaris fuera condenado a pesar de ser inocente; y no tuvo en cuenta tal probabilidad porque, en primer lugar, nadie le había dicho que, en tiempos, los fiscales intentaban ayudar a los tribunales a buscar la verdad tanto como los abogados. Y, en segundo término, porque... ¿quién lo dudaba...? La computadora era perfecta y jamás... ¿se entiende...?, jamás podía cometer un error de tales dimensiones.

* * *

También pocos minutos antes de las nueve de la mañana, Rudolf Glaris se mantenía ocupado en meditar los cargos que pesaban sobre él y que, algo más tarde, serían sometidos a proceso en una sala instalada expresamente para tan macabro trámite.

Y no estaba seguro de nada; es decir, de *casi* nada... porque ni él mismo era absolutamente consciente de las consecuencias que, con el tiempo, podrían acarrear sus teorías.

Más de una vez había declarado que no pretendía el cambio del sistema; bien al contrario, opinaba que si los

Escaneado con CamScanner

hombres pudieran desempeñar las mismas funciones que desarrollaban en el orden social moderno *voluntariamente*, es decir, como resultado del ejercicio de su propia voluntad, en lugar de hacerlo por imposición de una computadora a la que prácticamente nadie había visto jamás, el sistema social quedaría automáticamente revitalizado. ¿Era eso un acto antisocial? No lo entendía él así y, sin embargo, por causa de semejantes ideas se encontraba allí, en aquel cómodo apartamento, cumpliendo una orden de aislamiento dictado por la infernal máquina...

Intuía que sus hipótesis habían tocado algo del sistema; algo vital que, inmediatamente, encendió las luces de alarma y le obligó a actuar en contra de la normalidad... Mas no podía concretar qué era...

"Los deportes, los juegos, la elección del campo ante la masiva deformación audiovisual, no son nada más que ejemplos de lo que el hombre puede hacer hoy mismo sin contravenir las instrucciones de la computadora... ¿A qué viene, pues, semejante revuelo? ¿Por qué se han alterado los superiores hasta el punto de abandonar el método usual de juicio y emplear contra mí uno ya caduco?"

Sabía, desde luego, que deseaban una sentencia condenatoria por parte de la computadora. Y que, vista la falta de concreción de la máquina, pretendían ofrecerle nuevos datos por medio de testimonios y declaraciones... Pero... ¿acaso se plantearían ideas diferentes a las que, hasta entonces, la máquina había recibido? ¿Iba él a decir cosas distintas? No, por supuesto... Entonces, ¿para qué repetir lo mismo, si la máquina ya lo tenía en sus entrañas?

"Quieren aniquilarme —pensó—. Pero no saben cómo... En definitiva, les he puesto fuera de juego... O así se sienten ellos... ¡Y pensar que yo sólo buscaba lo contrario! ¡Pensar que únicamente deseaba la humanización del individuo para que, recuperada su libertad, hiciera lo mismo que hace ahora, pero con mayor alegría... con más espontaneidad! ¿Qué habré rozado con mis ideas, que tanto alboroto ha levantado?"

Esa pregunta le tenía atormentado. En su fuero interno, *sabía* que estaba defendiendo la libertad; que no era seguro el hecho de que, en caso de poder elegir, los hombres optaran por seguir haciendo lo mismo que hasta entonces; que, probablemente, conocidas otras formas

de vida, la sociedad se hubiese decantado por una manera distinta de ordenamiento existencial... Mas... ¿era eso tan importante para los que alimentaban la computadora?

No quería reconocerlo, pero él *sabía todo eso.* Y quizá mucho más. Sin embargo, ante el temor de una sentencia de destierro en el tiempo, su fuerza moral empezaba a resquebrajarse... El convencimiento íntimo de que tenía una buena parte de razón, le había dado energías suficientes para enfrentarse con el orden sin valorar, para nada, las desgracias que ello pudiera acarrearle. Mas nunca pensó en la última pena...

Y, en aquellos momentos, instantes antes de que fuera trasladado a la sala de vistas, se preguntaba si en realidad valía la pena el esfuerzo que estaba efectuando. Si no sería más conveniente rendirse ante la fuerza, reconocer errores, pasar a ser un obrero manual y extinguir lo más plácidamente posible el resto de su vida, aislado de preocupaciones y de riesgos.

Porque, quizá debido al miedo, Rudolf Glaris también temía que pasados unos años, nadie se acordara de aquel loco que, un mal día del año 2103, fuera juzgado y condenado a la pena de destierro en el tiempo, a causa de sus ideas encaminadas a la reforma social.

Y eso, a él, le parecía la peor de las condenas.

* * *

A las nueve horas menos un minuto del día 6 de enero del año 2103, eJan Capel, nombrado abogado especial de Rudolf Glaris, abandonaba el despacho provisional instalado en el edificio de la Administración Ejecutiva de Justicia, y se encaminaba hacia la Sala Especial de Vistas.

Exactamente a la misma hora, el fiscal Larson Zoam apagaba el último cigarrillo contra el cenicero, efectuaba magistralmente cuatro o cinco aros de humo y, casi con alegría, dejaba su oficina transitoria en dirección a la sala del juicio.

Tras las cortinas de separación, a las nueve menos treinta segundos, el juez Birger Hamrin observó cómo los dos letrados tomaban asiento, frente a frente, en sus respectivas mesas separadas siete u ocho metros y cómo, cercado por dos vigilantes, el acusado Rudolf Gla-

Escaneado con CamScanner

ris permanecía en pie, cerca de lo que, en otros tiempos, se llamaba "banquillo".

Aguardó unos segundos y, a las nueve en punto, abrió enérgicamente las cortinas para, con dos largos pasos, salvar la escasa distancia que le separaba de su mesa, colocarse tras ella y, orgullosamente, desde la altura que le proporcionaba su elevada jerarquía, anunciar:

—Caballeros, se abre la sesión.

Capítulo II

Larson Zoam alargó expresamente la estudiada pausa que había efectuado. Tanto él como el juez Hamrin, sabían que Dux, Pax y Lex seguían atentamente el desarrollo del proceso por medio de la televisión sin cables y, en una autoconcesión a su propia egolatría, el fiscal había decidido mostrarse *brillante*. No justo, equitativo o imparcial, que para eso ya estaba la computadora, sino *brillante*. ¿Por qué esa determinación? ¿Para qué? Lo desconocía; pero, en parte por lucirse ante los superiores, y en parte porque le encantaba la tensión que había provocado en el auditorio, estaba convirtiendo su intervención en una perfecta, aunque macabra, representación teatral.

Cuando creyó oportuno reanudar su parlamento, concluyó:

—Este fiscal cree honestamente que los actos y las ideas propugnadas por el acusado Rudolf Glaris quedan perfectamente definidos por el delito que, en nuestro orden social, se conoce bajo el concepto de "comportamiento antisocial generalizado", por lo que propongo a la Sala que así sea computado.

Lo último era completamente gratuito, pues, como todos sabían, un terminal de la computadora se había colocado en la Sala; un terminal completísimo, que captaba palabras e imágenes y que, inmediatamente, las enviaba al enorme cerebro instalado en otras dependencias.

Birger Hamrin obvió la reconvención que merecían las últimas palabras del fiscal, y anunció:

—El defensor tiene la palabra.

Jean Capel, sin levantarse de su sillón, miró afectuo-

Escaneado con CamScanner

samente a Glaris, clavó sus ojos con desprecio en el fiscal y, centrando su atención en un punto imaginario de la pared que tenía frente a él, comenzó su intervención:

—Señor juez, dicen los libros que tratan de las costumbres y el protocolo de hace dos siglos, que en las vistas llamadas públicas, similares a la que hoy intenta reconstruirse aquí, abogados y fiscales citaban a los magistrados con el nombre de "señoría". Mi primera pregunta al tribunal es: ¿debo, también, utilizar tal vocablo?

Hamrin y Zoam se miraron desconcertados. Esperaban de Capel todo... cualquier cosa menos eso: sacar a relucir las costumbres de doscientos años atrás. Buscando una salida airosa a la situación, el juez interrogó a su vez:

—¿Es eso importante?

Muy seguro de sí mismo, Capel replicó instantáneamente:

—Lo es..., si aceptamos completamente el sistema que se pretende reproducir...

Triunfante, Birger Hamrin concluyó:

—Entonces, llámenme así.

—En ese caso —continuó el defensor—, debo solicitar a su señoría la suspensión del juicio.

El magistrado se revolvió incómodo en su asiento. A la primera intervención, Capel le estaba llevando a una situación difícilmente superable... ¿Qué pensarían los superiores? ¿Qué dirían ante semejante altanería?

Intentando ganar tiempo, inquirió:

—¿Por qué? ¿Qué razones puede aportar el defensor para mantener tan desproporcionada solicitud?

—Varias, señoría. Y muy importantes.

—Veámoslas.

—Existía, en los tiempos que pretendemos revivir, algo que se llamaba derecho procesal. Existía, asimismo, lo que se denominaba Ley de Enjuiciamiento Criminal. Ninguna de las dos normativas ha sido seguida en la presente vista. A tenor de ellas, tanto el fiscal como yo mismo, deberíamos haber calificado los hechos comprendidos en el sumario... Para quienes no sepan el significado jurídico del verbo "calificar", aclararé que se trataba de que abogado y fiscal elevaran al tribunal un escrito en el que se detallaban sus conclusiones sobre tipificación penal del presunto delito, circunstancias modificativas de la responsabilidad, o sea, atenuantes y agra-

vantes y, por último, solicitud provisional de fallo, bien absolutorio o condenatorio. Para ello, fiscal y abogado conocían de antemano todas las declaraciones, testimonios y, en definitiva, pruebas a favor y en contra del acusado...

Miró irónicamente a Birger Hamrin y, con tono despectivo, terminó diciendo:

—Si su señoría desea reproducir exactamente el sistema de hace dos siglos, como así acaba de manifestar, es obvio que debe procederse a la suspensión de esta vista, ya que esta defensa no ha tenido acceso a las pruebas periciales y testificales del sumario, ni, por supuesto, a ejercer los recursos que las citadas leyes ponían a su disposición para salvaguardar los derechos del acusado.

Era una trampa. Una maldita y cochina trampa. Y los superiores contemplando el desarrollo del acto en su despacho... ¿Qué hacer?

Birger Hamrin meditó durante unos instantes y dictaminó:

—Agradezco a la defensa su empeño en mantener impoluto el presente procedimiento, mas debo rechazar su propuesta... Sólo hay una razón para ello que, sin duda, el abogado comprenderá: todas esas pruebas que usted no ha visto, se encuentran ya debidamente computadas. Teniendo en cuenta que la valoración final de los actos del acusado deberá hacerla la computadora, es obvio que su desconocimiento del tema no va a influir en la sentencia final.

Visiblemente molesto, Jean Capel objetó:

—Debo insistir, señoría. Y también por una sola razón que se concreta en la siguiente pregunta: ¿cómo sé yo que, en efecto, se ha computado esa parte del sumario? Y, en tal caso, como extensión a la misma cuestión, ¿cómo comprobar que se ha computado exactamente la verdad?

Ofendido, el magistrado espetó:

—¿Duda usted de mi honorabilidad?

—No, señoría... Nada de eso... Pero... ¿es su señoría perfecto? ¿No puede haber cometido un error?

Airado, Hamrin respondió:

—En tal caso, la computadora lo habría indicado.

Sardónico, Jean Capel contrapuso:

—Aceptando que su señoría es honorable y que no ha podido equivocarse, ¿podría su señoría señalarme la

Escaneado con CamScanner

utilidad de este proceso? Si todas las pruebas están computadas, como lo están los presuntos actos antisociales del acusado, ¿qué hacemos aquí?

Cada vez con menos dominio de sí mismo, Birger Hamrin concluyó:

—Se lo diré: la computadora, como usted sabe, no concreta los cargos contra Rudolf Glaris. Y, si no lo hace, sólo puede ser por dos razones, o no son delitos antisociales, o le faltan datos. Estamos intentando, por medio del diálogo, que el ordenador capte el mayor número posible de ideas, gestos, reacciones y demás, en un intento de aclarar definitivamente el comportamiento del acusado. Por eso estamos aquí. Por eso seguiremos este proceso. Y por eso, porque para ofrecer a la computadora ideas, gestos y reacciones, no es preciso seguir con total exactitud las leyes de hace dos siglos, debo rechazar su petición.

Rudolf Glaris, sentado en el banquillo, no pudo por menos que sonreír con cierto gozo. Miró a su defensor, agradeciéndole con un gesto sus esfuerzos y pidiéndole mentalmente que dejara el tema... Estaban decididos a juzgarle y lo harían de cualquier forma... ¿Para qué, pues, molestarse? Seguir poniéndoles en evidencia únicamente conduciría a enfadarles, ofuscarles y, en última instancia, a perjudicarse él mismo.

Jean Capel pareció entenderle, puesto que con un guiño de complicidad, dejó de observar a Rudolf y, dirigiéndose al magistrado, esbozó una expresión de máxima humildad mientras decía:

—La defensa retira su solicitud de suspensión, señoría.

Calmado y sorprendido a partes iguales, Hamrin comentó:

—Es lo justo. Y ahora, si lo desea, puede comenzar su exposición de los hechos.

—Mi punto de vista es, señoría, absolutamente claro. Tengo que defender a un hombre al que no se le acusa de nada en concreto... Sí, ya sé que la computadora señala un comportamiento antisocial; mas también sé que no puede concretarlo. Me pregunto, señoría, ¿quién debe aportar los informes necesarios para que se materialice la acusación? La defensa no, desde luego; debe ser el fiscal quien lo haga. Mi línea de intervención en esta vista, tomada de acuerdo con el acusado, consistirá únicamente en mantener su inocencia, tal y como la computadora ha dictaminado ya en dos ocasiones...

El fiscal, sin previo permiso, interrumpió a Capel para decir:

—El ordenador le encuentra culpable de comportamiento antisocial generalizado...

Tranquilamente, el letrado indicó:

—Señoría, era costumbre cuando se celebraban estos juicios, que nadie hiciera uso de la palabra sin la venia del presidente que, en este caso, es su señoría...

Y, sin permitir que el juez interviniera, continuó:

—Sé perfectamente lo que dictaminó la computadora, señor fiscal, pero sucede que esa misma computadora no puede ordenar una sentencia condenatoria precisamente porque no sabe dónde está el delito, por más que lo incluya en un apartado general... Comportamiento antisocial puede ser un exceso de erotismo, un incumplimiento de mandatos computados, una competición por el poder o un trabajo mal hecho... Mientras no se detalle cuál es el delito de mi defendido, esta defensa se limitará a mantener que es inocente. Y, en todo caso, cuando el fiscal aporte pruebas que creamos perjudiciales para los intereses del procesado, opondremos las que entendamos oportunas para su desvirtuación.

Miró altivamente al magistrado y, al comprender que se esperaba algo más de él, terminó burlonamente:

—He dicho.

Larson Zoam empezó a maldecirse mentalmente. No había querido leer el sumario, pensando que "aquello" estaba más que visto para sentencia y ahora ese personajillo que le pusieran enfrente le entregaba la total responsabilidad del juicio... ¿Qué iba a hacer? ¿Qué preguntaría? Desanimado, miró al juez solicitando su ayuda. Y Birger Hamrin, solícito, decretó:

—Se suspende la sesión durante cinco minutos. El señor fiscal pasará inmediatamente a mi despacho. La sala no será desalojada.

* * *

Mientras Birger marcaba una cifra de dos números con ansiedad, el fiscal Zoam preguntaba, angustiado:

—¿Qué debo hacer? ¿Qué pregunto? ¿Cómo no se me informó de que el juicio seguiría estos derroteros?

Escaneado con CamScanner

—¡¡Cállese!! —bramó el juez—. ¡¡Cállese y escuche!!

Alguien descolgó un teléfono al otro lado del hilo y preguntó:

—¿Es usted, Birger?

—Sí... ¿Dux?

—Sí. Todo va bien... no se intranquilicen.

—No estoy intranquilo. Le llamo para hacerle una sola consulta: ¿puedo llamar a los dos testigos? Con ello daríamos por terminado el asunto y podríamos...

—No.

Incrédulo, Hamrin preguntó:

—¿No?

—Eso he dicho, no.

—Pero yo creo que...

—En este caso en concreto usted no cree nada. Usted no piensa nada. ¿No sabe cuáles son sus responsabilidades? ¿No sabe en que lugar le situó la computadora? ¿No sabe que puede ocurrirle si se sale de él? ¿No sabe que, en este caso, para opinar hay que estar en un lugar más alto que el de usted? ¿No sabe que...?

Por un momento él, el juez Hamrin, se sintió un simple vigilante cogido en falta... Notó el temor, el miedo pavoroso a ser castigado por intentar lo mejor para su superior y, mentalmente, se hizo la promesa de "no ocuparse" del guardián que había permitido la entrada de Reginald Wanter en la sala...

—Hágalo de esta forma —siguió Dux—: extraiga cuatro o cinco ideas del último trabajo de Glaris; que el fiscal le pregunte sobre su significado y que interrumpan al acusado lo menos posible en su justificación. Después, cuando Rudolf Glaris se haya despachado a gusto, haga pasar a los testigos... El resto, traspáselo a la computadora. ¿Entendido?

Nervioso, el magistrado balbuceó:

—Sí, señor.

—Pues al trabajo... Les quedan tres minutos de suspensión. Aprovéchenlos al máximo.

—Sí, señor.

El sonido de un mecanismo desconectándose le dio a entender que la comunicación se había interrumpido.

Y, con gran desazón, fiscal y juez se volcaron sobre los textos del acusado.

* * *

Lex, mientras observaba con cierta displicencia la pantalla, intentó averiguar las razones por las que Dux no deseaba una terminación inmediata del juicio. Por ello, desplegando toda su prudencia, le comentó:

—Ese juez estará temblando...

—Confío en ello... ¡Sacar a los testigos ahora mismo! ¡Qué tontería!

—Desde luego —corroboró Pax, que no entendía absolutamente nada.

Lex, cautamente, aventuró:

—Con tanto intelectual allí, sería peligroso, en efecto... Lo malo de esos hombres es que están acostumbrados a pensar y, claro, en cualquier momento pueden sufrir una desviación...

Dux le miró comprensivamente, antes de decir:

—Sí... Pero no es sólo eso.

—¿No?

—No.

Pax, más nervioso, inquirió:

—Entonces, ¿qué sucede?

—¿Y tú me lo preguntas? Tú, que eres el encargado de que se cumplan las órdenes de la computadora?

—No te entiendo, la verdad.

—¿Has visto quién está en el primer banco de la derecha?

—No me he fijado.

Pacientemente, Dux indicó:

—Hazlo.

Tras una breve observación, Pax reconoció de inmediato:

—¡Reginald Wanter! ¿Cómo habrá conseguido...?

—Eso no importa ahora... El hecho es que está ahí... Tú decías hace un momento, Lex, que los intelectuales tienen la mala costumbre de pensar... ¿Te imaginas que, ahora mismo, aparecen esos dos testigos, se declaran miembros de la secta y Reginald Wanter comienza a gritar que él es el secretario general y que no les conoce de nada? Tendríamos dos graves problemas: los intelectuales que, sin duda, se dividirían en dos grupos, apoyando o atacando a Wanter... y la computadora que captaría todos esos informes. Difícil situación para nosotros, amigos míos... ¿No os parece?

Lex indicó:

—En efecto...

Pax reflexionó un momento y apuntó:

Escaneado con CamScanner

—Pero ese riesgo lo corremos igual... Quiero decir que Reginald Wanter puede levantarse en cualquier momento a gritar todo eso...

—Naturalmente —reconoció Dux—. Lo que pasa es que si antes Rudolf ha expuesto ampliamente sus ideas, la inmensa mayoría, por no decir la totalidad de los intelectuales, discreparán de ella. Y con sus voces acallarán a Reginald Wanter. ¿Comprendes?

Pax y Lex esbozaron una sonrisa. El primero de ellos aseguró:

—Eres increíble, Dux... No en vano ocupas el lugar que ocupas.

—Si os contara la verdad...

Interesado, Lex le animó:

—¿Qué verdad?

Dux vaciló, más porque le dolía reconocer que la trampa no era idea suya que por otra cosa. Al fin, sabiendo que en cualquier forma sus méritos serían reconocidos por los dos colegas, habló:

—La idea de todo esto no es *sólo* mía...

Perplejos, los otros dos exclamaron:

—¿No?

—No... Curiosamente, pertenece al propio Rudolf Glaris.

—¡Increíble! —aseguró Lex.

—¡Inaudito! —balbuceó Pax.

—Pues es cierto. Anoche pasé varias horas repasando sus apuntes privados que, como sabéis, le fueron confiscados en su momento. Y leí una frase realmente interesante... ¿Cómo decía...? ¡Ah, sí! ..."El hombre es esclavo de lo que dice y amo de lo que silencia..." La he recordado ahora... Por eso le permito hablar: cuanto más claramente exponga sus ideas, más atacará el sistema y, por tanto, más en contra suya se situarán los intelectuales...

Soltó una breve carcajada y concluyó:

—A fin de cuentas, los intelectuales juzgan lo que se les dice comparándolo con lo que saben... Y, al menos nosotros, conocemos perfectamente las líneas maestras de su sabiduría.

Capítulo III

Jean Capel cruzó una mirada de inquietud con su defendido cuando, nada más reiniciada la sesión, el fiscal Zoam se dirigió al magistrado y, con cierto aire de complicidad, pidió:

—Ruego a... sí, a su señoría, que a fin de facilitar la labor del abogado defensor, se me permita utilizar el procedimiento que él mismo ha propuesto...

Sin pensárselo, Birger Hamrin concedió:

—Está autorizado.

—Gracias, señoría.

Capel no pudo por menos que captar la teatralidad de la escena. ¿A qué venía la pregunta, si habían pasado juntos los cinco minutos de la suspensión?

"Algo han tramado —se dijo—. Algo han decidido y no quieren informarme de ello... ¡En fin! Procuraré estar atento a los más insignificantes detalles..."

Ampulosamente, Larson Zoam continuó hablando:

—¡Pruebas! —gritó—. El abogado ha pedido pruebas de la culpabilidad de su defendido. ¡Pues bien! ¿Qué mejor demostración que sus propios escritos? Leeré algunos extractos a este tribunal... Espero que el señor Glaris esté en condiciones de explicar satisfactoriamente su significado...

El aludido asintió firmemente con la cabeza, por lo que Zoam inició la anunciada lectura:

—Dice en la página veintitrés de su segunda obra, todavía sin título...

"El nacimiento, la enfermedad y la muerte se han distanciado totalmente de la persona, a causa de la tecnología y, debido a ello, la persona busca la razón de su existencia únicamente en los avances de esa tecnología,

Escaneado con CamScanner

sin detenerse a pensar en los inconvenientes que ella reporta."

Placidamente escéptico, el fiscal interrogó:

—¿Querrá el señor Glaris explicarnos el significado de estas confusas palabras?

Irónicamente, el acusado respondió:

—¿Querrá el señor fiscal situar la frase en su contexto y leer lo que precede y sigue a esas palabras?

Sorprendido, Larson Zoam rebuscó entre sus papeles, mientras aceptaba:

—Sí... Claro... Un momento...

No lo tenía... El escaso tiempo de que dispuso para entresacar conceptos "anormales", no le había permitido copiar nada más que algunas frases sueltas, inconexas entre sí. Iba ya a rectificar su respuesta, cuando el propio Glaris corrió en su ayuda:

—No se moleste, yo se lo recitaré... Me sé la obra casi de memoria, de tantas veces que he meditado sobre ella... La parte anterior a la que usted ha leído, afirma que hechos tan naturales como nacer, crecer, reproducirse y morir, han perdido todo su significado humano, para convertirse en meros niveles existenciales cuyo único valor estriba en el que le concede el orden actual, es decir, la computadora. Ello ha incidido en que, efectivamente, ante cualquier dolencia o cualquier pregunta sobre uno mismo, el hombre de hoy busque la respuesta sólo a través de lo que conoce, es decir, de la tecnología o, lo que es igual, de la computadora. Tras esta frase, escribo que el hecho de que al alcanzar cierto grado de decrepitud física seamos eliminados no me parece ni bien ni mal, pero que me parecería más correcto que el hombre enfermo, inválido o mutilado, decidiera si desea o no morir. Casi nadie se pregunta, en la actualidad, por qué se decreta su muerte cuando no alcanza el mínimo de energía física exigida en los exámenes periódicos a que somos sometidos. ¿Por qué? Porque están convencidos de que es así, debido a que la tecnología y sus consecuencias les son impuestas desde que nacieron... En definitiva: no entro ni salgo en la conveniencia de eliminar a los menos dotados; sí creo que ese acto debería ser libremente decidido por quienes han de padecer tal situación. Y, para ello, la única salida es que la tecnología se adapte a nosotros, en lugar de sernos impuesta; en definitiva, que el hombre sepa que

nace, crece, se reproduce y muere por razones que están muy distantes de las puramente tecnológicas... ¿Le sirve mi aclaración?

El fiscal sonrió levemente y aseveró:

—No soy yo quien debe decirlo, recuerde... Es la computadora. ¿Puedo someterle otra cuestión a análisis?

—Por supuesto.

—Dice usted en la página cuarenta y dos:

"Me resulta muy difícil comprender lo que está sucediendo en el sistema social..."

—Así es: me resulta difícil.

—¿Podría usted plantear sus dudas con mayor amplitud?

Jean Capel le hizo una señal ostentosa de que callara. Súbitamente había intuido la trampa y deseaba hacérselo saber a su defendido. Mas Glaris, haciendo caso omiso del gesto, siguió hablando:

—Puedo. Y, además, quiero. Pero antes permítame que le explique los antecedentes de mi trabajo...

—Hágalo —accedió el fiscal.

—Mi primera obra, como recordará sin duda, se titulaba "Filosofía humanista en el siglo xx: Bergson y Einstein, paladines de la libertad de pensamiento...".

—Estamos al corriente de ese trabajo... Y, también, de que fue destruido por orden de la computadora.

—Tiene usted razón. Bien, volvamos sobre el tema. Cuando me sometí al juicio de mis compañeros, algunos de los cuales están aquí presentes, aclaré que se trataba de un estudio sobre dos hombres que, doscientos años atrás, desafiaron la ciencia convencional y se habían enfrentado a las tesis consideradas inamovibles y ortodoxas oponiéndoles sus teorías revolucionarias y, en opinión de los científicos de entonces, absolutamente inviables y heterodoxas. Las consecuencias que podían extraerse del libro consistían, únicamente, en la admiración que las figuras de Bergson y Einstein podían despertar en los lectores y, por qué no decirlo, en el reconocimiento dos siglos después de que, en realidad, sus hipótesis eran ciertas... Tan ciertas, que gracias a ellas el ordenamiento social de hoy es posible... Bien: el libro fue rechazado y, fíjese bien el señor fiscal, ninguno de mis colegas fue capaz de darme una sola razón que justificara tal decisión.

Escaneado con CamScanner

Un murmullo de desaprobación recorrió la sala. Los intelectuales, quizá por reacción instintiva, salvaguardaban su integridad criticando al compañero caído en desgracia...

Retornada la calma, Glaris continuó, impertérrito:

—Uno de mis compañeros hizo un comentario en tono intrascendente, pero fue algo que me hizo pensar. A mi pregunta del por qué era tan peligroso mostrar la vida de dos hombres que impusieron sus criterios sobre una sociedad que hoy consideramos caduca, mi colega replicó, creo que textualmente: "No lo sabemos exactamente. Pero suponemos que la computadora estima que si en estos momentos alguien decidiera enfrentarse abiertamente con el sistema hallaría un inestimable precedente histórico en tu libro."

Hizo una pausa, miró fijamente al fiscal hasta que éste tuvo que bajar la vista, y continuó:

—Semejante frase revoloteó por mi cerebro durante muchos días. Hice la autocrítica y quemé el libro, tal y como exigía la computadora, pero ello no evitó que mi mente siguiera funcionando. Y me encontré ante algo que consideré absurdo: el ordenamiento vigente mandaba quemar una obra porque ensalzaba la labor de dos hombres que, siglos atrás, se habían enfrentado y vencido, científicamente hablando, a la sociedad que les rodeaba. Sin embargo, gracias a las ideas de esos dos hombres, la humanidad siguió evolucionando hasta llegar al ordenamiento actual; un ordenamiento que, paradójicamente, siente miedo ante la posibilidad de que otros hombres sigan el ejemplo de Bergson y Einstein e intentar enfrentarse a él. ¿No es absurdo?

El fiscal le animó:

—Eso la computadora lo dirá. Siga usted.

Jean Capel procuró por todos los medios que callara. Incluso pretendió alzar la voz para ser escuchado por Glaris, lo que le valió una amonestación del magistrado Hamrin. Pero Glaris, siguiendo uno de sus característicos impulsos, había decidido seguir hablando... Había vencido esa especie de miedo que sintiera cuando, poco antes de las nueve, todavía permanecía encerrado en su apartamento de aislamiento social, y estaba dispuesto a no desaprovechar la oportunidad de que su voz resonara entre quienes, hasta escasas semanas atrás, eran sus colegas y amigos.

Serenamente, prosiguió:

—El análisis de esa contradicción me dio resultados que consideré esperanzadores...

—¿Puede concretarlos? —pidió el fiscal.

—Puedo. Me planteé la situación en los siguientes términos: la sociedad del siglo xx era mejorable, prueba de ello es que las teorías de Bergson, Einstein y otros la perfeccionaron hasta el punto de permitirnos ser lo que somos. Si esto fue así, y no le quepa duda al fiscal de que así fue, ¿por qué la ciencia oficial de la época tardó años y años en estudiar, entender y, por último, aceptarlas de buen grado? Simplemente porque los científicos sintieron miedo... Miedo de los cambios que debían efectuar en las estructuras básicas de la sociedad; miedo a dejar las investigaciones en el punto en que estaban, quizá muy cerca de algún rutilante éxito, para comenzar de nuevo el camino basándose en premisas distintas a las utilizadas hasta entonces; miedo a no servir en la nueva época que se avecinaba y quedar relegados en el olvido; miedo a que otros ocuparan su destacado lugar social, en detrimento de sus propios intereses; miedo, en suma, a que se desmoronara todo el edificio que habían construido en su propio beneficio y que el pueblo, la gente llana, se diera cuenta del engaño a que había sido sometida durante decenios... Ese miedo obligó a los científicos convencionales de la época a retrasar al máximo la aceptación de unas teorías que, como hoy bien sabemos, contenían en su enunciado el embrión de una sociedad más equitativa, justa y sabia.

—Pero todo eso ocurría hace más de doscientos años, señor Glaris —murmuró el fiscal.

—Sí. Tiene usted razón. Y eso fue lo que más me desazonó. Si aquellos científicos se dejaron llevar por el miedo hasta el punto de perder los menores niveles exigibles de objetividad, ¿por qué ahora, en el siglo XXII, el ordenamiento social temía la exposición de tales hechos, sabiendo como sabemos que tanto Bergson como Einstein tenían razón? La respuesta la había dado mi colega... de forma intrascendente... "Quizá la computadora ha tenido en cuenta la posibilidad de que alguien desee hacer lo mismo ahora, y encuentre en tu libro un precedente histórico válido..."

Hizo otra pausa, se levantó, miró a sus antiguos compañeros que, tras él, seguían escandalizados por el proceso mental que exponía, se giró de nuevo hacia el fiscal y prosiguió:

Escaneado con CamScanner

—Es decir, señor fiscal, que llegué otra vez al miedo. Pero me pregunté: Miedo... ¿de qué? ¿Por parte de quién? ¿Cómo va a sentir miedo una computadora? Hasta entonces, fíjese bien el señor fiscal cuál era el grado de interés que yo tenía por estas cosas, hasta entonces, repito, no tomé conciencia de que la computadora necesitaba ser alimentada; de que esa función la cumplen los hombres situados en los más elevados lugares del poder social y de que nosotros, la élite intelectual, no somos más que la fuente de cuyas aguas sale el líquido con el que se riegan los programas mecánicos... Pensé entonces en la posibilidad de que esos hombres fueran los sujetos pacientes de ese miedo que, siglos antes, sintieran los científicos y, en general, la élite social de su tiempo... Pero rechacé inmediatamente tal opción... ¿Qué razón existía para que seres a los que no conocía, que no sabían de mí, que ni siquiera colaboraban en la creación de ideas o en las labores de investigación me temieran? Ninguna.

Como apesadumbrado, Glaris continuó:

—Creí ver ahí un rayo de esperanza. Aspiré a acertar cuando deduje que la computadora rechazaba mis escritos por falta de datos, y que estos datos no le eran programados por desconocimiento de quienes debían hacerlo. Y me propuse mostrarles que el sistema en que vivimos es perfectamente mejorable. Por eso, sin poner en duda ninguna de las normas vigentes, ofrecí a la gente otras opciones distintas a la rutina de cada día; rutina que, como usted bien sabe, tiene facetas que no están impuestas por la ley, tales como reuniones, distracciones, juegos, etc. Pretendía que los responsables de la alimentación ideológica de la computadora se dieran cuenta de que estábamos ante la posibilidad de que ellos, sólo ellos, mejoraran el ordenamiento sin necesidad de romper el sistema. Y lo hice..., mejor sería decir que lo intenté, porque el trabajo jamás será publicado o distribuido audiovisualmente, totalmente convencido de que esos responsables buscaban lo mismo que yo: lo mejor para los hombres.

Algo cansado, tomó asiento en el banquillo y concluyó:

—Eso es lo que quise decir cuando escribí que no entendía lo que está sucediendo en el sistema social... Que no alcanzo a comprender las razones por las que se rechazó mi primer trabajo; que mis compañeros no

supieron explicarme los motivos por los que era necesaria mi autocrítica. Y ahora, que nadie parece capaz de detallarme, de una vez por todas, cuáles son los cargos que existen contra mí.

Miró con cierto desprecio al fiscal y le preguntó:

—¿He respondido *convenientemente* a su pregunta?

Y aunque Larson Zoam creyó percibir cierto tono de sarcasmo en el adverbio "convenientemente", le contestó:

—Sí. Creo que sí.

Escaneado con CamScanner

Capítulo IV

Un silencio profundo se adueñó de la sala. Los meros espectadores de la vista, todos ellos pertenecientes a la clase intelectual, dudaban entre condenar a Glaris sin paliativos o sentir tristeza ante la presencia de un colega que, evidentemente, se había vuelto loco. Jean Capel, desde la impotencia de sus nulas posibilidades de defensa, se admiraba de la convicción con que Glaris acababa de exponer sus ideas, fueran éstas o no antisociales. El juez Hamrin se alborozaba mentalmente por lo que, sin duda, sería considerado un éxito por los tres máximos jerarcas de la sociedad, mientras que el fiscal Zoam se aprestaba a rematar su obra.

Pasmosamente indiferente, lo que contrastaba con el comportamiento inicial de que hiciera gala, Larson Zoam preguntó:

—¿En verdad cree usted que... "para conservar su imagen, a la sociedad le resulta muy conveniente apartar todo aquello que pueda poner de manifiesto sus contradicciones y su incoherencia"?

Cansinamente, Glaris sonrió al contestar:

—Eso frase no es mía...

—Sin embargo —replicó ufanamente el fiscal—, está en su libro...

—Si se hubiera usted molestado en terminar de leerla, hubiese comprobado que es una cita... Corresponde a la opinión de un médico famoso en el siglo XX, un tal Ronald D. Laing que, como Bergson y Einstein, fue muy duramente criticado en los principios de su carrera.

—De acuerdo —murmuró Larson Zoam—. De momento, he terminado, señoría.

El magistrado, dirigiéndose a Jean Capel, le concedió:

—Tiene usted el uso de la palabra.

Capel, visiblemente desorientado, miró a Glaris como implorándole su silencio; como rogándole que no volviera a pronunciar ni una palabra para contestar al fiscal, pues con ello únicamente conseguía perjudicarse. Mas, por la expresión del acusado, pronto entendió que nada ni nadie conseguiría hacer variar la decisión de Glaris.

Resignado, Capel anunció:

—Mi intervención va a ser breve, señoría. Entre otras razones porque no pienso interrogar al acusado. A preguntas del fiscal, el procesado ha dejado patentemente aclarado el hecho de que jamás pretendió alterar o atacar el ordenamiento social vigente, y ello por dos razones: primera, porque en ningún momento recomendó la transgresión de las normas; segunda, porque su intención fue, como se ha repetido insistentemente en esta sala, ofrecer datos a los más altos responsables del sistema para que ellos y sólo ellos se erigieran en los perfeccionadores de nuestro status. Únicamente me resta recordar a este tribunal que, según la legislación actual, todo intelectual tiene derecho a dos autocríticas, antes de ser destinado a labores manuales. El caso de Rudolf Glaris se está juzgando sin que el acusado haya ejercido este derecho que le ampara... Concluyo diciendo que, fuere cual fuere el dictamen de la computadora, es obvio que, en el peor de los casos, el procesado debe ejercer ese derecho. Nada más.

Cínicamente, el fiscal intervino para decir:

—Señoría... ¿Estoy facultado para presentar algunos testigos?

—¿Lo cree conveniente?

—Necesario, señoría.

—Hágalo.

Capel miró con cierta angustia a Rudolf Glaris que, indiferente, emitió un gruñido de hastío. ¿Qué le importaba a él el procedimiento que siguieran, si su final estaba más que decidido? Intuía que todo era una farsa; pero una vez aprovechada para propagar la semilla de sus ideas, no le interesaba en absoluto los cauces por los que iba a seguir desarrollándose.

Un vigilante introdujo a un hombrecillo de aparentemente cincuenta años quien, vacilante, se situó en una especie de barrera semicircular instalada cerca de la mesa del fiscal. Éste, muy en su papel, interrogó:

—¿Quiere darnos su nombre, por favor?

Escaneado con CamScanner

Como un autómata, el aludido contestó:

—Ralph Ramper.

—¿Conoce usted al hombre que está sentado entre los dos vigilantes que están a su izquierda?

El hombrecillo miró brevemente y replicó:

—Sí.

—¿Quiere decirnos de qué?

—Acudía asiduamente a las reuniones de la "Hermandad de la Rosa, de la Cruz y del Amor".

En el primer banco de la derecha, Reginald Wanter se estremeció. ¿Cómo podía saber aquel hombre semejante cosa, si jamás había estado en la asociación? Con los ojos desmesuradamente abiertos por la sorpresa, siguió atentamente la continuación del diálogo:

—¿Puede indicarnos cómo lo sabe usted?

—Sí, señor. Soy miembro de la Hermandad.

Reginald Wanter se levantó de golpe. Iba a gritar "¡no!" con todas sus fuerzas cuando un abucheo generalizado le obligó a sentarse de nuevo. Arriba, en el estrado, Capel clavaba sus ojos en el acusado, quien, despreciativamente, miró primero al testigo para, extrañamente tranquilo, girar la vista hacia su defensor y murmurar en voz queda, aunque lo suficientemente alta para que fuera oída:

—No le he visto en mi vida. Pero es igual; no se esfuerce usted, Capel... No vale la pena malgastar energías... Déjelos... Que hagan lo que quieran.

Cada vez más iracundo, Reginald dominó dificultosamente su furor al seguir escuchando:

—Dígame, señor Ramper —prosiguió el fiscal—, ¿qué opinión le merecen las teorías del profesor Glaris?

El testigo, maquinalmente, replicó:

—No las entiendo.

—¿No las entiende?

—No.

—¿Por qué?

—Son del todo contrarias a lo que me han enseñado desde que nací.

Sonriente, pavoneándose de su triunfo, Larson Zoam siguió:

—¿Ha dicho usted contrarias?

—Sí, señor. Contrarias.

—¿Podría usted señalar exactamente algunos de los conceptos contradictorios de las enseñanzas impartidas por el profesor Rudolf Glaris?

—Sí, señor.

—Hágalo.

—Por ejemplo, nos dijo que no valía la pena obedecer las órdenes de la computadora.

Simulando extrañeza, el fiscal inquirió:

—¿Ah, sí? ¿Eso dijo?

—Sí, señor.

—¿Y dijo también por qué razones no había de obedecerse tales órdenes?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Dijo que era una máquina que funcionaba de acuerdo con lo que otros hombres querían.

—¿Eso dijo?

—Sí, señor.

Parecía exactamente un diálogo de subnormales; si cualquier observador imparcial hubiera notado la farsa, ¿cómo no iba a percatarse Reginald Wanter, que conocía perfectamente la trama de la comedia? Si algo le hacía falta para decidirse, si alguna duda medio velada albergaba en lo más íntimo de su conciencia, tan burda actuación le convenció. Ya nada podría parar el destino.

Implacable, aunque comedido en su tono, Larson Zoam continuó el interrogatorio:

—¿Dijo, por casualidad, qué es lo que querían esos hombres encargados del funcionamiento de la computadora?

—Sí, señor.

—¿Y qué comentó?

—Que querían mantenernos en la ignorancia.

Afectando extrañeza, el fiscal siguió:

—¿Ignorancia?

—Eso dijo, señor.

—¿Sabe usted lo que es la ignorancia?

—Sí, señor.

—¿Qué es?

Ralph, obrero manual desde siempre, contestó, ante el jolgorio de los intelectuales presentes en la sala:

—No saber dirigir un robot, señor.

Concluidas las carcajadas, quiso saber el fiscal:

—Pero usted conoce su funcionamiento, ¿verdad?

—¡Claro que sí, señor! —exclamó Ralph—. Por eso no creí ni una sola palabra de lo que ese hombre decía.

—Y... suponiendo que en alguna ocasión la compu-

Escaneado con CamScanner

tadora le hubiera sancionado por desaprovechar las posibilidades de su robot, ¿qué hubiera pensado ante las afirmaciones del profesor Glaris?

Sin sombra de duda, a pesar de lo complicado de la pregunta, Ralph replicó velozmente:

—Que la computadora se ensañaba conmigo. Que me habían enseñado mal.

Orgullosamente, Larson anunció:

—He terminado, señoría.

Jean Capel iba a lanzarse violentamente contra los testimonios aportados por el fiscal, cuando Rudolf Glaris se levantó y, sorprendentemente, pidió:

—¿Puedo decir algo, señoría?

—Dígalo usted.

—Me declaro culpable de los delitos de corrupción, actuación antisocial e incitación a la transgresión de las leyes.

Un murmullo surgió de los presentes, Capel estaba a punto de gritar algo cuando, con toda rapidez, el juez Hamrin sentenció:

—Vista la declaración del encausado, queda cerrado el caso. Se levanta la sesión.

Y, entre la perplejidad y desazón de todos los presentes, atravesó las cortinas que le separaban de su despacho provisional y desapareció.

Capítulo V

Se abrió la puerta que daba acceso a la dependencia en que Rudolf Glaris cumplía la orden de aislamiento social y, por primera vez en su vida, el abogado Jean Capel tuvo la oportunidad de comprobar personalmente las diferencias que existían entre los ultramodernos apartamentos destinados a tal fin y las lóbregas y lejanas cárceles que había estudiado a través de los libros de texto y las fotografías.

"Evidentemente —se dijo—, las cosas han cambiado mucho..."

Y así era, en efecto.

Si el enclave exterior era perfectamente identificable (los departamentos de cumplimiento estaban situados en el último piso de la Administración Ejecutiva de Justicia), su distribución interior, su decoración y, en definitiva, su estética, en nada se diferenciaban de cualquier otra vivienda de tipo medio: una puerta de entrada, un pequeño pasillo, una sala de estar con todo el montaje audiovisual, una videobiblioteca, un dormitorio y un baño. El tresillo vibrador metálico de piezas orientables, las paredes de fibra de polipteno que permitían ver desde dentro sin que desde el exterior pudiera romperse la intimidad, y el panel de mandos teletransistorizados que permitía poner en marcha los artilugios de distracción y solicitar del Control Central del edificio los alimentos precisos, terminaban de componer el cuadro de lo que, en otros tiempos, hubiese sido una oscura, sucia y enrejada celda. Únicamente la presencia de un vigilante en el pasillo externo y la imposibilidad de abrir la puerta desde el interior, diferenciaban el lugar de cumplimiento de un piso corriente.

—¿Tardará mucho? —preguntó el guardián.

Escaneado con CamScanner

Jean Capel, todavía en el corto corredor, contestó:
—No lo sé... Ya le avisaré.
—De acuerdo.
La puerta quedó bloqueada por medio de un electromagneto y el ocasional abogado penetró en la sala de estar.
—¡Rudolf! —llamó—. ¿Puede salir un momento?
Una puerta circular se elevó y el acusado apareció en el marco. Circunspecto, se disculpó:
—Estaba acostado... Perdóneme... No esperaba visitas...
—Lo imagino. ¿Le molesto?
—No... En absoluto. ¿Quiere sentarse?
—Gracias.
Lo hizo en uno de los sillones, mientras Rudolf ocupaba un extremo del sofá. Intentando ser amable, Glaris ofreció:
—¿Quiere que le pida algo? El panel de mandos me tiene directamente comunicado con el Control Central del edificio...
—No, gracias... Sólo deseo hablar con usted.
Rudolf Glaris sonrió tristemente. Con un gesto de escepticismo en su cara, inquirió:
—Le ha extrañado mi confesión, ¿verdad?
—En efecto... Así es... Me ha sorprendido completamente. Si me permite ser franco...
—Séalo.
—Bien, no comprendo por qué ha tirado por la borda todo el esfuerzo que hemos desarrollado.
—¿De verdad no lo comprende?
—De verdad.
Recostándose ligeramente, Glaris preguntó:
—Y... ¿es sólo eso lo que no entiende?
Capel, intentando una sonrisa que no llegó a conseguir, reconoció:
—Hay más cosas, desde luego... Muchas más... Pero, por así decirlo, ésta es la que más me ha sorprendido...
Súbitamente animado, el letrado prosiguió:
—¡Les teníamos cogidos, Rudolf! ¡No tenían escapatoria!
Despechado, el va confeso reo protestó:
—¡No diga eso, por favor! ¡No lo diga! ¿Acaso no comprende que todo era una trampa?

—¡Naturalmente que sí! Pero una trampa en la que ellos mismos hubiesen caído.
Incrédulo, Rudolf quiso saber:
—¿Ellos? ¿Quiénes? ¿Se refiere a la computadora?
—La computadora no ha ordenado su juicio. Ya sabe a quien me refiero...
—¡No! —estalló Glaris—. ¡No lo sé! ¡Ni usted tampoco! ¿Habla usted del juez Hamrin? ¿De los programadores? ¿Del fiscal? ¿De los testigos?
—¡De todos! —aulló Capel.
—¡De todos! —ironizó Rudolf—. ¿Quiénes son todos? ¿Quiénes son? ¿Los seres capaces de comprar testigos? ¿Los que tienen miedo de que algo cambie? ¿Los que, en nombre de la felicidad de una raza, organizan una pantomima para liquidar a un congénere suyo que, curiosamente, busca lo mismo que ellos, pero a través de caminos diferentes? ¿Se cree capaz de hacerles caer en su propia trampa? ¡Es usted un ingenuo, amigo mío! ¡Un ingenuo peligroso!
—¿Peligroso? ¿Por qué?
—Porque suponiendo que hubiera logrado sus propósitos; aceptando por un instante, la utópica hipótesis de que todos esos individuos se hubiesen visto desautorizados por la computadora, otros se habrían precipitado a sustituirles y a continuar con la representación. Y en tal caso, volveríamos a estar como estamos ahora: a punto de ser condenados a la pena de destierro en el tiempo.
—Pero se hubiera creado un precedente —argumentó el letrado.
—¿Y qué cree usted que soy yo? ¿Piensa usted que, en este mismo instante, no hay ya más de una persona opinando que todo ha sido un montaje, aunque no comprenda muy bien las causas que lo han originado?
—¿Se refiere usted a los intelectuales que han presenciado el juicio?
—Me refiero al fiscal, a usted, a los testigos falsos, a mi familia, al juez... Créame, amigo mío, aparentemente actuarán como si el juicio hubiera sido legal; pero en su fuero interno sabrán que todo ha sido una burda maniobra y temerán... fíjese bien, digo *temerán*, que próximamente les toque a ellos vivir una situación similar. Y del temor, a la larga, surge la previsión... la alerta. Y cuando el ser humano lleva años espiando a sus compañeros, nace el odio hacia quienes considera

Escaneado con CamScanner

culpables de su falta de tranquilidad... Y con el odio, ya se sabe, desaparece la objetividad...

Hizo una pausa y concluyó:

—¿Qué más quiere que le diga? ¿No le hace pensar todo esto que, en realidad, yo estoy siendo un *precedente*?

—Tal vez. Pero... ¿de qué? ¿Precedente de qué?

Con una sonrisa de resignación, Rudolf respondió:

—Eso ya no lo sé. *El tiempo lo dirá.*

Jean Capel miró preocupadamente a su interlocutor, intentando calibrar la profundidad de su pensamiento. Por fin, tras la pausa, exclamó con cierto despecho:

—Sigo pensando que no debió hacerlo.

—Eso son opiniones muy respetables, pero simples opiniones.

—Mas... alguna razón tendría usted, ¿no?

—Es evidente que sí.

—¿Y no puedo conocerla?

—¿Cree usted que yo puedo explicarla?

Perplejo, Capel clavó los ojos inquisitorialmente en su defendido, y le preguntó:

—¿Quiere usted decir que no sabe...?

—¡Quiero decir lo que he dicho: que no sé si puedo explicarla!

Arrepentido de su vehemencia, rogó:

—¡Discúlpeme, amigo mío! Estoy algo nervioso...

—Lo comprendo.

—Es tan difícil... Toda mi vida ha estado definida por dos características de mi personalidad que, aparentemente, son contradictorias: la intuición y la reflexión. He decidido cosas... muchas cosas, quizás en fracciones de segundo, porque las "veía" absolutamente claras... Mis estudios, mi matrimonio... Toda una serie de acontecimientos importantes de mi vida, fueron producto de actos no madurados por la meditación. Por el contrario, mi proyección profesional ha sido, hasta ahora, un claro exponente de mi capacidad reflexiva... Me pregunta usted las causas por las que he decidido declararme culpable; pues bien, concretas no hay ninguna: sólo la intuición ha motivado mi confesión.

—Dice usted que no existen causas concretas...

—Sí.

—¿E inconcretas?

—Decenas... Miles, tal vez...

Repentinamente animado, Rudolf Glaris continuó su exposición:

—¿Cree usted que yo podría seguir viviendo en un mundo cuyos dirigentes son capaces de falsear los datos del más alto estamento legal, la computadora, para aniquilar a un simple intelectual? Analice este punto: si tan sólida y perfectamente justo es nuestro sistema de vida, ¿qué daño puede hacerle un solo hombre? Coincidirá conmigo en que únicamente hay dos respuestas ante el dilema: o ese hombre puede causar daños a la sociedad, o no puede hacerlo. En el primer supuesto, tendríamos que reconocer el hecho de que el organigrama social es imperfecto, ya que, de lo contrario, la simple exposición de unas ideas no podría afectar a la mayoría social. Y en tal caso, ¿por qué no se estudian esas ideas, en lugar de aniquilar al hombre que las propone? Ahora bien, estudiemos la segunda posibilidad: si ese hombre no es capaz de dañar el sistema social vigente porque, efectivamente, está sólidamente implantado en sus bases de justicia y equidad, ¿por qué se le destierra en el tiempo? ¿Por qué se organiza semejante proceso? ¿Quizá porque esas ideas, sin dañar el sistema establecido, podrían llegar a afectar a persona o personas muy concretas? En cualquiera de los dos casos, ¿de verdad cree que yo podría seguir viviendo en un mundo así? Suponiendo que la computadora decidiera trasladarme al nivel de los obreros manuales, ¿cree usted que me resignaría a perder mis libros, mi trabajo, o que mis procesos mentales desaparecerían? No, querido amigo, mi existencia se convertiría en un infierno... Por eso, por tales inconcreciones y de una manera intuitiva, decidí aceptar las acusaciones y abandonar esta sociedad que, a mi juicio, ya se ha convertido en corrupta.

—Se ha rendido usted sin lucha —objetó el abogado.

—Eso no es cierto: he luchado desde que tengo uso de razón. Primero, haciendo cosas que no eran normales; después, intentando defender los conceptos plasmados en mis libros.

—Eso no ha sido suficiente.

—Depende de lo que cada cual busque, Capel. Usted conoce la historia de la pasada civilización, ¿verdad?

—Sí.

—Recuerde usted los cimientos sobre los que se sustentaba... Un bloque occidental, que pretendía el bienestar de los ciudadanos por medio del capitalismo; otro,

Escaneado con CamScanner

que buscaba lo mismo a través del camino opuesto: la socialización total... El comunismo, que decían. Y ¿cuál fue el resultado? Centenares de millones de hombres explotados por una clase dirigente que, siempre en nombre de la "felicidad" y el "bienestar" social, les utilizaba en su propio beneficio... Hace años pensaba que nuestro sistema había conseguido un alto índice de justicia y equidad: las gentes disponían de cuanto necesitaban, sin importar para ello el trabajo que desempeñasen. Existían, y existen, arbitrariedades, pero eran mucho menores que las de la civilización anterior. Y yo me sentía moderadamente satisfecho de nuestros logros. De pronto, querido amigo, todo se fue al traste. Noté el miedo de los dirigentes hacia mis formas de pensar, cuando rechazaron el primer libro. Y comencé a pensar y a observar. Entonces me percaté de que estábamos pagando un precio excesivamente alto por esa "justicia" y esa "equidad" que nos permitía repartirnos los bienes económicos del mundo: el precio de nuestra propia humanidad. Decidí, pues, señalar caminos para que la gente reencontrara su identidad y propuse las alternativas de juegos en común, de reuniones, de competiciones deportivas... Era..., hubiera sido, por mejor decir, el primer paso. Lo cercenaron de raíz. Exactamente lo mismo pasó en la civilización anterior: los comunistas llamaban traidores e imperialistas a quienes intentaban humanizar el sistema, mientras que en el mundo del capital se perseguía a los comunistas porque, según decían, pretendían imponer una dictadura brutal sobre el pueblo. En cualquier caso, los que sin oponerse a uno de los dos sistemas pretendían su evolución o su mejoramiento, eran aislados, acosados como fieras y, en muchas ocasiones, enjaulados en cárceles o, simplemente, ajusticiados. Y yo le pregunto, amigo mío, ¿existe alguna diferencia entre lo que sucedía antes y lo que me ocurre ahora? Ninguna. Ha variado la forma, pero no el fondo... Aseguramos, en la actualidad, que la descomposición de la cultura del siglo xx se produjo porque la sociedad, harta de ser manejada por unas pocas familias, se alzó contra ellas mediante el absentismo, la falta de colaboración y la creación de instituciones paralelas que vaciaron de contenido las estructuras oficiales. ¿No es curioso que los programadores de hoy actúen de la misma forma? ¿No quiere decir eso que, en resumidas cuentas, seguimos dominados por unos po-

cos? ¿No indica claramente que al igual que las jerarquías del siglo xx, temen que la gente tome conciencia de quienes son y se nieguen a ser controlados desde su infancia?

—Puede ser —reconoció cautelosamente el abogado.

Rudolf Glaris sonrió y dijo:

—Ese temeroso "puede ser" que acaba usted de pronunciar, le desmiente, amigo mío.

—¿A mí? —preguntó sorprendido Capel—. ¿Por qué?

—Porque antes ha dicho que me he rendido sin lucha y, más adelante, que mis esfuerzos no habían sido suficientes... Usted ha tomado conciencia de que *no puede* decir lo que piensa, por eso habla en voz baja. Y, también, de que efectivamente, yo *podría* tener razón, lo que, en definitiva, significa que acepta la posibilidad de que el sistema esté equivocado. Para mí, esto ya es suficiente... sobre todo si tenemos en cuenta que lo ha logrado un hombre solo.

Jean Capel iba a levantarse del sillón, pero cambió de opinión y preguntó:

—¿Es cierto que estuvo relacionado con esa "Hermandad de la Rosa, de la Cruz y del Amor"?

—Sí... Lo es... Superficialmente, pero traté con ellos.

—¿Y por qué?

—Simplemente, me interesaban sus objetivos. También deseaban la humanización de la raza humana, a través del amor; en ciertos aspectos, pues, coincidíamos.

—Sin embargo, le han traicionado.

—Estoy seguro de que no. Jamás había visto a ese testigo... ni a los que, probablemente, aguardaban para declarar... Por otra parte, poco de cierto habrían dicho si, en realidad, hubiesen asistido a mis charlas... Jamás ataqué al sistema y nada podía decir de determinadas circunstancias de la Hermandad, puesto que las desconocía.

Súbitamente interesado, Capel quiso saber:

—¿A qué se refiere?

—Ya le he dicho que no lo sé: nunca deseé enterarme de aspectos... digamos secretos de la organización. Creo que disponían de un libro muy antiguo, en el que estaban escritas ciertas profecías, pero no estoy seguro de ello. Total... ¡qué más da! Dentro de escasas horas, seré condenado y todo carecerá de importancia.

Jean Capel se irguió, abandonó el asiento y comentó:

Escaneado con CamScanner

—El juez Hamrin todavía no ha dictado sentencia...
—No es él quien debe hacerlo, sino la computadora.
—Ya... De cualquier forma, aún no...
—Lo hará, Capel. No tenga dudas al respecto. Los programas han sido convenientemente alimentados para que dicten una sentencia de culpabilidad. Y Hamrin la firmará gustosamente.
—¿Está seguro?
—Completamente.
—Pienso seguir luchando... en su nombre.
—No lo haga, es perder el tiempo.

Ya cerca de la puerta se giró hacia el reo quien, sin moverse del sofá, le miró expectante. El letrado, con cierto disgusto, preguntó:
—¿Puedo hacer algo por usted?
—Sólo una cosa.
—Adelante.
—Cuando la sentencia haya sido redactada, no me la traiga usted.
—¿Por qué? —preguntó extrañado Capel.
—Preferiría que la entregara a Reginald Wanter, el secretario de la Hermandad... Quiero hablar con él, cuando ya esté todo dispuesto para mi destierro.

Desconcertado, Capel golpeó la puerta de salida. Mientras aguardaba a que el vigilante desconectara el electromagneto, se ofreció de nuevo:
—¿De verdad no desea nada más?
—De verdad.
—¿Sale usted?

La voz del guardián invitándole a cruzar la puerta le hizo olvidar la despedida. Ya en el exterior del edificio y mientras Rudolf Glaris regresaba al dormitorio, Jean Capel no pudo evitar que, por enésima vez, su mente le enviara una pregunta: ¿qué era ese "algo" que faltaba o sobraba tanto en su sociedad, como en la plasmada por Huxley en "Un mundo feliz"?

Desencantado, efectuó un enérgico movimiento de cabeza con la intención de olvidarse del asunto.

Mas, inopinadamente, no lo consiguió.

Capítulo VI

Dux hizo un gesto al juez Hamrin y éste, siguiendo sus indicaciones, tomó asiento entre Pax y Lex. A pesar de que la amplia mesa de trabajo separaba a los segundos del primero, a modo de barrera infranqueable, el ambiente era distendido... casi alegre.

Celebrada la vista, el procedimiento contra Rudolf Glaris estaba a punto de concluir: únicamente faltaba el trámite (porque era justamente eso, un trámite) de solicitar a la computadora la sentencia del caso y, naturalmente, cumplirla. Después, la normalidad regresaría y el sistema social continuaría su rutinario devenir.

—Caballeros —comenzó Dux—. Todos sabemos por qué estamos aquí, así que, sin más preámbulos, vamos a solicitar a la computadora su decisión sobre el caso Glaris.

Los tres hombres asintieron.

Sonriente, con una placidez que no parecía natural, el más alto cargo del sistema social nuevo apretó dos de los innumerables botones que, impecablemente ordenados en un panel, situaban al alcance de sus manos la totalidad del cerebro rector de la sociedad.

Durante fracciones de segundo no se oyó un solo sonido demostrativo de que algo se hubiera puesto en funcionamiento. Sin embargo, instantes después, una voz con tono metálico comenzó a hablar, a la par que, automáticamente, las palabras quedaban escritas en un largo papel que brotaba de una ranura efectuada directamente sobre la mesa de Dux.

En silencio, los cuatro personajes escucharon la voz inapelable de la computadora:

"Relacionados los nuevos informes computados en el

Escaneado con CamScanner

día de hoy, 6 de enero del año 2103, con los ya ordenados en su día, dan como resultado que Rudolf Glaris, convicto y confeso de los delitos de corrupción, actuación antisocial e incitación a la transgresión de las leyes, debe ser condenado a la pena de destierro en el tiempo, de acuerdo con las normas establecidas para tales casos."

Nada más.

Dux miró con fingida dulzura al juez Hamrin y comentó:

—Visto que semejantes circunstancias se dan muy esporádicamente en nuestra sociedad, no estará de más que la propia computadora le indique cuales son esas *normas establecidas*...

Birger Hamrin balbuceó:

—No creo que sea preciso...

—Lo es —le atajó Dux—. Sobre todo, porque no deseo que el desconocimiento de las citadas normas pueda ser utilizado como justificación de hipotéticos errores...

Era como una especie de insulto que el magistrado encajó sin pestañear. Dux pulsó un tercer botón, y la misma voz metálica comenzó a hablar, mientras sus palabras quedaban escritas:

"La normativa para la ejecución de sentencias de destierro en el tiempo es la siguiente:

1. Concreción del lugar y fecha del destierro. A mayor gravedad, mayor distancia en ambos factores. Nunca inferior a quinientos años, ni superior a dos mil.
2. Elección de tres funcionarios.
3. Señalamiento de fecha, nunca posterior en dos días a la pronunciación de la sentencia.
4. Revisión de mecanismos de envío en el tiempo, fundamentalmente de los destinados a borrar la memoria y a modificar la mente.
5. Cumplimiento. Firma del magistrado. Proceso de la ejecución en los programas, a efectos de su inscripción en la memoria del ordenador."

—¿Lo ha entendido? —preguntó Dux.

—Perfectamente, aunque insisto en que no era necesario...

—*Yo soy* quien juzga lo que es necesario, recuérdelo.

—Sí, señor.

—Y ahora... veamos... ¿Qué les parece enviarle mil años atrás?

Todos asintieron.

—¿A quinientos kilómetros de aquí?

Idéntica respuesta.

—Bien, juez Hamrin, ya tiene usted las órdenes precisas...

Mecánicamente, arrancó el papel que salía de la ranura de su mesa, lo tendió al magistrado y dijo:

—Aquí lo tiene todo escrito... por si se le olvida...

Disimulando su enfado, Hamrin respondió:

—Gracias, señor.

—La sentencia se cumplirá mañana, dia 7, a las seis de la tarde. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna —contestó el juez.

Ceremoniosamente, Dux hizo un gesto y con Hamrin ya de pie, le mostró la puerta, mientras decía:

—Cumpla con su deber. El orden social se lo exige y agradece.

El magistrado asintió maquinalmente y abandonó la sala. Dux, regocijado, miró a sus dos compañeros y musitó:

—Bien... Mañana todo habrá terminado... Era un cáncer difícil de extirpar, aunque a última hora, la colaboración de Glaris nos ha beneficiado.

—Eso es verdad —opinó Pax.

—Sí —dijo Lex—. Es cierto.

Dux se dirigió a Pax y, con voz suave, le indicó:

—Sería conveniente ejercer un control sobre los rumores...

—Comprendo.

—No. No me entiendes. Quiero que la gente hable libremente... Que opine, si lo desean, en contra de la medida. Será la forma de que se cansen y olviden el asunto... Si les impedimos expresarse, no haremos otra cosa que dar importancia al suceso... dramatizarlo. Lo mejor, pues, será que les dejemos en paz.

—Entonces, ¿a qué te refieres cuando hablas de someter a control los rumores?

Escaneado con CamScanner

—A que envíes individuos aleccionados para que opinen a favor de la pena impuesta.

Pax sonrió levemente y dijo:

—Eres muy astuto, Dux.

—Lo aprendí en los libros que tratan de la sociedad caduca del siglo xx... Ellos llamaban a eso... ¿cómo era? ¡Ah, sí! Ya recuerdo: intoxicación. Suponte que un grupo de intelectuales defiende la postura de Glaris o, por lo menos, critica negativamente la sentencia... Allí tendrás a uno de tus hombres, dando argumentos en sentido contrario... Luego, en todo caso, me pasas los informes pertinentes.

—Entendido.

Lex, algo preocupado, preguntó:

—¿Acudiréis a presenciar el cumplimiento de la condena?

Dux respondió:

—Yo no... ¿Para qué voy a molestarme?

—Ni yo —negó Pax—. No me gustan determinados espectáculos... Hieren mi sensibilidad.

—Desafortunadamente, yo debo ir... Lo manda la ley.

—Sí... —reconoció Dux, afectando que lo sentía—. Desgraciadamente, debes asistir... ¡Qué se le va a hacer! Y ahora, si no os importa, desearía quedarme solo... Tengo muchas cosas en qué pensar...

Pax y Lex salieron del ampuloso despacho y se dirigieron hacia sus dependencias privadas. La noche del 6 de enero del año 2103, comenzaba a caer sobre los habitantes del nuevo orden social.

* * *

"Por orden del presidente de la Primera Sala de Audiencia de la Administración Ejecutiva de Justicia, se le emplaza para que en el término de dos horas se persone en las dependencias de esta Primera Sala, a fin de someterse al preceptivo depósito para el que ha sido seleccionado."

El texto del mensaje apareció, simultáneamente, en tres pantallas del video de otras tantas viviendas de la capital. Y el trío humano abandonó inmediatamente su domicilio, para cumplimentar el mandato.

* * *

A las nueve de la noche del día 6 de enero, Roy Abson, Piero Loder y Max Zonerson tomaban asiento en algo que pretendía ser un estudio de trabajo, pero que, desde luego, no terminaba de conseguirlo.

Birger Hamrin, que ocupaba el único sillón de la estancia, hizo una señal a cierto individuo y éste, sumido en el estudio de ciertos documentos que descansaban sobre su mesa, balbuceó:

—Ahora voy... En seguida...

Birger Hamrin, perfecto conocedor del hombre, esbozó una sonrisa y guardó silencio. El profesor Sherim no se dejaba influenciar por nada ni por nadie, probablemente porque nada ni nadie le interesaba en lo más mínimo. Sólo su ciencia le ataba a la sociedad y, quizá por ello, todo en él emanaba una especie de halo de cientifismo que le hacían inconfundible: aspecto desaliñado... perpetuo despiste... ignorancia de la trascendencia de sus propios descubrimientos... Era, por así decirlo, un hombre que *hacía* ciencia, en lugar de estudiarla.

Cuando lo creyó oportuno, el profesor Sherim comenzó su monólogo, utilizando un tono de voz sensiblemente igual al que emplearía un maestro del primer nivel de enseñanza, o de quien se disponía a dar una conferencia ante un auditorio indiferente.

—Todos ustedes han visitado ya las dependencias en que serán depositados en cuanto terminemos esta reunión, ¿verdad?

Los tres asintieron. Con cierta prevención íntima, habían conocido los apartamentos en los que residirían durante las próximas horas: tres habitáculos exactamente iguales, de dos piezas que albergaban el lavabo y la sala de estar, con un panel de mandos terminal que les permitiría disfrutar de los entretenimientos audiovisuales y del contacto directo con el Control Central del edificio. Sólo una diferencia con los mandos de sus domicilios habituales: un botón rojo, de mayores dimensiones que el resto de los pulsadores.

—Es el que deben apretar cuando llegue el momento del cumplimiento de la sentencia —indicó el profesor Sherim—. El procedimiento es simple, pero debe ser cronométricamente exacto. Usted, Roy, será el primero en pulsar el suyo; Piero lo hará en segundo lugar y Max en tercero. Por los sistemas de comunicación interior, cada uno de ustedes oirá en su habitación la orden de "preparados". Instantes después, la de "atentos" y, por

Escaneado con CamScanner

ultimo, las voces de "uno", "dos" y "tres". Cuando esto ocurra, cada uno pulsará su mecanismo: "uno", Roy; "dos", Piero; "tres", Max. ¿Alguna pregunta?

Negaron con la cabeza. Sherim prosiguió:

—Es importante que la sincronía sea perfecta; por eso yo mismo dirigiré la operación desde el Centro de Control.

El juez Hamrin, desconocedor como casi todo el mundo del mecanismo que conseguía desterrar en el tiempo a las personas, preguntó:

—¿Y a qué es debida esa importancia?

Sherim, con la expresión del profesor que explica por enésima vez una cosa a un discípulo retrasado, habló:

—Muy sencillo: el primer botón genera las ondas de la desmaterialización; el segundo, las aplica a la situación energética de tiempo y espacio y, el tercero, borra la memoria del sujeto y desencadena el fenómeno de la traslación.

—¿Y por qué el tercero? —quiso saber Hamrin.

—Verá usted, juez... La mayor oposición que existe en este tipo de experiencias, reside en los esfuerzos conscientes e inconscientes del sujeto a desterrar. Las ondas generadas a través de los mecanismos que ponen en funcionamiento los pulsadores "uno" y "dos", tardan algunos segundos en actuar; la sincronía es necesaria... imprescindible, porque el tercero es de acción inmediata...

Ante la mirada de incomprensión del magistrado, Sherim hizo un gesto de impaciencia y, resignado ante lo que calificó de cortedad mental, siguió:

—Si el tres es de acción inmediata, mientras que los dos primeros tardan algunos segundos en surtir efecto, podría darse el caso de que, al fallar la sincronía, las ondas desmaterializadoras se encontraran con la resistencia síquica del individuo... Quiero decir, que si las energías liberadas por los botones "uno" y "dos" cayeran sobre un hombre con su memoria íntegra, la operación fallaría.

—¿Y qué ocurriría entonces? —inquirió el juez.

—Que el reo seguiría aquí, en este mundo.

Pero, entonces, podríamos repetir la operación.

—Por supuesto; pero supongo que a estos señores no les gustaría demasiado permanecer en estas dependencias más tiempo del estrictamente necesario... De ahí

que insista sobre el mismo punto: es precisa una total sincronía... Sin embargo, es fácil lograrla: únicamente se trata de que aprieten el botón inmediatamente después de oír el número que les corresponde. ¿Comprendido?

—Sí —respondieron al unísono.

Max Zonerson, con evidentes muestras de respeto, se interesó:

—Y... ¿estaremos mucho tiempo aquí?

A lo que Hamrin, tranquilizadoramente, contestó:

—Exactamente hasta quince minutos después de que se ejecute la sentencia... Es decir, hasta las seis y cuarto de la tarde de mañana... si todo se desarrolla sin dificultades.

Birger Hamrin se levantó del sillón y, con una sonrisa de complicidad, concluyó:

—A esa hora, ustedes habrán cumplido con un deber para con el nuevo orden social y, a la vez, el nuevo orden olvidará los... ¿cómo llamarlos...?, pequeños deslices que han cometido...

Se encaminó hacia la puerta, la abrió y, señalando el pasillo exterior, ordenó:

Y, ahora, hagan el favor de seguir a este vigilante... Él les conducirá a sus aposentos. Caballeros... Buenas noches. Procuren descansar lo máximo posible.

* * *

A las once de la noche del día 6 de enero del año 2103, el juez Birger Hamrin dormía plácidamente junto a su esposa. Nadie hubiese pensado, ni por asomo, que al día siguiente actuaría como notario oficial de la Justicia en el cumplimiento de una sentencia de destierro en el tiempo.

Por supuesto, nadie que no hubiese visto que, antes de acostarse, había ingerido tres pastillas relajantes. A fin de cuentas, y como él venía pensando desde unos días antes...

"Glaris no me importa en absoluto, pero tengo la impresión de haber caído en una trampa de la que me será muy difícil salir."

Ocurría que su subconsciente no le engañaba. Mas él estaba muy lejos de imaginar las características concretas de esa trampa que tanto temía.

* * *

Escaneado con CamScanner

A la misma hora, y mientras Sherim seguía enfrascado en el estudio de las más diversas energías, ninguno de los tres ejecutores de sentencia seleccionados por el juez Hamrin lograba sumirse en el sueño que, poco antes, les recomendara el magistrado...

Roy Abson, sesenta años, viudo, tres hijos ya casados y, por tanto, separados de él por imperativos del nuevo orden, procuraba forzar al máximo sus escasas facultades mentales, a fin de entender algo de lo que le estaba sucediendo.

¿Qué hacía allí? ¿Por qué le habían seleccionado para pulsar aquel botón? ¿Por qué mandaban a un hombre al destierro en el tiempo? La verdad es que esta última pregunta no le atormentaba demasiado. Sentía, eso sí, algo de curiosidad, pero la vida le había enseñado a no inmiscuirse en los asuntos ajenos y a limitarse a cumplir con sus obligaciones como obrero manual. ¿Que lo mandaban fuera? Peor para él... Mas, ¿por qué estaba allí?

Cierto que el juez había dicho aquello de que "el nuevo orden iba a olvidarse de los pequeños deslices que habían cometido", pero estaba convencido de que en su vida todo permanecía en orden...

Sólo una vez, años atrás, se vio involucrado en un asunto erótico... Pero fue algo trivial, que la computadora arregló enviándole a unos meses de terapia sicoanalítica... Él se sentía curado... Y, además, el episodio no fue nada del otro mundo: dos años de abstinencia, tras la muerte de su esposa, le inclinaron en demasía hacia una relación sexual prohibida que, desgraciadamente, fue descubierta...

Durante los últimos años creyó que todo estaba olvidado. Al parecer, no era así... ¡Qué se le iba a hacer! Al día siguiente apretaría el botón y terminaría el problema...

"¡Eso es! —se dijo—. ¡Mañana aprieto el botón y terminará el problema...!"

Intentó reconfortarse con esa idea y cerró los ojos dispuesto a dormir.

Mas, como era de esperar, no lo consiguió en un buen rato.

* * *

Piero Loder, de cincuenta años, casado y con un hijo, sabía perfectamente las causas de su selección: llevaba una temporada dando los índices mínimos en el trabajo. No había llegado todavía a situarse por debajo de lo legal, pero sus superiores notaban el cambio y, en ocasiones, le preguntaban las razones.

"Eso es todo —se dijo—. Eligen a quienes bordean la ilegalidad, para hacer los trabajos sucios... Debe ser una especie de advertencia... Un aviso para que rectifiquemos..."

Tristemente, cerró los ojos, aunque sin la intención de dormir. Nadie sabía las razones de su bajo rendimiento... Nadie, excepto él. Para cuando el nuevo orden se enterase, que sería muy pronto, nada podría hacerse, porque, malhadadamente, no estaría en condiciones de superar el examen físico de deterioro.

Y eso, obviamente, sólo significaba una cosa: la muerte.

* * *

Max Zonerson, con sólo treinta y ocho años, era, además del más joven de los tres ejecutores, el único soltero. Y esa empecinada soltería fue la que, meses atrás, le costara enfrentarse con la computadora por un delito combinado de erotismo y bajo rendimiento laboral. No podía evitarlo: su inclinación hacia la práctica de la sexualidad se estaba convirtiendo en un vicio que, por obra y gracia del nuevo orden social, se veía obligado a disimular.

No era un intelectual, desde luego, pero la computadora le convirtió a partir de los primeros tests de infancia en un obrero de calidad cuatro, lo que le permitía tener el control de algunos "manuales" y demostraba, sin lugar a dudas, su superioridad mental sobre ellos.

Por eso, quizá, Max Zonerson *pensaba*.

Y, quizá también por eso, cuando pasó por la primera terapia sicoanalítica decidió, sin saber muy bien las causas, que lo mejor para él sería no reincidir... o, si lo hacía, disimularlo lo mejor posible.

En su fuero interno, mantenía el convencimiento de que había sido seleccionado para probar su entereza... para demostrar a la computadora que el bajo rendimiento y el erotismo estaban ya más que olvidados. Que, en

Escaneado con CamScanner

definitiva, se había transformado de una vez por todas en un ciudadano corriente. Normal.

Y puesto que la computadora esperaba eso de él, él se lo daría con mucho gusto. Lástima, porque aquella misma noche tenía una cita con Louise... La cuarta o la quinta... Sí, era una verdadera pena, porque, solteros ambos, habían enmascarado sus contactos íntimos con la publicidad de unas relaciones prematrimoniales... Pero, en fin, ¡qué se le iba a hacer! Louise esperaría, por supuesto. Y continuarían con su mascarada, después de que todo aquello terminase.

"Total —se dijo—, será apretar un botón y todo habrá terminado..."

Tranquilizado con lo que él creía la verdad, cerró los ojos dispuesto a dormirse.

Pero la imagen de la bella mujer, presente en su cerebro, le impidió lograr sus propósitos hasta después de bien pasada la medianoche.

Capítulo VII

Sentado en un extremo del sofá, Rudolf Glaris terminó de leer el breve documento con afectado interés. Luego, tras firmarlo como muestra máxima de su supremo sacrificio, lo tendió nuevamente a Reginald Wanter, quien, sentado en el sillón que la tarde anterior ocupara Jean Capel, le observaba consternado.

—¿Ni una queja, Rudolf?

Ciertamente abatido, el reo contestó:

—No... ¿Para qué? ¿Acaso serviría de algo?

—Al menos te desahogarías...

—No lo necesito, créeme... No temo el futuro.

—Sin embargo, dentro de dos horas todo habrá cambiado para ti... Estarás a mil años de distancia de esta sociedad y quién sabe en qué lugar del mundo...

Esforzándose por sonreír, Rudolf Glaris replicó:

—Vivir a mil años de este "nuevo orden social" y tener la certeza de que jamás volveré a él... saber que no recordaré nada de cuanto me han hecho y que ni siquiera seré capaz de reconocer los lugares donde me instale o las personas con las que trate es, créeme, lo mejor que podría sucederme. No me castigan, si es eso lo que quieren... Me hacen un gran favor. Como le decía al abogado Capel, sería absolutamente imposible mi coexistencia con esta sociedad.

—Lo comprendo.

—No creo, Reginald... No es odio o despecho; es asco... hastío... desprecio hacia unas formas de convivencia que permiten la realización de hechos como el que estoy protagonizando.

Wanter, quizá por no dejar la conversación en un punto muerto y ayudar así a que su amigo se distrajera, argumentó:

Escaneado con CamScanner

—Pero eso ha pasado siempre, Rudolf... En todas las civilizaciones que conocemos...

—Lo sé; pero... ¿acaso los errores anteriores justifican las equivocaciones actuales?

—No, claro.

Glaris sonrió levemente y, cambiando el tema, habló:

—He pedido al abogado Capel que me visitaras porque deseaba despedirme de ti.

—Gracias, Rudolf.

—Soy yo quien debe dártelas... Me acogisteis en vuestra Hermandad con los brazos abiertos; entendisteis lo que pretendía hacer y me brindasteis vuestro apoyo moral; comprendisteis que sólo buscaba la humanización de mis semejantes, y supisteis valorar lo que había de bueno en mis intenciones...

—No hay mérito por nuestra parte, Rudolf; básicamente, nuestros objetivos eran los mismos: paz..., concordia..., amor... Y, desde su fundación, la Hermandad ha mantenido que esa paz, esa concordia o ese amor únicamente podía lograrse por medio de un acto de voluntad de los hombres, es decir, viviendo en libertad... Eso, justamente eso, es lo que tú pedías: un mayor margen de libertad, para conseguir la humanización de la raza... No fuiste un protegido, amigo mío, sino un aliado.

—Gracias, Reginald... Incluso en estos últimos momentos eres capaz de reconfortarme...

Durante varios minutos guardaron silencio. Reginald Wanter, máximo dirigente de la "Hermandad de la Rosa, de la Cruz y del Amor", miró preocupadamente a Glaris y en su fuero interno concluyó, por enésima vez desde el día anterior, en lo mismo que había determinado durante el juicio: si alguna duda le quedaba sobre lo que debía hacer, ya se había desvanecido. Primero, la farsa del juicio; después, la teatralidad de los testigos; por último, el sereno abatimiento de aquel hombre, cuyo único delito estribaba en desear lo mejor para la humanidad.

"Y todo ello —meditó— estaba escrito... Los libros lo decían... No hay duda posible..."

Rudolf Glaris, saliendo de su mutismo, preguntó:

—¿Qué haréis ahora?

Sorprendido, Reginald Wanter quiso matizar:

—¿A qué te refieres?

—Han utilizado el nombre de la Hermandad para condenarme... ¿No temes que, resuelto mi caso, intenten aniquilaros?

Súbitamente iracundo, el secretario respondió:

—Estoy seguro de ello.

—¿Y...?

—Sé perfectamente lo que debo hacer. No tengo dudas al respecto.

Rudolf Glaris vaciló durante unos instantes. Luego, tras vencer sus propias indecisiones, preguntó:

—¿Tiene algo que ver con esos libros de los que has querido hablarme en alguna ocasión?

Cautamente, el rosacruciano contestó:

—Sí... Alguna relación hay.

—Y... ¿no puedo conocerla?

Algo más relajado, el hombre razonó:

—Durante meses no has querido saber nada de nuestros secretos, ¿por qué ahora, que ya no te van a servir de nada, cambias de opinión?

—Tal vez precisamente por eso: porque ya no van a servirme de nada los informes que me des.

—¡Lo que son las cosas! —exclamó Reginald—. Esa misma razón tengo yo para no hablarte de ello... ¡Tantas veces intentando hacerlo y, ahora que estás dispuesto a escucharme, debo guardar el secreto!

Sin demasiada convicción, el reo se resignó:

—¡Qué se le va a hacer! Dejémoslo como está.

—Sí —coincidió Reginald—. Dejémoslo. Sin embargo, quiero decirte algo...

—Adelante.

—La Hermandad esperaba tu llegada. No sabíamos cuándo, ni cómo, ni quién sería, pero esperábamos tu llegada.

—Eso es imposible —aseguró Rudolf.

—No lo es... Hay una serie de vaticinios escritos que, según las indicaciones de interpretación, tan sólo podrían tenerse en cuenta cuando se dieran todos a la vez...

—¿Y ahora se dan? —preguntó, algo incrédulamente, el sentenciado.

—Sí. Por eso no albergo ninguna duda de lo que debo hacer.

—¿Puedo saber...?

—No. Será mejor que no. ¿Para qué? Hasta ahora te has dejado llevar, en muchas ocasiones, por tus intuiciones... Sigue haciéndolo... Probablemente ahí es-

Escaneado con CamScanner

tribe la razón... la explicación a muchas cosas incomprensibles.

Rudolf Glaris iba a contestar, cuando el sonido de la puerta exterior abriéndose y los pasos de varios vigilantes le obligaron a guardar silencio. Uno de ellos, mecánicamente, anunció:

—Son las seis. Debo trasladarle a la Cámara de Cumplimiento.

Glaris se levantó. Reginald hizo lo propio, se acercó a su compañero y, sin decir palabra, se abrazó a él. Durante algunos segundos permanecieron entrañablemente unidos en la desgracia y en el dolor. Luego, sobreponiéndose ambos a la tensión del momento, se separaron y, con voz entrecortada, se despidieron:

—Adiós, Rudolf... Que en tu nueva vida encuentres seres capaces de comprender a sus semejantes.

—Gracias, Reginald. Adiós. Espero que mi desgracia no sea el principio de una masacre en la que vosotros, los miembros de la Hermandad, llevéis la peor parte.

Inmóvil en la puerta del departamento de aislamiento social, Reginald Wanter observó cómo se llevaban a su amigo. Por un instante, pensó en los buenos deseos de Rudolf: "Espero que mi desgracia no sea el principio de una masacre en la que vosotros, los miembros de la Hermandad, llevéis la peor parte..."

Y temeroso e iracundo a la vez, murmuró:

"Habrá masacre, Rudolf. Seguro que la habrá. Y llevaremos la peor parte. Pero después de ella, después de cargar sobre nuestras espaldas con el peso del dolor y del aniquilamiento, ya nada será igual. *Ya nada podrá ser igual.*"

Rápidamente descendió hasta la calle y, con toda celeridad, se encaminó hacia su casa. Apenas media hora después, Reginald Wanter y Sankt Gallen entraban en el edificio de la Administración Ejecutiva de Justicia y recorrían los casi alegres pasillos en silencio.

Al pasar junto a la puerta de un despacho, Reginald indicó:

—Aquí es.

—Bien —fue la seca respuesta de Sankt.

—No te precipites.

—No.

—Ni te retrases.

—No.

—Espera a que firme.

—Sí.

—¿Tienes alguna duda?

—No.

Parecía un autómata, pero, desde luego, no lo era. Reginald Wanter sonrió satisfecho y exclamó:

—Perfecto, Sankt. Perfecto.

—Será fácil, Reginald... Ya te lo dije... Será todo muy fácil. Saldrá todo bien.

Reginald le dio una palmada en la espalda e insistió:

—¿Sabes lo que debes hacer... *luego*?

—Sí.

—¿Qué es?

—Quedarme aquí.

—Exacto. Quedarte aquí. Mucha suerte.

—Gracias.

Casi con parsimonia, Reginald Wanter abandonó a Sankt Gallen y se dirigió hacia la Cámara de Cumplimiento.

El mecanismo estaba instalado. Si Rudolf Glaris era desterrado en el tiempo, inevitablemente sería puesto en marcha.

Y, con él, la masacre que el reo tanto temía.

Escaneado con CamScanner

Capítulo VIII

Día 7 de enero del año 2103. Cinco horas, cuarenta y cinco minutos de la tarde.

Las dependencias inferiores de la Administración Ejecutiva de Justicia ofrecían un aspecto raras veces visto: magistrados que entraban y salían; intelectuales que pretendían traspasar la última puerta de la Cámara de Cumplimiento; guardianes que se oponían a ello... Un bullicio que, a juicio de Hamrin...

"Es muy poco edificante..."

Por el video interior se puso en comunicación con el individuo de nivel tres, al mando de los vigilantes, y le ordenó:

—Despejen la zona.

—Sí, señor.

—En las dependencias únicamente debe haber el personal indispensable...

Al ver que el nivel tres permanecía en la pantalla, recordó que no tenía obligación de saber quienes eran o no indispensables en la Cámara de Cumplimiento, por lo que ordenó:

—El profesor Sherim, dos vigilantes, el acusado y yo mismo, somos los únicos autorizados a presenciar la ejecución de la sentencia contra Rudolf Glaris. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

Mientras el hombre desaparecía del visor, Hamrin vaciló al pensar que al nivel dos podría ocurrírsele sacar a los ejecutores de sus departamentos. Mas, rápidamente, sonrió y se dijo:

"Están encerrados y él no sabe abrir las puertas. Además... un nivel dos no piensa."

Despreocupadamente, pulsó un botón y una agradable vocecilla femenina indicó:

—Cinco horas y cuarenta y siete minutos.

—Gracias.

—De nada —respondió la voz.

Trece minutos... Sólo trece minutos más, y el caso Glaris habría concluido para siempre. Calmosamente, se levantó del sillón de trabajo que ocupaba y salió al pasillo.

Cuando se encaminaba hacia las dependencias de la Cámara de Cumplimiento, le pareció ver a un joven recostado contra una pared, un tanto indolentemente, con aires de no hacer nada. Iba a girarse para preguntarle, cuando repentinamente cambió de idea:

"Querrá presenciar la operación destierro... —meditó—. Afortunadamente, los vigilantes se lo impedirán."

Y, parsimoniosamente, siguió con altanera indiferencia su camino.

* * *

Cinco horas cuarenta y ocho minutos.

Roy Abson, en su apartamento de ejecutor, miraba una y otra vez el desproporcionado botón rojo, con los ojos muy abiertos y casi con incredulidad.

"¿Será posible que pulsando tres de estos interruptores, un hombre salga despedido hacia una vida que ya ha desaparecido?"

Se encogió de hombros, pero no perdió de vista el panel de mandos. Todavía no había oído las palabras "preparados" y "atentos" que precedían a la cuenta de tres, pero no quería que le cogieran desprevenido:

"A fin de cuentas —se dijo—, cuando todo esto termine, mi problema habrá sido olvidado..."

Y este pensamiento le dio ánimos para continuar con los ojos clavados en el fatídico botón rojo.

* * *

Piero Loder, entre angustiado y desesperado, se debatía en medio de grandes dudas:

"¿Me servirá de algo apretar el botón? ¿Será un detalle lo suficientemente importante como para poder confesar a mis superiores lo que me ocurre sin temor a que me desmaterialicen? ¿Me curarán para que vuelva

Escaneado con CamScanner

a lograr los niveles de productividad que he mantenido hasta hace unos meses?"

No lo sabía.

Mas, de todas formas, a las cinco horas y cuarenta y nueve minutos de la tarde, cuando sólo faltaban once para el cumplimiento de la sentencia dictada por la computadora, Piero Loder se autoconvenció de que la única posibilidad de seguir con vida, si es que existía, pasaba por el puntual cumplimiento de las órdenes que diera el profesor Sherim.

Órdenes que, desde luego, él estaba dispuesto a ejecutar sin la menor vacilación.

* * *

Cinco horas cincuenta minutos.

"Diez minutos... Todavía diez minutos hasta pulsar el mando rojo... Y quince más hasta que nos saquen de aquí... ¡Es desesperante! ¡Y Louise esperándome! ¡Y yo perdiéndome la fiesta!

Max Zonerson, estirado en su litera, miraba el panel de control despreciativamente y harto de todo. ¡Por una vez que había conseguido una relación lo suficientemente segura como para que no le descubrieran, lo que hubiera significado reincidencia y, probablemente, destierro en el tiempo, va y lo llaman para hacer... "aquello"! ¿No era dramático?

—Desde luego que sí —sentenció en voz alta.

Luego, como asustado de su osadía y temiendo que alguien hubiera estado escuchando a través de los sistemas audiovisuales, añadió:

—Se lo merece, desde luego que sí. Y si no, que hubiera rectificado a tiempo.

Porque él, Max Zonerson, sabía que no le espiaban por medio de la imagen, aunque suponía que lo hacían por los sistemas de sonido. Y tenía miedo... sobre todo, porque no deseaba abandonar el placer de sus reuniones clandestinas con Louise...

Louise...

¡Qué belleza de mujer! ¡Qué ardiente! ¡Y cómo participaba en los juegos amorosos!

Sin darse cuenta, se encontró pensando en las mórbidas curvas de su amiga... en su sonrisa provocadora... en su cuerpo tentador...

Sobresaltado, pulsó un botón:

—Cinco horas, cincuenta minutos, treinta segundos.

—Gracias.

—De nada.

Faltaba tiempo... Mucho tiempo... Casi diez minutos... Diez minutos que podía dedicar a recordar los viejos placeres y las nuevas caricias de su deseada Louise...

* * *

—Tome asiento.

Rudolf Glaris, ilógicamente relajado, penetró en una especie de tubo circular, amplio y vertical, fabricado con no sabía qué misterioso metal brillante. Cables y más cables se cruzaban y entrecruzaban una y mil veces, como si alguien, a propósito, hubiese querido gastar una broma de mal gusto a quien, por curiosidad o afán de investigación, hubiera deseado averiguar por sí mismo adónde iban a parar esos hilos o de dónde venían.

—No tema... No sentirá nada.

—¿Y usted cómo lo sabe?

Sin prestarle demasiada atención, ocupado más en comprobar los últimos detalles de la ejecución que en la pregunta del reo, el científico respondió maquinalmente:

—Lo supongo.

—Muy halagador por su parte.

—No pretendo halagar, sino cumplir con mi trabajo lo mejor posible, ¿comprende?

—Sí.

Instantes después, Sherim pareció satisfecho de su inspección y dijo:

—Señor Glaris, voy a cerrar herméticamente esta puerta. A partir de ese momento, quedará usted aislado del exterior. Aproximadamente dentro de ocho minutos, las ondas comenzarán a llegarle para, segundos después, afectarle la memoria y, seguidamente, trasladarle a la dimensión distinta que su físico desmaterializado exigirá. Antes de diez minutos, habrá usted abandonado este siglo. Le deseo suerte allí donde se reencuentre.

—Gracias.

Majestuosamente, Sherim cerró la puerta y Rudolf Glaris quedó en el interior, acompañado de sus desencantos y frustraciones. Súbitamente, le pareció tomar conciencia de la trágica realidad de cuanto iba a suce-

Escaneado con CamScanner

derle en los próximo minutos. Hasta entonces, hasta aquel preciso instante, Rudolf Glaris sabía que iba a ser desterrado en el tiempo; que jamás volvería a ver a sus superficiales conocidos, a su esposa, a sus colegas... Que nunca podría pasear, deliciosamente abstraído en sus pensamientos, por las calles que unían su lugar de trabajo con la casa en que habitaba... Que, en fin, su memoria al completo, que era como decir todo él, desaparecerían para siempre...

"Van a convertirme en un hombre cuarentón, sin ningún conocimiento de su vida... Dentro de poco no sabré cómo me llamo, ni de dónde vengo ni a dónde voy. No estaré en condiciones de identificarme ante nadie, porque ni yo mismo tendré la más ligera pista para averiguar quién soy... Ni padres, ni hermanos, ni recuerdos de la infancia, ni datos científicos acumulados por el estudio... ¡No sabré nada! ¡Van a convertirme justamente en eso... *en nada*!"

Un escalofrío de terror recorrió su cuerpo. ¡Qué distinto era *resignarse* ante la idea de la desaparición física, a comenzar a vivirla!

"Porque... —siguió meditando— ...¿Qué haré en mi nuevo mundo? ¿Cómo será? Mil años atrás, si mis recuerdos de estudiante no son equivocados, estábamos en plenas guerras feudales; la religión servía de excusa para matar y esclavizar, incluso antes de que llegara la Reforma protestante y la Contrarreforma... Mas, si acepto por un momento que voy a trasladarme a un país en lucha... ¿de qué bando estaré? ¿Cómo me defenderé de mis enemigos, si ni siquiera sabré pelear o, en el mejor de los casos, argumentar ante mis posibles acusadores?"

Cada vez más angustiado, continuó:

"Y... ¿qué idioma hablarán? Si yo no sé qué decir, ni tampoco en qué lenguaje hacerlo... ¿cómo me haré entender? Pero... ¡qué importa todo eso! Más trascendente sería saber cómo me sentiré... Estaré vacío... ¡Completamente hueco! Ni un solo dato sobre mi pasado... Ni una sola idea para mi futuro... ¿No es esto mucho más cruel que la propia muerte?"

Intensamente atemorizado, decidió olvidarse de los problemas y esforzarse en relajar sus músculos. No sabía qué iba a pasar, desde luego, pero sí deseaba que sucediera lo antes posible.

* * *

Cinco cincuenta y nueve de la tarde.

Birger Hamrin, situado a espaldas del profesor Sherim, observaba atentamente todos y cada uno de sus movimientos. No comprendía nada de todo aquel rompecabezas de cables, botones, clavijas y pulsadores, desde luego, pero no le importaba... Disfrutaba viendo cómo las lucecitas de control iban encendiéndose y apagándose, en señal de claros aunque misteriosos mensajes.

Por fin, Sherim, con su clásica voz mecánica, indicó:

—¿Preparados?

Y segundos después:

—¿Listos?

Para, implacablemente, continuar:

—Uno...

—Dos...

* * *

La sangre le hervía.

Si bien no estaba completamente dormido, el íntimo contacto que mentalmente estaba realizando Max Zonerson con su deseada Louise, le había sumido en una especie de sopor paradisíaco del que, inconscientemente, no deseaba despertar.

¡Era tan hermosa...! ¡Participaba tan intensamente en los juegos del amor! ¡Ofrecía tanto placer! ¿Cómo olvidarse de ella, y más cuando le habían separado de su lado sin previo aviso?

Mentalmente, entre sonrisas ausentes y jadeos imitados, Max siguió acariciando aquellos pechos infinitos... aquellas caderas rotundas y ágiles... aquellos muslos largos y suaves...

—¿Preparados?

Sí... ¿quién no lo estaba? Sólo faltaba que el preámbulo fuera un poco más largo; que ambos vencieran las escasísimas inhibiciones que todavía, en ocasiones, frenaban un tanto sus impulsos, para entregarse sin ningún tipo de reservas...

—¿Listos?

El sopor de Max Zonerson pareció tambalearse... si-

Escaneado con CamScanner

muló que quería huir porque algo, una orden pronunciada por un ser invisible, lo mandaba.

Pero no lo permitió.

Aquello no era un sueño... ¡Louise era real! ¡Le estaba aguardando y, seguramente, con tanta impaciencia como él sentía! ¿Por qué tenía que dejar de soñar con ella?

Volvió a aferrar su mente a las carnes de la mujer. Sus dos manos asieron firmemente los pechos de Louise y, sudoroso ya por el esfuerzo, se agarró a ellos para no ser arrebatado de su lado.

—Uno...

Algo se despertó en el subconsciente de Max Zonerson. Algo que, si bien comenzaba a latir cada vez con más fuerza, no terminaba de concretarse.

—Dos...

Abrió los ojos, un tanto espeso todavía... ¿"Uno"? ¿"Dos"? ¿Qué significaba aquello? ¿Dónde estaba? ¿Y Louise? ¿Acaso no se habían acostado juntos? ¿No acababa de poseerla allí, en aquella litera desconocida para él? ¿Qué diablos...?

—Tres.

¿"Tres"? ¿Qué podía ser...?

Súbitamente saltó de la cama y, como un poseso, gritó:

—¡¡¡Tres!!! ¡¡¡Soy yo!!!

De un enérgico manotazo, pulsó el botón rojo que, misteriosamente, se había encendido segundos antes.

¿Segundos?

No. Décimas tan sólo.

Unas miserables décimas de segundo que no debían... *no podían*... hacer fracasar el experimento. Entre muchas razones, porque ella, su Louise, le esperaba con ansiedad.

* * *

Birger Hamrin, al comprobar la cara de disgusto del profesor Sherim, le preguntó:

—¿Ha fallado algo?

—Espero que no.

—¿Sólo lo espera?

Impaciente, el investigador le espetó con vehemencia:

—¿Ha presenciado usted muchos destierros en el tiempo?

—Es obvio que no.

—Pues yo tampoco los he dirigido... Así que... eso: solamente espero que no haya fallado nada.

—Pero algo ha notado usted, se le refleja en el rostro.

—Sí... Creo que el número tres se ha retrasado unas décimas de segundo, pero no estoy seguro... De todas formas, cuando abramos la Cámara lo sabremos con seguridad.

* * *

(Dos segundos después de las seis, Rudolf Glaris notó que una especie de rara energía se liberaba en lo más íntimo de su cuerpo. No podía decir que flotase, porque físicamente sentíase dentro de la Cámara, pero "algo" estaba ocurriendo en su interior. Tres segundos después, la sensación íntima se hizo más intensa. El cerebro pareció nublarse y creyó que sus sensaciones se parecían a las generadas por una fiebre intensísima. Cuatro segundos después de las seis de la tarde del día 7 de enero del año 2103, Rudolf Glaris *dejó de estar* en la Cámara de Cumplimiento. Mas, durante un buen rato, no logró saber dónde se hallaba.)

* * *

Birger Hamrin abrió la puerta que daba acceso a las dependencias y, sumisamente, indicó a Lex:

—Si lo desea...

Cohibido, el aludido preguntó:

—¿Ya ha pasado todo?

—Eso creemos... Vamos a comprobarlo ahora... Me indicó usted sus preferencias en lo referente a no presenciar directamente la ejecución, pero supongo que deseará comprobar personalmente los resultados de la misma.

Súbitamente envalentonado, Lex replicó:

—¡Por supuesto! Si no entré antes, fue, simplemente, por no estorbar en los trabajos... Hay que ser respetuoso con las responsabilidades de los demás...

Sardónicamente, Birger Hamrin contestó:

—Comprendo... Una forma de pensar que le honra, sí, señor.

Escaneado con CamScanner

Iban a entrar en la estancia, cuando la potente voz del abogado Jean Capel tronó en la antesala:

—¿Y yo? ¿Yo no puedo entrar?

Afectando unas maneras teatralmente corteses, el magistrado comentó:

—¡Señor Capel! ¡Olvidé mencionar a los vigilantes que le permitieran el acceso a la Cámara, si ese era su deseo!

—Lo era —replicó hoscamente el letrado.

—Discúlpeme... Pase si le interesa presenciar la apertura de la Cámara... A no ser que Lex tenga algún inconveniente, por supuesto.

—No... No lo tengo... Además, los esfuerzos desarrollados por el abogado Capel, encaminados a clarificar este penoso asunto, bien merecen ciertas deferencias.

Iba a replicar violentamente, pero prefirió callar... Con aquella gente, nunca se sabía...

Ya dentro de la sala, Sherim preguntó:

—¿Estamos todos los que debemos estar?

—Así es —reconoció el juez Hamrin.

—Veamos entonces...

Parsimoniosamente, abrió la portezuela de metal. Se asomaron levemente al interior, y un suspiro de alivio brotó de todos los pechos: allí no había nadie. Rudolf Glaris había desaparecido.

Jean Capel, con el ceño fruncido, salió tras el juez, el profesor, Lex y los vigilantes. Mientras el primero se dirigía a su despacho para firmar el acta del cumplimiento, Lex se encaminó a las zonas altas de las máximas jerarquías del orden nuevo y los vigilantes a sus áreas de permanencia. Sherim se detuvo un momento ante Capel y, siempre con voz intrascendente, le preguntó:

—¿Defraudado?

—No.

—¿Dolido?

—Sí.

—Se le pasará.

Mientras el profesor se alejaba, Jean Capel pensó que no... que los sentimientos desencadenados en su interior no pasarían jamás. Porque, casi sin darse cuenta, su mente le estaba enviando la respuesta que, desde hacía varios días, buscaba afanosamente. Ya sabía qué era lo que faltaba o sobraba en aquel *Mundo feliz* de Huxley y en el suyo propio; ya conocía, perfectamente además, cuál era la circunstancia que, desde la primera video-lectura, le pareció similar en una civilización hipotética de hacía doscientos años y la que él estaba viviendo...

Todo estribaba en una cosa.

En una sola cosa.

Súbitamente alegre, salió corriendo del edificio de la Administración Ejecutiva de Justicia, mientras en lo más recóndito de su conciencia, pensaba que, efectivamente, Rudolf Glaris tenía razón.

—Eso es lo que falta en el *Mundo feliz* de ese tal Huxley y falta en el mío: libertad. Por eso Glaris tenía razón... Por eso, porque falta libertad, me dijo "aquello" ayer, en su apartamento de aislamiento social...

Y palabra por palabra, rememoró la frase:

"Usted ha tomado conciencia de que *no puede* decir lo que piensa, por eso habla en voz baja. Y también de que, efectivamente, yo *podría* tener razón lo que, en definitiva, significa que acepta la posibilidad de que el sistema esté equivocado. Para mí, esto ya es suficiente."

Entonces, sólo unas pocas horas antes, él, Jean Capel, no lo había entendido: confundía *tomar conciencia* de su libertad, con *miedo* a la computadora.

Ahora, sí. Ahora, lo veía todo muy claro.

Para él, a partir de aquel instante, todo empezaba a cambiar: valores, deseos, trabajo, esposa, matrimonios, padres, hijos... ¡Todo!

Con el cerebro bulléndole, plagado de ideas que le atraían tanto como le extrañaban, aceleró el paso mientras se decía:

"¡Gracias, Rudolf! A partir de ahora, *ya nada podrá ser igual.*"

Escaneado con CamScanner

Capítulo IX

Birger Hamrin, aunque aparentemente satisfecho por la rapidez con que se había llevado a cabo la ejecución de la sentencia, se dirigió a su despacho de la Primera Sala de Audiencia de la Administración Ejecutiva de Justicia con una incómoda sensación de íntima inseguridad. Sin poder concretarlo, había "algo" en su interior que no parecía estar muy conforme con su actuación en el caso.

"Curiosamente —meditaba mientras recorría los pasillos con cierta majestuosidad—, esa idea de desagrado que me daba vueltas ayer noche, ha regresado ahora... ¿Por qué, si ya ha terminado todo?"

Involuntariamente, recordó la vaga llamada de su subconsciente poco después de tomarse los somníferos; la *alerta* que había surgido en su cerebro cuando, todavía despierto, tuvo el presentimiento de que estaba cayendo en una trampa de la que le iba a resultar muy difícil salir...

"¿La misma trampa que le hemos tendido a Rudolf Glaris?", se preguntó mentalmente.

No supo responderse.

Hizo un enérgico movimiento de cabeza, intentando alejar de él tan sombríos temores, y siguió caminando hacia su despacho procurando concentrarse en otra cosa.

Al llegar ante la puerta, percibió confusamente algo anormal. Se detuvo sin atreverse a entrar y, con gran disimulo, observó atentamente los extremos del pasillo.

Nada.

Aguardó unos segundos antes de entrar en su oficina. Vaciló, sin saber exactamente por qué razones, hasta que, harto ya de lo que comenzó a calificar como el

resultado de una neurosis de persecución, empujó la puerta decididamente.

La vista de la dependencia completamente vacía, le tranquilizó. Burlándose de sus temores, murmuró en voz baja mientras tomaba asiento tras la mesa:

"¿Lo ves? ¿De qué tienes miedo? Deberías acudir al Investigador Médico Central... Algo no acaba de funcionar bien en tu cerebro..."

Parsimoniosamente se recostó en el sillón y leyó con atención el acta del cumplimiento de la sentencia. Todo estaba correctamente redactado. Únicamente quedaba el requisito de su firma y enviar el expediente a Dux, para que éste lo computara en el cerebro.

"Total, nada —se dijo—. Una simple firma y ya está..."

Se incorporó levemente sobre sí mismo, dejó los folios sobre la mesa, tomó una especie de bolígrafo de tinta perpetua y, casi con orgullo, comenzó a estampar su rúbrica.

Bir...ger Ham...ri...n...

—¡Listo! —exclamó.

En aquel momento se abrió la puerta. Un hombre de apariencia intrascendente, de unos treinta años posiblemente, salvó la entrada y la cerró, disparando el magneto interior que impedía abrir desde el exterior. Silenciosamente, se fue acercando a la mesa.

Entre asustado e indignado por la osadía, el magistrado aulló:

—Pero... ¿qué hace usted? ¿Quién le ha dado permiso para entrar? ¿Qué quiere? ¡¡Váyase inmediatamente o llamaré a los vigilantes!!

Con un halo de decisión que brotaba de todos sus movimientos, Sankt Gallen fue salvando la corta distancia que le separaba del juez. Éste, cada vez más atemorizado, dijo en voz alta:

—Yo le conozco... ¡Sí, le conozco! ¡Estaba usted en los pasillos cuando me dirigía a la Cámara de Cumplimiento! ¡Sí, lo recuerdo perfectamente! ¿Qué quiere?

Completamente asustado, pulsó histéricamente uno de los botones de su panel de mandos. Mas nada parecía capaz de detener los movimientos de aquel individuo quien, sacando un finísimo hilo metálico de uno de sus bolsillos, estaba ya dando la vuelta a la mesa de trabajo y situándose tras el magistrado.

Birger Hamrin intentó levantarse de su sillón, pero

Escaneado con CamScanner

un par de férreas manos le sujetaron por los hombros y le impidieron alzarse.

—Estese quieto. No se mueva —ordenó extrañamente calmado Sankt Gallen— y todo será más rápido.

¿Más rápido? ¿Qué era lo que tenía que ser más rápido? ¡Un peturbado! ¡Eso debía ser, un loco! Pero no... No podía tratarse de eso, por la simple razón de que en el nuevo orden social no existían: o se curaban o eran desintegrados... Aniquilados.

Pero... ¿entonces?

Con precisión mecánica, Sankt Gallen enroscó los extremos del alambre alrededor de sus manos. Luego, tras dar varios tirones para comprobar la sujeción del cable, rodeó el cuello de Birger Hamrin y, sin la menor expresión en su rostro, fue apretando lentamente... muy lentamente...

La cara del juez enrojeció primero, fue tornándose azulada después, y concluyó por adoptar una expresión a medio camino entre la sorpresa y la muerte.

Por fin, dejó de respirar. Sankt Gallen mantuvo la tensión del alambre durante unos segundos más para, con la misma calma desplegada hasta entonces, desenroscar del cuello el hilo metálico, guardarlo en su bolsillo, abandonar el cuerpo inerte del juez, encaminarse hacia la puerta, desconectar el magneto y sentarse plácidamente en una silla a esperar los acontecimientos.

En total, habían transcurrido poco más de tres minutos. Los justos para que los vigilantes llegaran desde sus dependencias hasta la puerta del despacho, la abrieran y, muy respetuosamente, preguntaran:

—¿Nos ha llamado, señor juez?

* * *

No lo entendían.

Sencillamente, *no podía ser*. No *podía suceder*.

Nadie les había mencionado la simple posibilidad de que pasara algo similar y, por lo tanto, no sabían cómo reaccionar.

¿Qué hacer?

Frente a los dos vigilantes y tras su mesa de trabajo, el juez Hamrin ocupaba su sillón... como siempre. Les había llamado... como siempre. Y sin embargo, no respondía a sus preguntas.

—¿Nos ha llamado, señor juez? —insistió uno de ellos.

El silencio fue la respuesta.

Muy lentamente, empezaron a comprender que algo no funcionaba correctamente en el despacho del magistrado. El juez seguía sentado, sí, mas su cabeza estaba ladeada hacia la derecha, la lengua salía de su boca, los brazos colgaban fláccidamente hacia el suelo, mientras que los ojos parecían desear abandonar sus cuencas naturales. Desde luego, en el nuevo orden se habían dado casos de muerte accidental o repentina y ellos, los vigilantes, eran los encargados de retirar el cuerpo del difunto; pero ninguno de los escasos individuos que tuvieron la impudicia de morirse en plena vía pública o en sus lugares de producción, mostraban tras el óbito una expresión semejante a la del juez.

¿Y aquel hombre que permanecía sentado en una silla, totalmente inexpresivo, con los ojos clavados en el suelo? ¿Qué hacía allí? ¿Tendría algo que ver con el magistrado muerto?

Nadie les había enseñado a relacionar dos situaciones tan disparatadas y, por lo tanto, sus cerebros eran incapaces de hallar una solución correcta al caso. Fueron llamados por las conexiones internas desde la oficina de Birger Hamrin: todo lo que no fuera acudir a la llamada, recibir las órdenes pertinentes y cumplirlas literalmente, escapaba de su capacidad de comprensión.

Uno de ellos, mecánicamente, pero con cierto timbre de angustia en su voz, repitió la pregunta:

—¿Nos ha llamado, señor juez?

Lógicamente, no hubo respuesta.

Los dos vigilantes se miraron, interrogándose en silencio sobre cuál debería ser su norma de comportamiento. Por fin, ante su asombro, aquel hombre inexpresivo les ordenó:

—Comuniquen a las altas jerarquías que he matado al juez. Yo les esperaré aquí. Sin moverme.

Dos sentimientos contradictorios aparecieron en los vigilantes. El primero, de alegría, porque al fin alguien les había dado una orden. El segundo, de perplejidad: el verbo *matar*, referido a personas, jamás fue utilizado en su presencia.

Escaneado con CamScanner

Capítulo X

Siete de la tarde del día 7 de enero del año 2103.

La decisión de Dux, Lex y Pax había sido tan rápida como tajante: puesto que las circunstancias del caso Rudolf Glaris habían aconsejado la necesidad de reinstaurar un sistema judicial abandonado lustros atrás, y las que parecían rodear el asesinato del juez Birger Hamrin eran, si ello podía ser posible, de mayor gravedad que las anteriores, se imponía la determinación de continuar el mismo método. Necesitaban, ante todo, la máxima discreción: el nuevo orden no podía correr el riesgo de que la masa social se diera cuenta de la posibilidad de agredirle; de que, en definitiva, la gente tomara conciencia de que el sistema no era intocable, sino que, bien al contrario y como demostraba palpablemente el homicidio del magistrado, podía ser atacado y, además, con éxito.

Por ello coincidieron en actuar velozmente: a menor tiempo empleado en juzgar al reo, menos posibilidades de rumores y noticias. Así, una hora después de que Rudolf Glaris fuera desterrado en el tiempo y cincuenta y siete minutos más tarde de la muerte de Birger Hamrin, el mecanismo se había puesto en marcha.

Y Jean Capel, *el nuevo* Jean Capel, fue llamado, nombrado defensor de Sankt Gallen y conminado a que preparara su defensa en el brevísimo plazo de veinticuatro horas.

* * *

Absolutamente tranquilo, sin que las inflexiones de su voz denotaran la menor preocupación, Sankt Gallen recibió en su apartamento de aislamiento social al que, según le habían informado, sería su defensor: Jean Capel.

Éste, una vez que el vigilante hubo cerrado la puerta y conectado los magnetos, cruzó el corto pasillo, penetró en una salita exactamente igual a la que, hasta pocas horas antes, ocupara Rudolf Glaris, tomó asiento frente a su nuevo defendido y, sin saber concretamente cómo dar inicio a la conversación, preguntó:

—¿Se encuentra usted bien?

Fríamente, Sankt respondió:

—Sí. Perfectamente.

—¿Podemos hablar de su asunto?

—Desde luego.

Asombrado por la tranquilidad de su interlocutor, Jean Capel le pidió:

—Vayamos al principio: cuénteme lo que sucedió.

Con un gesto de aburrimiento, el homicida habló:

—Fue muy fácil: tomé un hilo metálico en casa, lo metí en mi bolsillo, acudí al edificio de la Administración Ejecutiva de Justicia y, en cuanto hubo firmado, entré en el despacho, rodeé su cuello con el hilo y lo maté. Fue muy fácil.

Sorprendido, Capel opinó:

—Parece usted muy interesado en señalar que fue sencillo...

—Claro.

—¿Por qué?

—Porque lo fue. Yo ya lo había dicho antes.

—¿Antes?

—Sí... Antes de matarlo... Cuando comentaba que iba a hacerlo.

Perplejo, el abogado quiso puntualizar:

—Pero... ¿lo comentó con anterioridad?

—Claro.

—¿Con quién?

—Eso no se lo voy a decir. Pero lo comenté. Es cierto. Y dije que sería muy fácil. Y así ha sido.

Incrédulamente, Jean Capel movió la cabeza de un lado a otro: ¿qué estaba pasando en su mundo? ¿Qué le sucedía a él mismo? ¿Por qué el nuevo orden era susceptible de ser agredido?

—Veamos —dijo en voz alta—, asegura usted que habló de lo que pensaba hacer, ¿no?

—Cierto.

—Y no quiere decirme con quién.

—No.

Escaneado con CamScanner

—Pero podrá, al menos, explicarme las causas por las que quiso dar a conocer sus intenciones...

Sankt vaciló unos instantes, antes de responder:

—En realidad, las razones no son mías, sino de los libros. Estaba escrito que ocurriría todo lo que ha sucedido... Estaba escrito.

Absolutamente perplejo, Jean Capel siguió con su interrogatorio:

—¿Escrito? ¿Dónde?

—Ya se lo he dicho, en los libros.

Intentando acumular la máxima paciencia posible, Jean Capel se dispuso a continuar preguntando, totalmente convencido de que aclarar lo ocurrido iba a ser muy difícil... al menos si se limitaba a interpretar literalmente lo que su defendido respondía.

—Bien —concedió—. Aceptado: estaba escrito en los libros. Pero... ¿en qué libros?

—En los viejos... En los antiguos...

La contestación era, cuanto menos, incoherente. En el orden nuevo no existían otros libros que los utilizados en el ámbito intelectual que se dedicaba al estudio de las civilizaciones pasadas; incluso éstos no eran libros como los antiguos, sino una especie de reproducciones magnéticas, que se acompañaban con fotografías de lo que, en tiempos pasados, habían sido los volúmenes escritos. La gente normal sólo tenía acceso a las videocopias previamente seleccionadas por la computadora. Hablar pues de libros viejos o antiguos, no dejaba de ser un disparate monumental.

Sin embargo, Jean Capel decidió interesarse más por la cuestión. Desde que, poco antes, notara que su cerebro empezaba a rechazar postulados considerados inamovibles por el sistema social, una brecha de curiosidad se había abierto en su mente; una curiosidad por todo aquello que Rudolf Glaris resumía en el concepto "humanizar la sociedad" y que, sin saber por qué razón, Sankt Gallen avivaba con su charla aparentemente incoherente. Por ello, dulcificando al máximo el tono de su voz, preguntó con interés:

—Y... ¿dónde has visto esos libros?

Sankt, inocentemente, contestó:

—No los he visto...

—¿No? —se sorprendió el abogado.

—No.

—¿Cómo sabes, entonces, lo que dicen?

—Me lo han explicado... Hace mucho tiempo que me lo venían contando... Por eso sabía que tendría que matarlo. Y por eso sabía también que me resultaría fácil.

Perplejo, Jean prosiguió:

—Pero... vamos a ver... ¿quién te dijo...?

—Eso no puedo decírselo.

El letrado había decidido cambiar su protocolario "usted" por un amistoso tuteo, buscando quizá ganarse la confianza del acusado. Mas su silencio con respecto al tema que le preocupaba era, al parecer, infranqueable...

—¿De verdad no puedes?

—No —fue la seca respuesta de Sankt.

No tenía más remedio que atacarle por otro lado; que buscar algún punto débil por el que introducirse en aquella mente que, a pesar de su simpleza, tan bien sabía guardar los secretos. Así que, decidido a enterarse de la verdad, cambió de táctica:

—De acuerdo —aparentó rendirse—. Dejaremos ese tema... Sería preciso que me contaras algo de tu vida... Debo conocerte lo mejor posible si quieres que te defienda con garantías...

—Pregunte usted —aceptó Sankt.

—Tu nombre completo es Sankt Gallen, ¿verdad?

Lo sabía, desde luego, pero necesitaba infundirle confianza y, para ello, nada mejor que hacerle preguntas sencillas.

—Sí —respondió el acusado.

—¿Y qué edad tienes?

—Veintiocho años.

—¿Estás casado?

—No... No tengo mujer.

—¿Vives con tus padres entonces?

—Tampoco... Soy huérfano.

Jean Capel abrió imperceptiblemente los ojos: era, quizás, el primer huérfano que se mantenía célibe tras la muerte de sus padres...

"Raro caso", pensó.

Pero no quiso sumirse en reflexiones inútiles, y continuó:

—¿Qué labor desarrollas?

—Soy un nivel quince...

Y sonriendo tímidamente, reconoció:

—Creo que es el último, ¿verdad?

Escaneado con CamScanner

Afablemente, el abogado le animó:

—Eso no tiene importancia... En el nuevo orden todos somos exactamente iguales...

—Todos, no.

—¿No? ¿Por qué no?

—Los hay que manejan un robot. Yo no puedo.

—Intentaba decirte que nuestros trabajos son igual de importantes... Lo mismo da llevar un robot, que limpiarlo o repararlo...

Indiferente, Sankt balbuceó:

—Bueno... Pero a mí no me parece lo mismo.

Jean Capel hizo una especie de recopilación en voz alta:

—O sea, que tienes veintiocho años; eres soltero y huérfano, por lo que debes vivir solo, ¿no?

—Sí. Vivo solo.

—¿Y no tienes amigos?

La mirada del homicida se iluminó al contestar:

—Sí... Amigos, sí... Muchos...

—Vaya —fingió alegrarse el abogado—. Eso será muy bueno para ti, supongo.

—Sí... lo es...

Repentinamente animado, Sankt Gallen continuó:

—Me acogieron hace seis años, algunos después de la desaparición de mis padres... Me trataron bien... Nunca me molestaron... Y, además, como a mí me cuesta mucho enterarme de las cosas, me las explicaron varias veces... Incluso se preocuparon de mí y me contaron historias muy bonitas...

—Sí —reconoció el letrado—. Debió ser agradable...

—Lo es.

—¿Y... eran muchos?

—¿Mis amigos?

—Sí...

—Sí... Muchos... Cuando estábamos todos juntos, más de cien o de doscientos... Pero yo me trataba más con unos pocos... A ver...

Memorizó en silencio y concluyó:

—Con cuatro... Hablaba más con cuatro.

Jean Capel se sintió estremecer. Hablar de cien o de doscientos individuos juntos en el nuevo orden era algo tan incoherente como pretender tener acceso a los libros viejos... ¡Cien o doscientos! Rudolf Glaris había sido condenado precisamente por intentar la humanización de la sociedad a través de contactos multipersonales... Deseaba, o al menos así lo indicó en su momento, que las gentes se inclinaran por la opción de divertirse con sus amigos, vecinos o compañeros, en lugar de encerrarse, diaria y rutinariamente, en sus casas... ¡Y, ahora, aquel obrero de último nivel hablaba de cien o doscientos amigos!

Dominó su sorpresa y siguió:

—¿Y os reuníais todos a la vez?

—Sí.

—¿En muchas ocasiones?

—Bastantes...

—¿Dónde?

—En el campo... En el monte... Según.

—Y cuando hablabas con sólo tres o cuatro de ellos, ¿también ibas al exterior de la ciudad?

—No... Entonces acudíamos a casa de uno de ellos.

Simulando escaso interés, lanzó la pregunta:

—¿De quién?

—Eso no puedo decírselo.

Jean Capel se dijo que había llegado el momento de variar de táctica y, tras levantarse con violencia del sillón, señaló con su dedo índice el rostro de Sankt Gallen mientras, airadamente, le gritaba:

—¡Estoy cansado de ti, Sankt! ¡Muy cansado! Has hecho algo absolutamente ilógico, anormal e ilegal, como es matar a un hombre... ¿Sabes cuanto tiempo hacía que no ocurría tal cosa? ¡¡Años!! ¡¡Decenas de años!! ¡Has matado a un juez, Sankt! ¡Y yo tengo que defenderte! ¿Entiendes lo que quiere decir eso? ¡Que si tú mismo te encargas de silenciar datos que son importantes para desarrollar mi trabajo, lo mejor será que lo deje y que se cuide de ti otra persona!

Pasmosamente tranquilo, Sankt respondió:

—Hágalo... Si se encuentra molesto, váyase... Aunque, la verdad, no sé qué cree usted que le callo...

Capel se sentó, y explicó con más calma:

—¿Que no lo sabes? Te pregunto con quién habías comentado que pensabas matar al juez y me dices que no puedes contestarme. Quiero saber quién te ha explicado el contenido de esos libros, y lo mismo. Intento averiguar en casa de quién te reunías aquí, en la ciudad, e idéntica respuesta... ¿Crees que eso es una buena ayuda para mí?

Tras meditar unos instantes, Sankt aceptó:

—No... Creo que no...

Escaneado con CamScanner

—Entonces... ¿vas a contestarme de una vez por todas?

—No puedo.

Alterado, Jean Capel casi gritó:

—¿Cómo que no puedes?

Sankt Gallen abandonó su asiento y, con pasos vacilantes, dio una vuelta por la sala. Repetidas veces se llevó las manos a la cabeza, como intentando con ese gesto que sus ideas se pusieran en orden, mas, con expresión ostensible de impotencia, volvía a dejar caer los brazos y a repetir:

—No puedo... De verdad... ¡No puedo!

—¡Siéntate, Sankt!

Obediente, el joven regresó a su lugar. Jean Capel, dispuesto a ser todo lo brutal que creyera necesario, le espetó:

—Escúchame bien: eres un obrero del último nivel. Eso significa que tu inteligencia es insignificante y que tus potencias mentales son, sencillamente, ínfimas. Despreciables.

—Lo sé —contestó compungido Sankt.

—Bien... Si te hubiese preguntado algo raro... no sé... tu opinión sobre algún incidente, o el testimonio alrededor de cualquier suceso que hubieses presenciado, entendería que no pudieses hacerlo... Y lo comprendería precisamente por esa carencia de posibilidades mentales que padeces. Pero no es así... Has matado a un hombre, Sankt... Has asesinado a un magistrado y, a causa de ello, tu propia integridad está en juego... ¿Cómo, pues, he de creerme que no puedes responder a mis preguntas?

Visiblemente afectado, Sankt Gallen replicó:

—Lo crea usted o no, lo cierto es que no puedo hacerlo.

Profundamente enfadado, el abogado estalló:

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué no quieres...?

La seca contestación dejó perplejo a Jean Capel:

—Porque no lo sé. A excepción de mis datos personales y alguna otra cosa sin importancia, he olvidado todo lo vivido en los últimos años, hasta el instante en que maté a ese hombre...

Incrédulo, asombrado y dominando bastante mal sus nervios, el abogado balbuceó:

—¿Que has olvidado...?

—Sí.

—¿Todo?

—Casi todo...

—Así que... ¿no sabes por qué mataste al juez Hamrin?

—No... Ni siquiera conocía su nombre.

—¿Ni qué libros te explicaron?

—No.

—¿Ni quien te aleccionó?

—No.

—¿Ni en casa de quién te reunías?

—No.

—¿Ni quiénes eran esos cien o doscientos amigos?

—No.

Hizo una breve pausa y reafirmó:

—Sólo me acuerdo de lo que le he dicho... Luego, entré en ese despacho y maté al hombre... Era fácil... *Tenía que ser fácil...* Pero no sé nada más... Lo siento.

Mecánicamente, Jean Capel abandonó la salita. Llamó a la puerta e, instantes después, los magnetos fueron desconectados, permitiéndole la salida.

Antes de cruzar la puerta, murmuró:

—Haré lo que pueda, Sankt... Haré lo que pueda.

Escaneado con CamScanner

Capítulo XI

Jean Capel miró preocupadamente a Reginald Wanter y, sin preámbulos de ningún tipo, comenzó a hablar:

—Supongo que le extrañará mi visita, señor Wanter.

—Así es... No tengo por costumbre recibir a nadie en mi casa y, quizá por ello, son pocos los que se atreven a venir sin avisar... Supongo, pues, que algo muy importante debe ocurrir y que el suceso, fuera cual fuere, estará relacionado conmigo.

Jean Capel vaciló un instante. ¿Realmente había *algo muy importante* en lo que Reginald Wanter pudiera estar relacionado?

En verdad, no lo sabía.

Horas antes, cuando abandonara el apartamento de aislamiento social en el que permanecía Sankt Gallen, pensó que las declaraciones de su defendido sólo podrían tener una explicación coherente si se las relacionaba con Rudolf Glaris. No podía saber en qué estribaba esa conexión, ni por qué... Pero... ¿qué otra cosa podía hacer?

Libros antiguos... Uno o dos centenares de amigos... Anonimato con respecto a esos conocidos... Semejantes premisas, si se unían a la actividad de Rudolf Glaris, podrían tener una cierta coherencia. Por eso se decidió a hablar con Reginald Wanter.

Y precisamente por lo descabellado de su idea, vacilaba... dudaba de la conveniencia de seguir adelante. ¿A él qué le importaba el futuro de un homicida? ¿No había matado a un juez? ¿No lo confesaba abiertamente? Entonces, ¿por qué preocuparse?

Tampoco estaba en condiciones de responderse. Sin

embargo, la ejecución de Glaris había provocado en él un cambio; la idea de *libertad* se afirma cada vez con mayor fuerza en su mente y, ante eso, la sola idea de renunciar a la lucha por conocer la verdad repugnaba a su cerebro.

Tenía que ejercer su nuevo concepto de libertad, aprendiendo a desenmascarar mentiras. Y el asesinato del juez Hamrin le brindaba una excelente ocasión para ello.

Pausadamente, respondió a Reginald Wanter:

—Efectivamente, algo muy grave ha sucedido, señor Wanter... Aunque, en honor a la verdad debo reconocer que no sé si está usted o no relacionado con ello.

Afectando sorpresa, el secretario de la Hermandad preguntó:

—En tal caso... ¿por qué está aquí? ¿Qué quiere de mí?

Muy serio, el abogado contestó:

—Averiguarlo... Preguntarle y que me responda.

—Para comenzar, querido letrado, ¿podría explicarme qué es lo que ha sucedido?

—Han matado al juez Hamrin.

Sin pestañear siquiera, insistió:

—¿Que han matado a un hombre? ¿Quién ha sido?

—Eso me gustaría saber.

—¿Y piensa usted que yo puedo ayudarle?

—Sí... Eso creo.

Reginald Wanter esbozó una sonrisa de suficiencia y, recostándose en el sillón que ocupaba, dijo:

—Me asombra su osadía, señor Capel. ¿Pretende usted relacionarme con un homicidio?

—No, no quiero eso... Pero... ¡es todo tan extraño! Si me lo permite, le daré más detalles de lo ocurrido.

Con aires de resignación, Wanter aceptó:

—De acuerdo... Hable usted.

—Un hombre llamado Sankt Gallen ha asesinado al juez Birger Hamrin. Como sin duda sabrá, puesto que presenció el juicio, Hamrin era el magistrado que llevó el caso Glaris...

—Sí... Le recuerdo...

—He hablado con el asesino...

—¿Y bien?

—Reconoce su crimen, pero asegura haberse olvidado de todo lo concerniente a su vida anterior... Hasta el instante en que mató a Hamrin, su vida se limita a

Escaneado con CamScanner

escasos e incoherentes recuerdos... Dice que todo lo ocurrido estaba escrito en libros viejos... que él ya sabía que todo sería muy fácil... que tenía cien o doscientos amigos y que, en la ciudad, frecuentaba la compañía de cuatro de ellos... Pero se niega a darme sus nombres. Dice, como le he indicado, que no los recuerda.

—¿Y usted no le cree?

Con un gesto de escepticismo, Capel contestó:

—No lo sé... No creo que sea un farsante: carece de inteligencia para ello. Y, sin embargo, ¡es todo tan extraordinariamente raro!

—Lo es —replicó Wanter—. Lo que no alcanzo a comprender es qué relación puedo tener yo con el caso.

—¿Puedo hacerle algunas preguntas, señor Wanter?

—Hágalas...

—¿Conocía a Sankt Gallen?

Simuló meditar unos instantes y contestó:

—Creo que era miembro de nuestra Hermandad... Pero, desde luego, no puedo afirmar que fuese amigo mío... Las tres o cuatro veces que he hablado con él, han sido en el transcurso de reuniones generales de la Hermandad... ¿Y dice que se acusa del asesinato?

—Sí —replicó de mala gana Capel, antes de seguir interrogando—. ¿Y al señor Glaris? ¿Le conocía usted?

Cautamente, el secretario afirmó:

—Sí...

—¿Puedo saber cómo trabaron relación?

Afectando ciertos reparos, Wanter opinó:

—Hablar de ello en el momento presente, es peligroso, señor Capel... Usted bien lo sabe.

—Puedo asegurarle mi total discreción...

—¿Tan importante es para usted?

—No lo sé... Hasta que no conozca los hechos, no podré calibrar su posible trascendencia en el caso Sankt Gallen.

Simulando cierta resignación, Wanter habló:

—Vino a nosotros a causa de los primeros disgustos con la computadora... Cuando le rechazó el primer libro... Usted conocerá mejor la historia que yo.

—Sí... Me la contó él mismo.

—Lo suponía. Pues bien, como le decía, acudió a nosotros completamente desmoralizado. La "Hermandad de la Rosa, de la Cruz y del Amor" le acogió y escuchó sus ideas con benevolencia... Reconozco que muchos de sus postulados coincidían con los nuestros y esta circunstancia hizo que nuestras conversaciones fueran cada vez más profundas.

Sinceramente conmovido, concluyó:

—En honor a la verdad, debo decirle que he sentido mucho lo que le ha sucedido.

—Yo también. ¿Puedo seguir preguntándole?

—Hágalo.

—¿Tiene su Hermandad libros antiguos?

Totalmente a la defensiva, el secretario contraatacó:

—¿Libros antiguos? ¿Qué quiere decir con eso?

—Libros viejos... de papel y cartón o algo similar.

Reginald Wanter mintió con todo descaro:

—No. Ciertamente, no.

—¿Está usted seguro?

—Completamente... Recuerde usted que soy el secretario general de la Hermandad... De existir esos libros, yo lo sabría.

—Y... ¿no lo sabe?

—Sé que no existen.

Capel hizo un gesto de impotencia y dijo:

—Pues no lo entiendo... Los cien o doscientos amigos de Sankt Gallen podrían ser los miembros de su secta... Yo consideraría normal que, de entre todos ellos, Sankt hubiera mantenido una amistad más intensa con tres o cuatro... Ello coincidiría completamente... Pero... ¿Y esos libros? ¿Qué relación tienen con el caso?

—¿Se le ha ocurrido pensar que puede ser una divagación propia de su demencia?

—No está loco.

—La computadora dirá todo lo contrario: matar a un hombre es síntoma seguro de una gravísima enfermedad mental.

—Insisto en que no está loco. Al revés... yo diría que, para ser un nivel ínfimo, tiene la mente muy clara...

—¿Pues no acaba usted de decirme que se ha olvidado de su vida anterior al crimen? ¿A eso le llama mente clara?

—¿Le parece una incongruencia?

—En efecto.

—No lo es... Puede que no recuerde nada, pero es plenamente consciente de ello... Un cerebro enfermo o una mente desvariada, no se daría cuenta de sus lagunas o de su falta de memoria.

—En eso tiene razón.

Escaneado con CamScanner

—Dígame, por favor... Usted conocía bastante bien a Rudolf Glaris; trató a Sankt Gallen, aunque, según asegura, superficialmente; domina a la perfección los secretos de la Hermandad... ¿Cree que puede haber una conexión entre todo ello?

Un tanto molesto, Reginald Wanter espetó:

—¿Y quién le ha dicho a usted que la Hermandad tiene secretos?

—Me refería a su funcionamiento... a su organización...

—Capel, no veo ningún nexo de unión entre Gallen, Glaris y la Hermandad... Ni, mucho menos, de Glaris y la secta con el homicidio del juez Hamrin. ¿Es eso todo lo que quería saber?

Entendiendo que aquello era una despedida, Jean Capel se levantó de su asiento. Compungido, visiblemente defraudado, respondió:

—Sí... Eso era todo... Le agradezco su colaboración, aunque me ha servido de bien poco...

Wanter acompañó al abogado hasta la puerta. Desconectó los magnetos, abrió la hoja de cristal metalizado y le preguntó:

—¿Qué opinión tiene de Rudolf Glaris?

Muy serio, el abogado contestó sin vacilar:

—Ha cambiado mi vida...

—¿Por qué?

—Sus ideas... No acabo de comprenderlas en su totalidad, pero me parecen extraordinariamente positivas... Él hablaba de libertad, y yo no le entendía... Cuando su ejecución quedó cumplimentada, *sentí* la diferencia entre el miedo al nuevo sistema y mi derecho a ser como quiera ser; es decir, a expresarme y comportarme libremente. Créame, Wanter, cuando alguien llega a ese sentimiento, *ya nada puede ser igual.*

—¿Y eso es bueno?

—Todavía no lo sé, pero es diferente. Uno se encuentra bien con uno y mal con los demás... con los que le imponen un tipo determinado de vida... No puedo saber todavía si, en conjunto, la experiencia me resultará positiva... pero es agradable.

Reginald Wanter, en un gesto afectuoso, palmeó la espalda de Jean Capel y le dijo:

—Lamento no poder ayudarle, amigo mío. Pero piense usted una cosa... Una cosa importante... Cuando el ser humano empieza a vibrar por causa de esos sentimientos de libertad que han nacido en su interior, toma conciencia de sí mismo y, por extensión, de la importancia de los demás seres humanos. Cuando esto sucede, como bien termina de decir, *ya nada puede ser igual...* Pero no sólo para los que sienten "eso", sino también para los que han pretendido extinguir tal sentimiento por medio de la opresión... Desterraron en el tiempo a Glaris... Sankt mató al juez... Desterrarán a Sankt... Mas no acabará aquí la cosa... Los de arriba temerán que esas ideas se hayan propagado entre la gente normal y procurarán borrarlas por medio de su poder... La Hermandad será disuelta como primer paso... Pero muchos hermanos no estarán de acuerdo y se alzarán contra el nuevo orden... Volverán las represiones de otros siglos, se institucionalizará el homicidio y, en definitiva, se pondrá en marcha una espiral de violencia que, como siempre, terminará con la misma civilización que la ha engendrado... Moriremos muchos, señor Capel... Muchos. Pero nada podrán hacer para impedir que las ideas que propugnamos se impongan... Cuando alguien tiene el valor, la decisión y la energía suficiente para enfrentarse al todopoderoso sistema, éste nada puede hacer, pues adopte la réplica que adopte, *ya nada puede seguir siendo igual* a partir de la confrontación... Si cede y tolera las ideas del rebelde, porque otros muchos las adoptarán y, necesariamente, el poder tendrá que amoldarse a ellas. Si reprime violentamente, porque los todopoderosos jerarcas de éste y cualquier otro sistema, pueden aniquilar a un hombre, pero no asesinar una idea. Y matando a un hombre, dejan la idea viva con un mártir como ejemplo... Su represión engendrará, pues, un movimiento de simpatía hacia ese mártir y un mayor interés por las ideas que le llevaron a la muerte... Simpatía e interés que irán aumentando y que el sistema podrá frenar a través de castigos, pero no impedir su evolución ni propiciar su desaparición... Fíjese en un detalle significativo: todas las grandes religiones del siglo XX nacieron de mínimas escisiones de otras más antiguas... Probablemente hubieran desaparecido por sí solas, de no haberse dado la circunstancia de que los gobiernos imperantes en la época, es decir, los todopoderosos sistemas, decidieron enfrentarse a ellas... Aniquilarlas... Repase usted la historia, amigo mío: el cristianismo, plagado de mitos y fábulas, mantuvo su fe apoyándose en los mártires de las

Escaneado con CamScanner

persecuciones romanas. El islamismo comenzó a afianzarse a partir de la derrota de Mahoma y su decisión de luchar hasta el fin por sus ideas; el hinduismo se fortaleció cuando los gobiernos decidieron suprimirlo; el budismo tibetano cuando los chinos persiguieron a los lamas y les obligaron a esconderse... Consuélese pensando en todo ello, amigo mío... Rudolf Glaris, Sankt Gallen y el juez Hamrin no son más que el principio de la decadencia del nuevo orden... A partir de ellos, *ya nada podrá ser igual.*

Tercera parte

UN MINUTO...

"No y a home sur terre
per gran senhor que fos,
quem guites de ma terra
si la Glesia non fos."

("No hay hombre sobre la Tierra
por más señor que fuese,
que hubiera gozado de mi tierra
si la Iglesia no existiese.")

(Epitafio de la tumba de Raimond VI, conde de Toulouse.)

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO PRIMERO

Rudolf Glaris parpadeó insistentemente, luchando por amoldar su persona al entorno que le rodeaba. No cabía duda, estaba en un bosque... En un bosque montañoso compuesto de altísimos pinos llenos de escorza y de enmarañado bajomonte.

"No conozco nada igual —se dijo—. En mis tiempos, las arboledas eran más claras y limpias... Se nota que nadie cuida de la limpieza de esta zona..."

¿Qué más podía descubrir?

Nada. O, por mejor decir, casi nada.

Sabía que le habían enviado a una época situada a mil años de distancia de la suya y que, seguramente, todo en ella le iba a ser hostil: no conocería el idioma, ni la situación político-social, ni la idiosincrasia de los habitantes de la región donde se hallaba. Incluso su vestimenta de fibra metálica absolutamente brillante, despertaría el recelo de las personas que le viesen...

"Es evidente que debo cambiar de atuendo —concluyó—. Quizá lo más importante en estos momentos sea pasar desapercibido... hasta que esté en condiciones de enfrentarme con la realidad del mundo en el que estoy condenado a vivir."

Ahora bien, ¿cuál era ese mundo?

Recordó que la sentencia anunciaba un traslado geográfico de quinientos kilómetros; mas, ¿en qué dirección? ¿Hacia el sur? ¿Hacia el norte? ¿Hacia el este o el oeste?

Se encogió de hombros y, tras levantarse, esbozó una sonrisa que pretendía ser animosa, mientras meditaba:

"Sea cual fuere el área donde me encuentre, lo más probable es que pertenezca al continente europeo... O

Escaneado con CamScanner

sea, que si mis conocimientos no son erróneos, debo andar por el año mil cien..."

Comenzó a descender por una de las laderas de la colina en que había aparecido, y regresó a sus pensamientos:

"El año mil cien... Creo que en esa época hubo guerras por toda Europa... Y, además, guerras religiosas que, según mis estudios, fueron las más crueles... ¿En qué bando me encontraré?"

Súbitamente, detuvo su marcha.

Con los ojos extraordinariamente abiertos por la sorpresa, tomó asiento sobre una piedra de regular tamaño, colocó sus codos en las rodillas y apoyó la cabeza entre las manos, como queriéndola ocultar de sus propios pensamientos. Permaneció así durante un buen rato, haciendo un ejercicio aparentemente sin sentido, pero que, para él, cobraba a cada instante mayor trascendencia:

"Sí —se decía mentalmente—. Soy Rudolf Glaris... Pertenecía a la sociedad del nuevo orden y fui castigado a la pena de destierro en el tiempo a causa de mis ideas... Mi esposa se llamaba Berta, mi abogado Jean Capel, y uno de mis mejores amigos, Reginald Wanter que, a la vez, era la máxima jerarquía de la "Hermandad de la Rosa, de la Cruz y del Amor"... En esos tiempos existía una computadora que regía todos los actos de la convivencia... ¡Dios mío!"

Alzó el rostro y miró al horizonte que, entre árboles, se dibujaba a lo lejos. Una lágrima cayó de sus ojos mientras, acongojado, se sorprendía de dos cosas: una, la exclamación "¡Dios mío!", que jamás había pronunciado y que, por lo que recordaba, conocía a través de sus estudios sobre las civilizaciones anteriores a la de su época. La segunda, que no sabía si calificar de positiva o negativa para su futuro, le hacía temblar de gozo y miedo a la vez:

"¡*Recuerdo*! —gritaba mentalmente—. ¡No he perdido la memoria! ¡Soy un hombre que vivió hace mil años y que *sabe* todo lo que sucederá en el futuro! ¿Cómo ha sido posible? ¿Cómo ha podido cometerse tal error? La normativa aseguraba taxativamente que se me borraría la memoria... Que perdería mi propia identidad, al convertirme en un hombre totalmente incapaz de recordar mi propio nombre... ¿Cómo ha podido suceder?"

Perplejo, continuó su descenso.

Rudolf Glaris jamás llegaría a enterarse de que un segundo (¿o tal vez sólo fueron unas décimas?), un simple segundo perdido a causa de la pasión libidinosa sentida por cierto verdugo soltero, de treinta y ocho años y que respondía al nombre de Max Zonerson, le habían convertido en el único hombre en su época capaz de saber lo que el futuro deparaba a la humanidad.

Un segundo, un simple segundo, le otorgaban mil años de conocimientos ciertos.

Mil años... casi una eternidad.

Un segundo... en la eternidad.

* * *

Si su primera precaución consistía en pasar desapercibido entre los individuos del año mil cien, su norma de comportamiento debía estar encaminada a conocer los usos y costumbres de quienes eran ya sus coetáneos. Así, pues, decidió *espiarles*. Sin duda, sus estudios le ayudarían a amoldarse con mayor rapidez, mas debido a la especialización sufrida en su época, los recuerdos del siglo XII eran bastante confusos...

"A medida que vaya viendo cosas, irán saliendo al *exterior* conocimientos que, ahora, creo olvidados... Será cuestión, pues, de hacer acopio de paciencia y dedicarse a observar", se dijo, mientras alegremente reiniciaba el descenso.

Pero... ¿cómo empezar?

Un camino... Le hacía falta un camino transitado por gentes del pueblo llano... Escondido entre los arbustos de las orillas, vería cómo vestían, escucharía qué idioma hablaban, observaría cómo manifestaban sus sentimientos e incluso, con un poco de suerte, podría ir enterándose de cuáles eran los problemas que más acuciantemente padecían. Ése era el sistema: un camino.

Y a su búsqueda dedicó las dos siguientes horas.

* * *

"Debe ser mi instinto..."

Con esta simple frase, Rudolf Glaris justificó el hallazgo de una zona geográfica que, sin lugar a dudas, parecía creada para ayudarle. Extasiado, aunque también cansado por la larga caminata, el desterrado en el tiempo había descendido de la colina donde se reencon-

Escaneado con CamScanner

trara, subido a otra de menor altura y, en la cima, descubierto aquel maravilloso paisaje que colmaba sus aspiraciones... al menos por el momento.

Bajo sus pies, bordeando la montaña recién subida, un amplio camino de tierra que se perdía en el infinito a derecha e izquierda; cruzada la senda, un breve bosquecillo que parecía cobijar el cauce anchísimo y caudaloso de un río.

Alegremente, se lanzó colina abajo con la intención de atravesar la senda y alcanzar el bosque.

"Todo resuelto —meditaba—. Tendré agua fresca, algunas raíces o, ¡quién sabe!, tal vez setas comestibles y, probablemente, lograré capturar algún pez..."

Se sentía casi feliz. Velozmente, salvó el camino, atravesó el bosquecillo, se desprendió de sus ropas y, completamente desnudo, se tiró al agua. Reconfortado por el baño, se colocó la parte baja de su vestimenta, arrancó un buen puñado de juncos y, deleitándose con tan simple manjar, comió sus raíces.

No tuvo ánimo para nada más.

El sol calentaba intensamente, por lo que, sin terminar de cubrir su cuerpo, se estiró bajo la acogedora sombra de un grupo de hayas y, al poco, el sueño le sumía en la inconsciencia.

Una nueva vida comenzaba para él.

Un mundo distinto, que tanto podía mostrarse acogedor como hostil, iba a ser, simultáneamente, testigo y parte protagonista de la reiniciación de su vida.

Innumerables problemas le esperaban en cuanto despertara de su sueño, por supuesto. Mas él, el desterrado Rudolf Glaris, cubiertas sus necesidades vitales con aquellos juncos y el abundante agua, intuía claramente que contaba con armas suficientes para resolverlos todos.

Todos... y favorablemente para él.

Capítulo II

A media mañana del día siguiente, Rudolf Glaris ya había extraído varias e interesantísimas conclusiones de los caminantes a quienes estuvo observando.

Comprobó, por ejemplo, que casi todas las personas que recorrían la senda eran soldados o monjes. Gracias al armamento y la vestimenta de los primeros y a los hábitos de los segundos, concluyó que, efectivamente, la máquina del tiempo le había trasladado a la Alta Edad Media, aunque todavía no se sentía en condiciones de fijar el siglo en que vivía. Lo poco que recordaba de sus estudios le inclinaba a pensar que estaba situado en el primer cuarto del segundo milenio, es decir, entre los años mil y mil doscientos cincuenta, lo que coincidía con el castigo impuesto por la computadora. Pero tenía sus dudas:

"Se equivocaron al borrarme la memoria... ¿Por qué no podría haber sucedido lo mismo con la época?"

Tampoco el lenguaje le era desconocido. En su existencia correspondiente al siglo XXII habitó en una zona europea que, un siglo antes, se llamaba Suiza. Había estudiado, pues, con las bases de una cultura que, anteriormente, se asentó en esa área geográfica. Ciertos paralelismos entre los vocablos utilizados por los viandantes o caballeros montados que recorrían la senda, y los que él estudiara en los años anteriores a ser declarado intelectual, unido a que la computadora le condenó a un traslado físico de quinientos kilómetros, le hicieron calibrar la posibilidad de que estuviera en lo que, según sus recuerdos, alguna vez recibiera el nombre de Francia.

"La deducción fácil —se dijo— sería aceptar que me

Escaneado con CamScanner

encuentro en algún lugar de eso que los antiguos llamaban Francia, y en el año mil ciento tres... El lenguaje sería el mismo que utilizaba en mi época, pero con los lógicos anacronismos..."

Involuntariamente, soltó una carcajada. Había llamado antiguos a los habitantes de los siglos XX y XXI; a los hombres que, según el "nuevo sistema" del año 2103, eran partícipes de culturas y civilizaciones caducas... ¡Y, sin embargo, él se encontraba a ochocientos años del siglo XX! ¿No era realmente cómico?

Optó por dejar de un lado las divagaciones y por plantearse los problemas más acuciantes. Evidentemente, no podía pasarse la vida en aquel bosquecillo. Era acogedor, sí; pero si quería enterarse de lo que ocurría en el mundo y prepararse para afrontar su nueva vida, no tenía más remedio que abandonar la teórica seguridad que le ofrecía. Por otra parte, comenzaba a estar harto de bayas, juncos y raíces y, por si todo ello fuera poco, había tenido que admitir su fracaso como pescador: ni una sola captura en aquella mañana.

"Lo primero que necesito es ropa —se dijo—. No puedo saltar al camino con este atuendo... Tal vez si pudiera expresarme, estaría en condiciones de inventar una historia sobre el traje... Mas, ¿qué pensaría esta gente inculta de un hombre que habla un idioma incomprensible y que viste tejidos de hechuras y material desconocidos y que, además, no puede explicar satisfactoriamente quién es, de dónde viene o a qué lugar se dirige?"

Meditó brevemente y recalcó:

"Necesito ropa, es evidente."

Ahora bien, ¿cómo conseguirla?

Estudió algunas posibilidades. ¿Pedírsela a los soldados o a uno de los frailes que, esporádicamente, utilizaban el camino? No... Para ello tendría que hacer desaparecer su traje, presentarse desnudo y, por medio de signos, intentar convencerles de que había sido robado... Pero los inconvenientes eran demasiados. Por una parte, sabía de la crueldad de los soldados y, además, sentía graves recelos hacia quienes portaban armas. Por otra, aunque estaba casi convencido de que los frailes le ofrecerían inmediatamente algo con que cubrirse (por aquello del pudor y la castidad tan en boga en los albores de la Edad Media), temía sus preguntas y, sobre

todo, que insistieran en darle hospitalidad en sus conventos o monasterios.

"Uno entra en esos lugares y jamás sabe cuándo podrá salir", se dijo con cierto desencanto recordando algunos libros antiguos que leyera durante su período estudiantil.

Desechados militares y clérigos, le quedaban únicamente los civiles.

"Será inútil —dedujo inmediatamente—. Tan sólo he visto una carreta tirada por bueyes y cargada de heno. Iban una mujer y un hombre en ella... No quiero ni pensar en los gritos de la dama si me viera aparecer desnudo... Además, lo más probable es que viajaran con lo puesto..."

Tomó unas bayas que había arrinconado tras su recolección matutina y se dedicó a enfocar el problema desde varios ángulos. ¿Clérigos? No. ¿Soldados? Tampoco. ¿Civiles? A no ser que tuviera la suerte de que pasaran varones solos, menos. ¿Entonces?

Como sucede en muchas ocasiones, la respuesta, la solución al problema, le vino de la manera más inesperada. Cuando ahíto ya de bayas, comenzaba a tomar en consideración la posibilidad de salir al camino vestido con su atuendo original, una voz varonil le preguntó:

—"Et vos... ¿quid estis?"

Aterrorizado, se levantó de un salto y, girando sobre sí mismo, se enfrentó con un extraño aunque poderoso caballero quien, sonriente, le miraba con cierto afecto.

Rudolf Glaris, al observar que el recién llegado no portaba armas, se tranquilizó inmediatamente e hizo un gesto de incomprensión. El hombre, todo amabilidad, volvió a hablar:

—Perdonadme, señor... Os he hablado en latín pensando que erais hombre de letras. Vuestro porte parecía indicar... Disculpadme, os lo ruego.

Rudolf siguió con los ojos clavados en él, sin osar hacer un solo movimiento.

—¿No podéis hablar?

—(...)

—Bien... No lo hagáis, si no os place...

El caballero se encaminó hacia la orilla del río, dispuesto, sin duda, a beber agua. Sin moverse, Rudolf observó los ceñidos pantalones que, a guisa de segunda piel, salían de sus altas botas de cuero sucio por el polvo del camino para, ascendiendo por unos poderosos y

Escaneado con CamScanner

bien marcados muslos, sujetar en la cintura una preciosa camisa de hilo fino. Una especie de birrete puntiagudo cubría su rubia cabeza, mientras que de un amplio cinturón colgaba lo que, seguramente, era la bolsa que contenía el dinero.

El caballero, saciada su sed, regresó al lugar donde aguardaba Rudolf. Un tanto sorprendido exclamó:

—¡Ah! No os habéis ido... ¿Tal vez querréis, por fin, hablar conmigo un rato? Aguardad, entonces... He dejado mi caballo atado en el borde del camino... Iré por él y descansaré un poco junto a vos.

Ágilmente, desapareció entre los árboles. Rudolf calibró velozmente la posibilidad que el destino le deparaba. Entendía casi perfectamente el idioma de aquel hombre, mucho más cultivado que cualquiera de los que habían transitado por la senda... Más avanzado o evolucionado, quizá. Pero... ¿estaba él en condiciones de hablarlo? No lo creía y, sin embargo... ¿podía dejar pasar semejante oportunidad?

Se dijo que no. Diría que era extranjero... Algo se le ocurriría... La cuestión estribaba en abandonar el bosquecillo y comenzar, por fin, su reinserción en el mundo al que le habían enviado.

Instantes después, aparecía el caballero con su animal. Con gozo, Rudolf observó que, firmemente sujeto a la grupa, el cuadrúpedo portaba un fardo que bien podría ser ropa...

Regocijado interiormente, aunque sin demostrarlo, dejó que el individuo diera agua al caballo, lo atara cerca de ellos y que tomara asiento para presentarse:

—Me llamo Jaufré Rudel... Trovador.

—Rudolf... Yo, Rudolf.

Se sentó cerca de Jaufré y esperó sus preguntas.

—¿No hablas nuestro idioma?

Vacilando y haciendo gestos ostensibles de que así era, Glaris respondió:

—No... Poco... Yo poco...

—¡Pardiez! Pero os hacéis entender. ¿Sois extranjero?

—¿Extra...?

—De otro país... ¿Sois de otro país?

—Sí... De otro sitio...

—¿De dónde? Si queréis responder, claro...

¿Cómo hacerlo? ¿Cómo decirle al tal Jaufré Rudel de qué país era, si ni siquiera sabía con certeza en qué

siglo y continente estaba? Pese a ello, decidió que debía arriesgarse y respondió:

—Este... Del Este...

Sin prestarle demasiada atención, escrutando a su caballo, el trovador insistió:

—¿De qué parte del Este? ¿Languedoc? ¿Aragón? ¿Cataluña? ¿Castilla? ¿León? ¿Al Andalus?

Sin saber por qué, Rudolf contestó:

—Cataluña.

Súbitamente interesado, Jaufré Rudel comentó:

—Excelentes condados, caballero... Excelentes... Conozco personalmente al conde de Pallars...

Algo asustado, Glaris se evadió:

—¿Sí?

—Sí... Aunque hace algún tiempo que no he cruzado los Pirineos y eso me ha alejado un tanto de él... Hacéis buenos tejidos, sí... Ha poco que han abierto otra casa de moneda los catalanes...

—¿Otra? —preguntó intrascendentemente Rudolf.

—Sí... ¿No lo sabíais?

—No...

—La de Montpellier fue primero... Ahora la de Avignon... Comercian mucho con la Provenza y el Languedoc, por eso instalan bancas...

—Claro...

Benevolente, Jaufré inquirió:

—¿No os place hablar conmigo?

Acentuando los esfuerzos que le costaba expresarse a fin de que su interlocutor los notara, Rudolf respondió:

—No... Es difícil para mí... No hablo bien...

—¿Os dirigís hacia algún lugar?

Con aires compungidos, Glaris contestó:

—No... Caballo asustó y huyó con todo lo mío... Sólo pantalones...

—¿Pantalones? No conozco esa palabra...

Dándose cuenta de su error, Glaris señaló la única prenda que llevaba puesta:

—Esto...

—¡Ah! —rió Jaufré—. ¡Los calzones! O sea, que os habéis quedado sin nada más que los calzones... Extraños calzones, por cierto... ¿Son catalanes?

El pobre Glaris asintió con la cabeza.

—Bien —continuó el trovador—. Son raros, mas me gustan... Podemos hacer un trato... Yo os doy ropas

Escaneado con CamScanner

completas y vos me entregáis esos calzones... ¿Estáis de acuerdo?

Reprimiendo como pudo su alegría, Rudolf aceptó:

—Sí... Yo... Gracias...

—Arreglado el primer asunto... Vayamos por el segundo... Supongo que vuestra bolsa estará vacía.

—¿Bolsa?

—Sí... Dinero...

Un esfuerzo de memoria le hizo pensar que en los libros había leído que, en tiempos, la gente utilizaba monedas para hacer los intercambios. Ellos, en el nuevo orden social, jamás lo habían necesitado; mas antes, en las civilizaciones caducas, era, al parecer, la misteriosa razón de que todo el mundo compitiera. Saliendo de su abstracción, Rudolf Glaris respondió con expresión de pena:

—Bolsa en caballo... Todo en caballo menos... ¡calzones!

Y soltó una risa entrecortada por el tono con que había pronunciado la extraña palabra.

El trovador, tras mirar a Glaris, dijo:

—No parecéis un campesino... ni un clérigo... ni un noble... ni un hombre vulgar... ¿Qué sois? ¿Quién sois?

Glaris bajó la cabeza, clavó sus ojos en el suelo y, quedamente, musitó:

—Rudolf... Sólo Rudolf...

—Comprendo... No queréis hablar de vos... ¿Os persigue la justicia?

Levantó el rostro casi con violencia, abrió los ojos desmesurados y replicó con energía:

—¡No!

—Bien... No os ofendáis... Es cuanto quería saber... ¿Aceptaríais acompañarme a cambio de posada y comida? Mis recursos son escasos, cierto; pero también lo será el trabajo... Simplemente cuidar de mi caballo mientras yo canto mis trovas y atender a la limpieza de mis escasas ropas... ¿Aceptáis?

Sin vacilar, Rudolf Glaris contestó:

—Sí... Sí.

—Bien —concluyó Jaufré, levantándose y dirigiéndose al caballo—, voy a daros vuestras nuevas ropas y partiremos de inmediato... Faltan todavía más de diez millas para llegar a Montpellier y esta noche me place dormir al raso. O sea que...

Arrojó las ropas a Glaris, antes de terminar con una amplísima sonrisa.

—Vestiros, dadme vuestro calzón y salgamos al camino... Es más de mediodía y si montamos los dos, deberemos cabalgar al paso.

Escaneado con CamScanner

Capítulo III

En el transcurso de las siguientes semanas, Rudolf Glaris averiguó infinidad de detalles que le sirvieron para situarse dentro del contexto del mundo en que vivía. Sin hacer preguntas por temor a levantar sospechas, utilizando sus conocimientos superiores, su facilidad de reflexión y, en ocasiones, la paternal protección del trovador a quien servía, supo, en primer lugar, que la computadora no había sido fielmente obedecida por la cámara de cumplimiento, ya que su "viaje" no le llevó hasta el año 1103, sino al 1159.

Por otra parte, y como Jaufré Rudel rara vez se detenía más de una jornada en un mismo lugar, sus continuos traslados le ubicaron geográficamente y le ayudaron a comprender parte del momento político-social, delicado por cierto, del siglo XII. Así, a su paso por Montpellier, pudo observar un tosco mapa propiedad de un noble a quien visitó en su calidad de mensajero del trovador que, tal y como pensara días atrás, su vida recomenzaba en las orillas mediterráneas de lo que, andando el tiempo, sería Francia. Sucesivos viajes a Beziers, Avignon, Nimes y Marsella, le indicaron claramente que, en realidad, aquella zona del mundo se debatía entre tres poderes distintos y una clase explotada: la nobleza, con sus feudos; el rey y los clérigos, constituían los primeros; el pueblo llano, la segunda.

Comprobó hasta la saciedad la intolerante división de las distintas castas sociales; el abuso de aristócratas y sacerdotes; la miseria mal encubierta de campesinos y artesanos; la incultura generalizada; la manipulación descarada de las creencias religiosas; el fanatismo a ultranza; el increíble atraso tecnológico y, por encima de todo,

el omnímodo poder de los señores feudales sobre sus vasallos.

Lentamente, sus estructuras mentales fueron amoldándose al mundo en que le habían colocado. Muchas noches, en el transcurso de esas primeras semanas, había tardado horas en conciliar el sueño recordando las causas por las que fue condenado y comparando mentalmente las circunstancias objetivas de la sociedad a la que pertenecía en el siglo XXII y la que estaba conociendo.

Y se sentía desengañado.

¿Qué deseaba él en el nuevo orden? humanización. Desarrollando su trabajo intelectual había intuido, más que comprobado, la tiranía que se ejercía sobre las capas sociales menos favorecidas: simplemente, intentó reducir esa tiranía por medio de la libertad. No creyó justo que los primeros tests de la computadora decidieran el futuro de los hombres; no aceptaba el hecho de que, a partir de esa evaluación inicial, un ser viviente quedara esclavizado a causa de un dictamen que, sin duda, podía ser acertado en aquellos momentos, pero que, también sin duda, era susceptible de alterarse con sólo dejar al individuo la posibilidad de una evolución libre. ¿Cuántos obreros manuales hubieran accedido a otros trabajos de mayor importancia, si después del primer test se les hubiera permitido desarrollar todas sus capacidades, en lugar de cercenarlas en beneficio de una de ellas? ¿Cuántas cosas habrían podido descubrir que, tras despertar su atención, les podrían haber conducido por las sendas del estudio o de la experimentación? Infinitas. Innumerables.

Pero no.

El nuevo orden estaba basado, precisamente, en que no le faltara a nadie lo necesario para subsistir, a cambio de que el individuo entregara a la computadora toda su personalidad. Toda su existencia.

¿Era eso justo?

No.

Mas... ¿qué decir de lo que estaba viviendo en el año 1159? ¿Qué sentido o concepto de la equidad imperaba en la sociedad a la que había sido trasladado?

Siempre concluía igual:

"El mismo —se decía casi todas las noches—. Exactamente el mismo. Todo es idéntico."

Ciertamente, Rudolf lo reconocía, en el siglo XXII ha-

Escaneado con CamScanner

bían cambiado las formas, pero el fondo... La organización social, la deshumanización, los motivos ocultos que generaban las situaciones objetivas de las comunidades humanas, no variaban.

"En definitiva... ¿Qué ha variado? —se preguntaba con cierta ansiedad—. Nada. Antes nos mantenían ocupados al servicio de una computadora que, a su vez, era gobernada por la élite en el poder. Aniquilaban nuestra libertad de pensamiento desde la infancia, obligándonos a creer que la computadora era infalible, que nos situaba en el lugar que nos correspondía, pero que ese lugar no era importante porque repercutía en el bien general y en el particular del individuo. Te grababan en el cerebro que no valías para nada más que para lo decidido por el ordenador y, en compensación, te aliviaban los problemas de subsistencia. No era cierto, desde luego, porque la igualdad no existía de hecho y porque anulaban completamente tu voluntad al negarte la posibilidad de elegir tu propio camino; mas, precisamente por ello, porque desconocías la libertad y la existencia de otras opciones, te resignabas, limitándote a seguir la insulsa rutina impuesta por la computadora. ¿Y ahora? ¿No ocurre lo mismo en el siglo XII? ¿Existe la libertad? No. *Podrían* elegir, puesto que ninguna ley se lo impide; mas les niegan los medios para salir de la clase social en la que han nacido. Antes nos enseñaban todo lo referente al tema que el ordenador mandaba, obligándonos a ignorar todo lo demás. Ahora, la gente no tiene acceso a escuelas o a conocimientos culturales más o menos elevados, primero porque no existen esos centros de enseñanza y, segundo, porque deben dedicar su vida a buscar los alimentos necesarios para subsistir. En definitiva, ignorancia antes y ahora; falta de libertad antes y ahora; poder dirigido por la élite antes y ahora... La forma es diferente, desde luego: en el siglo XXII éramos más refinados... Pero únicamente ha cambiado eso: la apariencia. Bajo ella, todo permanece exactamente igual..."

Sabía que era demasiado pronto para tomar decisiones: tres o cuatro semanas de andar por los caminos y conocer ciudades, no eran bastantes para conocer perfectamente los condicionamientos circunstanciales del lugar donde se encontraba. Pero estaba seguro... En cuanto ampliara sus datos, pasaría a la acción.

* * *

Toulouse, agosto de 1159.

En una tosca habitación de cierta posada enclavada en el interior de la ciudad, Rudolf Glaris se afanaba limpiando las botas de Jaufré con grasa de cerdo, mientras el trovador daba los últimos toques a su atuendo de gala.

Con cierta picardía, Rudolf preguntó:

—¿Vais a hacer la corte a alguna dama, señor?

—¿Es de vuestra incumbencia, caballero? —replicó sonriente.

—No... Pero ya sabéis que me encanta conocer vuestras aventuras galantes...

—Sois curioso...

—De siempre, señor.

—No era así cuando os conocí a la orilla del Ródano.

—Os equivocáis, señor de Rudel. Ocurría que por entonces yo no dominaba bien el idioma del Languedoc y, por tanto, no estaba en condiciones de expresarme con corrección.

—Cierto... Y debo reconocer que habéis hecho grandes progresos en sólo dos meses y medio.

—Gracias, señor. Pero eso no responde a mi pregunta.

Jaufré soltó una breve risa y reconoció:

—Sí... En efecto, acudo a una cita galante.

Simulando cierta envidia, Rudolf exclamó:

—Debe ser bonita...

—¿A qué os referís?

—A la vida del juglar.

Súbitamente serio, Jaufré Rudel indicó:

—No soy juglar, sino trovador.

Sorprendido, Rudolf preguntó:

—¿Y no es lo mismo?

Iracundo, Rudel gritó:

—¡No! ¡¡No y mil veces no!!

—Disculpad mi ignorancia, señor...

—No es disculpable, pues lo mismo en Cataluña, de donde decís venir, que en Castilla, Aragón, Venecia o Roma, las diferencias entre juglares y trovadores es bien notoria.

"He aquí algo que los libros no mencionaron jamás —se dijo mentalmente Rudolf, para seguir en voz alta—: Disculpad de nuevo mi ignorancia, señor... Mas ya sabéis que soy algo lento en comprender ciertas cosas y que mi cultura..."

Escaneado con CamScanner

—¡Vuestra cultura! —exclamó el trovador—. ¡Me desconcierta vuestra cultura! Tan pronto actuáis como un hombre de ciencia como os convertís en el más grotesco patán de cuantos conozco... Mirad si me desconcierta, que tras ocho semanas junto a vos, todavía no sé si debo trataros como a un criado o como a un noble caído en desgracia... No os tuteo por respeto y, sin embargo, me cuesta trabajo otorgaros el *vos* que da carácter a los míos... ¡Cultura! ¿Cómo podéis hablar de cultura, si desconocéis la diferencia entre juglar y trovador! ¡Llamarme juglar a mí! ¡A mí, Jaufré Rudel! ¿No estaríais insultándome veladamente, caballero?

Temeroso de perder tan necesario aliado, Rudolf adoptó la expresión de mayor humildad y dijo:

—¡No, señor! ¡Os pido perdón una vez más! ¿Cómo puedo pensar siquiera en ofender a mi benefactor? Y, si no puedo pensar en ello, ¿cómo realizar la acción? Disculpadme, os lo ruego... Tal vez si me explicaseis la diferencia...

—Lo haré... Pero medid vuestras palabras en lo sucesivo... No querría castigar vuestra osadía con la dureza que merecéis.

Rudolf hizo un gesto de arrepentimiento y se dispuso a escuchar:

—Juglar es el que, por dinero, solaza a la plebe en las plazas y calles, recitando canciones de gesta o versos escritos por poetas torpes. Son de dos clases: de boca, que sólo hablan, y de péñola, que se acompañan con cítaras o vihuelas. Los trovadores... ¡Ah, caballero! Los trovadores pertenecemos a las clases nobles... a la aristocracia... Somos hombres cultos, cortesanos sabidos, que cantamos amores, sátiras, elegías o bucólicas, acompañados del rabel o de la viella (1). Utilizamos todos los metros del verso... Hacemos *canço, sirventés, plany, alba* y *pastorela,* con la sola intención de conquistar a las damas que se introducen en nuestro corazón y el único deseo de mantener aventuras... ¿Cuándo se ha visto a un trovador cantar en una calle, ante el populacho, por unas monedas o un pellejo de vino? ¡Llamarme juglar a mí! ¡A Jaufré Raudel! ¡Qué ofensa!

(1) Rabel: especie de laúd de tres cuerdas. La viella era, asimismo, un instrumento de cuerda de tamaño superior. Ambos fueron muy utilizados por los trovadores, a diferencia de los juglares que empleaban la cítara o la vihuela. (N. del A.)

—No volverá a ocurrir, señor... Ahora ya sé la diferencia y reconozco mi error... Perdonadme.

—Sea... Mas que no vuelva a ocurrir...

Rudolf permitió que su interlocutor terminara de calmarse y pasó al tema que más le interesaba:

—¿Vais a la corte del conde de Toulouse, señor?

—En efecto.

—Dicen los criados de la posada que es de un fausto sin igual.

—Lo es... En esta zona del país, sólo puede ser comparada con la del duque de Avignon...

—Eso me parecía... Sin embargo, los criados aseguran que ambas familias están distanciadas...

—¿Distanciadas?

—Que tienen roces... disputas.

Intrascendentemente, Jaufré afirmó:

—Es cierto... Mas, por otra parte, normal... El condado de Toulouse tiene la frontera cerca de Montpellier, ciudad que ya pertenece al ducado de Avignon. Y, es sabido, las fronteras siempre son causa de pleitos... sobre todo cuando terceros en discordia azuzan las diferencias, en lugar de distanciarlas...

—Comprendo lo que decís, señor... Mas, ¿quiénes son esos terceros a los que os referís?

—Fundamentalmente, dos...

—¿Nobles?

—Mucho más.

—¿Mucho... más?

—Sí... El rey y el Papa.

Aunque Rudolf no podía valorar convenientemente el poder de ambos personajes, creyó oportuno asustarse y exclamar:

—¡Por el cielo! ¿Habéis dicho...?

—Sí... He dicho... Y no habléis tan fuerte, no sea que nos escuchen tras las puertas.

Sinceramente sorprendido, Rudolf inquirió:

—¿Tras las puertas, señor?

—Sí. ¿No sabéis que es una costumbre muy extendida? ¿De dónde, sino, sacarían los criados esos rumores de los que os hacéis eco?

"Desde luego —pensó Rudolf—, eso en mi época no ocurría..."

Luego, en voz alta, siguió:

—Sin embargo, señor, no acabo de comprender... El conde de Toulouse es feudatario del rey de Francia...

Escaneado con CamScanner

En cuanto al Papa... ¿qué tiene que ver con ese paraje tan alejado de Roma?

Haciendo un gesto de resignación ostensible, el trovador tomó asiento en el borde del camastro y dijo:

—Bien se ve que habéis estado alejado de la política, caballero...

—Así es, señor. Mas no por ello deja de interesarme... ¿Seríais tan amable de explicarme...?

—Lo haré.

Pareció meditar unos segundos y siguió:

—Dejando momentáneamente al margen otras cuestiones que, con ser graves, no afectan a la generalidad del problema, la situación es ésta. A principios de este año de 1159, poco antes de que os conociera en las orillas del Ródano, moría en Roma el Papa Adriano IV, a quien sucedía Alejandro III, hoy Sumo Pontífice de la Iglesia. Tanto uno como otro han manifestado *urbi et orbi*, que el poder real viene de Dios y que ellos, como representantes de la divinidad en la Tierra, son los encargados de confirmar los tronos reales. No admiten sobre ellos ningún poder terreno; bien al contrario, aseguran que los reyes les deben sumisión y vasallaje, precisamente porque en su calidad de Papas se encargan de coronarles. ¿Comprendéis, caballero?

Rudolf se guardó muy mucho de decir que todo aquello le parecía una sublime estupidez, y se limitó a afirmar:

—Sí... Seguid.

—Veréis: el Papa nombra a uno de los reyes emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, imperio que, indefectiblemente, recae sobre los monarcas alemanes, lo que, como comprenderéis, levanta disgustos entre el resto de la realeza europea. Puestos en esta situación, ved la de los citados monarcas. Reina en Inglaterra Enrique II Plantegenet desde 1154, y hereda, además, los territorios angevinos por parte de su padre, y por su esposa, Leonor de Aquitania, Guyena y gran parte del sur de Francia. Como era de esperar, y a pesar de la legalidad de la herencia, a Luis VII, rey francés, le desagrada profundamente tener a un posible enemigo en su propio suelo. Mas como no está en condiciones de enfrentarse con él en una guerra, sonríe con la boca e intriga con el corazón y por medio de sus embajadores, contra el británico. Ahora bien: ¿cómo hacer daño al inglés, sin oponerse abiertamente a él? Bien

sencillo, atacando a sus aliados o amigos, en este caso al emperador del Sacro Imperio y rey de Alemania, Federico I Barbarroja, que, casualmente está en lucha con el Papado desde el año 1157. ¿Seguís el orden de mis exposiciones?

Rudolf, que comenzaba a perderse, recapituló:

—Venís a decirme lo siguiente: el emperador y el Papa están enfrentados en una guerra por causas que no vienen al caso; Francia teme a Inglaterra, porque ésta controla parte del territorio geográfico francés debido a las herencias, y como Inglaterra y Alemania son amigos, Francia apoya al Papado en su guerra contra los germanos. ¿Es eso?

—Sí, aunque con un detalle importante: no se ayudan con pertrechos o soldados, sino con intrigas. Por ejemplo: si un emisario germano acude a Roma con la intención de hablar de paz con el Papa, de caer en manos de los franceses no seguiría su viaje, no cumpliría su misión y, por tanto, la guerra continuaría. ¿Me comprendéis?

—Sí... Seguid.

—Puestas así las cosas, el Papa teme a Francia porque sabe que, en cualquier momento, podría decidir entrar en guerra y decantar la balanza a favor de sus aliados; a Alemania, porque están en pleno conflicto; a Inglaterra, porque además de ser amiga de Alemania, está atacando muy duramente a la economía de las instituciones eclesiásticas enclavadas en la isla. Francia, a su vez, recela de Inglaterra y Alemania por su proximidad geográfica y otros asuntos menores, mas no entra en guerra por dos razones una, porque el poder ejecutivo del rey es mínimo a causa de los grandes señores feudales, divididos por causa de la religión; otra, porque mientras sus enemigos potenciales luchen entre ellos, la dejarán en paz. A Francia le conviene que el conflicto dure lo más posible y a eso dedica sus esfuerzos.

—¿Y por qué no se alía con Roma?

—También por dos razones: una, porque de hacerlo, se encontraría con sus fronteras plagadas de enemigos; recordad que Inglaterra y Alemania tienen sus posesiones lindando con Francia. Y, otra, porque ya os he indicado que la nobleza de este país está dividida por causa de la religión. Los condes de Toulouse, cuya corte visitaré dentro de un rato, son un ejemplo claro: protegen a los religiosos de Albi... Albigenses les llaman,

Escaneado con CamScanner

mientras que los duques de Avignon permanecen fieles al dogma romano. Si Luis VII de Francia decidiera aliarse con el Pepa, ¿creéis que el conde de Toulouse le seguiría protegiendo como protege a una secta religiosa cuyos dogmas son contrarios a los católicos?

—Creo que no.

—Estad seguros de que no lo haría... Mas como el Papa sabe todo esto, ¿qué puede hacer? Convertirse en ese tercero en discordia que os decía, agravar las diferencias entre sus partidarios, los duques de Avignon, y sus contrarios, los condes de Toulouse, y esperar a que termine su guerra con Alemania para enfrentarse con sus hasta ahora silenciosos enemigos.

—Habíais mencionado al rey de Francia como otro "tercero en discordia"...

—Y no erré, caballero. Luis VII tiene un poder personal relativo, en comparación con sus nobles feudales, que pretende ampliar por cualquier medio. ¿Qué mejor camino, para alcanzar sus objetivos, que sembrar la discordia entre los poderosos aristócratas? Suponeros, por un momento, que el Papa Alejandro III termina su guerra con Alemania y pasa a solucionar las cuestiones religiosas de la ciudad de Albi. Los condes de Toulouse, en uso de sus derechos, deciden no hacer caso al Pontífice y éste pide ayuda al rey. Si las relaciones entre los duques de Avignon y los condes de Tolouse son malas, el monarca se aliaría con los duques y Roma contra el condado de Toulouse; éstos perderían la guerra y los tres aliados se repartirían sus territorios, con lo que el poder real se extendería hacia una zona en la que, hoy por hoy, su influencia es mínima. Ésta es una de las causas por las que la propia corona incrementa en lo posible la gravedad de los incidentes fronterizos, sin decantarse en dar la razón a Toulouse o a Avignon... Luis VII únicamente tomará partido cuando esté seguro de derrotar a unos u otros... en su propio beneficio, desde luego. ¿Habéis comprendido?

Rudolf movión la cabeza dubitativamente y contestó:

—Sí... Creo que sí... Mas no deja de ser enmarañado el problema... Por curiosidad: ¿creéis que el Papa Alejandro III logrará concluir triunfalmente su guerra con Alemania?

—Estoy convencido... Federico Barbarroja no se enfrentó con él, sino con su antecesor Adriano IV. Ahora luchan por una cuestión de principios, más que por

otra cosa... Tardarán más o menos, pero al final se pondrán de acuerdo... Ya lo veréis.

Jaufré había terminado de calzarse las botas y, tras ajustarse una bella casaca, daba los últimos toques a su atuendo. Rudolf, con su cerebro lleno de ideas, preguntó todavía:

—Y cuando el enfrentamiento entre el emperador Federico y Alejandro III termine, ¿qué sucederá con Inglaterra y Francia? ¿Qué con Toulouse y Avignon?

El trovador se caló el elegante sombrero, tomó el rabel, se acercó a la puerta y, con ella entreabierta, murmuró:

—Eso, caballero, sólo Dios puede saberlo.

Escaneado con CamScanner

Capítulo IV

Los días siguientes al de tan interesante conversación fueron de vital importancia para el futuro de Rudolf Glaris: el trovador, fiel a su norma de detenerse lo menos posible en las ciudades, le obligaba a recorrer el Languedoc, a subir hasta la parte más al sur de la Auvernia y, por último, a penetrar de nuevo en aquella región, visitando urbes y burgos, recorriendo zonas agrícolas y ganaderas, deteniéndose en posadas y mesones..., viviendo, en suma, la vida misma.

Y ello fue decisivo para Rudolf.

Dos cosas preocupaban al desterrado en el tiempo con grave intensidad: una, que se confesaba a sí mismo sin reparo alguno, consistía en hallar los medios para hacer fortuna e independizarse de tanta jerarquía institucionalizada; la otra, que todavía no había delimitado bien y que por tanto le daba cierto temor aceptar sin recelo, era la de mejorar, a través de sus conocimientos, el nivel de vida de los menos favorecidos por su nacimiento.

Cierto era que ambas cosas podían esperar, pero no lo era menos que su vida podía acabarse en cualquier momento; que no sabía cómo respondería su organismo a tanto ajetreo y tantas privaciones, después de haberse acostumbrado a las comodidades del siglo XXII y, por último, que las mismas condiciones sanitarias del año 1159 le ponían en serios peligros de infección. Podía esperar, en efecto, mas no demasiado tiempo... El justo, quizá, para hallar una senda que le ayudara a resolver esas dos cuestiones que le ocupaban la mente.

Alerta, pues, a todo lo que sucedía a su alrededor, anduvo por los caminos del Languedoc hasta que, un buen día, Jaufré le indicó:

—Esta noche nos detendremos en Albi.

Disimulando su alegría, Rudolf comentó:

—¿En Albi, señor?

—Sí, en Albi.

—¿No será peligroso?

—¿Por qué? —se extrañó el trovador.

—Recuerdo que me informasteis sobre las sectas albigenses...

—Cierto... Mas no corremos riesgo alguno... El Papa sigue en guerra y, mientras tal cosa suceda, toda Francia respirará en paz.

Rudolf sonrió al opinar:

—Lo sé, señor... Hace tan sólo tres semanas que mantuvimos aquella complicada conversación. No me refería a eso, sino a los enfrentamientos que pudieran producirse entre los habitantes de la ciudad... Supongo que no todos serán de la nueva secta y que, por tanto, tendrán algunos opositores.

—Así es —coincidió cansinamente Jaufré—. Mas, como os aseguraba, el riesgo es nulo... Los de la nueva religión son más numerosos, pero también más tolerantes con quienes opinan de forma distinta a ellos... No provocan a nadie por cuestiones de ideas. Los católicos son más radicales, pero al ser menos numerosos no pasan a la acción... La ciudad, según mis noticias, se desenvuelve perfectamente bien...

—Espero que así sea, señor.

—Lo será. No hay trovador que conozca esta zona mejor que yo... He atravesado estos parajes decenas de veces, pernoctando en sus posadas y entrado en sus ciudades en infinitas ocasiones... Sé del carácter bondadoso de sus gentes... Nada pasará, caballero. Podéis asegurarlo (1).

Y, efectivamente, así fue. La entrada en la ciudad no ofreció dificultades, ni tampoco la búsqueda de hospedaje. Sólo una cosa anormal: el permiso solicitado por Rudolf para ausentarse desde primeras horas de la tarde, concedido con visible disgusto por Jaufré Rudel.

* * *

(1) Aunque el autor cita a la ciudad de *Albiga* con su nombre actual, Albi, lo hace para una mejor identificación en el presente. Albi es, hoy, sede episcopal, tiene unos cuarenta mil habitantes y está situada a unos sesenta y cinco kilómetros al NE de Toulouse. (N. del A.)

Escaneado con CamScanner

Veinticuatro horas más tarde, el trovador anunciaba a Rudolf Glaris:

—Preparad nuestras cosas. Nos vamos.

El desterrado no se movió. Por el contrario, con cierta tristeza solicitó:

—Sé que es una impertinencia por mi parte, señor, mas... ¿no sería posible que aguardáramos un día más en esta ciudad?

Sorprendido y, desde luego ofendido, Jaufré exclamó:

—¿Qué decís? ¿Que permanezcamos aquí...? ¿Desde cuando un criado osa proponer algo a su señor? Razón tenéis al calificar vuestra conducta de impertinente, pardiez. No ha lugar a vuestro ruego. Partimos de inmediato.

Con toda la humildad de que fue capaz, Rudolf objetó:

—No va a ser posible, señor... Yo, al menos, preciso imperiosamente aguardar en la ciudad ciertas noticias.

Estaba perplejo... desconcertado:

—¿Que vos? ¿Que un criado...?

—No soy vuestro criado, señor Rudel... He desempeñado tales funciones por mutua conveniencia, pero ni nací siervo de vos, ni obligado estoy a ser criado de nadie. Os agradezco cuanto habéis hecho por mí, creedlo, mas no puedo seguir a vuestro lado.

—¡Semejante altanería...!

—No descompongáis vuestro semblante, señor. De nada servirá.

Viendo que la decisión era firme, el trovador intentó convencer a Rudolf siguiendo otros caminos:

—¿Os he tratado mal, acaso?

—No tal, señor. Por el contrario, habéis sido bondadoso y gentil conmigo. Y os lo agradezco.

—¿He sido mezquino?

—No, señor.

—¿Ruin?

—No.

—¿Os he humillado o insultado?

—Ciertamente que no, señor.

—Entonces... ¿por qué me dejáis?

—No puedo explicároslo, señor...

—¿Dinero acaso?

—Nada me separaría de esta ciudad en el presente. Nada hasta que no reciba las noticias que espero.

Jaufré intentó un gesto de petulancia y superioridad al exponer:

—Me he acostumbrado a vuestra compañía, Rudolf... Aunque os parezca extraño en un noble como yo, siento aprecio por vos... ¡Está bien! Cederé por esta vez, si me prometéis que no volveréis a presionarme para que altere mis planes.

—Os agradezco tal deferencia, señor; mas está dentro de lo posible que, en conociendo lo que espero conocer, decida seguir solo mi camino.

—¿Solo?

—Sí. Solo y lejos de esta tierra.

Jaufré comprendió que todo estaba perdido y, resignándose ante lo inevitable, preguntó:

—¿Estáis, pues, decidido a abandonarme?

—Así es, señor.

—¿Y partiréis de estas tierras?

—Es lo más probable... Pero regresaré.

—¿Cuándo?

—No está en mi mano saberlo, señor. Mas, si eso os place, puedo juraros que el día de mi regreso os buscaré.

Jaufré Rudel (1) miró afectuosamente al que durante los últimos meses había sido su fiel acompañante y servidor. Se acercó a él, sacó unas cuantas monedas de su bolsa, las puso en la mano de Rudolf y, dándole unas palmadas en la espalda a modo de despedida, le dijo:

—No juréis nada, caballero, si ya es difícil dar conmigo en condiciones normales, como con cualquier otro trovador, más lo será para vos que, a lo que deduzco, os empeñáis en cumplir alguna misión extraña y secreta. Tomad estas monedas: bien sabéis que mi bolsa es corta, mas creo justo aliviaros de las primeras dificultades que, sin duda, os va a originar vuestra vida en solitario. Os deseo la mejor suerte del mundo. Os lo deseo de corazón.

Sin aguardar respuesta, abandonó el cuarto. Rudolf

(1) Jaufré Rudel fue uno de los trovadores más famosos del Languedoc en la época que tratamos. Junto con Guillermo IX, conde de Poitou y duque de Aquitania (llamado el Buen Trovador); Bernat de Ventadorn; Cabestany; Giraud de Borneihl; Bertrand de Born; Raimon de Miravals; Sordello de Mantua; Arnaud de Marveil; Pierre Vidal de Tolosa y otros muchos, ha pasado a la historia de la trova. De la escuela trovadoresca perduran como recuerdo, los juegos florales de los *felibres* (poetas provenzales modernos). (N. del A.)

Escaneado con CamScanner

Glaris empacó las pertenencias de Jaufré y dejó el equipaje listo para su partida. Luego, con cierto nerviosismo, salió de la posada en busca de otra más cercana al extremo sur de la ciudad y, a ser posible, más acorde con sus actuales medios económicos.

* * *

Octubre de 1159.

Dos días antes Rudolf Glaris permanecía instalado en una hospedería situada en el burgo *des tiserands*, ocupado por tejedores especializados en el hilado de lienzos a rayas (1). Una razón le había decidido a marchar de Albi y dos a elegir Lyon como punto de residencia. La de partir del Languedoc y de los albigenses, se basaba en que ya tenía en su poder los datos que necesitaba para reemprender su vida con cierta independencia; las de escoger Lyon estribaban tanto en que por la ciudad pasaba una de las rutas comerciales catalano-aragonesas, la llamada nortalpina, como en que, desde hacía algunos años, se trabajaba a buen ritmo en la construcción de uno de los edificios de mayor envergadura en la mitad este del país: la catedral de Lyon (2).

(1) Si bien la aparición de los burgos se ha hecho coincidir con el de las ciudades, históricamente hablando los hechos ocurrieron de otra manera. Dejando al margen el proceso de construcción de las *urbes*, distinto en cada caso, los *burgos* iniciales no eran nada más que barrios extremos de las ciudades antiguas, edificados por inmigrantes. Posteriormente, y variando las épocas según las áreas geográficas del continente europeo, esos burgos iniciales fueron acogiendo a comerciantes y artesanos quienes, por circunstancias de similitud de trabajo, de fijación de precios y de mutua defensa, prefirieron habitar reunidos por profesiones. De estas agrupaciones por barrios (barrios que eran los antiguos *burgos* de inmigrantes) partió la selección de habitantes por profesiones, que desembocó en lo que, habitualmente, se conoce por barrios burgueses: barrio de los pescadores, de los zapateros, de los sastres, etc. En la época a la que hago referencia, en Lyon no existían los *burgos* profesionales propiamente dichos; mas sí estaban en proceso de formación ya que canteros y tejedores, por ejemplo, comenzaban a vivir agrupados. Cierto, pues, que mirando estrictamente la cronología histórica, el hecho de denominar *burgo des tiserand* (de los tejedores) a un barrio del Lyon de 1159 puede no ser absolutamente exacto; sin embargo, y en aras de la facilidad de comprensión, he preferido escoger esta fórmula antes que complicar la narración con explicaciones largas y, probablemente, tediosas. (N. del A.)

(2) La catedral de Lyon es una muestra extraordinaria del arte gótico, levantada en esa ciudad en el transcurso de los siglos XII y XIII. (N. del A.)

Su corta experiencia por tierras francesas le hacía comprender que allí donde se levantaba una iglesia coincidían, generalmente, dos de los estamentos más poderosos de la sociedad: la Iglesia y la nobleza. Él, Rudolf Glaris, necesitaba dinero; dinero abundante y rápido. Para conseguirlo, únicamente podía valerse de un arma: sus conocimientos superiores... utilizados con ingenio. ¿Y dónde podía encontrar mejores circunstancias para desarrollar sus planes, que en el lugar donde se reunían las dos clases más ricas de la sociedad?

Nada más llegar a Lyon, había visitado al maestro de obras encargado de la construcción. Su propuesta, por breve e interesante, fue inmediatamente acogida con simpatía: él, Rudolf Glaris, dominaba perfectamente las más modernas técnicas de edificación empleadas por los países orientales. Ofrecía al maestro de obras abaratar los costes sin alterar ni la calidad ni la apariencia física de la catedral, a cambio de una cuarta parte del ahorro. Naturalmente, nadie tenía por qué enterarse de nada... El maestro quedaría con tres cuartas partes del beneficio, sin que nadie pudiera acusarle de malversación o de haber empleado materiales de baja calidad. Obviamente, el encargado aceptó citarse con él para tratar el asunto con un estudio detallado que, minutos antes, Rudolf había terminado... Y allí comenzaba lo que, sin duda, debía ser la primera vuelta de la rueda de su fortuna.

Mas... ¿conocía en realidad las "más modernas técnicas de edificación empleadas por los países orientales"? Por supuesto que no; mas, ¿quién estaba al corriente de semejantes cosas? Nadie. Era el señuelo... La envoltura con la que se cubría de posibles preguntas: había viajado por Oriente y, además, era hombre instruido... Eso bastaba para cualquier patán ambicioso.

El estudio de los planos le sugirió pronto una serie de alteraciones en la manera de trabajar que, sin duda, redundaría en un abaratamiento de los costes. Y cuidadosamente relacionadas en un papel, guardaba ese verdadero tesoro en el cajón de un canterano de su cuarto.

Mientras aguardaba la llegada del maestro de obras, Rudolf Glaris sacó otro documento escrito a pluma y lo releyó por enésima vez: eran sus conclusiones sobre los albigenses. Decía así:

"El origen de la secta albigense debe remontarse al

Escaneado con CamScanner

descenso de ciertas religiones maniqueístas, procedentes de las repúblicas balcánicas. Llamados *sucesores de los cátaros* o simplemente *cátaros*, los seguidores de estos credos fueron también bautizados como *patarenos*, en Italia; *bogomilos*, en Bulgaria (1) y albigenses en el Languedoc, practican una creencia maniqueísta fruto de su fe en una dualidad divina: el bien y el mal.

"Su implantación en el Languedoc debió producirse sobre el año 1000, aproximadamente, puesto que en el mil veintidós ya se quemaron algunos cátaros en Toulouse. Menos de cincuenta años después, un obispo bogomil venido de Bulgaria, Nikita, visita las comunidades meridionales y reúne un concilio cerca de la Villa Rosa (2), en Saint Felix du Caraman; tal circunstancia hace pensar, pues, en que no se trataba de pequeños grupos aislados, sino de una iglesia organizada, jerarquizada y en contacto con sus hermanos italianos y de los países eslavos.

"Actualmente (1159) la iglesia romana ha perdido adeptos en el Languedoc. Sus parroquias están sin sacerdotes y las familias se niegan a bautizar a sus hijos. El panorama es, ciertamente, desolador para los católicos. He aquí algunos casos: en Castelnaudary, los cátaros se han instalado en la iglesia. Al sacerdote de Cambiac no lo quedan más que tres fieles. En el Mas Saintes-Puelles, todos los habitantes han abrazado la nueva fe. Desafiando a los obispos, por todas partes hay nobles occitanos (3) que se adhieren a los albigenses. La iglesia cátara tiene sus propios lugares de culto y sus propios cementerios, y sus adeptos, en plano de igualdad con los católicos, están dispensados del servicio de vigilancia y del pecho o contribución. Se predican abiertamente las tesis más contrarias a la ortodoxia romana, que son objeto de controversias públicas, cosa a la que en

(1) Aunque en el año 1159 la parte de los Balcanes que hoy es Bulgaria era una colonia bizantina menos de veinte años después volvió a recuperar su independencia, perdida tan sólo dos lustros antes de la época en que nos situamos. (N. del A.)

(2) «Villa Rosa» es el sobrenombre con que se conocía la ciudad de Toulouse. (N. del A.)

(3) *Occitano*: El Languedoc es también conocido por «País de Oc», de ahí el gentilicio. Asimismo, al estar situado en el mediodía francés, se le cita en ocasiones por «país del mediodía». (N. del A.)

el Mediodía (1) se tiene ya gran afición. En Lombers, el obispo cátaro Sicard Cellerier, ha expuesto esas tesis incluso ante un concilio católico que pretendía excomulgarle.

"La Iglesia de Roma ha intentado atraerse de nuevo a los occitanos por medio de la predicación. Hace unos años, en 1445, Bernardo (2), el orador más prestigioso de occidente y reformador que quiere devolver al monacato su pureza inicial, recorre el Languedoc intentando persuadir a sus habitantes. Parece que en cierta ocasión, aseguró con gran liberalidad que la "fe es cosa de persuasión, no se impone», cosa harto loable, habida cuenta la intransigencia de que, corrientemente, hacen gala los católicos. Sin embargo, tampoco él puede hacer nada: en Albi, predicó ante las sillas vacías, y en Verfeil, se organizó tal tumulto que hubo de renunciar a hacer uso de la palabra (3).

"Esta afirmación de la nueva fe, junto con los datos políticos que conozco, me hace pensar que, en un plazo de tiempo que seguramente coincidirá con el fin de la guerra entre el Papa y el emperador y rey de Alemania, la Iglesia intentará reconquistar los territorios que hoy dominan cátaros o albigenses. Y teniendo en cuenta la situación del área geográfica, las tensiones entre el conde de Toulouse y el duque de Avignon y las ambiciones territoriales del rey de Francia, al clero sólo le queda un camino para lograr su objetivos: la violencia."

Dobló cuidadosamente el documento y lo ocultó bajo otros papeles garabateados, desparramados por el cajon.

"Es una idea —meditó Rudolf Glaris—. De momen-

(1) No es sorprendente esta afirmación: existen innumerables textos que comentan lo escasamente dispuestos para el diálogo que siempre se mostraban los occitanos. Mas, entendámonos, para el diálogo inútil o la charla intrascendente. De ahí la sorpresa de quien redacta los apuntes ante el auge de las controversias públicas, en un área tan poco propensa a ellas hasta entonces. (N. del A.)

(2) Posteriormente elevado a la categoría de Santo, Bernardo fue, efectivamente, uno de los más conocidos predicadores de occidente. Tan considerado estaba, que fue definido como «árbitro de reyes y Papas». (N. del A.)

(3) La transcripción de estas anotaciones, corresponde a una interpretación liberal en la forma, pero exacta en el fondo, de un relato sobre la situación real del Languedoc en el año 1159 perteneciente a Gèrard de Sède y publicado en su libro «El Tesoro Cátaro». Rene Julliard, 1967. (N. del A.)

Escaneado con CamScanner

to, sólo una idea... Pero... ¡contiene tantas posibilidades...!"

En aquel momento, alguien golpeó la puerta desde el exterior.

—Adelante —autorizó Rudolf.

Un mozalbete apareció en el quicio. Casi con temor, explicó:

—Señor... Abajo hay alguien que pregunta por vos.

—¿Ha dado su nombre?

—No, señor. Dice que le esperáis.

—Hacedle subir.

Dominando sus nervios, Rudolf Glaris extendió tres papeles de pergamino sobre la pequeña mesa que él, todavía con el recuerdo de su vida en otro mundo, utilizaba como auxiliar junto al escritorio. Luego, tomó asiento en una incómoda silla de madera y aguardó.

Si todo salía como pensaba, el futuro, glorio y esperanzador futuro, estaba a punto de traspasar los umbrales de su puerta.

Capítulo V

Aunque el título que la sociedad otorgaba a quien dirigía las obras de un importante edificio era el de "maestro albañil", al quincuagenario Félix Roubais le gustaba más que le siguieran llamando "como antes": maestro de obras. Era, para él, más título... más honor.

Alto, fuerte, extraordinariamente bien conservado para su edad, teniendo en cuenta su trabajo y las condiciones insalubres en que se desarrollaba, maese Félix cruzó la puerta, tomó asiento frente a Rudolf Glaris y, sin más, espetó:

—Me olvidé, señor, de haceros una pregunta la última vez que nos vimos.

—Hacedla.

—¿Cómo os llamáis?

Estaba preparado para ello. Nada más llegar a Lyon había decidido cambiar su nombre por uno más en consonancia con los tiempos que eran testigos de su nueva vida. Y, tras mucho pensar, eligió uno aparentemente intrascendente: Pierre de Valdo. Por ello, sin inmutarse, respondió:

—Pierre de Valdo, maese Félix.

Para su sorpresa, el albañil meditó unos momentos, murmurando:

—Valdo... Valdo... Creo recordar ese nombre...

—¿Ah, sí?

—Sí... ¿No seréis, por ventura, familia de los Valdo de esta ciudad?

—No —respondió velozmente Rudolf-Pierre—. No conozco a nadie en estos alrededores.

—¿Estáis seguro?

Se palpaba la desconfianza en el ambiente, por lo que Rudolf Glaris, ya Pierre de Valdo, dijo con tono seco:

Escaneado con CamScanner

—Completamente. ¿Teméis, acaso, alguna celada por mi parte?

—No... Pero es extraño...

—¿A qué se dedican esos Valdo que conocéis?

—A nada. Han muerto.

Rudolf Glaris le miró fija, desafiadoramente. Había comprendido perfectamente la trampa y quería mostrarlo. Mas, instantes después, sonrió sin acritud y dijo:

—Recelabais de mí...

—Disculpadme... ¡Es todo tan extraño!

—Os entiendo, maese Félix. ¿Qué os parece si hablamos de lo que os ha traído aquí?

—Adelante. Os escucho con atención.

Siguió un largo tiempo de ofertas y exposiciones. Las maderas nobles no era imprescindible traerlas de Oriente: bastaba con que alguien fuera a adquirirlas al norte de Europa. Los rosetones, fabricados en las regiones de Bohemia, podían ser fácilmente montados en Francia: los cristaleros de Lille tallarían el vidrio y los herreros fundirían el plomo de las juntas en sus fraguas allí mismo, en Lyon...

—La piedra... —seguía incansablemente Rudolf Glaris, nuevo Pierre de Valdo—. Los canteros tallan las moles y las pulen, poniendo después su marca para identificar sus piezas y cobrarlas, ¿no es así?

—En efecto.

—Bien... ¿Tienen ayudantes?

—¿Ayudantes? —preguntó, perplejo, el maestro de obras.

—Sí... Personas que colaboren con ellos.

—Algunos sí... Pero son los más viejos... Los que se agotan por el esfuerzo.

—Remediadlo de esta manera: contratad a quince o veinte muchachos jóvenes y encargadles de tallar la piedra. Prestad atención: no de pulimentarla, sino únicamente de tallarla. Una vez conseguido el cuadrado de la roca, pasadlo al maestro cantero, quien lo pulirá en pocas horas.

—Estaremos en las mismas —opinó maese Félix—. Os recuerdo que les pago por piezas terminadas.

—Es justo. Mas, cambiad el sistema: o les pagáis menos, ya que su trabajo queda reducido a una décima parte, o, por el contrario, utilizad menos canteros, obligándoles a que trabajen determinadas horas cada día y pagándoles por el tiempo y no por las piezas...

—¿Pagar por el tiempo? ¿Contratar a aprendices, abonándoles dinero? ¿Es que os habéis vuelto loco? Los aprendices no cobran. Y los canteros lo hacen por piezas... ¿Qué pasa si se les rompe alguna de ellas?

—¿Qué ocurre ahora?

—Se les hace pagar el material.

—Pues lo mismo... Atended... ¿Cuánto cobra un cantero por pieza?

—Dos escudos.

—¿Y cuántas es capaz de hacer en un día?

—Ninguna. Tardan a lo menos, tres.

—Bien... Pensad un poco... Si el cantero recibiera los bloques de piedra ya esbrozados y dispuestos para su pulimentación, ¿cuántas piezas haría por día?

—Digamos que... una.

—Haced números. Pagáis a dos muchachos para que, en un día, os configuren la piedra... pongamos medio escudo...

—¡Medio escudo! ¿Os habéis vuelto loco?

—Bien... Un cuarto de escudo para los dos. ¿Está bien?

—Sí... Un cuarto de escudo para los dos.

—Y al cantero le pagáis un solo escudo por pieza terminada.

—No aceptará.

—Lo hará.

—¿Cómo estáis tan seguro?

—Atended: un cantero gana ahora dos escudos cada tres días, ¿cierto?

—Sí.

—Siguiendo mi sistema, ¿cuánto ganaría?

El albañil meditó en voz alta:

—Puesto que únicamente deberá pulimentar la piedra... y podrá hacer una cada día... aunque le rebaje el precio por pieza, saldrá a un escudo diario... o sea, tres escudos en tres días. ¡Pardiez que sois listo! Aceptará porque, con el sistema que tenemos, gana sólo dos escudos en esos tres días...

—Exacto. Mas, veámoslo bajo nuestro punto de vista... ¿Cuánto os pagan a vos por esas tres piedras?

—Seis escudos... a dos cada una.

—Y en esos tres días que tardaremos en hacerlas, ¿qué dinero habréis liquidado a cantero y aprendices?

—Veamos... Al cantero, tres escudos... A los aprendices, como perciben un cuarto de escudo para los dos...

Escaneado con CamScanner

Tres cuartos de escudo... Total, tres escudos y tres cuartos... Eso es lo que pagaré...

—O sea, que os quedarán...

—¡Dos escudos y cuarto!

—Es decir, caballero, tres cuartos de escudo por cada piedra que pongáis en la catedral. Y... ¿cuántas debéis colocar?

Exultante, el maestro de obras casi gritó:

—¡Miles! ¡Miles! Mas... ¿cómo sabéis tanto de estas cosas? No parecéis del oficio.

—Y no lo soy. Ya os comenté que...

—Sí... Que conocéis las técnicas orientales. Sin embargo, temo que la gente...

—¿Os critique?

—Eso es...

—Nadie lo hará... Los canteros, porque ganarán más; los aprendices, porque cobrarán, cosa harto insólita en estos tiempos; los familiares de ambos, porque comenzarán a vivir mejor. Los nobles y el clero porque pagan por piedras, por ejemplo... No por obra terminada.

—Y en caso de que lo hicieran...

—Simplemente: poned vuestros conocimientos a su disposición y seréis perdonados... Lo de las piedras talladas puede hacerlo cualquiera; mas, ¿quién sabrá de dónde sacáis la madera, quiénes tallan el vidrio y cómo se transporta?

Estuvieron hablando hasta bien entrada la noche y, al fin, quedaron de acuerdo. Dos meses después, maese Félix Roubais tenía que percibir el dinero para liquidar a sus obreros. Quinientos escudos fueron a parar a las arcas de Rudolf Glaris-Pierre de Valdo.

Era, sin duda, una pequeña fortuna.

Capítulo VI

El año 1160 fue de una actividad trepidante para el nuevo Pierre de Valdo. Los quinientos escudos que recibiera en el mes de diciembre anterior, junto con los dos mil cien que recogió en cuatro entregas a lo largo de los doce meses, fueron hábilmente invertidos y sirvieron de base al engrandecimiento de su fortuna personal y, por extensión, de su poder personal.

El procedimiento, desde luego, había sido relativamente sencillo, favorecido como estaba por los acontecimientos sociales: Rudolf-Pierre no tuvo más que aplicar las más elementales nociones del comercio, para enriquecerse con rapidez, durante ese año, y consolidar sus bienes mediante futuras especulaciones de las que saldría triunfante.

(De hecho existió una indudable relación recíproca, cronológica y genéticamente ininterrumpida, entre el desarrollo político de la monarquía francesa durante el primer tercio del siglo XII y el rápido despliegue económico de Francia, dándose además a la par, un aumento vertiginoso de la población.

La nota que más llama la atención en los cambios estructurales económicos y sociales que se dieran en Francia durante la Alta Edad Media es el elevado número de nuevos y extensos campos de cultivo. La expansión de las tierras cultivables experimentó un rápido incremento. "Historia de Europa, volumen 3.)

Éste fue el primer paso de Pierre de Valdo.

Sus innumerables correrías por las tierras del Mediodía francés le habían hecho observar lo poco aprovechadas que estaban las tierras cultivables. Colinas per-

Escaneado con CamScanner

fectamente aprovechables para su explotación, se desechaban porque nadie era capaz de construir las plataformas escalonadas que, según Rudolf recordaba por sus estudios, ya habían preparado los indios sudamericanos desde siglos antes. Mas, como él bien sabía, Colón todavía no había descubierto América... entre otras causas, porque faltaban trescientos años para que naciera. Más de una vez, cuando cabalgaba junto a Jaufré Rudel, pensó en la posibilidad de sembrar patatas, o garbanzos, o de importar cafetales... Mas, desafortunadamente, no existían semillas de ese tipo en Europa. Decidió, entonces, que si algún día podía llevar a cabo su propósito, dedicaría las tierras que pudiera obtener al cultivo de cereales, alimento base en la dieta de su nueva época.

Y así lo hizo.

Noble por noble, fue visitando a todos aquellos que, aunque fuera de oídas, conocía a través del trovador. Y a todos propuso lo mismo:

—Prestadme mano de obra; permitidme mejorar vuestras tierras y dadme la mitad de las nuevas cosechas durante cinco años. Después, serán íntegras para vos.

La oferta fue un éxito y, a mediados de junio de 1160, centenares... miles, tal vez, de hectáreas, habían sido acondicionadas para la siembra. La cosecha de 1161 sería, sin duda alguna, espectacular. Desde la Auvernia hasta Toulouse, desde Marsella a Dijon, Pierre de Valdo o Rudolf Glaris, recorrió miles de millas dirigiendo, ordenando, trazando planes, rectificando, alabando o censurando según conviniera. Ahora, cuando los trigos ya amarilleaban, sentía en su interior el orgullo de que, durante cinco años, sería, probablemente, el campesino con más ingresos de Europa.

Pero no se limitó a esa faceta comercial o agrícola. Las gentes acudían cada vez con mayor afluencia a las ciudades y era preciso alimentarlas. Escaseaba la carne y la población aumentaba. ¿Qué hacer? La ganadería prácticamente no existía y la poca cabaña disponible era para los nobles...

Pierre de Valdo dio con la solución. Se trataba de encontrar mercados de economía compensable y trasladar de un lugar a otro sus productos.

Para ello contrató a decenas primero y centenares después, de jóvenes inactivos, a los que puso al frente

de sus trampas. Unas trampas realmente curiosas: pozos profundos, en los que caían jabalíes o ciervos, según la zona donde estuvieran instaladas. Cierto era que, hasta entonces, esas artimañas servían para cazar: el clásico agujero con palos afilados que traspasaban a la pieza cuando ésta caía. Él se limitó a suprimir los palos y a hacer los pozos más profundos para que los animales no pudieran escapar. Cada dos días, los jóvenes encargados inspeccionaban las trampas y, por medio de cuerdas con lazos, extraían las piezas y las guardaban en algo parecido a los corrales, pero que no eran tal cosa: simples terrenos acotados con vallas de ramas, firmemente unidas por cuerdas. Muy altas las dedicadas a los ciervos; muy fuertes y sólidamente fijadas en el suelo, la de los jabalíes.

Mantenían vivos a los animales hasta que Pierre de Valdo regresaba. Éste, que ya había adquirido algunas tiendas en los burgos más importantes de las ciudades más populosas, se limitaba a ordenar que trasladasen el ganado firmemente atado sobre carretas hasta el lugar apropiado: justamente el que sus clientes le indicaban en los locales de que disponía.

El dinero fluía abundantemente.

En 1164, a un año vista de su última cosecha, Pierre de Valdo habí logrado el primero de sus dos objetivos: hacerse rico. Inmensamente rico. Y, además, pasar casi desapercibido entre quienes hacían ostentación de sus fortunas en cortes o reuniones comerciales.

Había llegado la hora de buscar el refugio al que, sin duda, tendría que acudir algún día. Para ello, se tomó dos meses de descanso mercantil y comenzó a buscar.

* * *

Sus continuos viajes comerciales, le hicieron conocer una zona realmente apropiada para sus intereses, situada tras el paso del Gotardo, que era, sin discusión, la senda obligada para los mercaderes que comerciaban con el norte de Europa.

Varios amplísimos valles rodeados de montañas y preñados de animales salvajes, aunque domesticables, ofrecían el espectáculo único de verdor, agua y montañas que, llegado el caso, podían defender el territorio de los más que probables acosos enemigos. Y esa era, justamente, la zona que deseaba adquirir.

Escaneado con CamScanner

Por documentos que había examinado en uno de sus últimos viajes, sabía que era un área muy poco sometida a los avatares bélicos de la época: conquistada en el año 58 antes de Cristo, el fundador de la religión católica, había permanecido fiel a los romanos hasta, incluso, después de la caída del Imperio de Occidente: lo inaccesible de sus escasos lugares habitados aislaban el territorio de la codicia ajena. O, al menos, así había ocurrido hasta entonces.

Tal vez habían pasado por allí los primeros francos, pero no era absolutamente seguro. De lo que sí estaba convencido Rudolf Glaris-Pierre de Valdo, era de que, en la cultura arrinconada por la computadora, la correspondiente al siglo XX que definían como *caduca*, ese territorio que deseaba adquirir pertenecía a la Confederación Helvética.

Y si esa incipiente idea que comenzaba a tomar cuerpo en su interior iba a llevarse a cabo, esos terrenos eran, sin lugar a dudas, los más adecuados.

Decidido, pues, a llevar adelante sus propósitos, organizó el viaje. Quince días después partía hacia el lugar, al que llegaría una semana más tarde. No le costó demasiado trabajo averiguar que el territorio estaba bajo la influencia de la familia Zähringen, no se sabía bien si porque ostentaba su propiedad o por simple costumbre. Sea por lo que fuere, la familia no opuso casi ningún reparo... tal vez porque su máximo representante, Bertoldo V, duque de Zähringen, estaba económicamente ahogado a causa de los trabajos de construcción de una ciudad que, pasado el tiempo, sería envidia de centroeuropa: Berna (1), el hecho fue que la transacción se realizó en el brevísimo período de dos semanas.

(1) Efectivamente, la ciudad de Berna fue fundada por Bertoldo V, duque de Zähringen y dueño de las tierras a las que hacemos referencia, hasta que éstas se convirtieron en propiedades de Pierre de Vaud, de quien hablaré más extensamente en próximos capítulos. La fecha «oficial» de su fundación, se fija en el año mil ciento noventa y uno, es decir, menos de treinta años después del que estamos tratando. Ahora bien, en estos casos, la Historia jamás puede dilucidar la cuestión de si esa fecha se refiere al momento en que comenzó a construirse o a habitarse. Es de suponer que como en la época no existía la costumbre de las *primeras piedras*, a la que tan aficionados son los gobernantes modernos, el duque de Zähringen acudiría a la «fundación» de la ciudad cuando ésta tuviera ya las condiciones necesarias para, al menos, pernoctar en ella; es decir, cuando estuviera habitada. De ser así, la cronología utilizada sería la correcta. (N. del A.)

Firmados los documentos y registrados convenientemente, Rudolf Glaris-Pierre de Valdo se encontró propietario de todo lo existente sobre la tierra y la tierra misma y los aires y lo que bajo la tierra haya, y sus ríos y lagos, y sus plantas y cultivos y todo lo que habitare en esa tierra, comprendido entre la Francia del oeste y el lago llamado de Ginebra al sur, y el río del Rhodano al sureste y el condado de Jera cerrándolo (1).

Otras dos semanas tardó en contactar con los núcleos humanos instalados en sus nuevas propiedades, a los que tranquilizó y prometió mejorar sus condiciones de vida y, resuelto el problema, regresó nuevamente al Mediodía francés, no sólo a recoger su parte de la última cosecha o a controlar sus ya innumerables centros comerciales, sino a preparar, madurar y poner en funcionamiento esa incipiente idea que, al menos así lo creía él, con el tiempo terminaría por ayudar a toda la humanidad.

Pasando de nuevo el Gotardo, no pudo por menos que volver la vista y contemplar una parte, una mínima parte, de sus tierras. Y con gran emoción, rememoró el instante en que decidió el nombre que les pondría. Estaban ante el magistrado de las propiedades, cuando el duque Bertoldo V le preguntó:

—No debería hacerlo y os ruego de antemano que me disculpéis, pero me intriga una cuestión, caballero.

—Decidme, señor duque.

—Pagáis con buen dinero, oro y plata; decís llamaros Pierre de Valdo que, sin duda, es un apellido de origen castellano... ¿o provenís de León o Asturias?

—No, señor. De ninguno de esos lugares. Mi apellido —se inventó Rudolf sobre la marcha—, es, y en eso lleváis razón, una castellanización del francés Vaud... ¿Habéis oído hablar alguna vez de Jaufré Rudel?

—¿Os referís al trovador?

—En efecto.

—Sí... Le conozco... En cierta ocasión vino expresamente a nuestra corte.

—Bien, él os podría confirmar que provengo de Cataluña, mas como por mis quehaceres debía andar cons-

(1) Esta descripción corresponde al actual cantón de Vaud (Waad en alemán), sensiblemente igual al de hace mil años. Su extensión, hoy, es de 32.110 kilómetros, lo que da una idea del *feudo* que pudo ser en la época medieval. Ahorro al lector otros datos sobre el cantón, ya que irán apareciendo en sucesivos capítulos de esta novela.

Escaneado con CamScanner

tantemente entre el condado catalán, Francia y los territorios de Toulouse y Avignon, decidí castellanizar mi nombre a fin de evitarme dificultades. Vos mejor que nadie sabéis que, de un mes para otro, nadie sabe quienes son amigos de quienes o enemigos de cuales, y que los que hoy se alían con los condados catalanes, mañana se baten contra ellos... Siendo castellano y estando Castilla lejos de semejantes avatares, mis problemas se han visto grandemente disminuidos desde que mi apellido original, Vaud, quedó transformado en Valdo. ¿Comprendéis?

Soltando una carcajada, el duque de Zähringen replicó:

—¿Y por qué no adoptasteis la traducción alemana?

—¿Existe?

—En efecto: Waad.

—De saberlo, señor, tampoco lo hubiera hecho... al menos mientras el emperador y el Papa estén en lucha...

Sí. Desde las alturas del Paso del Gotardo, Pierre de Valdo rememoró la escena y la decisión de llamar a sus tierras "de Vaud" o de "Waad", según los habitantes de ellas hablaran un idioma u otro.

Y eso le llenaba de orgullo porque, aunque fuera el primer e insignificante detalle, le servía para considerarse un hombre con una tolerancia muy por encima de lo corriente en la época.

Tras unos minutos de indecisión, hizo girar sus mulos y dio orden a sus tres criados para que reiniciaran la marcha.

Lentamente, descendieron del Gotardo y, con alegría y prevención mezclados, se perdieron por las estribaciones montañosas, en busca de las llanuras francesas.

El año 1165 estaba ya próximo a su mitad. Y, malhadadamente, ¡quedaba tan poco tiempo!

* * *

La cosecha se rebeló espléndida.

Los negocios funcionaban.

Teniendo pues las tierras adquiridas y una verdadera máquina de hacer dinero, Pierre de Valdo optó por afrontar directamente la realización de su idea y decidió instalarse en la ciudad que más le convenía a sus propósitos: Albi, centro neurálgico de lo que los católicos definían ya como "religión herética".

Capítulo VII

Noviembre de 1165.

Los acontecimientos socio-políticos europeos hacían presagiar un paulatino endurecimiento de la situación bélica ya existente y, a la vez, la generalización del conflicto.

El mes anterior, Alejandro III clausuraba el Concilio de Tours, condenando la abominable herejía venida del país de Toulouse, desde donde se ha difundido a la Gascuña y demás provincias, y ordenando, quizá a modo de compensación, la construcción de una catedral cuya financiación correría a cargo del pueblo galo (1). Mas no por ello desatendía el Papa la guerra con el emperador Federico Barbarroja. Bien al contrario, decidido a terminar cuanto antes con un conflicto que había heredado y que sangraba espectacularmente sus arcas, optó por una intensificación de las hostilidades, extendiendo los frentes y, simultáneamente, intentando aislar diplomáticamente a su enemigo.

(1) No fue gratuita la elección de Tours como sede del Concilio. Buscando, como de costumbre, que todo tuviera un significado popular, Alejandro III optó por esa ciudad debido, fundamentalmente, a que unos años antes, exactamente en el 732 los franceses derrotaron en sus alrededores las embestidas del pueblo musulmán, en la batalla conocida por el nombre de Poitiers, con lo que se impidió el avance árabe sobre Europa. Como era de esperar, el triunfo de un pueblo sobre otro fue convertido en «victoria del cristianismo sobre los infieles». Las semejanzas con la situación de mil ciento sesenta y cinco eran, pues, palpables: se trataba de condenar una herejía, la albigense, y para ello nada mejor que desplazarse a un lugar en el que otros herejes habían sido derrotados. La Catedral de Tours comenzó a construirse unos años después (1170), cuando terminaron las obras de otra enorme iglesia entonces en período de edificación (Notre-Dame-la-Riche), y fue inaugurada casi cuatro siglos después, en 1550. (N del A.)

Escaneado con CamScanner

Luis VII, rey de Francia, seguía con sus intrigas. Temeroso de Enrique II de Inglaterra (1), acertaba a sacar partido de las debilidades del monarca británico, fomentando una permanente guerra de astucias y escaramuzas diplomáticas, apoyando primero a Tomás Becket y, después, a los hijos de Enrique II, cuando éstos se levantaron contra su padre. Por su parte, los señores feudales del Mediodía francés se vigilaban atentamente, esperando el momento oportuno para deshacerse de su rival y, como lógica consecuencia, apoderarse de sus territorios.

Desde Albi (2), Pierre de Valdo observaba atentamente todas esas circunstancias, acelerando intensamente la puesta en marcha de unos planes que, a largo plazo, deberían fructificar en la materialización de sus ideas.

La primera medida había sido elegir cuidadosamente el lugar de su residencia. Necesitaba, fundamentalmente, amplios espacios interiores y libertad de movimientos. Para conseguirlo, Pierre Valdo decidió, en primer lugar, edificar su propia casa, de acuerdo con lo que precisaba y, en segundo, levantarla en un burgo donde no atrajera en exceso la atención de sus vecinos.

La zona ocupada por los *greffier* (escribanos) fue la elegida. Era una calle amplia, larga, con edificios de dos pisos y la acequia central milagrosamente cubierta (3),

(1) Ya indiqué en su momento que Enrique II de Inglaterra era feudatario del rey de Francia, debido a las posesiones que había heredado por la dote de su esposa y que estaban situadas en suelo francés. Paradójicamente, la extensión geográfica de los territorios dominados por el inglés, era superior a los pertenecientes al rey de Francia, con lo que el señor feudal (Luis VII) tenía razones para temer a su feudatario (Enrique II), mucho más poderoso que él. (N. del A.)

(2) El nombre de la ciudad era, en el siglo XII, *Albige*. Se utiliza la denominación actual, a fin de simplificar su localización. (N. del A.)

(3) No se sorprenda el lector por la expresión «milagrosamente cubierta», ya que, como seguidamente se explica, era ciertamente excepcional que las acequias centrales de las urbes del medioevo estuvieran tapadas. En esa época, los portales y huecos de las plantas bajas estaban cubiertos con mantas y grandes paños, todo ello sucísimo y maloliente. Tales paños y mantas no estaban puestos allí gratuitamente, sino para proteger a los comerciantes y artesanos de la lluvia de inmundicias que casi constantemente se arrojaban desde los pisos altos. Los sobrantes de cada casa eran lanzados por ventanas y agujeros a la calle, y como en aquellos sobrantes habían líquidos y sólidos, puede el lector imaginarse cómo estaban las mantas y paños y cuál era el olor de cada casa, de cada calle y de cada ciudad. Curiosamente, de esta costumbre antihigiénica proviene el castellanísimo grito de «¡Agua va!», pronunciado segundos antes de arrojar la porquería.

Pretendiendo mejorar tales condiciones, Francia «inventó» un sistema que, como era de suponer, fracasó estrepitosamente: se construyó en el centro de las calles más populosas una acequia por la que corría un escasísimo caudal de agua y, en ella, se arrojaban los desperdicios. Obviamente, el hedor continuó porque las aguas se estancaban y las teóricamente saneadoras acequias se convirtieron en focos propagadores de las espantosas epidemias que asolaron Europa durante la Edad Media. Posteriormente, se cubrieron esos cauces, obligando a los ciudadanos a bajar a la calle y depositar, por ciertos lugares establecidos, sus basuras directamente al riachuelo; mas, lógicamente, el invento no sirvió más que para evitar la visión de la porquería: los olores pútridos prosiguieron y las enfermedades continuaron generándose en las malsanas aguas. De todas formas, las ciudades que cubrieron esas verdaderas cloacas, se adelantaron en casi trescientos años al resto de Europa. (N. del A.)

en la que los profesionales de la pluma entraban y salían constantemente, llamados por sus múltiples ocupaciones.

En el tiempo absolutamente increíble de dos meses, la casa estaba terminada: la contratación de decenas de obreros y albañiles, y los planos levantados por el propio Pierre de Valdo, hicieron el milagro. Ciertamente, el edificio era bastante anormal para la época: tenía dos pisos, como los demás; sin embargo, disponía de balcones y no sólo de ventanas y, por si ello fuera poco, la planta superior no estaba dividida por tabiques de separación, sino que se componía únicamente de un enorme habitáculo en el que, cosa insólita, todo el mobiliario se reducía a mesas y sillas.

Dos puertas daban acceso al inmueble; una normal, en la planta baja, y otra situada en la parte trasera, que permitía la entrada directamente al segundo piso, a través de una escalera exterior.

Pierre de Valdo aprovechó los dos meses de trabajos para dar explicaciones a sus vecinos. Conocedor del alma humana, decidió que era mejor ofrecer razones a quienes se interesaran por las actividades que iba a desarrollar, antes que permitir a las gentes que dejaran volar la imaginación y se procuraran aclaraciones falsas... o acertadas. Por ello, comenzó a decir a todo el que quiso escucharle, que había sido contratado por un poderoso señor del reino de Castilla para copiar cualquier manuscrito que cayera en sus manos, sea cual fuere el idioma en que estuviera redactado. Luego, la copia debía ser remitida al castillo del noble, en el que se

Escaneado con CamScanner

había acondicionado toda un ala para alojar la que, sin duda, sería la más completa biblioteca de Occidente.

Él, Pierre de Valdo, era (o al menos eso explicaba) un escribano provinente de Lyon y perteneciente a la extinguida familia de los Valdo, que había entrado en contacto con la nobleza a través del maestro albañil encargado de las obras de la catedral de tal ciudad. La suerte, sin duda, se había cruzado en su camino y, gracias a ella, podía afirmar que disponía de trabajo hasta el día de su muerte.

Naturalmente, los enormes dispendios que se veía obligado a realizar, corrían por cuenta del poderoso señor que le contratara; mas ello no se convertiría jamás en obstáculo para el cumplimiento de su misión, ya que el noble castellano disponía de una cuantiosa fortuna.

Cuando en Febrero de 1166 tomó posesión de la casa, la ciudad de Albi estaba convencida de que Pierre de Valdo no era más que un escribano con suerte. Los ocho amanuenses se justificaban por el trabajo, inmenso e inacabable, que Valdo debía dirigir. Y las arrobas de papel, litros de tinta y decenas de plumas, no eran más que los utensilios necesarios para desarrollar la ingente labor.

Y, efectivamente, los primeros trabajos dieron a la farsa tales visos de realidad que, al poco, ya nadie se preocupaba ni de la nueva casa, ni de sus propietarios. Orgullosamente, Pierre de Valdo mostró a sus "colegas" escribanos las copias que, para su señor castellano, se habían redactado de ciertas obras francesas: *El cantar de Alejo*, también conocido como *La Cançum de Saint Alexis*, había sido primorosamente adornado por fenefas y grabados alegóricos a su temática, consistente en glorificar a través de ciertas aventuras la huida del mundo y la purificación del santo. La más reciente *Chanson de Roland*, recopilación sin duda de ciertas leyendas populares, estaba asimismo recogida en otro volumen que rivalizaba con el primero en belleza y exactitud. Mas, como Valdo esperaba, tras los dos primeros ejemplares salidos de su taller de escribanía, su trabajo dejó de interesar y, al fin, pudo dedicarse con cierta seguridad al desarrollo de su objetivo fundamental.

Desde luego, no le había sido fácil.

Durante semanas, Pierre de Valdo pasó revista a los últimos años de su vida, a la exactitud y corrección de sus ideas y a la forma en que podía llevarlas adelante.

Y le costó decidirse porque, de eso estaba cada vez más seguro, intentar llevar a la práctica sus objetivos, implicaba la utilización de métodos que, desgraciadamente, repugnaban a su mente y a sus sentimientos más íntimos. Era, si es que se precisa una definición, la lucha inmisericorde de los sentimientos y la secuela de la tétrica realidad que había protagonizado.

Una de sus primeras ideas al despertar en el mundo del siglo XII, fue la de dedicar sus esfuerzos al intento de que su situación no pudiera repetirse en la persona de otro hombre; en batallar para que la libertad individual no fuera sometida a normativa general, y menos si esas normas o leyes tendían a favorecer el desarrollo de una parte de la personalidad humana, en detrimento de otras más importantes.

Mas pronto se había percatado de la dificultad de sus objetivos, sobre todo porque sus conclusiones sobre la idiosincrasia de la humanidad había variado considerablemente en los últimos años.

Antes, cuando desempeñaba su trabajo de intelectual dentro de las estructuras del "nuevo orden social" del año 2103, su pensamiento, partiendo de una inicial complacencia por las características sociales establecidas, fue variando lenta aunque implacablemente, hacia posiciones cada vez más críticas. Si al principio todo le parecía bien; si desde su época de estudiante había reconocido los aciertos de la computadora al evitar los problemas de subsistencia y asegurar la supervivencia a todos los ciudadanos, luego, al profundizar en los textos de los siglos precedentes al del "nuevo orden", fue descubriendo que las cosas no eran tan simples; que se estaba pagando el abusivo precio de la libertad individual para adquirir alimentos y útiles puramente materiales... Que, en definitiva, se liquidaba la factura del mantenimiento físico con el caudal aniquilado del alma.

Y, a su juicio, era un error.

Y lo era, porque el "nuevo orden" incurría en las mismas equivocaciones que las sociedades anteriores que había destruido por considerarlas "caducas".

"En el siglo XX —había meditado más de una vez— la gente perdía el alma a causa de la competividad. Se deshumanizaba buscando coches, cocinas, electrodomésticos, alimentos y, en resumen, dinero con el que adquirir comodidades que, luego, no podían disfrutar a causa de las tensiones que les provocaba el esfuerzo que ha-

Escaneado con CamScanner

bían realizado para conseguirlas... Y, eso, se daba en el bloque occidental. En el llamado comunista, la humanidad estaba convertida en un rebaño triste, que se movía en dirección al trabajo por miedo a las represalias y no por la ilusión de hacer algo positivo en favor de la sociedad que les acogía en su seno. Los primeros tenían "iniciativa propia", es decir, capacidad para decidir gran parte de su futuro; los segundos, no. Mas como a los primeros les *dirigían* sus necesidades fundamentales, bien creándoles unas nuevas cuando tuvieran las iniciales cubiertas, bien convirtiendo en fundamentales cosas que eran meros caprichos, resultaba que esa "iniciativa propia" no servía más que para que los poderes económicos, políticos y sociales, les condujeran hacia donde más les interesaba. Puestas así las cosas, tan poco libres eran los de un bloque, como los del otro... En todo caso, los pertenecientes al llamado mundo capitalista disfrutaban de más evasiones; de más sistemas para olvidar lo cruel y tiránico de su deshumanización y de su explotación diaria... Pero esa era la única diferencia. Las evasiones."

¿Y qué había sucedido en el año 2103?

Exactamente lo mismo. No se cansaría de repetirlo nunca: *exactamente lo mismo.*

Se suprimieron las necesidades vitales, al estilo de los países comunistas de siglos anteriores, y se transformaron las evasiones de los occidentales en obligaciones cotidianas. Con ello, el individuo trabajaba y sobrevivía y se evadía a costa del Estado, pero sin recibir a cambio de su labor nada más que aquello considerado imprescindible por la computadora. Se pretendía evitar la competividad y, con ello, la lucha inútil que caracterizaba a la humanidad de los siglos anteriores. Pero únicamente se había conseguido convertir al hombre en un robot viviente y, además, aburrido.

Cuando él, Rudolf Glaris entonces, Pierre de Valdo en el año 1166, intentó alegrar a sus coetáneos; cuando pretendió, sin rozar siquiera la legislación de su época, ofrecer a sus congéneres algunas posibilidades de distracción situadas fuera de la rutina diaria, había sido detenido, juzgado y desterrado en el tiempo.

¿Por qué?

No era cuestión de volver a repetir las mismas conclusiones que antaño. En aquel momento, cuando sus escribanos se afanaban por copiar cualquier manuscrito que llegara a sus manos y él se estaba esforzando en redactar uno original, le interesaba únicamente un punto: ¿cómo impedir que la historia volviera a repetirse? ¿Cómo hacerlo, de forma que fuera un éxito total y no una victoria parcial, que diera paso a una época breve de libertades, para transformarse después en otra en la que triunfaran de nuevo la represión y la deshumanización de la especie?

Ése era su gran problema. Y vislumbraba una solución, pero, desafortunadamente, llevarla a cabo implicaba un enfrentamiento entre sus pensamientos y sus sentimientos.

"¿Es justo —se decía—, que un hombre actúe en contra de sus principios y, por ejemplo, mate, si esa muerte va a redundar en beneficio de toda la humanidad? O, por el contrario, ¿sería equitativo que ese hombre se mantuviera en sus ideas, sabiendo que con ello perjudica al resto de la especie humana?"

Mientras estas dudas pugnaban por resolverse en uno u otro sentido, Pierre de Valdo inició, en abril de 1166, la redacción de un libro que llevaría como título "Meditación Valdense". Una vez terminado, decidiría la conveniencia o inoportunidad de utilizarlo en favor de la realización de sus ideas.

Sería, según el esquema mental que había construido, un libro comprendido en dos volúmenes. El primero, de uso general. El segundo, de utilización restringida para unos cuantos.

Para unos cuantos que, de decidirse, serían el embrión del que germinaría la solución que pretendía ofrecer a la humanidad entera.

Escaneado con CamScanner

Capítulo VIII

Cinco años después, Pierre de Valdo se había decantado, decididamente, por uno de los aspectos que definían las graves dudas en las que había estado sumido su pensamiento. Era justo que actuara en contra de sus sentimientos; que, a pesar del dolor que le causaba, optara por la conducta que, andando el tiempo, redundaría en beneficio de la humanidad, aunque ello repugnara a sus principios.

Por eso, el período de tiempo comprendido entre 1171 y 1176, es decir, los cinco siguientes a la toma de su determinación, lo dedicó por completo a crear la infraestructura sobre la que habría de sustentarse la puesta en práctica de sus objetivos. Siguió, para ello, dos caminos insólitos en la época, aunque sobradamente conocidos en el futuro donde él ya había vivido: las relaciones públicas entre el pueblo, y los obsequios privados hábilmente distribuidos.

Así, durante todo el año 1171, dedicó el tiempo de sus escribanos a redactar copias dobles o triples, según los casos, de la literatura épico-religiosa del país de Oc, mientras hacía correr el rumor de que su señor castellano le había autorizado a repartir algunos ejemplares de sus trabajos entre el pueblo, a fin de que las leyendas y tradiciones populares no se perdiesen.

La parte oculta de su plan se desarrolló sin contratiempos: los amanuenses, bien pagados y excelentemente tratados por Pierre de Valdo, no sólo no se opusieron a la decisión de su amo, sino que la dieron por buena, ya que, en definitiva, ello redundaba en el mantenimiento de sus puestos de trabajo. La parte pública, ya fueran siervos, artesanos o comerciantes, hicieron notar una aparente contradicción que, paradójicamente, ayudó a que el plan de Valdo saliera potenciado.

—¿Para qué nos van a entregar un manuscrito, si no sabemos leer? —había preguntado más de uno.

—Consultaré con mi señor —replicaba Pierre de Valdo.

Mas la respuesta ya estaba más que pensada: hombres a su servicio se encargarían de leer las obras occitanas en público al principio para luego, paulatinamente, celebrar las lecturas en locales que él mismo se encargaría de adquirir. Con ello, bien podía decirse que Pierre de Valdo iba a constituirse en la máxima jerarquía de... ¿De qué? ¿De una secta? ¿De una nueva religión?

—Nada de eso —repetían una y otra vez sus allegados—. El señor de Valdo cumple órdenes del noble a cuyo servicio está. Vivimos en el país de Oc, aquí existe una cultura de siglos, y únicamente se leerán y tratarán temas relacionados con esa cultura.

A finales de 1172, ejemplares salidos del "taller de escribanía" de Pierre Valdo se distribuían entre los artesanos y comerciantes que sabían leer, o se recitaban en público por las calles y plazas de Albi, ante la presencia curiosa o interesada, según los casos, de los desocupados albigenses.

En 1173, los ya conocidos bajo el nombre de *valdianos* o *valdenses*, se reunían en tres locales de la urbe, calculándose sus seguidores en más de mil. Un año más tarde, el número de "escuelas de cultura" era de siete y sus acólitos sobrepasaban los tres millares. La primera piedra de la base para realizar su plan, estaba, pues, firmemente instalada. Había llegado el momento de sacar a la luz el primer volumen de su obra (1).

(1) La controvertida figura de Pierre de Valdo, poco estudiada pero históricamente probada hasta la saciedad, aparece en distintos manuales de historia si bien con notables contradicciones en los textos. Para unos, murió en el año mil doscientos diecisiete; para otros, en mil ciento noventa. Para los autores católicos fue un «heresiarca francés, propagador de la tesis de que todos los hombres son iguales incluso para repartir la eucaristía»; para historiadores menos sospechosos de subjetividad, «un rico comerciante de Lyon, que dedicó su fortuna a predicar la igualdad entre los hombres y a repartir libros con los que el pueblo pudiera aprender a leer». Dejando al margen interpretaciones o datos sin confirmar, que llenarían un libro entero, todos los autores consultados coinciden en que provenía de Lyon, que era hombre rico, que predicó una religión en el Mediodía francés, que fundó el actual cantón suizo de Vaud, y que su influencia en la época fue tan importante que, como veremos más adelante, su doctrina tuvo que ser analizada en el Concilio de Letrán de mil

Escaneado con CamScanner

* * *

El largo tiempo de meditación, había dado el fruto de unas líneas maestras de trabajo, alrededor de las cuales Pierre de Valdo construyó la red que, partiendo del siglo XII en el que estaba desterrado, llegaría, indefectiblemente, hasta el futuro. No sería él, desde luego, quien protagonizara los hechos que pretendía provocar a tan largo plazo, mas estaba seguro de que si planteaba bien las premisas de la cuestión, alguno de sus sucesores podría aplicar, en el momento oportuno, las medidas que la solucionaran.

En primer lugar, Pierre de Valdo *sabía* que su actuación no podría alterar el devenir de la Historia. Provenía de otro mundo; conocía perfectamente la situación que, mil años después, condicionaría a la raza humana y, por tanto, sus esfuerzos debían encaminarse a *utilizar* lo que, sin duda alguna, iba a suceder en el futuro, para lograr lo mejor en beneficio de los hombres.

Lo grave, es que su mente tenía grandes *lagunas*.

Si él hubiese sido especialista en civilizaciones arcaicas, probablemente podría trabajar con mayores datos; mas sus conocimientos de intelectual del "nuevo orden" se centraban, fundamentalmente en los siglos XX y XXI y algo, muy poco, en los anteriores. Sin embargo, esa misma limitación le ayudaba en un sentido: saber que, pasara lo que pasara, el siglo XX llegaría y que, por tanto, cualquier cosa que se preparara a fin de ayudar a la humanidad en general, debía tener como época cronológica posterior al XX, al XXI y al XXII. Entretanto, su intervención socio-política quedaría delimitada a ayudar a quienes, según la historia, habían triunfado de sus enemigos: ésa sería la forma de acortar guerras y acelerar progresos, sin intervenir para nada en el resultado de esas guerras o en el camino recorrido por ese progreso.

Otra de sus líneas maestras de comportamiento era el silencio y la publicidad a un tiempo. ¡Curiosa contradicción, mas no por ello falsa! Podía hablar en público de ciertos conceptos que, invariablemente, se habían esgrimido y se continuarían utilizando para movilizar al pueblo y conseguir que los hombres se mataran entre sí. Eran conceptos tan sumamente arraigados en el corazón de todos los hombres sin excepción, que su sola mención alteraba los ánimos y predisponía a los humanos a su defensa: amor, compasión, justicia, equidad, patria, libertades... Todas esas ideas, empleadas con la demagogia correspondiente, lograban el absurdo de que, en su nombre, la humanidad se despedazara lo que, paradójicamente, demostraba su influencia sobre la mente y el corazón de todos los individuos.

Ahora bien, ¿podía afirmar en público que conocía el futuro? ¿Podía asegurar que sabía perfectamente qué iba a suceder en Europa? ¿Que existían más continentes? ¿Que mil años después, habrían cambiado las formas sociales, pero que el fondo de injusticia y explotación continuaría siendo el mismo?

Desde luego que no. Le tildarían de loco o le acusarían de hereje, con lo que sus propósitos se irían al traste.

Necesitaba, pues, hablar de ello en privado, ante un grupo seleccionado de personas, a las que demostraría su sabiduría vaticinando hechos que sucederían inmediatamente; mas no alardearía de ello en público.

Sobre estas pautas, comenzó su trabajo.

Y a principios del año 1175, diez después de que organizara su taller de escribanía, podía afirmar que su trabajo había sido un éxito: diez casas de lectura, en las que desde hacía un par de años, se leía la parte pública de su obra; cerca de seis mil seguidores, el respeto de los ciudadanos del Mediodía francés y un equipo de cinco personas, discípulos directos suyos, eran los resultados claramente espectaculares de la sorda, callada y disimulada labor.

* * *

La estructura de gobierno de los valdenses se caracterizaba por su sencillez y eficacia. Un Presidente, llamado Comendador; tres adjuntos, con el título de maestres, que daban sus instrucciones a través de dos ayudantes a los demás miembros de la infraestructura de organización: lectores, instructores, conservadores, etc.

Pierre de Valdo ocupaba, por derecho propio, la presidencia. Las tres secciones de la agrupación dedicaban

ciento setenta y nueve, siendo excomulgado. Como también veremos seguidamente, los *valdenses* o *valdianos*, todavía mantienen sus ritos en la actualidad, dentro del cantón de Vaud o Waadt... (N. del A.)

Escaneado con CamScanner

sus esfuerzos a la economía, la política y la problemática social. Las cuestiones económicas y políticas se mantenían en el más riguroso secreto y únicamente eran discutidas en presencia del presidente y los tres maestres; las sociales, por el contrario, se debatían en público con los resultados ya conocidos.

Jules Bahman era el maestre económico. Encargado de controlar y aumentar los bienes personales de Pierre de Valdo y de invertir las ganancias en el mejoramiento de las tierras adquiridas tras el paso montañoso del Gotardo, aparecía en público como el responsable de las finanzas, simuladamente simples, del grupo: pago de escribanos, adquisición de papel y tinta; mantenimiento de los locales; limosnas, etc.

Charles de Lisle, maestre político, dedicaba sus esfuerzos a recabar información sobre las situaciones diplomáticas y bélicas del continente y de pasar los convenientes resúmenes al presidente. De cara al exterior, su función consistía en parlamentar con nobles, aristócratas, reyes y clérigos, a fin de conseguir ayudas de todo tipo: exacciones de impuestos; cesiones de terrenos para la obra social; perdones hacia pequeñas faltas cometidas por miembros de la organización; tolerancia de la Iglesia Católica mientras ello fuera posible, etc.

Moisés Halévy, maestre de cuestiones sociales, era quien desarrollaba públicamente la mayor parte de sus funciones: organización del grupo, nombramiento de instructores y lectores; análisis de los miembros, a fin de repartir los cargos de responsabilidad que quedaban vacantes o que se creaban debido al incremento de los seguidores; discusiones al más alto nivel sobre cuestiones llamadas "teológicas", que no eran sino simples diferencias de criterios sobre la manera de aplicar las teorías de Valdo en materia de los llamados "principios eternos", etc.

Cada uno de los miembros pertenecientes a cualquiera de los tres sectores, llevaban un distintivo que señalaba no su jerarquía sino, su pertenencia a esa facción. Los que trabajaban en el campo de la *economía*, lucían una rosa en el pecho, símbolo de la pureza con que pretendían llevar a cabo una función prosaica y generadora de tentaciones.

Los *políticos* se distinguían por una cruz bordada sobre fondo blanco, en señal de la humildad con que, al

menos en apariencia, solicitaban los favores a los poderes establecidos.

Los *sociales* mostraban su condición gracias a un corazón que daba a entender el amor con que desarrollaban su trabajo y que debía guiar todos y cada uno de sus pasos.

Así, pues, a principios de 1176, la organización valdense, caracterizada por la rosa, la cruz y el amor, era ya un grupo compacto, numeroso, con sus necesidades cubiertas, con una gran influencia entre millares de ciudadanos franceses de las zonas geográficas del Mediodía, francamente adheridos al movimiento cátaro, aunque no tan radicalizados como los albigenses, que defendían por medio de la culturarización del pueblo las tesis de una *igualdad* absoluta entre todos los hombres, la exigencia de la total *libertad* del individuo frente a las presiones armadas, y la *fraternidad* de los humanos sin distinción, a través del eterno sentimiento del amor.

Y así, entre el incremento incesante de prosélitos y la cada vez mayor simpatía de la población, llegó el mes de febrero del año 1176.

Escaneado con CamScanner

Capítulo IX

Era evidente que, incluso para los hombres mejor preparados de la época, la personalidad de Pierre de Valdo sólo podía ser definida con el calificativo de "deslumbrante". Y, desde luego, los más insignificantes actos de su vida cotidiana, avalaban tan agradable epíteto.

Lo que para otros parecían misterios insondables, estaba para él meridianamente claro; cualquier asunto que sus más allegados colaboradores consideraban de difícil solución, lo resolvía Pierre de Valdo con tal sencillez y eficacia, que dejaba sorprendidos a quienes, debido a sus propios conocimientos, ostentaban los más altos cargos de la organización por él creada.

Así, cuando meses atrás, Charles de Lisle, maestre político, había sometido a su consideración la oferta del conde de Toulouse, mediante la cual el aristócrata pretendía la instalación en sus territorios de una delegación valdense, el propio Pierre había negado su autorización y, ante la sorpresa de Charles, explicado las causas:

—El emperador alemán, Federico Barbarroja, y el Papa Alejandro III, no tardarán en firmar la paz. Cuando esto ocurra, Roma se volverá contra nosotros, los franceses y, con apoyo del rey Luis VII, dominará los territorios del conde de Toulouse, en los que entrará alegando motivos religiosos... Sabéis sobradamente, maestre Lisle, que desde hace varios meses proliferan los enviados papales y que los predicadores realizan su labor por todo el Mediodía... Eso es sólo, creedme, el principio de lo que, sin duda, será el rápido fin de las nuevas religiones cátaras y albigenses.

El maestre había respondido:

—¿Estáis seguro, señor? Pensad que esos predicadores se mueven por todo el país sin ser molestados, cosa

que halagará al Papa... Aunque casi nadie acuda a los sermones.

—Esto es, precisamente, lo que obligará a Alejandro III a acelerar la firma de un tratado y a intervenir posteriormente en esta zona de Francia.

—¿Con la anuencia de Luis VII?

—Sí... El rey tiene menos poder que sus feudatarios, por eso le interesa que determinados aristócratas sufran reveses y pierdan parte de sus riquezas y tierras. Hacedme caso: dad largas al asunto... No digáis claramente que no, por si me equivoco en mis predicciones; mas no os comprometáis claramente, por si acierto.

Había acertado, desde luego. Para él no era difícil, puesto que si bien no recordaba exactamente la Historia de Europa, sí sabía que una institución había logrado sobrevivir al tiempo y a las revoluciones: la Iglesia. Era preferible, pues, no enfrentarse a ella... de momento. Más adelante, oponerse a los designios de Roma sería, probablemente, necesario... Mas no por el momento. Y, así, su decisión de no aceptar el ofrecimiento de uno de los más poderosos señores feudales del sur de Francia, se convirtió al poco en un motivo más de asombro y reconocimiento por parte de sus colaboradores.

Pero éste era sólo uno de los muchos casos en los que la prudencia y sabiduría de Pierre de Valdo habían salido triunfantes: decenas de inconvenientes fueron resueltos con habilidad y, al decir de las gentes, "como si leyera el futuro en los ojos de los hombres", lo que, poco a poco, fue tejiendo a su alrededor una leyenda de santidad o, cuanto menos, de elegido por Dios.

Aquella mañana de febrero del año 1176, Pierre de Valdo y sus tres maestres de la Cofradía, se habían reunido en una de las salas situadas en la planta baja del edificio, construido bajo sus expresas órdenes dos lustros atrás.

Sentados alrededor de una mesa circular, cosa insólita en aquellos tiempos (1), la estancia llena de libre-

(1) Por si algún lector ha pensado que esta afirmación es falsa, recordando las célebres leyendas de los «caballeros de la tabla redonda», bueno será decir, primero, que tales historias son únicamente eso: leyendas sin demasiado fundamento. Y, en segundo lugar, que la «mesa» se convirtió en «redonda» en las transcripciones del siglo XVIII. Antes, por los escasos documentos que todavía quedan, la mesa era como todas las de su época, es decir, cuadrada. (N. del A.)

Escaneado con CamScanner

rías plagadas de libros daba al grupo un halo de investigación o estudio, más cercano a una reunión de sabios que a una de *conspiradores*.

Pierre de Valdo, mesándose su ya luenga barba calmosamente, preguntó una vez más:

—¿Estáis seguro, maese Lisle?

—Completamente. El emperador ha sido derrotado en las cercanías de Legnano. Sus ejércitos se han reagrupado a casi cincuenta millas de distancia, mientras que los del Papa han estabilizado sus posiciones, a la espera de tomar una decisión definitiva.

Tras meditar unos instantes, Valdo aseguró:

—Firmarán la paz.

Jules Bahman, maese de economía, le contradijo:

—No estoy tan seguro de ello, señor.

—¿Por qué?

—Alejandro III querrá resarcirse de las pérdidas que le ha ocasionado la guerra y no creo que Federico Barbarroja esté en condiciones de saldar la cuenta: sus arcas están tan exhaustas como las del Pontífice.

—Eso no será inconveniente. Pactarán.

Los tres maestres guardaron silencio, esperando las explicaciones del Comendador, que no tardaron en llegar:

—Hay muchas razones para ello. En primer lugar, la situación de la Iglesia Católica en este país y en otros del continente... Bien habréis comprobado que la influencia católica en el Mediodía francés es, prácticamente, nula, lo que conlleva pérdidas económicas sin cuento y desapariciones de cargos, prebendas y territorios... Alejandro III no puede seguir consintiéndolo. Por otra parte, necesita los soldados del emperador derrotado, para enfrentarse con lo que él llama herejías, entrar en los territorios dominados por las nuevas religiones y recuperar todo lo perdido. Para ello, firmará la paz con el emperador; llegará con él a un acuerdo económico; le impondrá nuevamente la corona imperial y, una vez perdonado y rehabilitado, le pedirá su ayuda para luchar contra los "protectores" de las "herejías".

—En tal caso —preguntó Moisés Halévy, maestre de cuestiones sociales—, ¿qué debemos hacer?

Casi sin pensarlo, Pierre de Valdo propuso:

—Trabajaremos en dos frentes distintos. Por una parte, vos, maese Halévy, comenzaréis a enviar gentes a las tierras de Vaud o Waadt, con órdenes precisas de

terminar su organización social y económica y formar un ejército con el que defendernos. Poneos de acuerdo con maese Bahman para las cuestiones económicas.

Bahman intervino para decir:

—¿Querréis un informe de los gastos?

—No sólo de eso, maese Jules, deseo también una exposición detallada de los recursos con que contamos en esas tierras para calibrar, si llegara el caso, las posibilidades de supervivencia que tendríamos si consiguieran cercarnos en ellas.

Los tres colaboradores quedaron mirando a Pierre de Valdo, sorprendidos y sin atreverse a formular pregunta alguna. El Comendador, al fin, comentó:

—No lo hago únicamente por prevenir un acontecimiento... Sé que el futuro está ahí, en esas tierras. Y quiero saber cómo podremos desenvolvernos en ella, sean cuales fueren las circunstancias políticas o sociales imperantes en el exterior de nuestro territorio.

Los tres afirmaron con la cabeza su conformidad. Luego, Jules Bahman preguntó:

—Habéis hablado de trabajar en dos frentes distintos. Sabemos ya el primero... ¿Cuál será el otro?

Sin vacilaciones, Pierre de Valdo anunció:

—Intervendremos en la guerra justo en el momento en que se declare.

Quedaron atónitos. ¿Ellos iban a participar en un enfrentamiento bélico? ¿Ellos, que propugnaban por la igualdad entre todos, por la justicia, por la fraternidad? ¿No era eso una flagrante contradicción?

Pierre de Valdo percibió las dudas de sus ayudantes, y dijo:

—Sé lo que pensáis, mas todo está escrito. En ocasiones, hay acontecimientos en los que la única forma posible de intervención es, precisamente, la aceleración de los mismos. La guerra estallará de todos modos, ¿no sería mejor para todos que fuera lo más breve posible? ¿Y no conseguiríamos esa brevedad, ayudando a que se desencadenara cuando los ejércitos están prácticamente desarbolados, debido a los años de guerra que llevan padeciendo? Puedo aseguraros que ello no cambiará el destino del mundo, mas ayudará a que el pueblo... el desamparado pueblo, sufra los rigores de esa contienda el menor tiempo posible. Por eso intervendremos.

—Señor... —intentó intervenir Moisés Halévy...

—Oídme todos: he redactado un libro que todavía

Escaneado con CamScanner

no conocéis. Es la parte oculta de lo que se lee en nuestros lugares sociales. En él está escrito todo lo que sucederá. Mientras yo viva, no será preciso que os lo entregue, puesto que yo mismo tomaré las decisiones que crea más convenientes... En vuestras manos estará decidir si acierto o me equivoco... Tanto ahora, como cuando muera, os regiréis por lo que en el libro está escrito... mientras acierte en mis previsiones. En el momento en que deje de hacerlo, en el instante en que me equivoque, ya sea ahora o cuando haya fallecido, decidid lo que creáis más conveniente. Mientras tanto, hacedme caso... No puedo deciros por qué razones, pero sé gran parte de lo que va a ocurrir en los próximos años... Os he demostrado en muchas ocasiones que ese conocimiento del futuro es cierto, aunque vosotros os empeñéis en atribuirlo a mi prudencia y sabiduría... Bastaos, pues, con ello y seguid mis instrucciones. Os lo repito: hacedlo sólo mientras lo que yo diga o lo que haya escrito se demuestre cierto. En cuanto se produzca un error... ¡un solo error!, olvidaos de todo y seguid el camino que vuestra mente os indique. Esto mismo que acabo de deciros está escrito en el libro, para conocimiento de vuestros sucesores, y de los herederos de vuestros sucesores...

Bahman inquirió:

—¿Y cuándo debemos comenzar nuestro trabajo?

—La primera parte, ahora mismo. Utilizad a quienes estén sin trabajo o no tengan medios de fortuna, para no despertar sospechas... Los demás, sean o no miembros de la Hermandad, creerán que les enviamos a nuestras tierras para que resuelvan sus necesidades y lo tomarán como una obra de caridad. La segunda parte, la intervención directa, se producirá en el momento justo.

—¿Que será...? —quiso saber Moisés Halévy.

—Poco después de que el Papa nos la haya declarado.

* * *

Los acontecimientos políticos dieron toda la razón a Pierre de Valdo. En 1177, cuando dos millares de valdenses se habían instalado ya en las tierras situadas más allá del paso montañoso del Gotardo, Federico Barbarroja y Alejandro III firmaban la Paz de Venecia. Menos de dos años después, el Pontífice condenaba a cátaros, albigenses y valdenses en el tercer Concilio de Letrán (1) y, cumpliendo fielmente las previsiones de Pierre de Valdo, enviaba al país de Oc a algunos de sus más preclaros predicadores, con el fin de poner fin a la herejía.

Obviamente, todos los jerarcas de las nuevas religiones fueron considerados heresiarcas y excomulgados según las normas jurídicas del Derecho Canónico. Pierre de Valdo, por supuesto, estaba entre ellos.

* * *

"Desde el año 1178, los acontecimientos se precipitaron en el país de Oc. Por esas fechas, un legado del Papa llega a Toulouse, donde es acogido con sarcasmos y tratado de hipócrita y hasta de hereje. El legado se proporciona la lista de los principales cátaros de la ciudad, encabezada por Peyre Maduran, notable y muy rico, ya de edad madura, a quien se considera el jefe de los creyentes cátaros y al que se da el sobrenombre de *San Juan el Evangelista* (2). El pobre hombre, descalzo y desnudo hasta la cintura, es azotado con vergajos a todo lo largo del recorrido que conduce desde la prisión en que se le ha encerrado, hasta el atrio de Saint-Sernin. Le confiscan sus bienes y le condenan a mendigar tres años en Tierra Santa. Por milagro habría de volver, y, a su regreso, los tolosanos le hicieron un recibimiento

(1) Lamentablemente, el III Concilio de Letrán, ha pasado a la Historia más por su empeño en resolver la cuestión de dos antipapas, Inocencio III y Calixto III, y por dictar las primeras normas fijas para la elección de pontífices, que por su nefasta influencia en el estatus social de la época. La condena de los cátaros, albigenses y valdenses, ha pasado casi desapercibida en los textos occidentales, tal vez porque significó el principio de unas guerras de religión que no terminarían hasta pasados varios siglos. (N. del A.)

(2) Los términos de igualdad y fraternidad, aunque recogidos en el Evangelio de Jesús, fueron inicialmente predicados por Juan el Evangelista. Tanto cátaros como valdenses y albigenses si bien con matices que les diferenciaban, defendían tales ideas basándose más en los ejemplos y palabras del Bautista, que en los de Jesús. De ahí provenía la costumbre cátara de reconocer los méritos de sus jefes, otorgándoles el título de Juan Bautista. Obviamente tal predilección sentaba rematadamente mal a los católicos, como era de esperar. (N. del A.)

Escaneado con CamScanner

triunfal, nombrándole *capitoul* (1). Esas vejaciones no quedan sin réplica y, también en 1178, Roger II Trencavel, vizconde de Carcasona, captura al obispo de Albi, y confía insolentemente su custodia a notorios albigenses. En respuesta, al cardenal D'Albano, abad de Clairvaux, arrastra a un grupo de notables católicos a una expedición punitiva contra el vizconde. Éste se marcha al monte y luego, para evitar lo peor a sus súbditos, cuyas cosechas y casas habían comenzado a incendiar los católicos, negocia. Y aquí termina la pequeña cruzada del cardenal, cuyo balance es bien pobre: dos conversiones y la deposición del arzobispo de Narbona, considerado demasiado indulgente con los cátaros.

"Por decir verdad, Roma no encuentra a nadie en el país de Oc para apoyar su política. No todos los occitanos son cátaros, pero ninguno admite que una autoridad extranjera se inmiscuya en lo que compete a los poderes locales. Además, el pueblo simpatiza con los que llama *buenos hombres*" (2).

* * *

Tal estado de cosas no hace más que dar constantemente la razón a Pierre de Valdo quien, de esta forma, ve crecer su ya muy alto prestigio entre sus seguidores. Las escaramuzas entre católicos y "herejes", el nulo apoyo del pueblo y de sus nobles a Roma y la terminación de la guerra entre el Papado y Alemania, hace presagiar lo peor.

Y en tal tesitura, fallece Alejandro III, dejando a una de las más poderosas organizaciones del mundo, la Iglesia, sin su cabeza visible.

¿Podría eso cambiar el futuro?

(1) *Capitoul*, cuya traducción literal sería «regidor», venía a ser un cargo semejante al de alcalde o concejal de los modernos ayuntamientos. En cualquier caso, era una ocupación honorífica, ya que los cargos públicos se nombraban a capricho de clérigos o señores feudales. (N. del A.)

(2) Transcripción de «El tesoro Cátaro», Gerard de Sere. (N. del A.)

Capítulo X

A pesar de que los acontecimientos europeos eran alarmantes, Pierre de Valdo decidió no variar las sendas por las que caminaba su agrupación, hasta que el Papado interviniera directamente en el suelo francés. Efectivamente, Luis VII, rey de Francia, fallecía en el año 1180, dando paso en el trono a su hijo Felipe II Augusto que, ávido de poder, intervino en la política inglesa utilizando en su favor los idealismos de Ricardo Corazón de León y la sublevación de los barones británicos contra Juan Sin Tierra, despojando a este último de casi todas sus posesiones en suelo galo. A la par, centroeuropa era escenario de innumerables enfrentamientos entre familias nobles de las más variadas procedencias, y Roma, la "religiosa" Roma, permanecía poco activa con las herejías del Mediodía francés, probablemente por la sucesión ininterrumpida de Pontífices que ocuparon la Silla de Pedro en el breve período de diecisiete años (1).

Mas la determinación de seguir estrictamente las normas dictadas en febrero de 1176, fue difícil de mantener... más por el miedo de maestres y prosélitos valdenses, que por la presión de la Iglesia. En efecto, estaban excomulgados. Las tensiones en el país de Oc eran cada vez más intensas y se temía que Roma, de un momento a otro, decidiera una intervención cuyas características parecían meridianamente claras: solicitar permito al rey de Francia para enfrentarse con los no-

(1) Fueron éstos: Lucio III (1181-1185); Urbano III (1185-1187); Gregorio VIII (1187); Clemente III (1187-1191) y Celestino III (1191-1198), que dio paso a Inocencio III. A pesar de que su influencia en la época fue considerable, al no tener práctica relación con los hechos que nos ocupan, no hacemos mención expresa de ellos. (N. del A.)

Escaneado con CamScanner

bles feudatarios del Mediodía que favorecían las nuevas religiones, con el fin aparente de erradicar las "heréticas doctrinas" y el objetivo oculto de arrebatar cuantos bienes y posesiones se pudiera a los recalcitrantes feudatarios.

Tenían miedo, sí.

Pero la severa sentencia de Pierre de Valdo, repetida incansablemente, reanimaba a sus seguidores: "Seguid ciegamente mis instrucciones, hasta que cometa un error. Cuando esto suceda, seguid vuestros propios criterios; mientras tanto, obedeced."

Y gracias a esa inhibición de los valdenses, el período comprendido entre 1176 y 1208 fue de gran prosperidad, aunque oculta, puesto que el verdadero desarrollo de la Hermandad se había centrado ya en los terrenos situados más allá del paso montañoso del Gotardo.

Sin embargo, coincidiendo con la subida al poder de Inocencio III, acaecida en 1198, los problemas de valdenses, cátaros y albigenes sufrieron un cruel recrudecimiento, que terminaría con la declaración de guerra diez años después.

La primera providencia del nuevo Papa fue fulminar con el anatema no sólo a los miembros de las nuevas hermandades, sino a todos aquellos que rehusen perseguirlos. Seguidamente, envió al Mediodía dos nuevos legados, pertenecientes a la orden de los cistercienses, con poderes para juzgar por sí mismos a los "herejes" (1).

Bajo la atenta mirada y observación de Pierre de Valdo, Inocencio III envió una nueva misión en 1203, dirigida por el legado pontificio Pierre de Castelnau, al que se une prestamente el abad general de los cistercienses, Arnauld Amalric. A partir de ese momento, la violencia se adueñó de las tierras de Oc. Domingo de Guzmán, que comenzó su predicación bajo el signo de la tolerancia, se torna intransigente ante los nulos resultados de sus sermones. Entre el año 1205 y 1207, el Papa intensificó sus esfuerzos para vencer las nuevas doctrinas, sin hallar el menor eco en los nobles ni conseguir la más pequeña victoria sobre los "herejes".

(1) Esta prerrogativa de juzgar sin la participación de los obispos de las diócesis respectivas significaba, de hecho, retirar a los prelados una jurisdicción que, hasta entonces, nadie les había discutido. Estos legados y sus seguidores, llamados «Domini Canes» (Perros de Dios) serían, a la larga, el embrión de la nefasta Inquisición. (N. del A.)

En medio de una situación tan confusa, Pierre de Valdo mantenía la más extraordinaria calma, ante el temor de sus seguidores. Mas, desafortunadamente, los acontecimientos se precipitaron y, en los primeros días de enero del año 1208, Inocencio III toma la decisión de agredir al conde de Toulouse, Raimond VI, utilizando para ello la presencia de su legado en Francia, Pierre de Castelnau.

* * *

En la sala que por costumbre empleaban para reunirse, y ocupando los lugares de siempre, los tres maestres de la hermandad de valdenses y su Comendador, Pierre de Valdo, estudiaban minuciosamente la situación socio-política que atravesaban las tierras de Oc.

—Repetídmelo —indicó Pierre de Valdo—. Y hacedlo con claridad, puesto que mi edad me impide reflexionar con la fluidez de antaño...

Charles de Lisle, maestre de asuntos políticos, miró bondadosamente al Comendador. Efectivamente, en los últimos tiempos habían aparecido en su rostro infinidad de arrugas, que presagiaban una merma progresiva de sus facultades. Por supuesto, no sabían la edad real de Pierre... Él, sí. Y aunque se maravillaba de que el destierro en el tiempo hubiera frenado su envejecimiento, no por ello dejaba de sufrir en sus propias carnes el agotamiento de una vida tan agitada y anormal.

Sin embargo, resistía. Intuía que todavía tenía algunos años por delante y deseaba estar seguro de que sus decisiones iban a ser, como todas las anteriores, acertadas.

Charles de Lisle, habló:

—Raimond VI, conde de Toulouse, ha tenido ciertas divergencias con los católicos de la Provenza, tierras sobre las que tiene señoría.

—¿Y a causa de qué?

—Todo apunta hacia el Papa...

—Explicaros, maese Lisle.

—Veréis: gentes desconocidas han excitado a los católicos contra su señor natural. Basándose en el anatema de Inocencio y en aquella malhadada frase que pronunció...

—¿Qué frase, maese Lisle?

Escaneado con CamScanner

—"¡Quienes os desposa, bien hará; quien os hiera a muerte, bendito será!"

—Comprendo. Seguid.

—Como os decía, parece que enviados del propio Inocencio III han fomentado la rebelión contra el conde de Toulouse. Éste, lejos de reprimir a los que contra él se alzaban, ha enviado emisarios para dialogar; mas la funesta intervención de Pierre de Castelnau, legado del Papa, ha impedido la firma de un acuerdo.

—Bien... ¿Cuál es la situación actual?

—Mañana se entrevistan Raimond VI y el legado Pierre de Castelnau, a fin de intentar un pacto entre Roma y Toulouse.

—¿En qué lugar?

—Saint-Gilles.

—¿Y qué explicación ha dado el conde a tan sorprendente determinación?

—Teme por su pueblo, Comendador... Por las vidas y posesiones de sus gentes.

—Comprendo... Decidme, ¿tiene ejército dispuesto el legado pontificio?

—Sí, Comendador. Y muy numeroso.

—Entonces no se firmará esa paz. O ese acuerdo...

Tras meditar unos instantes, Pierre de Valdo siguió hablando:

—Dije hace unos años que trabajaríamos en dos líneas distintas: una, la de preparar nuestras tierras tras el Gotardo; otra, intervenir en la guerra cuando ésta se desencadenara... ¿Recordáis?

Los tres maestres asintieron con la cabeza, mientras Moisés Halévy, encargado de temas sociales, indicaba:

—Mas, recordad, Comendador, que todavía no ha sido declarada.

—Lo será... Y en breve. El Papado necesita recuperar estas tierras, debido, fundamentalmente, a los beneficios económicos que le reportan sus iglesias y obispados... Atacará a los condes, los someterá con la ayuda del rey Felipe II Augusto y, bajo la protección de éste, volverá a instalar sus templos, obispados y monasterios... Perseguirán nuestras religiones y hermandades y pretenderán aniquilarnos... Era de prever... Mas, creo que nos faltará tiempo... Pasadme una carta geográfica, maese Lisle... La más completa de que dispongáis...

Al momento, el mapa estaba sobre la mesa redonda.

Durante largos minutos, Pierre de Valdo observó atentamente las líneas que se cruzaban y entrecruzaban, señalando las tierras reales, marcando los feudos, indicando las rutas...

Por fin, tomó asiento de nuevo y habló:

—Creo haberos dicho en más de una ocasión, que una parte de nuestras actividades debe ser secreta... Y así lo hemos hecho hasta ahora...

Cansinamente, prosiguió:

—Lo que voy a deciros, tal vez hiera vuestros sentimientos mas... no olvidéis que, hace algunos años, os aseguré que, en ciertos momentos, se nos exige actuar en contra de nuestros sentimientos, por imperativos del bien común... Sorprenderos, si así lo deseáis, de cuanto voy a deciros; mas obedeced sin réplica mis órdenes, pues, como os he dicho, conozco parte del futuro... Voy a pediros algo grave... Hacedlo: llevamos ya varios lustros juntos, trabajando hacia el exterior y dentro de nuestra Hermandad y conocéis sobradamente mi forma de actuar: jamás hago nada sin haberlo meditado profundamente. Os vaticiné este momento, incluso antes de que Alejandro III venciera al emperador Federico Barbarroja... Os anuncié que la Iglesia atacaría esta parte de Francia, porque no podía resignarse a perderla... Esto será el principio de una época de guerras crueles e inútiles... en las que nosotros únicamente podemos intervenir de una forma: acelerando su final... Y, ahora, os pregunto: ¿vais a seguir mis instrucciones?

Los tres maeses afirmaron con la cabeza.

—¿Por muy graves que parezcan?

Nueva afirmación.

—¿Aunque se trate de matar o de pagar para que maten?

Algo estupefacto, Jules Bahman protestó:

—¡Señor! Eso va en contra...

—¿De los principios morales que propugnamos? Lo sé Os lo advertí hace años... Mas... ¿es justo que actuemos de acuerdo con nuestros ideales, si ello acarreara la muerte de miles de hermanos? Sé que otros serán víctimas de la guerra; mas si seguís mis instrucciones, ahorraremos decenas de millares de muertos... No os pido fe, sólo que actuéis en consecuencia a lo que os he demostrado.

Moisés Halévy respondió:

Escaneado con CamScanner

—Sabemos de tu prudencia y has demostrado tus conocimientos, Comendador, hablad.

—Lo haré... Mas uno de vosotros actuará sin que los demás conozcan su trabajo... Seréis vos, Charles de Lisle, porque el asunto es político y vos dominái s a la perfección tal materia. ¿Alguna objeción?

Ante el silencio, Pierre de Valdo continuó hablando:

—Vos, maestre Halévy, organizaréis en el menor tiempo posible la marcha de nuestros hermanos hacia las tierras del Gotardo. Con ellos, enviad cuantas pertenencias de la Orden podáis, incluidos todos los manuescritos de que seáis capaz.

Así lo haré, Comendador.

—Vos, Jules Bahman, disponed en dos semanas de cuanto oro, plata y monedas estéis en condiciones de reunir. Vended tierras y locales; cosechas y reses... En dos semanas, preciso que todo esté en el Gotardo.

—La situación allí es sobradamente abundante, Comendador...

—Lo sé. Mas nos retiramos para no volver. Supongo que mis anteriores instrucciones se habrán cumplido...

—Disponemos de un ejército bien preparado y cerca de cinco mil hermanos cultivan las tierras. Las casas de comercio trabajan normalmente dentro y fuera de nuestras tierras, sin dificultades —aseguró Jules Bahman.

—Eso me complace. Con ello y lo que os mando ahora, podremos vivir en paz... si nos lo permiten nuestros vecinos.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Charles de Lisle.

—Nada... de momento. Los maestres Halévy y Bahman pueden marcharse.

Los dos hombres hicieron una reverencia y se encaminaron hacia la puerta. Ya en ella, escucharon la última orden:

—Responsabilizaros de que todo se cumpla según lo dicho aquí. Id con los envíos y nos reuniremos en nuestras tierras.

—Sí, Comendador.

Ya solos, Pierre de Valdo preguntó:

—Maese de Lisle... ¿Dónde está acampado el ejército de Pierre de Castelnau?

—En la orilla oriental del Ródano, señor... En la frontera del condado.

—Muy bien... Si todo sale como he pensado, el legado pontificio acudirá a reunirse con sus tropas, tras la reunión con el conde Raimond...

—Así debería suceder, Comendador.

—Bien... Alquilad a un grupo de tres personas con una sola orden: matar al legado.

Asombrado, Charles de Lisle preguntó:

—¿Habéis dicho... matar a Pierre de Castelnau? ¿Al legado pontificio?

—Eso mismo. ¿Os extrañáis?

—¡Pero Comendador...! ¡Eso es un asesinato!

—Sí... En nuestro bien... Si hacéis lo que os digo, el Papa Inocencio III se verá obligado a retrasar su ataque y nuestros hermanos podrán huir de esta zona y alcanzar nuestro territorio. ¿Qué es más crimen, a vuestro juicio, permitir que Castelnau siga vivo, lo que representa la muerte de miles de hermanos, o asesinarle para permitir a estos infortunados que se salven?

—Es inmoral, Comendador.

—También lo sé... Mas, ¿hay alguna guerra que pueda calificarse de moral? No... No la hay... Una pregunta debo haceros, maese Lisle... ¿Algo de lo que está sucediendo es nuevo para vos? ¿No os lo he predicho anteriormente? ¿No indiqué, incluso, el momento de nuestra intervención en esta guerra y los objetivos que perseguiríamos con nuestros actos? Responded...

—Es como decís, señor...

—Entonces, haced lo que os digo. Dentro de unos años comprenderéis lo acertado de mi decisión. Y me alegrará que así sea, puesto que ya he dispuesto que me sucedáis en el puesto de Comendador...

Visiblemente satisfecho, el maese exclamó:

—¡Señor...! ¿Por qué yo?

—Os lo diré en las tierras del Gotardo... Cuando os dé a leer la segunda parte de mi libro... la secreta... y os haga partícipe de los medios a través de los que conseguiremos los objetivos de ayudar, definitivamente, a la humanidad. Y, ahora... ¿os parece que continuemos con los planes?

—Como ordenéis, Comendador —respondió jubilosamente maese Lisle.

—Bien, os encargaréis de que el legado muera *antes de entrar en combate.*

—¿Antes?

—Eso he dicho.

—Será difícil...

Escaneado con CamScanner

—No lo creo yo así... Existe la costumbre de que el capitán de un ejército cabalgue al frente de sus tropas... al menos durante las primeras millas... ¿Es así?

—En efecto, así es.

—Me habéis dicho que están en la orilla oriental del Ródano, lo que significa que, para atacar al conde, deberán atravesarlo... Vadearlo, ¿estoy en lo cierto?

—Lo estáis.

—No os será difícil, entonces, mezclar a cualquiera de los tres fascinerosos entre la tropa y, cuando cada uno atienda a sus propias dificultades sobre el agua, asesinarle. De todos modos, como vos estaréis presente, hacedlo como os parezca más oportuno. *Pero hacedlo.* Va en ello la vida de miles de hermanos, no lo olvidéis.

Resignado, Charles de Lisle acató:

—Lo haremos, Comendador. Mas... ¿Y si eso no sirviera de nada? ¿Y si a pesar de todo las tropas pontificias atacan al conde?

Ante semejante pregunta, Pierre de Valdo meditó en voz alta:

—Recapacitemos... El conde no quiere la guerra, y por eso dialogará con Pierre de Castelnau en Saint-Gilles... El Papa sí desea enfrentarse con Raimond VI, y por esa razón tiene el ejército dispuesto... En efecto, cabe la posibilidad de que el legado tenga un ayudante, capaz de ponerse al mando de sus tropas a su muerte...

—¿Y en tal caso?

—Mandad un emisario al conde Raimond VI y anunciadle mi visita, advirtiéndole que voy a darle la solución al problema que acabáis de plantearme... Es decir, que estoy en condiciones de indicarle la manera de que el ejército del Papa no le agreda. Y preparadme un medio para acudir a la residencia del conde... Partiré en cuanto esté dispuesto.

Charles de Lisle se levantó y, mientras se dirigía hacia la puerta de salida, dijo:

—Así lo haré.

Mas, al abrirla, se giró lentamente y, encarándose con Pierre de Valdo desde el marco, inquirió:

—¿Puedo preguntaros algo, Comendador?

—Hacedlo.

—Si sabéis cómo impedir que las tropas ataquen al conde, ¿por qué matar al legado? ¿Por qué no exponer vuestra idea inmediatamente?

Pierre de Valdo sonrió con cierto rictus de cansancio y, muy despacio, explicó:

—Veréis... Hay varias cosas que *sé*. Una, que el ejército pontificio tiene la necesidad de atacar, porque no puede estar parado demasiado tiempo, cobrando sin dar nada a cambio. Otra, que el conde está dispuesto a pactar, cosa que no conseguirá porque es justamente lo contrario de lo que desean Inocencio III y sus legados... Una tercera es que nosotros necesitamos, por un lado, tiempo para sacar a nuestros hermanos de aquí y, por otro, desencadenar la guerra... acelerarla para que termine lo antes posible, ya que no podemos impedirla... ¿Cómo conjugaríais vos estas premisas, ciertas a todas luces, con las contradicciones que encierran?

Tras pensar unos instantes, Lisle reconoció.

—No lo sé, Comendador.

—Yo sí. Puedo evitar la entrada de los ejércitos papales en tierras del conde Raimond VI *después de que muera Pierre de Castelnau*... No antes. Al Papa le da igual comenzar la guerra en un lado o en otro; al legado Castelnau, no... porque lleva demasiado tiempo sufriendo vejaciones en el condado de Toulouse, y esta guerra es, ya, *su* guerra, no la del Papa... Matándole a él, acelero la guerra, puesto que Inocencio III se decidirá a no esperar más, pero también la alejaré de esta zona mediante la idea que expondré a Raimond VI en cuanto le vea, lo que nos permitirá salvar a nuestros hermanos y... Y eso es todo.

Con un gesto de admiración, Lisle abandonó la sala. Pierre de Valdo, tristemente, reconoció que "eso no es todo". Que existía otra razón poderosísima para justificar su forma de actuar que, de momento, no podía confesar a nadie.

Sabía, para su desgracia, que podía utilizar el futuro en beneficio de él y de los suyos. *Pero que no podía cambiarlo.*

Escaneado con CamScanner

Capítulo XI

12 de enero de 1208.

Sumamente angustiado, Raimond VI, conde de Toulouse, apoyaba sus espaldas contra el marco de la humeante chimenea, intentando recuperarse del tempestuoso viaje que acababa de concluir.

Tempestuoso por varias razones. Por el frío y la lluvia que habían empapado sus ropas y carnes; por lo penoso del camino... y por el fracaso, rotundo y sin paliativos, con que concluyera su misión de paz.

Frente a él, en el otro extremo de la estancia, un criado ricamente vestido aguardaba sus instrucciones. Antes de partir hacia Saint-Gilles para entrevistarse con Pierre Castelnau, un anciano reputado como hombre de paz había solicitado audiencia, bajo pretexto de ofrecerle la solución a sus problemas bélicos con la Santa Sede. Inicialmente, pensó que nada ni nadie podía ayudarle... a excepción de un numeroso ejército o de su propia humillación ante el Papa. Mas había intentado la segunda posibilidad, sin que el legado Castelnau le hiciera el menor caso; más aún, cuando postrado ante él solicitara su perdón y proponía el comienzo de un diálogo conciliador, Pierre de Castelnau había abandonado la sala con ostensibles ademanes de desprecio y de soberbia.

¿Qué le quedaba por hacer?

Súbitamente se dio cuenta de que estaba solo ante la Iglesia; de que su rey y señor, del que era feudatario, no le apoyaría en semejante guerra, porque deseaba mermar el poder del condado de Tolosa; de que sus vecinos, animados de idénticas ambiciones, no sólo no le ayudarían, sino que se pondrían al lado del agresor para terminar cuanto antes la batalla y llevarse su parte en el

botín. ¿De dónde, pues, iba a conseguir soldados, si quienes disponían de ellos estaban situados en su contra?

No había solución. ¿Qué podía, en tales condiciones, proponerle el viejo Pierre de Valdo, por muy ganada fama de hombre sabio e iluminado que tuviera?

"Nada útil, sin duda —se dijo mientras frotaba sus manos—. Mas tampoco perdemos nada escuchándole..."

Se separó un poco de la chimenea encendida y, con voz cansina, dijo al criado:

—Has pasar al señor Valdo.

El lacayo hizo una reverencia con la cabeza y salió. Al poco, la puerta volvió a abrirse, dando paso a la venerable figura del famoso e intrigante caballero. Éste, tras inclinar el cuerpo hacia adelante y erguirse de nuevo, aseguró:

—Estoy a vuestro servicio, excelencia.

—Acercaos al fuego, señor Valdo. Tomad asiento en estas sillas y decidme los motivos de vuestra presencia.

Señaló unos asientos situados muy cerca del fuego. Ambos tomaron asiento frente a frente y Pierre de Valdo, intentando calmar los ánimos, dijo:

—Sé que habéis tenido un duro viaje... Por ello os agradezco más que os hayáis dignado recibirme en cuanto habéis llegado.

Con un ademán de resignación, el conde murmuró:

—¡Y en qué estado me encontráis! ¡No he tenido tiempo ni de cambiar estas ropas empapadas por otras secas!

—Si lo deseáis, puedo aguardaros...

—No es preciso... Lleváis ya dos días en Toulouse y sería indigno por mi parte haceros esperar más. Decidme, pues, qué deseáis de mí.

Pausadamente, Pierre de Valdo matizó:

—Sois vos quien desearéis algo de mí... en cuanto comience a explicaros mis ideas, señor.

Un tanto nervioso, Raimond VI estalló:

—¡Pues hacedlo de una vez!

—Como queráis... Si mis reflexiones son acertadas, vuestra entrevista con Pierre de Castelnau habrá sido un fracaso... ¿Me equivoco, señor?

—No. Mas... ¿Cómo podéis saber lo que ha sucedido, si hace tan sólo unas horas todavía estaba en Saint-Gilles?

—Es únicamente una cuestión de valorar los datos de que dispongo, señor conde... Pero eso no importa

Escaneado con CamScanner

ahora... Vuestros intereses y los míos coinciden en un punto: vos no deseáis la guerra, puesto que no estáis preparado para ella, ni yo tampoco, por motivos que no vienen al caso.

—¿Y no puedo conocerlos? —le interrumpió Raimond VI.

—Sería largo y tedioso de contar y el tiempo apremia. Basteos pensar que ni uno solo de vuestros siervos... ni vos mismo, quiere entrar en combate.

—Eso lo creo —aseguró compungido el conde—. Seguid.

—Bien: he ideado una manera de escapar de la guerra... aunque no puedo asegurar que de una manera definitiva. Mas, eso es seguro, si seguís mis instrucciones, ganaremos tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Varios meses... Años, tal vez. En todo caso, el suficiente como para que reorganicéis vuestro ejército y os aprestéis a la defensa de vuestras tierras... Cerca de aquí no hay soldados, por desgracia; pero podríais conseguirlos en el norte de Europa. Incluso en Castilla, León o el norte de África... Siguiendo la pauta que os diré y poniéndonos en lo peor, os garantizo un mínimo de seis meses... y un máximo que consistiría en la no declaración de esa guerra. ¿Os interesa mi oferta, señor conde?

Sorprendido e incrédulo a partes iguales, Raimond VI reconoció:

—No os entiendo, señor De Valdo... Toda Europa teme a Roma y vos aseguráis que podéis vencerla sin ni siquiera luchar.

—Si por vencer se entiende que estoy en condiciones de indicaros la manera de que Pierre de Castelnau no os declare la guerra, es cierto, puedo hacerlo.

Sin vacilar, el aristócrata le animó:

—Hablad, pues... Sean meses o años, la proposición me interesa... si el precio está dentro de mis posibilidades...

—No hay precio, señor conde.

—¿No queréis nada a cambio? —preguntó extrañado Raimond VI.

—Nada. Os habéis portado bien con mis hermanos e, incluso, nos ofrecisteis facilidades para instalarnos en vuestras tierras...

—Que rechazasteis —reconvino el conde, cortando a Pierre de Valdo.

—Que aceptamos y aplazamos para mejores tiempos, ya que no estábamos en condiciones de ampliar nuestras sedes. Pero dejemos eso: vuestros favores hacia nosotros, han sido y serán el único pago a mis servicios.

—Sea como queráis. Hablad.

—Vuestros antecesores fueron cruzados, señor. Raimond IV de Toulouse fue uno de los más importantes jefes de la primera cruzada, iniciada en el año 1096. Debido a su comportamiento en combate, se le concedió el título de conde de Trípoli, en 1102...

—Eso sucedió hace cien años, señor De Valdo. ¿Adónde queréis llegar?

—Tranquilizaos... Sois noble; disponéis de un ejército...

—Destrozado, por cierto.

—Pero ejército al fin. Tenéis tierras...

—Que ambicionan mis enemigos.

—Pero las tenéis.

—¿Y con eso?

—Recapitulad: tenéis hombres, nobleza y tierras... Sois, además, descendiente de cruzados... ¿No os dice nada eso?

—No.

—Declararos cruzado.

En un primer momento, Raimond VI creyó que su interlocutor se había vuelto loco. ¿Cómo iba a declararse cruzado, si estaba acusado de hereje o, cuanto menos, de proteger la herejía? Ante su estupor, Pierre de Valdo continuó:

—No os sorprendáis y escuchadme con atención. Se os ha acusado de proteger la herejía, cierto; mas, al no habérseos juzgado y no estar excomulgado, sois todavía católico. ¿Lo negáis?

—De hecho, no. Ése es el problema de Inocencio III conmigo: que, en su opinión, le debo vasallaje por ser cristiano y no se lo rindo.

—Bien, sois noble, descendiente de cruzados, tenéis tierras y ejército y, según palabras del propio Papa, dependéis de la fe cristiana: luego reunís todos los requisitos necesarios para declararos cruzado.

—¿Y qué gano con eso?

—Que el Papa no pueda pisar vuestras tierras. ¿O acaso no recordáis que las bulas llamando a las cruza-

Escaneado con CamScanner

das, condenan con pena de excomunión a quienes pretendieran conquistar las tierras de los cruzados? ¿Osaría Inocencio III incurrir en semejante pena ante toda la cristiandad, cosa que sucedería si su legado Pierre Castelnau os declarara la guerra?

Repentinamente animado, Raimond VI casi gritó:

—¡No! ¡¡Cielos que no lo haría!! Pero... ¿cómo no lo habré pensado antes?

—En ocasiones, mi noble señor, los problemas acuciantes nos impiden ver las soluciones que se sitúan algo lejos de las cuestiones inmediatas. Ved que tenéis una respuesta al Papa, utilizando sus propias leyes en lugar de las vuestras.

—Parece cierto. Mas hay un problema, señor De Valdo.

—Decidme.

—Una cruzada sólo puede convocarla el Papa. Y no creo que Inocencio III me haga ese "pequeño" favor...

—Erráis de nuevo, señor conde. La cruzada está vigente.

—Sois vos quien os equivocáis, señor De Valdo. La última de ellas, cuarta desde que se iniciaron, terminó en abril de 1204.

Con una sonrisa de beatitud, que pretendía, aunque no conseguía disimular la astucia de sus pensamientos, Pierre de Valdo rectificó:

—Lamento contradeciros, señor. A lo que se ve, no habéis leído con suficiente detenimiento las bulas pontificias. Una cruzada se termina cuando el último de los nobles ha regresado a sus posesiones... Cuando los jefes y el grueso del ejército están, de nuevo, en sus casas... Y, ¿es éste el caso? No. Inocencio III dio la jefatura de la cuarta cruzada a Balduino III de Flandes, ¿me equivoco?

—No.

—En abril de mil doscientos cuatro, es decir, hace cuatro años aproximadamente, sus tropas saquearon Constantinopla, capital de Bizancio, y se asentaron en los territorios infieles conquistados.

—Sí... Por cierto que Balduino debió volverse loco... Pomposamente, ha bautizado a esos territorios con el nombre de Imperio Latino.

—Exacto. Pues bien, desde hace cuatro años la guerra está detenida, mas Inocencio III no ha podido desconvocar la cruzada, porque Balduino permanece en Cons-

tantinopla. Lo hubiera deseado, cierto... Pero el de Flandes se niega a entregar sus conquistas al Papa... Resumiendo, señor conde, vos reunís todas las condiciones necesarias para declararos cruzado; la campaña está abierta por orden papal... ¿Qué esperáis para hacerlo? Por otra parte, y os ruego que no me preguntéis sobre ello, os aseguro que los acontecimientos políticos apoyarán vuestra decisión... si es que decidís adoptarla.

—¿Acontecimientos? ¿A qué os referís?

—Ya os he dicho que no me preguntéis sobre ello, señor conde... Lamentándolo profundamente, no debo responderos.

Calmosamente, Raimond VI de Toulouse se levantó de la silla y dio un breve paseo por la amplia estancia. Poco después, regresó a su asiento, miró fijamente a Pierre de Valdo y reconoció:

—Es una jugada propia de la sabiduría del diablo.

—De Dios debe ser —ironizó Pierre de Valdo—, puesto que cruzado os hacéis en favor de los cristianos y acogiéndoos a las disposiciones del Papa. A no ser que el demonio haya inspirado a Inocencio III y sus antecesores, lo que, según rumores, no puede ser cierto.

Raimond VI soltó una carcajada y dijo:

—Tenéis razón... Voy a preparar ahora mismo mi comunicado...

—Sí. Mas no lo hagáis público hasta que un suceso que vos mismo consideraréis muy importante os dé la señal.

—¿Un suceso? ¿Cuál?

—Lo comprenderéis en su momento, señor conde. En cualquier caso, declararos cruzado cuando los ejércitos pontificios decidan cruzar el Ródano. No antes.

—¿Puedo saber las causas?

—Hay varias; mas atendiendo a vuestras necesidades, os diré una: ¿qué ocurriría si os declaraseis cruzado, justo en el momento en que Inocencio II decide no atacaros?

Asustado, el conde aseguró:

—Me veo en Tierra Santa.

—Lo que no os conviene.

—No. En nada.

—El Papa atacará, por supuesto; sólo en ese momento debéis seguir mis instrucciones. Es... por daros una respuesta que os impida seguir formulándome preguntas que no debo contestar, una especie de medida de

Escaneado con CamScanner

precaución, tendente a contrarrestar los posibles cambios de humor de Inocencio III.

Los dos hombres se levantaron. Raimond IV extendió la mano hacia su inesperado aliado y, al estrechar la de Pierre, agradeció:

—Mis siervos y yo os quedamos muy reconocidos, señor De Valdo. ¿Habrá en el futuro alguna forma de pagaros tanta bondad?

Encaminándose hacia la puerta, siempre acompañado por el conde, Pierre contestó:

—Eso nunca se sabe... Los destinos marcados por Dios... ¿o quizá por el diablo...?, son indescifrables.

Capítulo XII

15 de enero de 1208.

Mientras la práctica totalidad de los valdenses del Mediodía francés ya habían abandonado sus hogares y se hallaban en camino hacia las tierras situadas más allá del Gotardo, la orilla oriental del Ródano era silenciosa testigo de grandes preparativos bélicos.

Miles de soldados de a pie y montados (1) se aprestan a vadear el caudaloso río y penetrar, a través de la orilla occidental, en las posesiones del conde de Toulouse que, misteriosamente, no presenta batalla en la frontera (2).

La algarabía es enorme. Los soldados, convencidos de que no van a encontrar oposición física a su avance, ríen y gastan bromas, animados tanto por el vino como por la promesa de un considerable botín.

El frente de la comitiva, altivo, dispuesto a ser el primero en atravesar el río, Pierre de Castelnau. Tras él, Arnaud Amalric, lugarteniente del legado e, inmediatamente después, los portadores de las enseñas papales y de la orden del Císter.

A modo de guía, Pierre de Castelnau da un suave golpe en los híjares de su caballo y el animal comienza a andar. Tras él, en filas de cinco soldados, la comitiva se pone en marcha. Relajada. Descuidada. Alegre.

Súbitamente, un soldado papal aparece por el norte. Su caballo, al galope tendido, tarda segundos en pa-

(1) Los historiadores no han logrado ponerse de acuerdo sobre el número de soldados que componían el ejército pontificio. Sin embargo, todos coinciden en que era numeroso para la época, lo que presupone una cantidad superior a los dos mil hombres. (N. del A.)

(2) La frontera de los territorios del condado de Toulouse era, en esa zona, la orilla occidental del río Ródano. (N. del A.)

Escaneado con CamScanner

sar por delante de la primera fila de soldados, alcanzar a Pierre de Castelnau y clava una afilada espada en su pecho. El alboroto es terrible. Los soldados de primera línea, ven caer a su jefe. Arnaud Amalric, desmonta velozmente y acude a socorrer al herido. Los de atrás, no saben qué ocurre. Y, en medio del revuelo, entre caballos que pugnan por recuperar el orden perdido y soldados asustados por la ignorancia de los hechos que instuyen, pero no conocen, el misterioso soldado que cubría su cuerpo con el uniforme del ejército pontificio, desaparece (1).

Poco después, se sabe la noticia: Pierre de Castelnau ha muerto.

Y, a la vez que un emisario sale a comunicar la mala nueva a Inocencio III, un edicto del conde Raimond VI de Toulouse informa a la cristiandad que el conde, movido por sus sentimientos cristianos, ha decidido declararse cruzado y partir hacia Tierra Santa a la mayor brevedad posible.

El 17 de enero de ese mismo año, Charles de Lisle, Pierre de Valdo y un corto séquito, emprenden viaje hacia centroeuropa. Los valdenses instalados más allá del Gotardo, esperan ansiosos el momento de recibirles.

* * *

(En enero de 1208, Raimond VI se entrevista con el legado en Saint-Gilles. Pero Castelnau, sea por propia iniciativa o por órdenes de Inocencio III, quiere la ruptura. Y tras haber presentado nuevas exigencias al conde, se marcha dando un portazo y con la maldición en la boca. Raimond VI, que no ha perdido del todo la esperanza, hasta corre tras él; pero todo es en vano. Al amanecer del día 15 de enero, Castelnau se apresta a franquear el Ródano, cuando un jinete, surgido nadie sabe de dónde, se lanza al galope sobre él, le atraviesa el corazón y desaparece como llegara. Jamás se supo quién era. El Papa tenía su *casus belli*. Algún tiempo antes, el desgraciado legado había dicho:

"La causa de Jesucristo nunca saldrá adelante en este país, si uno de nosotros no muere por la defensa de la fe. Quiera Dios que yo sea la primera víctima."

(1) Todavía hoy, la identidad del asesino de Pierre Castelnau es una incógnita histórica. (N. del A.)

Fue profeta. O imprudente. Sea como fuere, Pierre Castelnau resultó más útil para Roma muerto que vivo.

Dícese que el Papa, al enterarse del asesinato, perdió por dos días el uso de la palabra. En todo caso, él y Arnaud Amalric conservaron bien despejada la mente. Los cistercienses hicieron un llamamiento para vengar la sangre del mártir, no retrocediendo ante ningún argumento en su campaña de agitación. Se acusó a Raimond VI de haber seducido a las queridas de su padre, de acostarse con su hermana y de haber asesinado a Castelnau y haber paseado al asesino de éste por sus tierras como un héroe. Inocencio III lo trató de *tirano impío y cruel*, porque se negaba a expoliar y desterrar a aquellos de sus súbditos que se negaban a obedecer a Roma.

El 6 de marzo de 1208, tras esta preparación sicológica, Inocencio III puede hacer un llamamiento a la *guerra santa*, definida por la Iglesia como de *pacificación*:

"Consideramos que debemos advertir a nuestros venerables hermanos los obispos y a sus sufragáneos y exhortarlos por el Espíritu Santo, ordenándoles estrictamente que hagan tomar fuerza a la palabra de paz y de fe sembrada por Pierre de Castelnau. En cuanto a los que virilmente se ciñan y armen contra esos apestados que atacan a la vez la paz y la verdad, que se les prometa con toda seguridad la remisión de sus pecados, concedida por Dios y por su vicario. Queremos que los obispos declaren revelados por la autoridad eclesiástica a todos aquellos que estén obligados al conde de Toulouse por juramentos de fidelidad, y sea dueño todo cristiano no sólo de perseguir a su persona, sino también de ocupar y conservar sus tierras y posesiones, a fin de, por este medio, purgar de herejía, por fuerza y habilidad, el territorio que hasta el día de hoy ha sido vergonzosamente dañado y mancillado por la maldad de dicho conde. ¡Adelante, pues, soldados de Cristo! ¡Esforzaos por pacificar esas poblaciones, en nombre del Dios de paz y amor! ¡Aplicaos a destruir la herejía por todos los medios que Dios os inspire!"

Tras esta proclama, Arnauld de Amalric toma definitivamente el mando de las tropas pontificias y decide el ataque) (1).

(1) «Le Tresor Cathare», Gérard de Sere. Editions René Julliard. París, 1967. (N. del A.)

Escaneado con CamScanner

* * *

Ya en sus tierras más allá del Gotardo, y por medio de un mensajero, Pierre de Valdo recibió una misiva del agradecido conde Raimond VI. Su fecha, abril del año 1208, le permitía relatar con meridiana claridad los hechos acaecidos tras la marcha del Comendador. Decía así, en sus párrafos finales:

"En definitiva, cuando Arnaud Amalric llegó de nuevo al Ródano, encontróse con un ejército cruzado, presto a partir hacia Tierra Santa en el momento en que las condiciones fueran favorables, y Su Santidad Inocencio III decidiera cuáles eran los lugares donde más falta hacía nuestra fuerza. Arnaud Amalric detuvo su ejército y envió misivas al Papa, cuyas respuestas aguarda todavía, sin cruzar el río.

"Debo informaros, señor De Valdo, que los acontecimientos os han dado completamente la razón y que todas vuestras previsiones se han cumplido con extraordinaria minuciosidad. Incluso las causas por las que el Papa no querría firmar un acuerdo de paz conmigo. Ha utilizado a los muchos que arden en deseos de defender la Iglesia contra los *herejes*, a quienes nos tildan como *peores que sarracenos*, pero que, en realidad, se alistan sólo por cuarenta u ochenta días, al cabo de los cuales esperan, si es que saben tomarlos, castillos y feudos de este rico país de Oc.

"Como decíais, hemos ganado, al menos, estos cuatro meses que, en mi opinión, serán bastantes más. Temo que el último de vuestros presagios se cumpla y que Inocencio III, al no poder enfrentarse a mis huestes por las causas ya conocidas, busque otras zonas cercanas en las que emplear a sus hombres. De poder, os daré cuenta de ello. Siempre a vuestra consideración: Raimond VI, conde de Toulouse."

Charles de Lisle, tras leer la misiva, preguntó al Comendador:

—Y... ¿qué sucederá ahora?

—Lo que pretendíamos: Inocencio III lanzará sus tropas sobre cualquier feudo más o menos confiado. Nada mejor puede esperarse de él. Por cierto, maese Lisle, mañana debo hablar con vos.

—Cuando gustéis, Comendador.

—Siento llegada mi hora y creo preciso alertaros sobre lo que espera a nuestros hermanos. Quizá sería conveniente que nuestra reunión fuera al amanecer...

—¿Os sentís enfermo?

—No... Y, ahora, retiraros si os place... Debo meditar.

Ya solo, Pierre de Valdo pensó que no se sentía enfermo, sino que notaba la muerte a su lado; que, sin tener nada concreto en lo que justificar sus aprensiones, sabía que le quedaban únicamente unas pocas horas de vida. Y, lógicamente, se dispuso a aprovecharlas.

* * *

A las doce del mediodía del 20 de abril del año 1208, Pierre de Valdo moría en su lecho, acompañado únicamente por sus tres fieles maestres. Y, ante la mirada interrogante de dos de ellos, Charles de Lisle afirmó:

—Haremos siempre lo que está escrito, hasta que se produzca el primer error. Como él decía. Y uno de nosotros, siempre, estará en el secreto de lo que se explica en ese libro, sin que los demás lo conozcan. Como él decía. Y pasarán los siglos, e incluso los milenios, y lo que se contiene en ese libro ayudará, quién sabe si definitivamente, a la Humanidad. No tengo nada más que decir.

Al día siguiente, Pierre de Valdo, antes conocido por Rudolf Glaris, era enterrado en la ladera del Gotardo. Como él decía.

Y Charles de Lisle tomaba bajo sus espaldas la responsabilidad del cargo de Comendador, nombrando sucesor a Jules Bahman y anunciándole que, en su momento, sería informado del texto del segundo libro.

La vida comunitaria de los valdenses iniciaba una nueva etapa. Los acontecimientos que sucedieron al mes de abril del año 1208, fueron, brevemente resumidos, los siguientes:

Informado Inocencio III de la astucia del conde de Toulouse, ordena a Arnaud de Amalric que le trate, según palabras textuales, "según el arte de un sensato disimulo" sin duda esperando el momento oportuno para atacarle.

Pasados seis meses, exactamente el día de San Juan del año siguiente (1209), el ejército cruzado, perfectamen-

Escaneado con CamScanner

te organizado ya, está en su frontera, la orilla occidental del Ródano, teóricamente a la espera de las noticias del Papa con respecto a su misión en Tierra Santa. En palabras textuales de Gérard de Sède:

"Habiéndose puesto Raimond VI —por el momento— fuera de su alcance, no hay más remedio que inventar un nuevo enemigo. Éste será Raimond-Roger Trencavel, vizconde de Carcasona y de Béziers, cuyas tierras también son bastiones del catarismo, pero que no se había enfrentado directamente con Roma. Trencavel, curiosamente, es vasallo y sobrino de Raimond VI.

"En ese momento, este joven de veinticuatro años, se da cuenta —demasiado tarde— de que él es la primera víctima designada. Intenta negociar con Arnaud Amalric y, rechazado con desdén, se traslada hasta Béziers. En esa ciudad, ya amenazada por las tropas pontificias, dispone con los cónsules un plan de defensa. El veinte de julio, las tropas papales se hallan ante las murallas de Béziers. El obispo de la ciudad sale de ella y entrega a Arnaud Amalric la lista de los *herejes* que quedan en ella: apenas doscientos creyentes en las nuevas religiones que, además, proponen entregarse a las tropas católicas si éstas respetan sus vidas y las de los cristianos de la ciudad.

"El veintidós de julio, un grupo de ciudadanos sitiados efectúa una salida en pleno día, para enfrentarse cara a cara con los sitiadores. Son rechazados, mas, al entrar de nuevo en las fortificaciones, una patrulla de los católicos perseguidores de Arnaud Amalric penetran con ellos, dejando los portones abiertos y permitiendo la penetración en la ciudad del resto del ejército papal.

"Murieron los veinte mil habitantes de la ciudad."

La historia, contada por un contemporáneo (Cesaire de Heistenach) asegura que Arnaud Amalric, ante la sugerencia de un capitán que pretendía salvar a los católicos ante la masacre que se estaba produciendo, gritó: "¡Matadlos a todos! ¡Dios reconocerá a los suyos!"

Como era de esperar, los acontecimientos se precipitaron, entrando en guerra todos los condados del Mediodía. Tras este asalto, que llena de ignominia a quienes lo dirigieron por la crueldad de la masacre, comenzó lo que, tan pomposa como falsamente, la Iglesia ha llamado "la cruzada contra los albigenses."

Cuarta parte

DOS MINUTOS...

"Las patas heridas,
las crines heladas,
dentro de los ojos
un puñal de plata.
Bajaban el río.
La sangre corría
más fuerte que el agua."

(F. García Lorca. *Bodas de sangre.*)

Escaneado con CamScanner

Capítulo primero

Metido siempre entre cantares y poemas, fácil de verbo y rápido de pluma, Francesco Berni escuchaba las frases de sus compañeros de mesa, sentado alrededor de una jarra de vino en la taberna de Agnes.

Corría el 26 de septiembre del año 1534. Horas antes, a los cincuenta y seis años de edad, cansado, hastiado, lleno de amargura y víctima de sus propias indecisiones, moría el Papa Clemente VII, dejando tras de sí un sinnúmero de gravísimos problemas por resolver.

Europa ardía en guerras.

Los diferentes conflictos político-religioso-sociales que se venían arrastrando desde casi principios de la centuria, no podían por menos que desembocar en una situación caótica y, así, el antiguo problema de las relaciones entre la Iglesia Católica y las diferentes cortes europeas, siempre tirantes por cuestiones puramente económicas, y el nacimiento de movimientos contrarios a la fe de Roma dentro de la propia Iglesia (hussitas, luteranos, etcétera), se complementaron para dividir todavía más la ya débil interrelación de los máximos jerarcas continentales. Basándose en motivaciones fundamentalmente económicas, los soberanos y señores feudales apoyaban a protestantes o católicos en orden a sus propios intereses, sin tener en cuenta para nada la realidad de un origen exclusivamente religioso de los conflictos. El resultado final, que aquella tarde del 26 de septiembre del año 1534 se vislumbraba, aunque no se conocía en toda su extensión, sería cien años de guerras mal llamadas de religión, decenas de miles de víctimas, incalculables pérdidas materiales, el decaimiento de la autoridad de los Estados pontificios y el auge, ya imparable, de las religiones reformistas.

Escaneado con CamScanner

Pero a Francesco Berni (1) esas consecuencias a largo plazo le tenían absolutamente sin cuidado. Acostumbrado a vivir con estrecheces, sin amigos en los que confiar y con la salud minada por los excesos cometidos en sus escasos cuarenta años, sus únicas preocupaciones consistían en comer cada día y beber lo máximo posible, pagando a cambio con la gracia a veces bochornosa de sus poemas, o la frase hiriente que maltrata famas.

Por eso escuchaba atentamente los comentarios de sus compañeros de mesa. Buscaba el tema sobre el que volcarse; el personaje indefenso a quien atacar. Y oía las palabras de los demás para hablar de lo que los demás querían, forma infalible de llenar la jarra sin vaciar la bolsa.

—Gran parte de culpa fue suya... ¿Qué importaba que Enrique estuviera bien o mal casado con Catalina de Aragón? ¿Acaso no ha anulado la Iglesia matrimonios peor fundados? ¿No se han regalado licencias o dispensas para que otros que no podían fueran casados? ¿A qué venía tanta intransigencia?

—Pues le ha costado la vida —aseguraba un segundo—. Desde que confirmó la validez de la boda de Enrique VIII de Inglaterra y tras la reacción del monarca, no ha vuelto a ser el mismo.

—¿El mismo? Es curioso... Once años ha durado el papado de Clemente VII... Jamás ha sido un hombre decidido, por el contrario, sus dudas han colaborado, y no poco, a que media Europa ande metida en guerras. Y la única vez que se permite actuar con firmeza, se nos muere... Probablemente, cuando aseguráis que "no volvió a ser el mismo" os referiréis a que no ha tenido posibilidades de volver a las vacilaciones de antaño, por eso... porque ha muerto. Por otra parte, ¿cómo iba a ceder ante semejante ruego, si la esposa del rey de Inglaterra es nieta de los Reyes Católicos y, en una u otra forma, está emparentada con el emperador Carlos?

—Desde luego —mediaba un tercero—, debe reconocerse que ha sido un Papa extraño. Débil. Asustadizo. No ha hecho nada para pacificar Europa.

Y entonces brotó la voz seca y dura de Francesco Berni, recitando un epigrama:

—Podríamos decir que, el suyo, ha sido...

"Un papado compuesto de respetos,
de consideraciones y discursos,
de más, después, empero, sí, quizás,
de no obstantes..., y muchas palabras sin efectos."

Una estruendosa carcajada coreó el poema y una voz mandó:

—¡Más vino! ¡A la salud del Papa... que vendrá, no del que se ha ido, que a ese poca falta le hace!

* * *

Los trescientos veintisiete años transcurridos entre la muerte de Pierre de Valdo, antes Rudolf Glaris, y el fallecimiento del Papa Clemente VII, habían sido pródigos en mejoras y enriquecimiento dentro de las tierras de Vaud. Aquellos territorios situados más allá del paso del Gotardo, protegidos por altísimas cimas, sembrados mediante sistemas casi desconocidos en su época, repoblados con gentes trasladadas desde el país de Oc, habían seguido su devenir en el tiempo, gozando de una paz que asemejaba misteriosa y realizando obras que, venturosamente, redundaban en beneficio de la casi aislada comunidad.

El gobierno de la extensa área se había centralizado en una gran urbe, Lausana, a la que se consideraba capital de Vaud sin que oficialmente hubiera sido designada para ello. Contaba Lausana con una catedral que, iniciada en el siglo XIII, acababa de ser terminada y con una universidad que, desde casi cien años antes, impartía sus clases entre los jóvenes más aventajados, sin hacer distinciones sociales.

Un cuerpo militar protegía las fronteras eficazmente, aprovechando al máximo la orografía montañosa, mientras que el orden interno se mantenía a través de un sistema jurídico basado en las mismas leyes que, tres siglos antes, dictara el fundador Pierre de Valdo.

El país era, desde luego, autosuficiente en cuanto a alimentación, y los bienes que no eran capaces de pro-

(1) Francesco Berni fue un poeta italiano presuntamente nacido en 1497 y fallecido sobre 1540. Natural de Lamporecchio, destacó por las sátiras de sus versos, a menudo obscenos, dedicados a la más despiadada crítica de las modas y costumbres sociales. Su mayor aportación a la literatura fue la reforma del poema de Boyardo, «Orlando innamorato», reforma que muchos críticos prefieren al original. (N. del A.)

Escaneado con CamScanner

ducir, se adquirían en el exterior mediante trueques agrícolas. Tal vez debido a ese voluntario aislamiento y, también, a que la comunidad hacía coincidir las soluciones a sus problemas con cierto libro secreto, del que todo el mundo hablaba, pero que prácticamente nadie conocía, el país de Vaud consiguió mantener su independencia, enriquecerse y, sobre todo, permanecer al margen de las luchas que ensangrentaban Europa.

Jules Bahman, Moisés Halévy y Charles de Lisle habían muerto trescientos años atrás. No menos de doce comendadores fueron recogiendo metódicamente los relevos y siguiendo al detalle los conceptos expuestos en los libros ocultos porque, como invariablemente repetían quienes partían de este mundo...

—Habrá que seguir lo que esté escrito, hasta que se produzca el primer error. Mientras tal cosa no suceda, continuaremos. Cuando ocurra, aquel que tenga que decidir, que lo haga.

El 12 de octubre del año 1534, con inusitada rapidez, el cónclave romano designaba como sucesor de Clemente VIII a Paulo III, cardenal de Farnese.

Diez días después, la noticia llegaba a Lausana...

* * *

El piso superior de la Universidad de Lausana albergaba, desde su fundación, dos salas accesibles únicamente a cuatro personas y, en raras ocasiones, a algunos informadores que, previo mandato directo de una de aquellas cuatro, eran admitidos en la primera de las dos estancias durante breves períodos de tiempo, el estrictamente necesario para transmitir sus observaciones o sus vivencias lejos de Vaud.

Aquella mañana de octubre de 1534, el cuarteto que ostentaba las máximas responsabilidades de la organización valdense, permanecía reunido en la segunda y más espaciosa de las dos salas. Como siempre que ocurría algún acontecimiento que podía influir en la comunidad, fuera a medio, corto o largo plazo, el comendador y sus tres maestres efectuaban un cambio de impresiones con el fin de mantener las normas de comportamiento o, en su caso, variar el rumbo hacia el futuro más o menos inmediato.

Eisk Zeeman, comendador desde hacía algunos años, miró con cierta nostalgia los estantes repletos de manuscritos amarillentos y, sin poder evitar su admiración, murmuró:

—¡Cuánto esfuerzo y cuánta historia hay encerrada en estos legajos! ¡Trescientos años de estudio, de vivencias... de aciertos, resumidos en todas estas páginas...! ¡Qué ingente labor y qué preclara mente la de nuestro fundador!

Los tres maestres asintieron silenciosamente, aguardando que Zeeman ocupara su silla. Ya dispuestos los cuatro alrededor de una mesa redonda, tan antigua como los pergaminos, el comendador preguntó:

—¿Quién comienza el informe?

Giacomo Kappel, responsable de asuntos políticos, se acarició la cruz que lucía sobre el pecho y opinó:

—Si nadie tiene algo que objetar, yo mismo.

Alexander Zorbaster, maestre de asuntos sociales, y Paulo di Rossano, de económicos, efectuaron un leve movimiento de cabeza dando a entender a su compañero que podía hablar. Giacomo Kappel, pausadamente, inició su exposición:

—Comendador... Tras recibir los resultados de nuestras investigaciones en las más importantes cortes europeas, debo reconocer que la situación va a convertirse, cuanto menos, en preocupante...

Beatíficamente, Eisk Zeeman indicó:

—*¿Va a convertirse?* ¿Acaso no estamos ya ante una situación caótica?

—En efecto —aceptó el maestre de asuntos políticos—; pero, en opinión de todos los consultados, tenderá a agravarse.

—Explicaros, maese Kappel.

—Veréis, comendador... Ya sabéis que la situación política es compleja debido, fundamentalmente, a que existen tres poderes establecidos que, en una u otra forma, únicamente desean incrementar sus zonas de influencia: los nobles, los monarcas y el clero.

Proseguid, maese Kappel.

—Haré un breve resumen de la situación... Desde principios del presente siglo, aproximadamente, se viene notando la presencia de ciertos grupos religiosos que, más o menos veladamente, se enfrentan con la Iglesia de Roma. Las causas son sobradamente conocidas: el relajo de las costumbres en la Curia romana, la vida licenciosa de cardenales, obispos y papas, las ingentes fortunas amasadas y su insaciable apetito de poder, han

Escaneado con CamScanner

provocado el hecho de que ciertos clérigos aseguren que tal forma de vivir no es evangélica. Y este movimiento, comendador, es cada día más numeroso, importante e influyente... debido a que cuenta con el apoyo de ciertos nobles e, incluso, de varios reyes.

Alexander Zorbaster, responsable de asuntos sociales, indicó:

—Eso es bien sabido, maese Kappel...

—Cierto; mas no por ello menos importante, maese Zorbaster. Intentando resumir la situación, comendador, nos encontramos con circunstancias tan extrañas que, en ocasiones, siendo antagónicas en apariencia, no lo son si se analizan con profundidad.

—Citad algún ejemplo, maese Kappel.

—Veréis; la bota latina está compuesta por cinco grandes Estados: el Ducado de Milán; las Repúblicas de Venecia y Florencia; los Estados Pontificios y el Reino de Nápoles. Pues bien, ninguno de ellos es lo suficientemente poderoso como para imponerse a una coalición de todos los demás; sin embargo, se temen debido tanto a su proximidad geográfica, como al conocimiento que tienen de las ambiciones y apetencias de expansión territorial de los demás. Por otra parte, los monarcas europeos verían con muy malos ojos una coalición de los cinco, puesto que daría como resultado una fuerza militar excesivamente importante y, por tanto, a un peligro inminente.

—¿Por qué? —preguntó el comendador.

—Sencillamente, porque uno de esos Estados es el Pontificio que, a pesar de asegurar constantemente que su reino no es de este mundo, no hace más que hostigar constante y continuamente a cualquier rey o noble que no acate las decisiones del Sumo Pontífice. Unid a este hecho, señor comendador, el de los movimientos religiosos... ¿qué obtendríais? El más negro futuro... Roma no puede consentir que las nuevas religiones se asienten en territorios europeos, porque ello significaría la pérdida de su influencia en esa zona... con el perjuicio económico que ello representaría. Y, a partir de aquí, podéis complicar la situación tanto como deseéis... Tenemos reyes, como Carlos V, que están a mal con el Papado y, a la vez, con otros monarcas del continente. ¿Qué hacen? Proteger las nuevas religiones en una área de sus dominios. Si el Papa pretende que retire esa protección, el rey le pedirá algo a cambio; algo relacionado

con la disputa que mantienen, por descontado. El Papa no cede en la demanda, mas... ¿quedará inmóvil? No. Pactará con algún noble feudal situado en las cercanías de los territorios donde se protege a lo que llama herejía, y a cambio de cualquier cosa, firmará un acuerdo mediante el cual se comprometen mutuamente a impedir que la reciente religión se instale en sus posesiones. Azuzar en las fronteras a unos contra otros, es cosa baladí, y más si tenemos en cuenta que, al parecer, hoy todo el mundo se cree con derecho a poseer las coronas o los territorios que dominan los demás... Inglaterra, como sabéis, se ha separado del dogma romano; Carlos V y Francisco I de Francia están en guerra...

—Creí que habían firmado la paz.

—Una paz inútil, comendador. La llaman "Paz de las damas", porque intervinieron como mediadores Luisa de Saboya, madre de Francisco I, y Margarita de Austria, tía del emperador Carlos. No sirve para nada, comendador... Al contrario, complica las cosas... Francisco I es aliado de Roma y, estando ésta contra Carlos V, poco útil puede ser un papel firmado hace diez o doce años... Sea como fuere, el hecho es que los príncipes alemanes, que apoyan los movimientos religiosos en gran parte, se han puesto contra el Emperador; que éste no ha pactado claramente con Roma y que, por tanto, tiene al rey de Francia como enemigo; que, a la vez, Solimán está movilizando su ejército para atacar occidente, lo que obliga a Carlos V, en su condición de Emperador, a proteger los Estados Pontificios y la Cristiandad. Mas, ¿cómo podrá hacerlo, si los más poderosos reinos de Europa están también en su contra? Inglaterra, por el asunto de Catalina de Aragón, no puede ser considerada aliada o, simplemente, amiga de Carlos V; Alemania, como queda dicho, protege a los luteranos y se levanta contra el Emperador; Francia y su rey, Francisco I, son y serán durante decenios enemigos irreconciliables de Carlos V... Añada a todo esto que muchos de los nobles feudatarios de cada uno de estos monarcas protegen las nuevas religiones, aunque sea tan sólo como justificación para enfrentarse al rey y proteger sus intereses; que el Papa pacta con otros aristócratas, con el fin de que no se extienda la herejía y atacar a los soberanos que se enfrentan a él desde el interior de sus propios territorios y, por último, que en esta guerra de todos contra todos, el pueblo anda de lo más desoriента-

Escaneado con CamScanner

do y atemorizado, lo que hace que se limite a cumplir lo que le manda el primer hombre armado que se cruza en su camino... Cierto es, comendador, que las hostilidades todavía no se han desencadenado... Pero también lo es que, a mi juicio, los conflictos, ahora localizados en puntos muy concretos, van a extenderse rápida y extensamente. Y, ante tal eventualidad, sólo me queda por preguntar: ¿qué hacemos?

Durante un buen rato, los cuatro hombres guardaron silencio. Por fin, el comendador Zeeman preguntó:

—¿Cómo es el nuevo Papa?

Y Alexander Zorbaster, maese de Economía, se dispuso a contestar.

Capítulo II

—En verdad, comendador, que no sé si temer más la debilidad del difunto Clemente VII o la vida de relajo que, al menos hasta ahora, ha llevado Alejandro Farnesio... que ha adoptado el nombre de Paulo III.

—¿Tan graves son sus antecedentes?

—En mi opinión, sí. Ha sido cardenal antes que sacerdote, lo que ya habla bien a las claras de su vocación religiosa. Es padre de varios hijos, de los que ha legitimado a dos: Pierluigi y Paolo. Dicen mis informadores que, últimamente, su comportamiento parecía haber variado...

—¿En qué sentido?

—Hacia la religiosidad.

—¿Y es eso interesante para nosotros?

—No lo sé, comendador. La situación política del continente es tan compleja, que no podría asegurar si nos iría mejor un Papa-general, o uno revestido de santidad. Se dice, y parece cierto, que Francisco I de Francia se ha aliado en secreto con Solimán II para agredir a Carlos V, su enemigo de siempre. De ser así, Paulo III, el Sumo Pontífice, tendría la obligación de excomulgarlo. ¿Veis la cuestión?

Tras meditar unos instantes, el comendador Zeeman comentó:

—Sí... Creo que sí... El Papa, como tal, debería excomulgar al rey de Francia... Mas, como político y jefe de Estado, no puede hacerlo debido a que está aliado con él por causa de las guerras religiosas. Además, Carlos V, con quien el Pontífice no se lleva nada bien a causa de los pleitos que tienen vigentes también por culpa de las nuevas religiones, quedaría en una posición brillantísima dentro de Europa si Francisco I fuera ex-

Escaneado con CamScanner

comulgado: sus guerras con el francés contarían con el apoyo del Papa necesariamente, debido a la excomunión. Y, en tal caso, ¿cómo iba Paulo III a seguir discutiendo con él por los asuntos religiosos? Más aún: ¿cómo podría el Papa enfrentarse con el Emperador si éste debe defenderle de los sarracenos por impositivo de ser el jefe del Imperio?

—En efecto —reconoció Alexander Zorbaster—, habéis resumido muy bien la cuestión. Como veis, comendador, si el Papa decide actuar como jefe de Estado, su decisión será trascendental para Europa; mas, si opta por ser simplemente un religioso y cumple con su deber de excomulgar a Francisco I, su determinación tal vez será tan grave o más que la primera. De inclinarme por la excomunión, Francisco I hará pública su alianza con Solimán, lo que significará traer la guerra aquí mismo, a nuestro lado, y, además, se aliará con todos los enemigos del Emperador y del Papa, es decir, con los príncipes alemanes que apoyan las nuevas religiones. Os decía, comendador, que no sé cuál de las dos posibilidades del Papa nos sería más interesante... Ya os he indicado las razones... A vos os toca marcarnos el camino a seguir.

Durante un buen rato, los cuatro miembros de la reunión se mantuvieron en secreto, sumidos en sus pensamientos. Eisk Zeeman, comendador y máximo responsable de la "Orden de la Cruz, de la Rosa y del Amor", compuesta casi en su totalidad por los descendientes de los primeros valdenses, ordenó de nuevo los datos de que disponía y, creyendo necesaria una ampliación de los mismos, preguntó:

—¿Tenemos informes de los iniciadores de las nuevas religiones?

—Algo sabemos, comendador —contestó Giacomo Kappel, maestre de asuntos políticos.

—Hablad, os lo ruego.

—Son varios y muy dispersos... Sin embargo, en lo que se refiere estrictamente a nuestras tierras, tres parecen ser los más influyentes... De ellos, dos viven y uno ha muerto.

—Hacedme un resumen de todo ello, maese Kappel.

—Comencemos por el difunto. Se llama Huldreich Zwingli y murió en combate, frente a fuerzas del Papa, hace cuatro años, en 1531. Le apoyó, casi desde el principio, el consejo de Zurich, que asumió las funciones de

la autoridad eclesiástica... Si bien Zwingli se separó de la Iglesia de Roma defendiendo las tesis de Erasmo de Roterdam, luego se decantó por favorecer las de Martín Lutero, que es el segundo de nuestros hombres. Era éste el prior de un convento de monjes agustinos en Wittenberg que, sin duda como efecto de la bulliciosidad religiosa que azota a Europa entera, entró en polémica con un teólogo, Tetzel. A través de las discusiones, llegó a tesis absolutamente distintas de las de Roma, que plasmó en un manifiesto de noventa y cinco puntos y que hizo públicas clavando el documento en la puerta de la iglesia mayor de su ciudad. Ha sido excomulgado, pero cuenta con miles de seguidores en toda Alemania, en algunas zonas del norte y en otras del centro de Europa.

—¿Y el tercero?

—Hace poco que ha comenzado su actividad, pero su influencia ya es grande. Se llama Juan Calvino. Nació en Francia, dicen que en 1509...

—Es muy joven, ¿no? —preguntó curiosamente el comendador.

—Sí —coincidió Kappel—. Unos veinticinco o veintiséis años...

—Prometedor —pensó en voz alta el comendador—. Proseguid.

—Poco hay que decir... Ha sido desterrado de Francia y se mueve por las zonas de Ginebra y Zurich, donde cuenta con tantos opositores como seguidores. Su doctrina es sensiblemente parecida a la de Lutero, aunque existen algunas diferencias de forma, más que de fondo.

—Muy interesante —murmuró Zeeman—. ¿Y está ahora en Ginebra?

—O muy cerca de ella, comendador...

Como impelido por una energía invisible, el comendador se elvantó del asiento y ordenó:

—Gracias por todo. Podéis retiraros, aunque no deseo que volváis a vuestras casas... Dentro de dos horas, esperadme aquí de nuevo.

En silencio, los tres maeses abandonaron la segunda de las dos estancias secretas y Eisk Zeeman, el comendador de los valdenses, quedó momentáneamente solo.

* * *

El cajón de un canterano cuya edad se acercaba a los trescientos años, cedió suavemente al impulso de

Escaneado con CamScanner

Eisk Zeeman. Una vez abierto, colocó la mano en su interior y presionó suavemente hacia abajo. Como por un milagro, el departamento destinado a escritorio cedió en su mitad derecha y, ante los ojos del comendador, aparecieron dos gruesos manuscritos, sin duda tan antiguos como el propio mueble. Delicadamente, tomó uno de ellos y, con sumo cuidado, lo trasladó hasta la mesa redonda, lo depositó sobre la superficie previamente limpiada, se encaminó hacia la puerta, comprobó que estaba convenientemente cerrada por dentro y, tras regresar a la mesa, tomó asiento frente al libro y lo abrió.

No le hizo falta mirar en la primera mitad, puesto que su contenido pertenecía al pasado. Abrió, pues, el manuscrito por el centro, y fue ojeando lentamente las hojas. Al poco, cuando tan sólo había vuelto dos o tres de ellas, leyó:

"XVI.

"Difícil es, con palabras del pasado, hablar del presente.

"Difícil es, con palabras del futuro, hablar del pasado.

"No hay, pues, palabras, ni desde el pasado, ni desde el futuro, para decir lo del presente.

"Mas yo estoy en el pasado y en el futuro. Y sé lo que acontecerá. Por eso no hagáis caso de mis palabras, y secuestrad de ellas mis ideas, que son las que prevalecerán.

"La tierra siempre será la tierra. Nuestra tierra, siempre será nuestra tierra. Y nadie, jamás, permitirá que se abandone. Imponed o ceded vuestras ideas; regalad o arrebatad vuestros bienes; pero la tierra siempre ha de ser la tierra. En la lucha, acércate al más cercano e ignora al que está lejos. De entre los cercanos, mejor los del norte que los del sur; mejor los del este que los del oeste. Entre los dioses, como todos son buenos, elige al más cercano y, de haber varios a tu lado, preferibles los del norte a los del sur; los del este, a los del oeste.

"Impón o cede; regala o arrebata. Pero la Tierra siempre será la Tierra.

"No hagáis caso de mis palabras y secuestrad de ellas mis ideas, porque ellas prevalecerán."

* * *

Pausadamente, el comendador Zeeman copió las líneas en un papel, devolvió a su lugar el manuscrito, cerró el canterano, corrió el pestillo que impedía abrir la puerta, retornó a su silla y profundizó en el contenido del texto:

"No hagáis caso de mis palabras y secuestrad de ellas mis ideas, que son las que prevalecerán... —meditó Eisk Zeeman—. ¿Qué querrá decir con ello? ¿Que busque una clave? ¿Tiene sentido lo del norte, sur, este y oeste? ¿Tiene sentido elegir entre los dioses, porque todos son buenos? Mucho no, desde luego... Más, bien claramente lo exige, no debo hacer caso de las palabras, *sino secuestrar de ellas las ideas*... ¿Debemos raptar a alguien con ideas? ¡Qué disparate! ¿O no lo es tanto? Ya una vez tuvo que ordenarse matar a un hombre... Pierre de Castelnau se llamaba... ¿Se tratará ahora de un secuestro?

Mecánicamente, movió la cabeza más como un signo de negación que para alejar de sí aquella idea...

"Sé que, en ocasiones, la decisión a tomar es grave... El propio Valdo tuvo que adoptar una para salvar la secta y aislarnos de Europa... Y con buenos resultados: trascientos años de paz y prosperidad; de libertad y gozo... Mas... ¿tiene alguien, en Europa, tanta importancia como para que su desaparición, aunque sea momentánea, favorezca nuestros intereses?"

A media voz, siguió reflexionando en voz alta:

"No... No hay nadie... Los reyes tienen sucesores; los Papas se eligen; los nobles se sustituyen..."

Suavemente, se abrió la puerta. Alexander Zorbaster asomó la cabeza y anunció:

—Estamos aquí, comendador... ¿Podemos pasar? Si os molestamos, regresaremos más tarde.

—No —replicó Zeeman con viveza—. Pasad, os lo ruego.

—He redactado una copia de lo que dice el libro. Leedla, pues no acabo de comprenderla... Luego, cuando los tres lo hayáis hecho, hablaremos.

Los minutos pasaron lentamente, como con desgana. Cuando Paulo di Rossano, maesse de Asuntos Económicos, entregó el pergamino al comendador, éste preguntó:

—¿Y bien? ¿Alguno comprende el significado de todo esto?

Alexander Zorbaster, indicó:

—Yo creo que tengo una idea, comendador... No está muy definida, mas puede ser una senda a recorrer.

Escaneado con CamScanner

—Oigámosla.

—Cuando estudiaba en la Universidad, decía uno de mis maestros que nada de lo escrito en los libros lo está porque sí, sin motivo... Y que aunque el significado permanezca oscuro, las palabras significan lo que exactamente quieren decir y no otra cosa... Así, cuando el fundador escribe dioses, habla justamente de eso, de dioses... no de otra cosa distinta. Cuando dice ideas, son ideas. Y cuando palabras, palabras. Si habla del norte, es del norte de quien habla, y si del sur, del sur. Creo que, a partir de aquí, el significado del texto puede estar bien claro.

Eisk Zeeman, tras callar unos instantes, aseguró:

—Seguid, maese Zorbaster. Lo que decís es muy interesante.

—Veréis, comendador... Conocéis, al igual que nosotros, cómo se consiguió la propiedad de estas tierras...

—Así es.

—Luego parece claro que el primer mandato del libro es mantenerlas a toda costa. Tajantemente, se lee: "Nuestra tierra siempre será nuestra tierra. Y nadie permitirá que se abandone." Debemos, pues, preservarnos de todo y seguir aquí.

—Eso, desde luego, es lo más claro de todo —concedió el comendador Zeeman.

—Partiendo de ello, vayamos al principio. "Difícil es hablar del presente con palabras del pasado", dice el texto. Es decir, quien esto escribiera no podía definir con exactitud lo que iba a suceder, aunque preveía una buena parte de ello. Dicho de otra forma, no sabría quienes gobernarían Europa, mandarían los ejércitos, y serían nuestros amigos o nuestros enemigos; mas conocía, perfectamente, que habría gente gobernando Europa, mandando en esos ejércitos y que tendríamos amigos y enemigos. No hay palabras, mas hay hechos: eso es lo que nos cuenta el libro. Y lo asegura en la frase: "Mas yo estoy en el futuro y en el pasado y sé lo que acontecerá."

—Continuad —rogó el comendador.

—Sí... El texto habla de dioses y de luchas, es decir, de religiones y de guerras. Nuestros aliados deberán ser, si creemos lo escrito, los situados al norte y al este de nuestras tierras y, de entre todos ellos, los más cercanos. Es decir, príncipes alemanes y... Berna... Zurich... Basilea...

—O sea —meditó en voz alta Zeeman—, los reformistas.

—Así lo creo —sentenció Zorbaster.

—Bien... Decidiré lo que corresponda. Nos reuniremos de nuevo mañana por la mañana.

Ya solo, Eisk Zeeman se concentró en todo lo que había escuchado. En efecto, si bien la hipótesis de su maestro era absolutamente coherente con el texto del libro secreto, también era cierto que el escrito podía ser interpretado de otras formas distintas. En efecto, el norte cercano que, según el manuscrito debía preferirse al sur o a los países más lejanos, podía situarse por un igual en Alemania o en Francia... La región de Alsacia, fronteriza con Suiza y los germanos, estaba también situada al norte de Lausana. ¿Cómo interpretar semejante distorsión?

—Parece cierto —murmuró el comendador— que debo elegir un país cercano y situado al norte; mas... ¿desde dónde debo medir la orientación? Vaud comienza en el Gotardo, cruza gran parte de los Alpes y llega hasta aquí, hasta Lausana... Aquí vivimos los principales, si bien nuestras gentes se desparraman proporcionalmente por todo el territorio... ¿Qué querría decirnos Pierre de Valdo?

Recordó, entonces, que el paso del Gotardo había sido, en tiempos, la puerta de acceso a las tierras; que los primeros valdenses se habían instalado en aquella zona y que sólo un siglo después tomaron la decisión de construir aquella gran ciudad o, mejor, de habitarla y trasladar a ella sus más preciados tesoros...

"Es evidente —concluyó mentalmente—, que Valdo se situaba en el lugar donde él se encontraba entonces, y no en el que nos hallamos ahora. Si es así, y espero que así sea, la decisión de pactar con los reformistas parece correcta."

Mas, ¿cómo hacerlo?

"Los tiempos que corren, plagados de contiendas y de incomprensión, no son los más propicios para aliarse con los poderosos... ni para enfrentarse a ellos. Hasta ahora hemos pasado desapercibidos, entre otras razones porque no quisimos entrar en ninguno de los problemas que azotan Europa, Mas, si debemos darnos a conocer... ¿no corremos un riesgo mayor que el que pretendemos evitar?"

Y, sin embargo, estaba escrito. El encabezamiento de

Escaneado con CamScanner

la página del manuscrito lo decía taxativamente: XVI. Como en folios anteriores se leía XV, XIV o XIII... Era, sí, el momento de actuar. El panorama internacional también lo aconsejaba. Mas... ¿cómo?

La pregunta torturó al comendador hasta bien entrada la noche. Por fin, tras la lectura de ciertos documentos redactados en los últimos años y pertenecientes a los servicios de información exterior, creyó encontrar la solución.

Durmió unas cuantas horas. A la mañana siguiente, reunido ya con sus tres maestres, su decisión estaba tomada.

—Maeses... No por extraño que os parezca permitiré más preguntas de las debidas. ¿Estáis dispuestos a obedecer, sabiendo que mis órdenes emanan directamente del libro?

Los tres afirmaron en silencio.

—Bien, he aquí mis instrucciones. Vos, maese Kappel, organizaréis un viaje a Berna, en el que me acompañaréis. La comitiva no deberá ser superior a cincuenta personas, y llevaremos presentes para... tres familias nobles. Probablemente sólo utilizaremos los necesarios para obsequiar a una, mas es preciso andar prevenidos.

—¿Cuándo partiremos, comendador?

—En el menor tiempo posible. ¿Cuánto tardaréis en tenerlo todo dispuesto?

—Dos días.

—Partiremos, pues, dentro de tres. Podéis abandonar la sala.

Respetuosamente, el responsable de los asuntos políticos marchó, cerrando la puerta tras él. Luego, Eisk Zeeman se dirigió al maese de Economía, Paulo di Rossano:

—Enviad un emisario a Juan Calvino y ofrecedle la construcción de un centro de estudios para él y los suyos. Decidle que deseamos conocer su fe porque, en el fondo, nosotros venimos manteniendo sus tesis desde hace trescientos años...

—¡Comendador! —exclamó visiblemente extrañado Rossano—. Eso no parece cierto...

—No lo es. Mas... ¿existe diferencias entre un dios u otro? El propio texto secreto lo dice... "Entre los dioses, como todos son buenos, elige al más cercano." Es Calvino, no cabe duda. Por otra parte, recordad que la fe de nuestros hermanos, la fe valdense, nació de un

enfrentamiento con la Iglesia de Roma... Apoyando a los cátaros y albigenses... ¿No sería extraño que, trescientos años después, nos aliáramos con quienes tan impunemente asesinaron a parte de nuestros ancestros?

Resignadamente, aunque sin comprender mucho de lo que ocurría, di Rossano accedió:

—Será como decís, comendador.

—Más aún... Yo permaneceré en Berna, si todo transcurre como pienso, alrededor de un mes. Decidle al emisario que si es deseo de Juan Calvino, le acompañe a mi presencia. En caso de que prefiera no desplazarse, ofrecedle todo lo necesario para que se instale en una zona comprendida entre el Gotardo y el San Bernardo...

De nuevo sorprendido, el maese de Asuntos Económicos preguntó:

—¿Tan lejos de Lausana? ¿No sería más conveniente que...?

Seco, tajante, el comendador interrumpió a di Rossano:

—Yo soy quién decide lo que es o no conveniente, maese. No os olvidéis de ello.

—Perdonadme, señor.

—No hablemos más del asunto. ¿Habéis comprendido mis instrucciones?

—Sí, comendador. ¿Cuándo queréis que parta el emisario?

—Lo antes posible.

—Mañana mismo, comendador.

—Conforme. Podéis retiraros.

Frente a frente con Alexandre Zorbaster, Eisk Zeeman pareció relajarse un poco y, tras inspirar profundamente, dijo con reposo:

—Se avecinan tiempos difíciles, maese Zorbaster... Tiempos en los que nos hará falta, por un igual, la astucia y la energía...

—Eso parece, comendador.

—A vos os corresponde la misión más difícil de todos nosotros, maese... La más difícil.

Con sincera humildad, el encargado de temas sociales aseguró:

—Procuraré llevarla a cabo con prontitud y acierto, comendador.

—No lo dudo.

Pareció meditar unos instantes y continuó:

—Comenzad a mentalizar a nuestros hermanos de que

Escaneado con CamScanner

la religión calvinista y la nuestra son semejantes. No sé, ni me importa, si ello es o no cierto, mas es necesario que el proselitismo de Juan Calvino sea recibido entre los valdenses sin resquemor.

—Eso será difícil, señor.

—Lo sé... Mas contáis con una pequeña ventaja... Haced público el momento europeo; hablad de las guerras que asolan el continente y de que, a menos que intentemos evitarlo, nos alcanzarán inevitablemente. Asegurad que son nuestros aliados y, a partir de aquí y contando con la colaboración de los calvinistas, os será más sencillo hacerles comprender las hipotéticas semejanzas religiosas... Nunca hemos tenido una fe concreta, maese di Rossano... Partimos de los albigenses y cátaros, mas no desarrollamos credo concreto alguno. Nos ha ido bien... Muy bien... Durante trescientos años hemos soslayado todos los peligros y nos hemos convertido en un pueblo pacífico y próspero... Las cosas están a punto de cambiar y no podemos permanecer aislados, porque los acontecimientos nos invadirán por ser más poderosos que nosotros... Haced lo que os digo, maese, porque si alguna posibilidad tenemos de sobrevivir sin grandes pérdidas, ésa estriba en seguir las instrucciones del libro.

Inquieto ante el peso de su responsabilidad, di Rossano aventuró:

—Disculpadme, comendador... ¿Y si estamos equivocados? ¿Y si nuestra interpretación del texto es errónea?

Entrelazando las manos, con una sonrisa de resignación y tristeza en sus labios, el comendador respondió:

—En tal caso, se habrá cometido *el primer error*... Y, de producirse, seguiremos los consejos del libro: decidiremos sin contar con él.

Capítulo III

16 de noviembre de 1534.

Desde hacía quince días, la corte ducal de Berna daba cobijo a una comitiva que, procedente del país de Vaud, había llegado a la capital bien provista de regalos. Bertoldo, duque de Zäharingen, comportándose de acuerdo con las más exquisitas normas de la hospitalidad, había agasajado a los recién llegados, colmándolos de atenciones y organizando recepciones con el fin de presentarlos a la nobleza bernesa y, en suma, de colaborar para que no se sintieran en casa ajena.

Más aún, ni siquiera había querido oír hablar a ninguno de ellos en privado. Como se cansara de repetir en distintas ocasiones:

—Siempre habrá tiempo para los negocios, señor de Zeeman; momentáneamente, será mejor que invirtamos los días en divertirnos... y conocernos mejor.

El duque incurrió, incluso, en un desliz, producto de sus deseos de agradar. Habíale extrañado que una comitiva tan numerosa y rica, estuviera compuesta sólo por hombres. Justificó tal actitud por la dureza del viaje y por los innumerables riesgos que entrañaba; mas creyéndose conocedor de las necesidades humanas, no tuvo otra idea que meter en las alcobas de sus dos principales invitados, el comendador Zeeman y maese Kappel, a otras tantas damas de extraordinaria belleza y juventud, prestas a satisfacer las necesidades fácilmente imaginables. Ambos, con energía, aunque también con suavidad, prefirieron continuar su vida en solitario, lo que, en cierta forma, levantó no pocas murmuraciones y bastantes risas en la corte.

Pero el día dieciséis, la situación había cambiado. En un amplio y recargado salón-escritorio, sentados en

Escaneado con CamScanner

cómodos sillones, Bertoldo, duque de Zähringen, y Eisk Zeeman se disponían a mantener su primera conversación privada.

Jovial, aunque algo hiriente, el noble bernés indicó a modo de introducción:

—Vuestra decisión de rechazar las jóvenes que pusimos a vuestra disposición, ha sido la noticia de los últimos días, comendador.

—No me sorprende.

—¿Por qué? —preguntó interesado Bertoldo.

—Porque lo no normal, cuando no es suficientemente explicado, produce asombro, si es grave, o hilaridad si no lo es.

—Pero... ¿Creéis que realmente existe alguna justificación razonable a tan singular hecho?

—La hay, duque.

—¿Y podríais...?

—En efecto. Podría. Maese Kappel es un hombre casado y fiel a su esposa. Yo soy soltero, porque jamás me he inclinado por las batallas del amor. Y a mi edad...

—No sois un anciano.

—No. Mas si a los veinte años sentía escasamente el impulso de la carne, comprenderéis con facilidad que a los cincuenta y uno ese impulso haya desaparecido.

—Comprendo —repuso el duque—. Y esa fidelidad de vuestro maese, ¿es regla de vuestra religión?

—Lo es... aunque no es eso lo más importante.

—¿No?

—No. Nuestra fe nos permite pecar y lavar el pecado mediante el arrepentimiento sincero. Comprenderéis, pues, que nos es fácil caer en las tentaciones... La fidelidad, como vos sabréis, es algo muy personal, en lo que se cree o no. Maese Kappel cree en ella y eso justifica y enaltece su decisión.

No muy convencido, el duque mintió:

—Estoy de acuerdo con vos. Sin embargo, eso que contáis de vuestra religión me recuerda, y muy intensamente por cierto, lo que preconizan los nuevos credos... En mi opinión, Lutero viene a decir aproximadamente lo mismo.

—Estáis en lo cierto, señor duque. Viene a ser lo mismo. Con la diferencia de que nosotros llevamos más de trescientos años viviendo de acuerdo con estas ideas.

Sinceramente sorprendido Bertoldo exclamó:

—¡Qué decís? ¿Es eso cierto?

—Lo es. Y, aunque os parezca extraño, eso mismo tiene algo que ver con el motivo de nuestro viaje.

—Os escucho con atención. Hablad.

—Veréis, señor duque... Las tierras que poseemos, yermas en otros tiempos y fértiles hoy, fueron adquiridas por nuestro fundador, el señor Pierre de Valdo, a su antecesor Bertol V, en el año 1165.

—Lo sé... Mi antecesor necesitaba dinero para terminar la ciudad en la que estamos.

—Eso creo... Pues bien: algún tiempo después, y debido a los avatares políticos de la tierra de Oc, a las matanzas de albigenses y cátaros y a las luchas del rey de Francia con sus nobles, los seguidores de Valdo, a instancias de éste, fueron instalándose en las tierras adquiridas al duque, en las que pertenecemos desde entonces, sin más contactos o influencias del exterior que los necesarios para adquirir los escasos bienes que no producimos. No es pues de extrañar que nuestras costumbres continúen siendo prácticamente las mismas que entonces y que la ausencia de guerras en nuestros territorios hayan colaborado para que, hasta hoy, hayamos sido un pueblo próspero, pacífico y feliz.

—¡Es realmente increíble, comendador! ¿Y habéis permanecido trescientos años sin pagar tributos a reyes o señores feudales? ¿Trescientos años sin batallas ni invasiones? ¿Trescientos años con una religión distinta a la de Roma, sin que el Papa os moleste?

—Exactamente, señor duque. Así ha sido.

—¡Incomprensible! —exclamó el duque—. ¡Verdaderamente inaudito!

—No tanto, señor... Nuestro pueblo no es rico, aunque no carece de lo necesario; no mantiene grandes ejércitos, aunque disponemos de hombres suficientes para defender nuestras fronteras... No hay nada que pueda despertar la ambición de los poderosos y, al no ser nosotros ambiciosos, ni hemos salido a guerrear, ni han pretendido invadirnos... ¡Bastantes conflictos han tenido reyes u nobles en los últimos siglos, como para que se preocuparan de los pobres valdenses...!

Bertoldo V, duque de Zähringen, miró fijamente a su interlocutor y le dijo:

—Sois astuto... Habláis como un mendigo, cuando habéis llegado aquí cargado de presentes...

—¿Atacaríais vos a un país para arrebatarle lo que os he entregado?

Escaneado con CamScanner

—No. Pero si ello es síntoma de lo que guardáis...
Sonriendo beatíficamente, el comendador comentó:
—Es que no guardamos nada más... Pero dejemos ese tema, si os place, y centremos la conversación hacia los motivos de mi viaje.
—Accedo a ello con gusto. Hablad.
—Señor duque: he seguido con profunda preocupación los acontecimientos europeos de los últimos diez años; sin embargo, y tal vez valorando en demasía la inteligencia de quienes mandan, siempre pensé que se alcanzaría una solución global a todos los conflictos que asolan el continente.
—Coincido plenamente con vos, comendador.
—Gracias, señor duque. Pero debo rectificaros en el sentido de que ya no pienso como antes.
—¿No? —preguntó extrañado Bertoldo.
—No. La elección de Paulo III para ocupar el Solio Pontificio; los rumores de pactos secretos entre Francisco I de Francia y Solimán; los continuos problemas del emperador Carlos con casi todas las cortes de Europa; la ruptura de Inglaterra y su separación de la Iglesia romana, y, por último, la proliferación de nuevas doctrinas y su utilización por parte de los nobles, para conseguir mayores prebendas o beneficios económicos, me parecen hechos lo suficientemente trascendentes por su importancia y número, como para reconsiderar mi actitud de confianza hacia quienes gobiernan.
—¿Y en qué os afecta todo eso? Vos mismo habéis dicho que...
—¿Que hemos estado aislados? Cierto. ¿Que no despertábamos la ambición de nadie? También lo es. Únicamente algo ha variado: las rutas. Las comunicaciones.
—¿Las rutas, decís? ¿Las comunicaciones? No os entiendo.
—Veréis, señor conde... Nuestras tierras lindan con Francia, Alemania, el ducado de Milán y con las vuestras... Si, por citar un puesto, Francia quisiera agredir a según qué príncipes alemanes, podría optar por dos vías: la frontera, que estará constantemente vigilada, o bien...
—Penetrar por vuestras tierras para sorprender a los germanos —le interrumpió Bernoldo—. Eso sería muy peligroso.
—Sí —se sonrió beatíficamente el comendador—. Mas no para mí, sino para vos.

Sorprendido y vivamente molesto, el duque exclamó:
—¿Para mí? ¿Qué estáis diciendo?
—Escuchadme, señor duque... Mis tierras tienen fronteras con Francia, *pero no con Alemania.* Las vuestras sí tienen límites con ambos países. En el supuesto planteado, es decir, si Francia decidiera atacar Alemania a través de nuestras fronteras, podría hacer dos cosas distintas, pero perjudiciales ambas para nosotros. Una, entrar en mi territorio, cruzarlo, atacar vuestras posesiones y agredir a los príncipes alemanes por la frontera que tenéis con los germanos y, dos, dejarme en paz con mis valdenses y entrar directamente en vuestros dominios, conquistarlos y, desde ellos, atacar a los alemanes. ¿Queréis comprobarlo?
Bertoldo se levantó impetuosamente. Acudió a la mesa de trabajo situada en la otra parte de la estancia, comprobó lo que el comendador le decía y, sin que la expresión de perplejidad le abandonase, volvió a ocupar su lugar, mientras murmuraba:
—Con razón decía que erais un hombre astuto...
—Disculpadme, señor duque. Y volvamos al punto en cuestión. Vos mismo, cuando os he planteado esta hipotética situación, habéis dicho que era desagradable *para mí.* ¿Debo entender que, ahora que ya sabéis la verdad, pensáis que también lo es para vos?
—Desde luego —reconoció el duque—. Mas... como bien decís, es algo que puede pasar o no.
—¿Y si sucede?
—Nada más fácil: me aliaré con el rey de Francia.
—¿Y si atacan los alemanes en lugar de los franceses?
—Pues con los alemanes.
—En cualquiera de los dos casos, ¿sabéis que Carlos, el emperador, está en guerra con los príncipes germanos y en pésimas relaciones con el monarca francés, y que si os aliais con cualquiera de ellos os declaráis, de inmediato, enemigo del Imperio? ¿Podríais soportar una guerra contra Carlos?
Aturdido, el duque de Zähringen meditó brevemente y dijo:
—No... Y existe, además, otro riesgo...
—Lo sé —le interrumpió Eisk Zeeman—. Que os aliéis con el agresor que primero atraviese vuestra frontera, y éste resulte vencido por el agredido.
—Exactamente, comendador...

Escaneado con CamScanner

Miró fijamente, una vez más, al valdense, y murmuró:

—Estáis muy al corriente de la cuestión política, comendador.

—Gracias a ello he podido cambiar a tiempo mis decisiones... y venir a proponeros algo...

—Hablad...

—Berna pertenece a la Liga Perpetua (1), ¿es así?

—En efecto —afirmó con orgullo Bernaldo—. Desde el año 1353.

—Cubrís, con ella, vuestros flancos al norte y nordeste...

—Nos apoyaríamos todos en caso de agresión —rectificó el duque.

—Pero las fuerzas aún son escasas...

—Así es... No podemos luchar en más de un frente ni contra enemigos en exceso poderosos.

—Lo sé, señor duque.

Guardó silencio, con el fin de calibrar el interés que despertaba su diálogo. Durante los primeros instantes, Bertoldo le imitó, mas al cabo de muy poco tiempo, preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué queréis decir con todo ello?

—Veréis, señor duque... Mi idea es bien sencilla... ¿Protegéis en vuestros dominios las nuevas religiones?

—Sí... y no. No tengo demasiados problemas con la fe.

—¿Y si los tuvierais? ¿Por quién os decantaríais?

El duque meditó unos instantes y admitió:

—La verdad es que no lo sé. ¿Y vos? ¿Qué pensáis?

—Nos convienen las nuevas religiones.

—En vos no me sorprende... Lleváis trescientos años de adelanto sobre ellas...

Rió sinceramente la intervención del duque, y el comendador siguió:

—No es por eso, señor duque. Ved quiénes os ro-

(1) La casa alemana de los Habsburgo adquirió posesiones en Suabia y Zurich. Cuando Rodolfo subió al trono (1273), dejó al descubierto sus ansias de expansión feudal, alarmando a las pequeñas comunidades. Pocos días después de su muerte, los cantones de Uri, Schwyz y Unterwalden fundaron la llamada «Liga Perpetua», embrión de la futura Confederación Helvética, y se emanciparon de los derechos hereditarios de los Habsburgo. Derrotado Leopoldo de Austria (1315) cuando atacaba el cantón de Schwyz, la Liga renovó sus vínculos de 1291, uniéndose prontamente a ella los cantones de Lucerna (1332), Zurich (1351), Zug (1352) y Berna (1353). (N. del A.)

dean... Si protegéis los nuevos credos, los alemanes jamás os agrederán... porque ellos están haciendo lo propio. De esta forma, sin pactar abiertamente con ellos, los tenéis por aliados.

—Y me declaro enemigo de los demás...

—Que están muy lejos de vos. Cuidad vuestras fronteras, que otros se encargarán de velar las suyas.

—No os entiendo.

—Seré más claro: si os decidís por esta solución, yo firmaré un pacto con vos. Me aliaré y correré la misma suerte que vuestras tierras.

—¿Y eso en qué me beneficia?

—En dos cosas fundamentales. Primera, que tendréis protegida una gran parte de la frontera con Francia... por mis propias posesiones. Segunda, como ya os he dicho, somos un país agrícola. En caso de guerra, vos y los vuestros no padeceríais privaciones.

—Y... ¿qué queréis a cambio?

—Vuestra protección, en caso de ser agredido.

—¿Entrar en la Liga?

—No... de momento, al menos. Simplemente, vuestra protección.

Con cierta placidez, el duque aseveró:

—Sois listo, pardiez. Muy listo. Pactáis conmigo, a pesar de que mis fuerzas no son muy numerosas. ¿Por qué? ¡No! ¡No me contestéis! Lo haré yo mismo... Porque, en caso de apuro, sabéis que yo podría recurrir a las fuerzas de mis aliados y enviároslas a vos.

—Cierto. Mas, por el contrario, si a causa de esta guerra alguno de los miembros de la Liga necesitara alimentos, yo os los proporcionaría para que vos los repartieseis. ¿No es eso equitativo?

—No lo sé. Debo pensarlo.

—Hacedlo, señor duque. ¿Puedo contar con vuestra respuesta en el plazo, digamos... de diez días?

Levantándose, lo que daba a entender que era el final de la audiencia, el duque respondió:

—No creo que sea necesario esperar tanto tiempo. Os mandaré llamar cuando sepa qué hacer.

Se despidieron afectuosamente, y, con una sonrisa de triunfo en los labios, el comendador Eisk Zeeman se encaminó a sus aposentos...

Escaneado con CamScanner

Capítulo IV

Sentado frente a un amplio ventanal ojival, absorto en la contemplación del patio de armas del palacio-castillo del duque de Zähringen, estaba aguardándole Giacomo Kappel quien, al oír el sonido de la puerta al abrirse, giró la cabeza con prontitud y comentó:

—Lamento haberos aguardado en vuestros aposentos, comendador. Mi curiosidad ha sido superior a mis deseos de cumplir las normas del buen comportamiento.

Afectuosamente, Eisk Zeeman le respondió, mientras depositaba su capa sobre la cama:

—No os inquietéis por ello, maese Kappel. Estaba a punto de haceros llamar.

Kappel abandonó la silla y, acercándose al recién llegado, le preguntó:

—¿Cómo ha ido todo?

—En mi opinión, muy bien...

—¿Ha aceptado vuestro ofrecimiento?

—No... *Todavía* no. Mas... sentémonos. Estaremos más cómodos.

Fueron a ocupar dos silloncitos de madera que rodeaban a una pequeña mesa de ajedrez y, sin preocuparse de las piezas, el maese de Asuntos Políticos insistió:

—¿Habéis dicho *todavía*?

—Sí —respondió con una sonrisa intrigante Zeeman—. Eso es lo que he dicho.

—¿Significa eso que aceptará?

—Estoy casi convencido.

El comendador hizo una breve pausa que, sin duda, invirtió en ordenar sus pensamientos y, como hablando para él mismo pero en voz alta, siguió:

—Son extrañas estas gentes... Por un lado, parecen

despreocuparse de todo lo que ocurre en Europa... Actúan como si las guerras no fueran con ellos, cuando parte de los conflictos están situados a escasas millas de sus fronteras. Sin embargo, por otra parte, forman una Liga a la que llaman *perpetua* y, cosa rara en los tiempos que vivimos, no sólo la mantienen, sino que la amplían durante casi tres siglos... Ese aparente desinterés sobre las cosas del continente, se trueca en una determinación seria, consciente, real y activa cuando los temas políticos les atañen directamente... Extrañas gentes, sí.

Kappel, curioso, preguntó:

—¿Y eso nos favorece?

—Creo que sí.

—¿En qué sentido, comendador?

—El único defecto que me ha parecido descubrir en su manera de actuar es... ¿cómo podría definirlo...? Una especie de falta de visión de futuro... ¿Comprendéis lo que quiero decir?

—La verdad, no.

—Es muy fácil. Son gentes capaces de organizarse perfectamente, de mantener sus pactos con seriedad y de aumentar el número de sus aliados sin cesar. Pero únicamente cuando se dan cuenta de un peligro inmediato, de un acontecimiento que pueda poner en riesgo de pérdida su libertad o su independencia. Les falta, en mi opinión, capacidad para valorar los acontecimientos y relacionarlos con ellos. En el caso que nos ocupa, conocen perfectamente la situación de Europa; mas no la han relacionado con ellos... No han sabido o querido vislumbrar el riesgo que corren de verse involucrados en las batallas del continente. Y eso, justamente eso, es lo que yo he hecho... Mostrarles la posibilidad de que se encuentren entre dos fuegos.

—Y... ¿cómo ha reaccionado el duque?

—Creo que bien. Ha prometido contestarme antes de diez días.

Un tanto asombrado, Kappel quiso saber:

—¿No es mucho tiempo? ¿Tanto hay que pensar?

Con un brillo de astucia en sus ojos, el comendador corrigió a su maese, diciéndole:

—Estoy seguro de que él hubiera aceptado inmediatamente mi proposición.

—¿Entonces...?

—No olvidéis, maese Kappel, que Bertoldo está fir-

Escaneado con CamScanner

memente comprometido con la Liga Perpetua y que yo mismo me he esforzado en hacerle observar que mi oferta iba destinada a él, mas con la posibilidad de que, llegado el caso, dedicara mi ayuda para socorrer a sus aliados. Supongo, y así lo he previsto, que necesita algunos días para mandar emisarios a las capitales de los distintos cantones que forman la coalición y recabar opiniones.

—¿Y creéis que los demás aceptarán...?

—Estoy seguro. Los habitantes de Vaud somos, por el momento, un pueblo dócil, sin problemas y con excedentes alimenticios. Saben que podemos defendernos en todas las fronteras, a excepción de ésta, la del conde, gracias a los Alpes... Trasladar grano desde nuestras tierras a las de Berna, y desde éstas a las de Uri, Schwyz o Unterwalden, es un juego, comparándolo con el esfuerzo que costaría adquirirlo más allá de la cadena montañosa... En estos instantes, podemos convertirnos en un aliado de los que ofrecen más que piden... Y eso, en mi opinión, decantará las decisiones a nuestro favor. Mas no seamos impacientes... Aguardemos la respuesta con tranquilidad y, mientras tanto, disfrutemos en lo que podamos de la hospitalidad del duque.

En ese momento llamaron a la puerta. Kappel interrogó con la mirada al comendador y, tras el encogimiento de hombros de éste que daba a entender que no esperaba a nadie, se dirigió hacia ella y la abrió. Un criado se inclinó según las más estrictas reglas del protocolo de la corte, después de recuperar su posición normal, indicó:

—Monseñor... El comendador Zeeman tiene una visita.

Zeeman se acercó a la puerta, terminó de abrirla y preguntó:

—¿Una visita? ¿Estás seguro de que es para mí?
—Sí, monseñor.
—¿Ha dado su nombre?
—Sí, monseñor. Juan Calvino.

Los dos valdenses se miraron. Uno, Kappel, que desconocía las decisiones adoptadas tras su marcha de la sala de reuniones secretas de Lausana, con cierto resquemor. Otro, el comendador, con la alegría que siente aquel que comprueba cómo sus planes se van desarrollando convenientemente.

—Hazle subir inmediatamente —ordenó el comendador.

Luego, sin esperar a que el criado hubiera terminado su reverencia, cerró la puerta y dijo a Kappel:

—Debo rogaros que abandonéis mi estancia en cuanto os haya presentado a mi interlocutor.

—Como deseéis, comendador.

—No os lo toméis como una desconsideración hacia vuestra persona, maese Kappel... Sin embargo, como explicaros convenientemente los temas que debo tratar sería largo y tedioso y, además, os habréis de enterar de ellos en cuanto regresemos a Vaud, prefiero no gastar tiempo inútil en poneros al corriente ahora.

—No os preocupéis, comendador. No me siento ofendido. En otras ocasiones también...

—Sí —aceptó bondadosamente Zeeman—. En otras ocasiones también os he hecho salir de ciertas reuniones... A vos y a otros maestres... Pero, en tales casos, no nos hallábamos a centenares de millas de nuestras casas. De ahí que os pida disculpas.

En ese momento se abrió la puerta. El criado dio paso a un hombre singular. Joven, pues apenas llegaba a los veintiséis o veintisiete años, mostraba, sin embargo, cierta dureza de rasgos, que le conferían un aire de fuerte carácter y decidida determinación. Su nariz recta y larga, su barba y bigotes castaños, su serio atuendo negro en el que sólo era medianamente ostentoso el cuello de armiño de su casaca, le daban una apariencia de moderación, que distaba bastante de la fama de revoltoso, vehemente e inquieto, que la Iglesia de Roma se había empeñado en atribuirle.

Tras las protocolarias inclinaciones, Eisk Zeeman comentó:

—Estaba francamente deseoso de conoceros, monseñor.

—El sentimiento era mutuo, comendador. Hablé con vuestro emisario y, en cuanto resolví algunos asuntos urgentes y aplacé otros que no lo eran tanto, me puse en camino.

—Os lo agradezco. Permitid que os presente a maese Kappel.

—Monseñor...
—Maese...

Kappel, tras el saludo, indicó:

Escaneado con CamScanner

—Si no me necesitáis, comendador, debería dedicar mi atención a resolver algunas cosas.

—Retiraros, si ello os complace —concedió hipócritamente Zeeman.

Luego, mientras Giacomo Kappel abandonaba la estancia, el comendador señaló los dos silloncitos y la mesa de ajedrez que ocupara antes con su maese y, dirigiéndose a Calvino, aseguró:

—Estaremos más cómodos ahí, ¿no os parece?

—Sí.

Tomaron asiento. El comendador, sorprendido por la visita, se devanaba la mente buscando el camino correcto para iniciar la conversación cuando, apaciblemente, Juan Calvino le preguntó:

—¿Es cierto que deseáis proteger mi religión en vuestras tierras?

—Así es, en efecto.

—¿Y puedo saber por qué?

Estaba claro que Juan Calvino acorralaba al comendador. Éste, reaccionando, decidió tomar la iniciativa en la conversación y replicó:

—Lo sabréis, naturalmente. Mas, antes, ¿no pensáis que sería conveniente que me hablarais sobre vos?

—¿Sobre mí? ¿Y qué queréis saber?

—Lo que nada tiene que ver con vuestro pensamiento religioso...

—¿Mis referencias?

—Vuestras andanzas por Francia —sentenció Zeeman. Mas, viendo que tal vez había sido demasiado tajante, dijo—: De momento, sabe que nosotros, los valdenses, llevamos más de trescientos años practicando una fe que, a mi juicio, es sensiblemente igual a la vuestra.

Perplejo, Calvino inquirió:

—¿Habéis dicho trescientos años?

—Sí, monseñor. Trescientos años. Tres siglos. Nuestros antecesores engarzan con los cátaros y albigenses.

Visiblemente asombrado, el reformista exclamó:

—¡Santo cielo! ¿Quién hubiera podido pensarlo? ¿Sois, pues, la cabeza visible de aquellos albigenses que abandonaron Francia y se refugiaron tras el Gotardo?

—Me sorprende que hayáis oído hablar de nosotros. Creíamos que muy pocas personas estaban al corriente...

—¡Y tenéis razón, comendador! Muy pocos sabemos que vuestra existencia o, por mejor decir, de la existencia de supervivientes albigenses en esa zona... Para ello ha sido necesario investigar mucho y que la casualidad acudiera en nuestra ayuda.

—Explicaros, monseñor.

—Creo que deberé daros la razón, comendador, y ofreceros algunas circunstancias de mi vida anterior a la predicación... Cuando las conozcáis, comprenderéis con toda claridad que sólo el azar me puso tras vuestro rastro... Un rastro que, por cierto, jamás tuve tiempo de seguir.

—Hablad, monseñor. Os escucho con toda atención.

—Nací en la ciudad de Noyón, Francia, en el año 1509.

—Es decir, que contáis con veintiséis años.

—Sí, comendador. Mis padres, de clase media, me dieron ciertos estudios que me permitieron acceder a los superiores de Teología, que cursé en París. Todo parecía indicar que mi futuro estaba en las filas de la Iglesia romana: mi inclinación por la Teología, el clasicismo romano que me inculcó Maturín Cordié y que me apasionaba, mi profunda fe...

—¿Y qué sucedió, monseñor?

—Tuve que obedecer a mi padre, dejar los estudios religiosos y comenzar los de leyes. Inicié mi nueva licenciatura en Orleáns y la continué en Bourges, donde, en 1532, conocí a Bohlmer y, a través de él, las doctrinas reformistas. Un año después, inicié la predicación...

—Que en dos años os ha creado tantos disgustos como satisfacciones —interrumpió Zeeman.

—En efecto...

—No me habéis contado cuándo entrasteis en contacto con... ¿debo decir nuestras huellas pasadas?

Calvino sonrió y dijo:

—Llamadlas como queráis. Veréis, desde que conocí las doctrinas nuevas hasta que me incliné fervientemente por su contenido, pasó, como acabo de deciros, un año. En ese tiempo me dediqué exclusivamente al estudio de los errores de Roma en los últimos tiempos. Recordé que en Bourges se había celebrado un concilio en 1438 y decidí investigar en el archivo de su catedral. No me costó desmasiado esfuerzo convencer al canónigo, puesto que todavía conservaba mis documentos de estudiante de Teología. Entre aquellos documentos, leí uno que hablaba de la excomunión anterior de Pierre de Valdo, del intento de persecución de que fue objeto tras la toma de Beziers y de que, curiosamente, no pudieron en-

Escaneado con CamScanner

contrarse nada más que unos cuantos de sus seguidores. Leí con atención el documento, comendador, porque resultaba sumamente extraño que alguien pudiera escapar de las garras de la Iglesia de Roma..., y más si tenemos en cuenta la época: hace trescientos años. Mentalmente, deduje que se habrían ocultado en algún lugar poco accesible y que, si ello era así, su fe se habría transmitido de generación en generación. Me propuse, si algún día disponía de fondos y tiempo suficientes, dedicarlos a la búsqueda de los valdenses... y seguí con mis investigaciones que, como os he dicho, concluyeron en mi separación de la fe de Roma y las predicaciones de un nuevo credo. ¿Habéis quedado satisfecho?

Eisk Zeeman calló durante un buen rato. Emocionado, intentó hacerse una idea de los esfuerzos desarrollados por su antecesor para salvar a los valdenses... y no lo logró. Si debía hacer caso de lo que estaba escrito, tanto Pierre de Valdo como todos sus sucesores dedicaban sus vidas a salvar a la humanidad en toda su extensión... cuando llegara el momento. Cuando esa mismo humanidad viviera el instante preciso. Era, desde luego, una meta lejana que ninguno de ellos vería. ¿No era hermoso? Vivían en paz, sólo para que, andando el tiempo, todos, absolutamente todos, disfrutaran de esa paz. Permitiendo la lenta evolución de la raza de los hombres, pero creando, a la vez, las condiciones óptimas para que esa paz se generalizase... Zeeman recordó que, en algunos instantes, había dudado. Cierto que los libros secretos tenían razón, o la tuvieron durante trescientos años, mas... ¿por qué dedicar la vida a un libro? ¿No podía ser su aparente veracidad, fruto del azar? ¿No podría ser que alguno de los comendadores que le precedieron, menos escrupuloso que él, manipulara los libros para hacerles coincidir con los hechos históricos sucedidos? No... Ahí tenía la prueba... Juan Calvino acababa de demostrarle que lejos de Vaud, muy lejos, entre enemigos pasados y presentes, quedaban las huellas sempiternas de la presencia de Pierre de Valdo, del fundador, sobre esta tierra. Y se dijo que tal noticia debía ser conocida por todos los valdenses. Y se prometió que, así pisara sus tierras, serían días de regocijo y de adoración hacia el fundador.

—¿Me habéis oído? —preguntó Calvino—. Os decía si quedabais satisfecho...

—Totalmente, monseñor... Y no sólo eso, sino que

habéis sido como un bálsamo para mi alma... Protegeré vuestra religión porque, como os indiqué, es sensiblemente igual a la nuestra. Y seremos dos religiones hermanas que adorarán al mismo Dios, bajo las mismas formas, pero que honraremos a profetas distintos. Valdo será el nuestro. Vos, el de aquellos que os sigan.

Escaneado con CamScanner

Capítulo V

Bertoldo, duque de Zähringen, accedió a las pretensiones de Eisk Zeeman y, en el transcurso de una visita a Vaud en el año 1536, se firmaron los consiguientes acuerdos. En ese mismo año, mientras los colaboradores de Calvino iniciaban la construcción de templos y el proselitismo en el país de Vaud, Calvino publicaba en Basilea su "Instituciones de la Religión Cristiana" que, en 1553, serviría de base para juzgar y ejecutar a Miguel Servet. Muerto en 1564, la doctrina de Juan Calvino, basada fundamentalmente en la predestinación del hombre, estaba definitivamente afincada en Ginebra, donde la ciudad funcionaba en régimen de república teocrática, y en el país de Vaud.

Las previsiones del comendador Zeeman fueron extraordinariamente correctas. Si bien es cierto que las zonas más al norte de la Liga Perpetua sufrieron ciertos avatares en formas de guerras civiles y escasas pretensiones de anexión por parte de los poderosos, mas lo fue que gracias a su alianza con Berna, Vaud se mantuvo prácticamente al margen de los acontecimientos políticos europeos, tan graves y preñados de sangre y dolor.

Paulo III, el Papa, acuciado por la necesidad de excomulgar al rey de Francia, Francisco I, con la secuela que ello conllevaba, o por la debilidad de no hacerlo, que venía a ser lo mismo, optó por amonestar al francés y reprender al emperador: al primero, por su alianza con Solimán, siendo éste enemigo del Cristianismo; al segundo, por "intentar presionar al jefe espiritual de sus propios siervos" y por no cumplir con las promesas hechas a la Iglesia con relación a la extirpación de la mal llamada herejía protestante. Tras la reprimenda, volvió a la carga con las solicitudes de paz y, cuando pensó que podía apretar los nudos de su diplomacia, citó a ambos monarcas en Niza y se aprestó al viaje. Curiosa fue la reunión, ya que ni Carlos V quiso ver a Francisco I, ni éste a aquél, por lo que Paulo III se vio obligado a dialogar con ellos por separado. Al fin, la tarde del 17 de junio de 1538, dos años después de la firma del acuerdo entre Berna y el país de Vaud, se acordaba la llamada Tregua de Niza, por la que Francisco I y Carlos V se comprometían a no agredirse en un período de diez años.

Si alguien pensó que aquello era la antesala de la paz definitiva, se equivocó completamente: Zeeman y los valdenses habían calibrado extraordinariamente bien las circunstancias de su futuro inmediato. La tregua permitió al emperador Carlos dedicarse a luchar contra los turcos y a recibir verdaderos contratiempos: la primera armada, que salió al mar desde Nápoles, fue dispersada y diezmada. La segunda, que salió de Palma de Mallorca en octubre de 1541, y que era realmente impresionante por la cantidad y calidad de sus buques, fue presa de una tormenta que la aniquiló.

Como era de esperar, y a pesar de la tregua concertada, Francisco I aprovechó la coyuntura para hostigar a Carlos V por medio de nuevos ataques armados. Las batallas se fueron sucediendo con suerte pareja por Europa, mientras que en Italia, Barbarroja, aliado con el rey francés, asolaba las costas de Calabria y Campania, llegando hasta el propio Tíber. Por fin, exhaustos los ejércitos y las arcas, decidieron firmar la paz de Crespy en 1544.

No llevó esta paz, la paz a Europa. Paulo III, decidido a organizar un concilio, se encontró con la sorpresa de que Venecia se negaba a acogerlo en sus territorios, porque terminaba de declarar la guerra a Francia; los príncipes alemanes continuaban guerreando contra el emperador e Inglaterra continuaba mirando amenazadoramente el litoral francés.

Con todo, a partir de 1547, pareció renacer la calma: Carlos V vencía a los alemanes en la batalla Muhlberg de Elba y, poco después, morían Enrique VIII y Francisco I, con lo que el panorama bélico de Europa pareció distenderse.

No fue así. Enrique II, sucesor de Francisco I de Francia, continuó su guerra contra el emperador; Julio III, que accedió al solio pontificio tras la muerte de Paulo

Escaneado con CamScanner

III, declaró la guerra al francés, porque éste deseaba recuperar la ciudad de Parma...

Por fin, en 1555 se firmó la Paz Religiosa de Augsburgo, por la que cada gobernante tenía el derecho de permitir en su territorio la religión que deseara. Carlos V, tras ella, abdicó. Pero la paz no llegó a Europa porque, en definitiva, semejante documento trasladaba el problema religioso del continente en general, a cada uno de los Estados en particular.

Así, la Suiza germana vivió las aterradoras batallas entre católicos y luteranos; Francia se empañó en sangre hugonote y católica; Inglaterra mató anglicanos y católicos; el cantón de Zurich fue testigo de las luchas entre seguidores de Zuinglio y cristianos más ortodoxos.

A la par, Centroeuropa se levantaba contra el imperio y comenzaban nuevas guerras. El antiguo poderío de España en Flandes, Alemania, Austria y el Mediterráneo, se fue perdiendo lentamente, tras batallas y guerras jamás deseadas y nunca firmemente mantenidas. Sólo doscientos años después del tratado firmado entre Vaud y Berna, el mapa de Europa era irreconocible.

El imperio había pasado a manos de Austria; Hungría daba sus primeros pasos como nación; Alemania aumentaba su poder considerablemente, en detrimento de los países nórdicos e Italia y, obviamente, de España, que pronto comenzaría a tener problemas en sus posesiones de ultramar.

Mas, pacíficamente, sin grandes guerras, aunque con algunas convulsiones, la vieja Liga Perpetua añadía pequeños cantones a su asociación y cambiaba su nombre, antiguo y lleno de gloria, por el de República Helvética.

Mientras esto sucedía, el país de Vaud se transformaba en Cantón de Vaud, Waat en alemán, y mantenía vigente el pacto firmado siglos atrás con Berna. Las guerras, afortunadamente para ellos, pasaban generalmente de largo de sus territorios.

Quinta parte

TRES MINUTOS...

"Te crees libre por orgullo, por ceguera, como la nave de los argonautas cree que se dirige por sí misma... ¡ignorando el viento que sopla en sus velas!"

(Anatema de Platón)

Escaneado con CamScanner

CAPÍTULO PRIMERO

Poco había cambiado el cantón de Vaud en el transcurso de los dos siglos comprendidos entre el año 1536 y el de 1750 y, aun ese poco, en el aspecto religioso. La promesa del comendador Eisk Zeeman se cumplió, y su alegría al descubrir que fuera de los límites de su territorio existían huellas que confirmaban el paso por este mundo del fundador de los valdenses, Pierre de Valdo, le llevó a propagar la noticia entre sus gobernados y a popularizar los escasos datos que se tenían sobre él. Como era de esperar, como siempre ocurre cuando debe hincharse una biografía de la que se ignoran más datos de los que se conocen, se magnificaron los hechos protagonizados por Pierre de Valdo, se ampliaron sus conocimientos y, sin traicionar el secreto de la existencia de ciertos libros, se afirmó, casi como dogma de fe, que el futuro estaba escrito y que nadie podía escapar a él... a excepción del mismo Valdo, quien, desde otros mundos, velaba por ellos.

Calvino y sus sucesores no tuvieron reparos en aceptar semejantes doctrinas. ¿Cómo podrían hacerlo, si ellos mismos pregonaban la predestinación y aseguraban que el destino de los hombres estaba trazado por Dios desde el momento de nacer? Poco importaba que Valdo fuera un profeta, ¿acaso no lo había sido también Calvino?

Los siglos fueron pasando. En Vaud, calvinistas y valdenses continuaron su colaboración, que prometía ser eterna (1), mientras en el resto de Europa, poco a poco,

(1) En la actualidad, valdenses y calvinistas siguen todavía la misma religión y en las mismas condiciones que hace casi quinientos años. Hoy, en Vaud, cantón que mantiene prácticamente los mismos territorios que hace ochocientos años, fecha de su creación, valden-

Escaneado con CamScanner

las pasiones fueron cediendo y, si bien no puede afirmarse que hubiera algún período de tiempo superior a diez años sin alguna guerra abierta en el continente, cierto fue que la virulencia de las contiendas justificadas falsamente por motivos religiosos, fueron descendiendo constantemente. En 1750, por ejemplo, incluso Austria, que combatía contra distintos enemigos, ora conjunta, ora alternativamente, estaba pasando una época entre dos guerra.

Casí podía hablarse de paz. De paz general. Universal. Y, sin embargo...

* * *

El comendador Remy de Saint Marc cerró cuidadosamente el manuscrito, que hasta entonces había estado leyendo con atención desde el principio hasta unas veinte páginas antes del final, y suspiró visiblemente preocupado. Le hubiera gustado, quizás igual que a todos sus antecesores, seguir leyendo, terminar aquel apasionante libro. Mas... era una de las dos prohibiciones más tajantes, y no podía arriesgar el futuro de los suyos por satisfacer una curiosidad que, no por humana, podía justificarse. Tal vez, si se hubiera tratado de otra obra, lo hubiese hecho... Mas, tras leer los quinientos años de historia comprendidos en aquellas páginas, tras comprobar los aciertos de quien, habiéndola escrito en el pasado tan claramente adivinara el futuro, temía, no sin razón, que la amenaza fuera cierta, que la desgracia cayera sobre el mismo pueblo que, gracias a tan portentosos poderes de adivinación, había sobrevivido y prosperado en paz, a pesar de estar sempiternamente rodeado por las guerras.

Meticulosamente, ocultó el legajo en el lugar de cos-

ses y calvinistas comparten templos y ritos, economías y problemas, liturgias y jerarquías, como si se tratara de dos órdenes religiosas de la misma creencia que es, en definitiva, lo que fueron desde la aparición de Calvino. No deja de ser curioso y altamente aleccionador, que después de tantos siglos de peleas religiosas, de asesinatos, crímenes, ambiciones y comportamientos censurables por su falta de justificación, una «herejía» aparecida a finales del siglo XII, diera cobijo en sus territorios casi siempre alejados de las guerras, a otra que fue perseguida, agredida, excomulgada y martirizada, nacida trescientos años después y que, juntas, recorrieron el largo camino que va desde la época de la Reforma del siglo XVI, hasta la actualidad y, sin duda, hasta un futuro que se prevé lejano. (N. del A.)

tumbre, un antiquísimo canterano que, como el manuscrito, había pasado de generación en generación hasta él, y volvió a tomar asiento.

Con cierta pena, miró a su alrededor. Ya no se reunían, como estaba escrito que se hacía antaño, en dos salas secretas de la Universidad de Lausana... El edificio había quedado pequeño y, más por previsión que por otras razones, decidieron edificar una casa dedicada aparentemente a la redacción y conservación de códices antiguos, pero que contenía su reducto oculto a la curiosa vista del pueblo llano. Le hubiera gustado tener una imprenta allí mismo, pero... ¿quién podía trabajar a gusto con semejante estruendo?

Alejó de sí tales pensamientos y centró su atención en el problema que le había movido a leer el viejo texto del fundador.

¿Qué hacer?

Al igual que sus antecesores, dudaba. Sabía, en su fuero interno, que concluiría haciendo lo que el libro decía, mas no por ello huían sus temores...

Una suave llamada le sacó de sus meditaciones:

—Pasad —autorizó.

Sabía quién era. Él, Remy de Saint Marc, comendador de los valdenses, con setenta años de edad, cansado y cercano a la muerte, se veía en la dura obligación de intervenir en el orden del mundo, justo cuando sus fuerzas comenzaban a abandonarle. Por eso había llamado a quien, sin duda, golpeaba en ese momento la puerta. Y, efectivamente, Louis Armal penetró en la estancia, cerró por dentro el acceso a ella y, sin mediar palabra, tomó asiento frente a su comendador.

—Os he mandado llamar para un asunto grave, maese Armal. Vos, como responsable de Asuntos Políticos, deberéis llevar a cabo una importante misión y, luego, sucederme en mis responsabilidades.

Perplejo, maese Louis Armal intentó protestar:

—Comendador... No sois...

—Sé perfectamente lo que soy, maese Armal. Y no os he llamado para discutir semejante extremo. Acabo de firmar un edicto por el que os nombro mi sucesor, y una carta con ciertas recomendaciones, que leeréis únicamente después de mi muerte...

—Que espero llegue dentro de muchos años —le interrumpió el maese de temas políticos.

Escaneado con CamScanner

—A decir verdad, me hacéis un flaco favor con tales deseos: yo estoy deseando descansar.

Lo dijo benévolamente, pero con convicción. Luego, continuó con el asunto que le preocupaba:

—Veréis, maese Armal... He recibido un embajador del rey de Francia, Luis XV.

Realmente sorprendido, Armal exclamó:

—¿Aquí?

—Sí. Aquí.

—¿Por qué no ha acudido a Berna? Toda Europa sabe que desde que nos adherimos a la Confederación Helvética definitivamente, aprovechando nuestro antiquísimo pacto con esa ciudad, las relaciones con otros países están centralizadas allí... Las nuestras y las de todos los cantones, lógicamente.

—Lo sabe, maese... El rey de Francia lo sabe... Luis XV parece saberlo todo... Al menos todo lo que sucede fuera de sus fronteras.

—¿Entonces...?

—También sabe que somos el almacén de trigo y cereales de la Confederación. Por eso ha enviado aquí a su embajador, para saber si estaríamos dispuestos a venderle parte de nuestro trigo.

—Eso se lo hubieran dicho en Berna.

—No, hijo mío... No es así. En Berna hubieran accedido o no a trasladarnos su petición... Así está estipulado. Nosotros somos los que decidimos qué hacemos con lo que cultivamos. Estás ya al corriente de muchas cosas con respecto a la organización de la que eres una alta jerarquía; pero te faltan muchas otras... El tiempo ha sido largo, pero no suficiente para...

Se dio cuenta del lenguaje paternalista que estaba empleando y, tras recriminárselo mentalmente, prosiguió:

—Perdonadme, maese Armal... Por un momento me he sentido con derecho a trataros como a un niño...

—No tengo nada que...

—Dejemos eso —le interrumpió el comendador, para seguir—; bien, os decía que aún no conocéis todo lo que es nuestra institución; mas ya lo iréis aprendiendo. Volviendo al problema del trigo, nuestro pacto de adhesión nos obliga a suministrarlo a la Confederación, mas no a los países extranjeros.

—¿Aunque la Confederación lo ordene?

—Así está estipulado. Por eso el rey ha querido asegurarse de nuestra decisión antes de acudir a Berna.

—Bien... ¿Y cuál es la cuestión? Nos sobra grano para nosotros y para satisfacer siquiera parte de las necesidades del rey de Francia... Tengo entendido que el problema francés es acuciante.

—Sí. Lo es. Y por eso mismo, no voy a venderle nada.

Asombrado, pero discreto, Louis Armal comentó:

—Vos sois quien toma decisiones, comendador.

—¿No os extraña?

—A decir verdad, mucho.

—¿Queréis que os explique algo?

—Sólo si ha de servirme en el futuro, comendador. En caso contrario, decidme qué debo hacer y lo haré. Sin más aclaraciones.

El anciano sonrió afablemente y dijo:

—Nuestra hermandad nació hace siglos, vos lo sabéis.

—Sí, comendador.

—Las intenciones del fundador, Pierre de Valdo, están escritas en su libro y en más de una ocasión, a través de nuestra paz, debemos hacer algo para que la humanidad en general sea más feliz.

—Sí, comendador.

—Mas, hay que esperar el momento oportuno y, mientras tanto, actuar para que los tiempos se conviertan justamente en eso: en oportunos. Unas veces, nuestros actos han de ser astutos: así ocurrió al principio. Otras, crueles. Unas terceras, violentas. Algunas aparentemente cobardes... Esta vez, maese, debemos ser inhumanos e incrementar el hambre de un pueblo.

—Acepto lo que decís, comendador: la historia ha dado la razón al libro y, como se viene confirmando desde hace seiscientos años, vale la pena seguir su consejo hasta que se cometa el primer error. Mas esa aceptación no lleva consigo la comprensión.

—Os entiendo muy bien. Hagamos un poco de historia, maese Armal. Desde hace aproximadamente diez años, la situación en Francia es angustiosa. Mis informes más recientes y, desde luego, de primera calidad, indican que más de un cincuenta por ciento de la población carece de medios de fortuna, y ya se le conoce como el *cuarto estado*. En la práctica, son indigentes, labradores *sin* tierras, peones sin esperanza de comer al menos una vez al día. Ello contrasta gravemente con los privilegios que detentan aristócratas y clérigos y se confirma con

Escaneado con CamScanner

el hecho de que los agricultores que poseen tierras propias, pagan casi el sesenta por ciento de sus productos en impuestos... Impuestos que, tan ilógica como amenazadoramente, sirven para mantener los privilegios de esas clases. ¿Me vais comprendiendo?

—Sí, comendador.

—Pensad en una pregunta... ¿Qué sucederá si la situación se mantiene?

Tras una breve vacilación, maes eLouis Armal respondió:

—No lo sé, comendador.

—¿Y qué creéis que sucedería si tal estado de cosas se agravara súbitamente y Francia no recibiera ayuda?

Casi instantáneamente, el encargado de asuntos políticos replicó:

—¿Un estallido civil?

—Podría ser. Y esa es vuestra misión.

—¿Mi misión? ¿Provocar una guerra civil?

—No exactamente... Veréis... La situación del pueblo, lo que ahora en Francia llaman el cuarto estado, evolucionará negativamente por sí misma...

—¿Cómo podéis estar seguro?

—Es sencillo de deducir... si se utiliza un poco de objetividad para que mejorara sería preciso que el clero y la aristocracia abdicaran de sus privilegios, lo que, indudablemente, no harán...

—El rey puede reprimir violentamente al pueblo.

—Sí... Y, probablemente, lo hará. Mas ello redundará en su contra. No... Por ahí no tengo ningún temor... Mas, para facilitar las cosas, precisamos colaboradores en dos estratos bien distintos: la nobleza y la intelectualidad.

—¿Habéis dicho la intelectualidad?

—Sí, maese Armal. La intelectualidad. La imprenta es... puede ser, mejor, un arma de dos filos. Puede propagar la cultura o la ignorancia. Puede apaciguar o exaltar los ánimos. Calmar al pueblo o excitarlo. Hoy se utiliza... digamos que únicamente por un lado... Nosotros emplearemos el otro.

—Me parece indigno, comendador, si me permitís decirlo.

—Lo es. Mas debemos ayudar a quien padece, aunque aparentemente estemos...

—No parece que eso sea una ayuda...

—¿Os referís a los franceses?

—Sí. ¿A quién, si no?

—Yo hablaba de toda la humanidad que padece... Os he dicho que, en ocasiones, nuestra actuación puede ser cruel, cobarde, arrogante o disparatada, mas persigue un fin claro: la felicidad de la humanidad. La paz general.

En ocasiones pierdo la vista tal meta, comendador.

—Es fácil... Pero regresemos al tema. Luis XV está atravesando momentos difíciles... Ha perdido la guerra con Austria y no tardará mucho en verse inmerso en otra con Inglaterra... Vuestra misión consistirá, sobre todo, en favorecer las opiniones anglófilas de los franceses cultos y de los nobles de otras tendencias sucesorias.

—Hasta aquí lo entiendo, comendador. Mas... ¿querríais decirme en qué forma hacerlo?

—Eso es mucho más fácil de lo que pensáis...

—No lo veo yo así, comendador.

—Os lo explicaré...

* * *

Tenían tiempo; por ello, el comendador y su maese político tardaron casi dos meses en decidir, primero, la forma de actuación exterior y, segundo, seis más en organizar las bases sobre las que se asentaría su intervención.

A principios de 1752, los cimientos de una nueva era estaban firmemente asentados en Europa.

Tan firmes como ocultos, eso sí.

Escaneado con CamScanner

Capítulo II

Un error en los servicios de información exterior sirvió, paradójicamente, para que la misión de Louis Armal en Londres fuera, a la par que breve, sumamente fructífera.

En Vaud sabían (¡no en vano llevaban casi seiscientos años de paz, gracias a sus informaciones sobre el continente!) que desde el siglo XIV, y gracias a las culturas transmitidas a través de los cruzados, se habían formado varias sociedades de carácter místico-religioso, cuyos objetivos radicaban en conseguir la paz universal. Estas sociedades, llamadas secretas por sus detractores y discretas por sus miembros, fueron dividiéndose en grupos y ritos, como siempre ocurre cuando las altas miras de cualquier grupo humano deben plasmarse en conceptos éticos, en lugar de en objetivos puramente materiales.

El fenómeno, seguido desde Vaud con el mismo interés que cualquier otro de los que acontecían en Europa, cobró verdadera importancia cuando el comendador Remy de Saint-Marc decidió la intervención de los valdenses en la compleja situación francesa. ¿Por qué no apoyarse en unas hermandades que, al menos en teoría, perseguían idénticos objetivos que Pierre de Valdo?

Recabada toda la información de los archivos, se llegó a la conclusión de que el centro de tales asociaciones radicaba en Londres. Y hacia allí partió Louis Armal, maese de Asuntos Políticos..., encontrándose con una sorpresa agradable: lo que en Vaud pensaban que era un hermandad con distintos ritos, centrada en Inglaterra y con actividades de ayuda personal y no política; lo que, según los comunicantes exteriores, eran organizaciones puramente operativas, se habían transformado en sociedades especulativas que, sin que hubieran recibido noticia de ello, ya habían cruzado el canal de la Mancha e instalado en Francia.

Breve, pues, fue la estancia del maese político de Vaud en Londres. Conocedor de la evolución de las sectas, partió hacia Francia, donde, desde hacía unos meses, trabajaban los otros dos responsables de Vaud: Jacobo Volanté, de Asuntos Económicos, y Claude Vigée, de Sociales.

Allí se encontró con un panorama humanamente desolador. Los caminos estaban plagados de gente hambrienta que, o pedía lismosna, o se dedicaba a expoliar a los viajeros por la fuerza de las armas. En las ciudades, el clima de represión interna y de guerra externa se mascaba: Inglaterra seguía luchando solapadamente en las colonias y se presumía el desencadenamiento abierto de la conflagración. El rey Luis XV debía mantener en pie de guerra un numeroso ejército, lo que costaba dinero y alimentos que, indefectiblemente, salían de los bolsillos del pueblo, ya por sí escuálidos y maltrechos.

París era una ruina de ciudad.

La riqueza de unos pocos, contrastaba con la miseria de los más; las plumas de ciertos autores que se escudaban en el anonimato agredían constante e implacablemente a quienes explotaban al pueblo, recibiendo como único pago la satisfacción de ver orgullos y altanerías heridos y la alegría de comprobar cómo los hambrientos comenzaban a exigir, más que a pedir, esos gramos de pan que les permitiera vivir un día más.

Filósofos pagados por la corte aseguraban que...

"...un hombre jamás puede ser igual a otro hombre, como un tallo no es nunca igual a otro, aunque pertenezca a la misma familia de plantas..."

Mientras que escritos calificados de *libelos* afirmaban que...

"...nada importa la altura del tallo, si el fruto está en su extremo: por todos ellos corre savia, todos ellos dan vida y esa vida se come, dando a quien lo hace vida."

Louis Armal comprobó que el trabajo de sus compañeros podía ser laborioso, pero no difícil, ya que cualquier idea que tendiese a la igualdad entre los hombres era inmediatamente bien acogida por el pueblo. Era

Escaneado con CamScanner

una pena, eso sí, que el ser humano confundiera el concepto de igualdad con el de comer; que aceptara esas ideas únicamente porque, a través de ellas, podría alimentarse sin dificultades. Pero sucedía así, y ello les beneficiaba.

Por ello, el responsable de Asuntos Políticos decidió comunicar a los otros dos maeses:

—Regreso a Vaud... Seguid haciendo lo mismo que ahora, hasta que os avise... Tal vez sería conveniente...

Jacobo Volanté le interrumpió:

—¿Alguna idea?

—Sí... Observo que la gente está sensibilizada hacia las ideas que defendemos, más por hambre que por razones puramente éticas... Sería conveniente hacer un esfuerzo y demostrarles que esa igualdad es real... que, al margen de los alimentos, podemos conseguir que seres considerados inferiores se igualen, al menos externamente, con las clases que los sumergen en esa inferioridad.

Claude Vigée, tras meditar unos instantes, comentó:

—Eso sería muy efectivo, sí... Mas, ¿cómo hacerlo?

—Judíos.

Louis Armal había soltado la palabra secamente.

—¿Judíos? —exclamó Claude Vigée.

—Exacto —corroboró Armal—. Judíos. ¿No existen legislaciones especiales en su contra? ¿No hay una, por ejemplo, que les impide adquirir terrenos?

—Sí —respondió Jacobo Volanté—. Hay una.

—Pues buscad la forma de burlar esas disposiciones, lograd que algún judío compre un terreno y, después, pregonadlo como un triunfo de la igualdad.

Volanté indicó:

—Eso sería peligroso.

—Hacedlo bien... Hallad la manera... Ya sabéis: "la nave de los argonautas cree que se dirige por sí misma, ¡ignorando el viento que sopla en sus velas...!" Sed el viento, y no las velas.

* * *

Año 1760.

El comendador Remy de Saint-Marc había muerto y Louis Armal ocupado su puesto.

Inglaterra y Francia estaban inmersas en una guerra que no finalizaría hasta tres años después y que costaría a Francia la pérdida de sus colonias en la India

y Canadá... lo que vendría a agravar la situación social de la metrópoli.

Por fin, Jacobo Volanté y Claude Vigée habían dado con la solución al problema de los judíos.

* * *

Mientras un misterioso caballero llamado Althotas visitaba al comendador Louis Armal en los territorios de Vaud, los responsables de asuntos sociales y económicos del cantón asistían a una reunión un tanto extraña.

En una casucha de los alrededores de París, sin más mobiliario que una desvencijada mesa y cuatro sillas que amenazaban constantemente con caerse, otras tantas personas iniciaban lo que sería un tenso diálogo, mientras una quinta permanecía en pie, junto a la puerta, vigilando la imposible llegada de algún teórico enemigo.

Jacobo Volanté, señalando al vigía, preguntó:

—¿No creéis, señores, que os excedéis en vuestras precauciones?

Cerfbeer y Calmer, dos judíos franceses, se miraron temerosamente antes de que el primero contestara:

—Corren malos tiempos para los judíos, milord.

—No me llaméis milord, os lo ruego.

—No, monseñor.

—Ni monseñor. Con el señor basta. Os repito que vuestras precauciones son excesivas... Nadie conoce esta casa y, por otra parte, nadie, a excepción de nosotros, estamos al corriente de esta reunión.

Con suma precaución, Cerfbeer respondió:

—Vos lo habéis dicho: excepto nosotros. Y somos cuatro. Y a vuestras excelencias no las conocemos. Podríamos caer en una celada.

Claude Vigée inquirió:

—Si temíais tal felonía, ¿por qué habéis venido?

—Porque el asunto nos interesa...

—¿A pesar de los riesgos?

—A pesar de ellos...

—Amáis mucho a vuestros muertos.

—No hay judío que participe de tales sentimientos. Y no podéis imaginar el daño que nos hace tan execrable situación...

Volanté y Vigée se miraron con un gesto de inteligencia. Pocas semanas atrás había llegado a su conocimiento que, como consecuencia de la ley que impedía a los hebreos adquirir terrenos en suelo francés, los di-

Escaneado con CamScanner

funtos de esa raza no podían ser enterrados en un cementerio exclusivo para ellos. Como las leyes judías negaban la posibilidad de inhumarlos en camposantos de otras religiones, al no existir cementerios del Estado, los cadáveres debían ser enterrados en huertos particulares que, como era de esperar, exigían unos precios desorbitados y no guardaban el menor respeto hacia las tumbas (1). Era el camino a seguir: luchar por un cementerio.

—¿Y estáis dispuesto a pelear para resolverlas? —preguntó Volanté.

—Para eso hemos venido aquí. Para escucharos. ¿Tenéis un plan?

—En efecto —intervino Vigée—, lo tenemos. ¿Os interesa?

—Hablad.

—Solicitar del rey permiso para comprar terrenos puede ser peligroso...

—Así es.

—...en el caso de que lo haga una persona. Mas, ¿qué pensarías si esa petición fuera trasladada a los tribunales por medio de hombres de leyes fieles a la causa, en nombre de una asociación de judíos?

—Que sería igualmente peligroso. Podrían enterarse de quienes son los que componen tal asociación y, en lugar de hacer pagar las consecuencias a uno, hacerlas sufrir a varios.

—No, si la asociación ignora totalmente lo que se

(1) Comprenda el lector las dificultades de los judíos en la época. Considerados ciudadanos de segunda clase, sus muertos no podían ni ser enterrados en los cementerios católicos o protestantes, pŏr impedírselo su religión; no existían, todavía cementerios civiles; y, desde luego, no podía andarse con un cadáver a cuestas, aunque fuera un muerto por causas naturales, porque ello llevaba aparejado un proceso cuyas consecuencias llegaban hasta la cárcel. Cierto que en los pequeños pueblos el problema se minimizaba, puesto que los campos más cercanos, yermos, eran utilizados para tales menesteres; mas en las grandes capitales, esos terrenos no existían, ya fuera por estar dedicados a la agricultura, ya por haber sido edificados por la nobleza. El arduo problema, como queda dicho, se resolvía «alquilando» un pedazo de tierra en cualquier huerto de las cercanías, en el que, a varios metros de profundidad, se depositaba el cuerpo del difunto. Una vez cubierto el hoyo, su superficie volvía a replantarse, con lo que el dueño de la tierra había cumplido. Como detalle, bastará decir que en los terrenos adyacentes a la posada del «Soleil d'Or», en la Villete, se pagaban en la época cincuenta francos por entierro, cantidad más que suficiente para alimentar a una familia de cuatro miembros durante un año completo. (N. del A.)

está haciendo; si los abogados no conocen a los miembros de esa hermandad y si, además, la asociación no paga las cuentas de los gastos.

Cerfbeer, interesado e incrédulo, inquirió:

—¿Estáis hablando en serio?

—Totalmente. Nosotros correremos con los gastos y encargaremos el trabajo a profesionales que nos convengan. Vos sólo debéis darnos el nombre de la asociación y decirnos en qué lugar desarrollarán el culto. Con eso tenemos bastante.

—Y todo ello... ¿a cambio de qué?

—De nada que os ataña, señor. Absolutamente de nada.

Calmer, el judío que había permanecido en silencio durante toda la conversación, recitó con voz monótona:

"Los mandé al jefe de un lugar llamado Kasidha, diciéndoles que nos mandasen ministros para la casa de nuestro Dios. Y de conformidad con la mano bondadosa de nuestro Dios, nos mandaron al hombre."

Luego, como avergonzado, explicó:

—Lo escribió Esdrás, capítulo 8, versículo 17. Nuestra hermandad se llamará Kasidha. Y organizará el culto en la sinagoga de París.

* * *

A la vez que Volanté y Vigée iniciaban apresuradamente sus gestiones para llevar adelante la gestión a favor de los judíos, en Lausana Louis Armal mantenía una interesantísima conversación con un misterioso invitado, cuya localización había sido harto laboriosa. Althotas, sin más nombres o apellidos, permanecía sentado con cierta displicencia frente al comendador, esperando la respuesta a la pregunta que, instantes antes, había formulado:

—¿Para qué me llamáis, comendador?

Armal, tras observar durante unos instantes a su interlocutor, obvió la contestación y apuntó:

—Ha sido difícil encontraros, monseñor.

—Más lo ha sido convencerme para que acudiera a vuestra llamada, comendador.

—Así me lo han indicado. Viajáis mucho, a lo que veo...

—En efecto, desde que abandoné mi Sicilia natal,

Escaneado con CamScanner

Europa entera ha sido mi casa. Mas, disculpad mi insistencia, ¿para qué me habéis llamado, comendador?

—¿Os intriga?

—Más por la esplendidez de vuestro pago que por la petición que podáis hacerme.

—Breve será, monseñor.

—Decidmela y veré de complaceros.

—Veréis... Mi antecesor en el cargo, el comendador Remy de Saint Marc, me dejó ciertas instrucciones... Una de ellas se refería a vos.

—¿A mí? ¿Me conocía?

—No lo sé, aunque no lo creo. Se trataba de encontrar a cierta persona capaz de desarrollar *ciertos métodos de persuasión*... no del todo comprendidos en la actualidad. ¿Sois vos?

—Me sorprendéis, comendador...

—Lo sé. Mas mi pregunta sigue siendo la misma: ¿sois vos? ¿Poseéis ese poder de persuasión?

Haciéndose el ignorante, Althotas se evadió:

—¿A qué poderes os referís, comendador? Si no sois más explícito, dudo que pueda...

Louis Armal le interrumpió bruscamente:

—No actuéis como un estúpido, monseñor. Hace diez años que mi predecesor comenzó la búsqueda de una persona como vos. Por razones que no os interesan, las jerarquías del cantón de Vaud comenzaron a intervenir en el exterior de sus territorios. Una de esas intervenciones, de la que yo no tuve noticia hasta la muerte de Remy de Saint Marc y aun ello porque me dejó instrucciones muy concretas escritas, una de esas intervenciones, os repito, era la de buscar una persona con ciertos y espectaculares poderes de persuasión. Durante todo este tiempo, amigos de Vaud han enviado a Lausana centenares... millares de informes, hasta que hace aproximadamente un lustro, comenzamos a seguiros discretamente...

Afectando cierto enfado que, desde luego, no sentía, Althotas comentó:

—Eso no es muy halagador...

—Para vos lo es, así que de nuevo os pido no os expreséis como un estúpido. Comprenderéis, monseñor, que tras tantos años de estar cerca de vos, conocemos perfectamente vuestra forma de actuar. Vuestra *extraña* forma de actuar, para ser más concretos...

Alerta ante lo que creía iba a ser un ataque directo, Althotas preguntó:

—¿Y bien?

—Os resumiré alguna de vuestras... *hazañas*, para que veáis que no os miento... En Roma, tuvisteis que...

—Ruego que vayáis directamente al asunto que os interesa, comendador. Sé perfectamente lo que ocurrió en Roma.

—Y nosotros. ¿Creéis, pues, cuanto os he dicho?

Aduladoramente, Althotas afirmó:

—¡Jamás me permitiría dudar de una persona honorable como vos, comendador!

—Así, pues, como os decía, mi antecesor dejó escrito en sus instrucciones que, una vez hallada la persona indicada, que podéis ser vos, la trajera a Vaud y le *rogara* que enseñara sus poderes a uno de nuestros hermanos...

Althotas estalló en una carcajada. Mientras se calmaba, Louis Armal pensó que, en efecto, Remy de Saint Marc tenía mucha razón cuando le dijo que sólo después de sucederle comprendería todo lo que había tras la hermandad. Aquello que estaba viviendo, por ejemplo... Nadie se explicaba en Vaud la razón por la que él, el nuevo comendador, no había señalado todavía un maese de Asuntos Políticos, cargo que ocupaba hasta la muerte de Saint Marc. "Los otros dos están fuera —decían—, él es comendador... ¿por qué no se hace ayudar de alguien, dándole el cargo que ha dejado para acceder a la máxima jerarquía de Vaud?"

Nadie se lo explicaba. Y, sin embargo... ¡estaba tan claro! Althotas iba a decidir quién sería el próximo maese de Asuntos Políticos. Sin saberlo, desde luego, pero iba a decidirlo. Porque, como perfectamente estaba escrito en el libro e indicado en las instrucciones del difunto Saint Marc, cuando Althotas dejó de reír, indicó:

—¡Yo no puedo enseñar tales cosas, comendador! Mejor dicho, podría hacerlo... Mas, para conseguir el éxito sería necesario que la persona que ha de aprender mis secretos dispusiera de ciertas potencias internas... No sirve cualquiera para ello, comendador.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué me pedís...?

—En Vaud vivimos cerca de trescientas cincuenta mil personas... Buscad entre ellas... Encontraréis alguna porque, como vos mismo habéis dicho en muchas ocasiones, todos disponemos de las mismas potencias... Sólo es necesario despertarlas...

Hubo una pausa breve y el comendador prosiguió:

Escaneado con CamScanner

—Buscad esa persona y enseñadle cuanto sabéis. Luego podréis marchar a donde gustéis... tras marcar el precio de vuestros inestimables servicios.

—¿Con qué medios cuento? —preguntó Althotas.

—Con todos. A partir de este momento, se os dará alojamiento, medios de transporte, servidores y colaboradores. Seréis vigilado..., os lo indico para que no os sorprendáis de ello. Mas, si salís triunfante del encargo, obtendréis una recompensa como jamás habréis soñado. ¿Estáis de acuerdo?

Irónicamente, Althotas preguntó:

—¿Me queda otro remedio?

—Sí. Si lo deseáis, podéis marcharos.

—¿Libremente?

—Al menos hasta que traspaséis nuestras fronteras, sí. Después, ya no puedo garantizar...

—¿...el comportamiento de vuestros amigos, quizá?

—Vos lo habéis dicho.

—Me quedaré.

—Os quedo muy agradecido. ¿Cuándo comenzaréis a trabajar?

—En cuanto lo tenga todo dispuesto... Supongo que deberé viajar por el país, ver y hablar con la gente...

—Tenéis total libertad de acción, monseñor.

—Entonces, probablemente iniciaré mis trabajos en el plazo de seis o siete días.

—¿Deseáis algo en especial?

Althotas se levantó del pequeño sillón que ocupaba y, con un gesto que estaba a medio camino entre la resignación y la curiosidad por y ante el nuevo trabajo, respondió, mientras se dirigía hacia la puerta:

—No... Sólo que me acompañen a mi casa.

Salieron al pasillo. Dos hombres corpulentos y de mediana edad le fueron presentados:

—Son vuestros criados. Ellos saben cómo deben cumplir vuestras instrucciones.

Elegantemente, Althotas hizo un gesto de despedida al comendador e indicó a los criados:

—Bien, caballeros... Demos comienzo a una nueva etapa de nuestra vida... Sin duda, la más interesante que habrán visto vuestros ojos.

Y sin más palabras abandonaron el edificio.

"Efectivamente —pensó Louis Armal—, empezaremos una nueva etapa..."

Capítulo III

El año 1774 señaló, exactamente, el principio del fin de una época. A partir de ese año, y más concretamente al morir el rey que inició su reinado en esa fecha, *ya nada sería igual* en el continente europeo. Luis XV, el rey voluptuoso cuyo poder estuvo más en las manos de sus amantes (Madame du Barry y Madame Pompadour) que en las suyas propias, había arrastrado a Francia hacia el fondo del precipicio más profundo. Perdidas las colonias más importantes en favor de Inglaterra; perdida, asimismo, la desastrosa guerra llamada de Sucesión contra Austria, con la economía maltrecha y sólo mantenida en su más ínfimo nivel gracias a la providencia, en forma de excelentes cosechas que si bien no paliaban la situación, tampoco la agravaban en demasía, dejaba en manos de su nieto y heredero Luis XVI una Francia al borde del estallido.

El presupuesto del Estado señalaba el hambre del pueblo o, por mejor decir, lo exigía como único remedio a tanta fastuosidad y tan onerosas campañas militares: el 30 por ciento del total de ese presupuesto, debía destinarse al pago de los intereses de las deudas contraídas; las pensiones a la nobleza y el mantenimiento de la corte despilfarraba el 16 por ciento más; el propio Luis XVI, nada más acceder al trono, exigía para sus "gastos especiales" hasta el 21 por ciento. En definitiva: dos tercios del total de los ingresos del Estado se diluían en fiestas e intereses de deudas, mientras que, con el tercio restante, debía atenderse al pago de esas mismas deudas, al mantenimiento del ejército y a sostener cárceles, hospitales, líneas de navegación y asistencias sociales.

Los impuestos de los labradores ascendían ya al setenta por ciento de los ingresos que conseguían; la nobleza estaba absolutamente exenta de contribuciones,

Escaneado con CamScanner

mientras que las del clero eran voluntarias... es decir, inexistentes.

Luis XVI, entre el fervor popular, nombró a Turgot controlador general de las finanzas y le puso al frente de su gobierno. Pronto comenzaron los conflictos; exactamente en el mismo instante en que propuso a la nobleza que cediera alguna de sus prerrogativas. Apoyado por la masa, criticado e injuriado por la aristocracia y el clero y escasamente ayudado por su rey, Turgot cayó dos años después, arrastrando con él la última posibilidad de que el reino de Francia iniciara el camino de la recuperación.

Mas en el transcurso de esos dos años (1774-1776), otros tantos acontecimientos que pasaron casi inadvertidos decidirían, en menos de cuatro lustros, la caída del rey y, en poco tiempo más, la desaparición de la monarquía en Francia.

Turgot necesitaba dinero. Sea de donde fuere, precisaba fondos para evitar que la situación se le fuera de las manos. Para ganar tiempo hasta que el rey firmara el decreto que reformaba la cuestión impositiva. Por tal resquicio, fruto de la necesidad, entró un proyecto que, convertido en ley, permitió a Jacobo Volanté y Claude Vigée lograr los objetivos que se habían propuesto casi catorce años antes: la igualdad, al menos en un punto, de los judíos franceses...

* * *

—Tomad, Cerfbeer... Ésta es la copia del decreto por el que se os permite adquirir tierras en las que instalar vuestros cementerios. Ha costado, pero... ¡al fin!, aquí está (1).

Visiblemente emocionado, el nombrado rabino de la Kasidha tomó el documento en sus manos y murmuró:

(1) La secta religiosa de base judía Kasidha, apareció en París tan misteriosamente como desapareció pocos años después de su fundación. Integrada por hebreos radicales, sólo se conoce de ella una actividad: la adquisición de terrenos en las cercanías de París, destinados a cementerios de su rito. Las tres primeras propiedades, constan en los registros bajo el nombre de Cerfbeer, Calmer y Pereire. Tras esa singular actividad, desapareció tan extrañamente como había salido a la luz. Algunos autores (Jean Charles Pichon, entre ellos) atribuyen la creación de la Kasidha a un tal Dan Baalschem, del que únicamente conocen la fecha de nacimiento: 1698. Sin embargo, los criterios y opiniones al respecto son tan dispares, que bien puede decirse que todo son especulaciones gratuitas sin bases en las que apoyarlas. (N. del A.)

—Gracias, monseñor... Gracias... Habéis hecho un gran esfuerzo por nosotros... ¿Cómo podremos pagaros?

—En su momento os indiqué que de ninguna manera. Ahora bien, debo advertiros que el contenido de este decreto, como público que es, será ampliamente difundido entre el pueblo.

Algo asustado, el rabino indicó:

—Será peligroso...

—No lo creáis así... Nada pasará. De todas formas, vos no habéis participado en esta lucha y el decreto habla de los judíos en general. Disolved, si así lo deseáis, la hermandad que fundasteis para dar soporte a nuestras actividades y ello despistará a quien os persiga... si este supuesto se diera. En mi opinión, podríais comenzar ahora mismo a adquirir terrenos, aunque si preferís aseguraros, en nada os perjudicará aguardar unas semanas.

—Lo pensaremos, monseñor... Gracias.

Dos días después, miles de folletos se repartían gratuitamente por las calles de París. La última frase era, en verdad, significativa:

"LA IGUALDAD ES POSIBLE"

Pero, para entonces, Jacobo Volanté y Claude Vigée ya estaban de camino hacia Vaud. Habían salido del cantón con treinta y pocos años. Llegaban con veinticuatro más.

Pero, aunque ellos no lo sabían, ese cuarto de siglo invertido en seguir las consignas de su comendador, serviría para que *ya nada pudiera ser igual.*

* * *

Mientras los dos maeses recorrían el largo camino hacia su casa, Althotas se despedía con grandes mues-

(1) La enigmática figura de Althotas es uno de los misterios más extraños de los que confluyeron en el reinado de Luis XVI. Aunque ha pasado a la historia por algo aparentemente trivial, la *personalidad de tal trivialidad* ha excitado la curiosidad de los investigadores y, lentamente, ha ido engrandeciendo su figura histórica... a la vez que oscureciendo más y más ciertos hechos que confluyeron con la Revolución Francesa. En efecto, natural de Palermo, en Sicilia, abandonó la isla en compañía de un discípulo que, andando el tiempo, se transformaría en mítica leyenda del siglo XVIII: José Balsamo, más conocido por el falso nombre de Alessandro, conde de Cagliostro. Las especulaciones al respecto han sido innumerables: desde afirmar que

Escaneado con CamScanner

tras de reconocimiento. Buena bolsa, buenos animales, buenas ropas... y un buen éxito profesional. Cierto es que había gastado cerca de catorce años en conseguirlo, mas el resultado valía la pena... Cuatro años para descubrir la persona indicada, cinco de preparación inicial, tres de prácticas y el resto de vigilar sus actuaciones en solitario, habían convertido a Jacques Laplaciére en un hombre que conocía a la perfección todos los recursos del magnetismo.

Ya a punto de partir, comentó con el nuevo maese de Asuntos Políticos.

—Sabéis tanto como yo, milord.

—Es agradable saberlo, monseñor.

—La verdad... Temería por mí si, Dios no lo quiera, alguna vez tuviera que enfrentarme con vos.

—No llegará el momento.

—Eso espero... Guardaos, maese Laplaciére, de las vanas ostentaciones de vuestro saber... Sólo conducen a la ruina.

—Lo sé... y os haré caso.

Subió a su rocín, dio suavemente con los tacones en los híjares y se despidió definitivamente:

—Os deseo suerte, maese Laplaciére.

—Id con Dios (1).

Apenas se separó un poco, el nuevo maese de Asuntos Políticos penetró en el edificio y, velozmente, acudió a la estancia donde le esperaba el comendador Louis Armal. Tras recibir el oportuno permiso para entrar en la sala, cerró la puerta por dentro, tomó asiento frente a él y se dispuso a escuchar:

—¿Os encontráis con fuerzas para desarrollar el trabajo que os indiqué hace algunos meses?

—Sí, comendador.

—Bien... Viajaréis a Ginebra. Encontraréis un banquero llamado Necker, cuyas finanzas no son todo lo positivas que él desearía. Le influiréis para que acuda a París y convenza al rey de todo cuanto os indico en este sobre lacrado.

—¿Y cuándo debo abrirlo?

Balsamo y Althotas eran una misma persona; hasta indicar que ambos nombres y Franz Mesmer fueron el mismo hombre, todo se ha dicho al respecto. Una cosa tenían los tres en común: sus conocimientos del magnetismo y del hipnotismo que a partir de ellos (¿o habría que escribir *de él*?) fueron profundamente estudiados y desarrollados. (N. del A.)

—El día antes de vuestra entrevista con el banquero. No antes, no es conveniente.

—¿Y cuándo deseáis que parta?

—Lo antes posible.

—¿Y que regrese?

—En cuanto el banquero esté en París.

—¿Debo aguardar el resultado de sus gestiones?

—No. Únicamente ponerle en contacto con la persona que se indica en el sobre. Él sabrá qué debe hacer.

—Muy bien, comendador... Saldré de viaje en cuanto lo tenga todo dispuesto.

—Os deseo suerte. Podéis marchar.

El segundo acontecimiento se había puesto en marcha. A partir de ese momento, *ya nada sería igual...*

* * *

Sentado tras una ampulosa mesa que intentaba ser de trabajo, pero que en realidad más parecía de adorno, Jacques Necker, economista y banquero de cuarenta y cuatro años de edad, miraba altamente sorprendido a su interlocutor, admirándose no sólo de su clara exposición, sino también de la paciencia que él mismo había tenido escuchándole. Cuando el recién llegado, que curiosamente se llamaba también Jacques, terminó su largo e ininterrumpido monólogo, Necker no pudo por menos que reconocer:

—Amigo mío, vuestra altanería me confunde.

Ingenuamente, Jacques Laplaciére preguntó:

—¿Por qué, señor? Si me permitís preguntároslo, claro.

—Es inaudito —murmuró en voz baja el banquero, para continuar con un tono más elevado—: Llegáis aquí sin recomendación alguna; conseguís, no sé por qué medios, que os reciba en mi despacho privado; exponéis, sin que ni yo mismo me atreva a interrumpiros, una serie de jugadas en las que se relaciona la política y la economía, y concluís preguntándome: "¿qué os parece?", como si terminarais de hacer la cosa más sencilla del mundo. ¿Sabéis que existen personas que llevan meses esperando que se les abra la puerta de este despacho? ¿Sabéis que tengo centenares de ofertas de inversión, amontonadas en mis cajones? ¿Sabéis que es preceptivo que todas las operaciones... o, mejor, posibles operaciones económicas, se me planteen por escrito...?

Escaneado con CamScanner

—Lo sabía, señor —le interrumpió Laplaciére—. Pero supuse, y a lo que veo acerté, que un trabajo de esta envergadura, de ser presentado escrito, terminaría aumentando la altura de esos montones... Por eso decidí hacerlo personalmente. Disculpadme, os lo ruego. Por otra parte, la... digamos influencia política del asunto, y la discreción que exige, me impedían...

—Os comprendo. Y me gustáis.

Observó atentamente a su interlocutor y continuó:

—Volvamos al asunto... Pretendéis que vaya a ver al rey, cuya audiencia, como bien decís, tengo asegurada. Que le aconseje lo contrario de Turgot y que provoque su caída... Aseguráis, por otra parte, que dentro de muy poco, las colonias británicas en América se alzarán contra la metrópoli...

—No es eso exactamente —le interrumpió el maese de Asuntos Políticos de Vaud—. Lo que he dicho es que esas colonias ya se han levantado contra Inglaterra. Y que están en guerra. Y que necesitan ayuda, en forma de armas, alimentos y medicinas. Y que vos, si conseguís que el rey Luis XVI desoiga los consejos de Turgot y se decida a apoyar el movimiento independentista, podríais organizar esa ayuda que, sin duda, os reportaría indudables beneficios. El rey, si entra en guerra, deberá destinar fondos para apoyar a los insurrectos... ¿Quién mejor que vos para encauzarlos?

Necker le miró atentamente. Aquello podía ser igual una oferta en la que su interlocutor quisiera intervenir, que una trampa de sus enemigos... Resueltamente, preguntó:

—Y vos... ¿qué querríais a cambio?

—¿Del informe? Nada. Yo desaparezco inmediatamente y retorno a mi casa.

—¿A vuestra casa?

—Eso he dicho. ¿Tan extraño os parece?

—Sí... Comprenderéis que puede ser una trampa.

—Por eso desaparezco, para que estéis tranquilo. Os he dado un informe, haced de él lo que os plazca.

Y sin esperar respuesta, se levantó de su asiento, hizo una profunda reverencia y salió del despacho.

* * *

En 1776, Turgot era destituido y su lugar ocupado por Jacques Necker. Luis XVI variaba su política colo-

nial y anunciaba al continente su apoyo a los insurrectos americanos, con lo que Francia debía hacer frente a nuevos gastos. El hambre hacía estragos y los médicos-sanadores presagiaban la llegada de epidemias infecciosas de la más diversa índole.

Asustado, Jacques Necker publicó un documento que pretendía ser clarificador. Percibiendo que el pueblo exigía cada vez con mayor intensidad libertad, igualdad y justicia y no pudiendo satisfacer tales demandas, sacó a la luz su "Compte rendu au roi", en la que se especificaban los gastos del Estado y se informaba al pueblo la imposibilidad de ayudarle a la supervivencia.

Corría el año 1781 cuando Luis XVI, indignado por el escrito, destituía al controlador general de las finanzas, y lo sustituía por Charles Alexandre de Colonne. Éste, viendo en la reducción de las prerrogativas de los nobles la solución al conflicto, convocó a los notables de Francia quienes, unánimemente, se negaron a secundar sus deseos. En 1788, Necker regresó al cargo y, como única salida viable al problema, convocó a los Estados Generales, que no se reunían desde hacía ciento setenta y cinco años.

El pueblo tenía hambre.

El lema de *Igualdad*, que viniera repitiéndose con inusitada insistencia desde que los judíos accedieron a la compra de terrenos para utilizarlos como cementerios, hería incisivamente en los endurecidos corazones de la nobleza y las clases beneficiadas.

Hubo disputas entre quiénes debían componer los Estados Generales y no se llegaba a un acuerdo. Movido por ideales difíciles de explicar, Jacques Necker propuso que un tercio de los mismos fueran individuos del llamado Tercer y Cuarto Estado, es decir, burgueses, artesanos, labradores y seres sin trabajo, lo que le costó el cargo fulminantemente.

El cese produjo un estallido de indignación. Acuciados por el hambre, reprimidos en sus justas peticiones, tratados inhumanamente, la gente del pueblo de París salió a la calle y el 14 de julio de 1789, demostrando que la igualdad era posible una vez más, demostrando que el abad Sieyyes tenía razón al escribir: "¿Quién es el tercer Estado? Todo. ¿Qué representa dentro del Estado? Nada. ¿Qué pide? Representar algo"; y demostrando, asimismo, que ese "algo" que pedía el abad podía ser mucho e, inclusive, todo, salieron, decía, a la calle, to-

Escaneado con CamScanner

máronla para ellos y, tras asaltar la cárcel de la Bastilla, liberaron a sus presos.

Era el enfrentamiento total.

Ni los veinte mil soldados que Luis XVI emplearía para cercar París, ni las amenazas de los nobles, ni los anatemas de los clérigos, ni el miedo, ni el respeto hacia los demás, pudieron con el hambre y con las consignas de igualdad.

La lucha concluía.

Algo más de seiscientos años antes, exactamente *"a principios de mil ciento setenta y seis, la organización valdense, caracterizada por la rosa, la cruz y el amor, era ya un grupo compacto, numeroso, con sus necesidades cubiertas, con una gran influencia entre millares de ciudadanos franceses de las zonas geográficas del Mediodía, que defendían por medio de la culturización del pueblo las tesis de una IGUALDAD absoluta entre todos los hombres, la exigencia de una LIBERTAD total del individuo frente a las presiones armadas y FRATERNIDAD de los humanos sin distinción, a través del eterno sentimiento del amor."*

Seiscientos años después, los mismos lemas triunfaban, cobrándose centenares, tal vez millares, de víctimas. Lo mismo que entonces, a partir de ese momento, *ya nada podría ser igual.*

Sexta parte

UN SEGUNDO PARA LA ETERNIDAD...

"En total, habían transcurrido poco más de tres minutos..."

(Parte II. Cap. IX de esta obra.)

Escaneado con CamScanner

Capítulo primero

La Revolución Francesa dio paso a un siglo XIX muy distinto al que las clases dirigentes habían pensado. El maquinismo, la revolución industrial, la toma de conciencia generalizada de que, como decía el abad, "el Tercer Estado es todo dentro del Estado", influyó determinantemente en las masas que, a imitación de las gentes galas, exigieron representar "algo" en la administración de sus naciones. Así, desde mediados de siglo, los hombres vieron aparecer, entre atónitos y satisfechos, decenas de países que se liberaban del yugo de las metrópolis. *Independencia,* sinónimo de libertad, parecía ser la meta inicial de un largo recorrido hacia la igualdad y la fraternidad.

El siglo XX fue, a la vez, el de las grandes guerras en el continente y el de la atomización de los Estados centroeuropeos. Casi doscientos años tuvieron que pasar para que, al fin, las fronteras desaparecieran; para que el continente tuviera un solo gobierno; para que, en fin, las computadoras, diseñadas por el hombre, controlaran hasta el último de los actos de ese hombre que, aparentemente cubiertas sus necesidades, vegetaba en un rígido sistema social basado en el trabajo. En sus capacidades para trabajar.

Y, así, se llegó al año 2103...

* * *

Desde hacía años, Reginald Wanter, secretario general de la orden de "La Rosa, de la Cruz y del Amor", tenía solamente un motivo para seguir viviendo: los libros secretos. Más de una vez, aprovechando que las salidas al campo no eran controladas por nadie, se había ale-

Escaneado con CamScanner

jado de los alrededores de la ciudad, en dirección a una pequeña colina. Allí, lejos de computadoras y controladores, rota la rutina y el escalafón laboral, se introducía en el interior de una casi insignificante gruta, escarbaba en la tierra, extraía una caja metálica y, amorosamente, tomaba asiento en el suelo y la colocaba entre sus piernas. Acariciándola. Dejando que la emoción le embargara con el pensamiento de que allí, encerrada entre cuatro trozos de metal, permanecía silenciosa, pero cierta, la historia del mundo.

¿Cuántas veces la había leído?

Infinitas.

Cuando el hastío se apoderaba de él; cuando su corazón plagado de vivencias de otros tiempos se acongojaba ante la deshumanización de su raza, acudía a aquella gruta y, como ese día, contemplaba primero la caja para, momentos después, abrirla y sumirse en la lectura de los dos libros.

¡Qué gestas! ¡Qué visión! ¡Qué forma de vivir tan útil y atractiva!

Allí, grabada a tinta, se explicaba la evolución del mundo. Allí se hablaba de gentes que vivían a caballo, de seres que mataban con espadas, de hombres perseguidos por su fe, de naciones creadas por la fuerza de la sangre, de honores mancillados y lavados, de intereses sórdidos y ambiciones egoístas, de explotación y esclavitud, de pueblos alzados contra sus jerarcas, de reyes ejecutados por sus súbditos, de conquistas gloriosas y derrotas insultantes, de paciencias infinitas y oprobios varios, de dignidades increíbles, de altanerías insufribles, de guerras y santidades, de maldades retorcidas y ayudas generosas... Todo estaba allí, en las amarillentas páginas de aquellos libros, escrito y bien guardado.

¿Qué era, junto a tanto, lo poco que daba el nuevo orden?

Nada.

La abolición de la libertad, la falsa igualdad, la eterna injusticia. La aniquilación de la voluntad.

A veces, igual que aquel día, Reginald Wanter deseaba volver al pasado. Hubiera querido, ¡vana ambición!, que las fronteras existiesen, que cada país tuviera un gobierno, que cada hombre pudiera acertar o equivocarse por sí mismo, en lugar de ver planificada su vida por las frías decisiones de una computadora; que hubieran uno o mil dioses, para que los seres humanos dis-

cutieran; que volvieran las guerras y las disputas; los enfrentamientos y las amistades... Malo había sido todo ello, desde luego, mas... ¿no era peor lo que estaban viviendo? Pensaba en Vaud, en las tierras descritas en sus libros, y se regocijaba. ¡Novecientos años vivieron en paz! ¡Novecientos años buscando la humanización del más grande e inteligente animal que poblaba el planeta! Tuvo que venir aquella llamada tercera guerra mundial, para que las fronteras desaparecieran y, con ellas, el cantón de Vaud. Y, sin embargo, sólo unos siglos antes, ese cantón estaba ahí mismo, en lo que luego sería Suiza y que, tras la tercera guerra, sería el centro del mundo. Allí, bajo sus pies, bajo los cimientos de la mecanizada ciudad en que vivían, estaba enterrado el pasado. Su pasado. El pasado de todos. Lo habían machacado, destrozado, aniquilado casi por completo. Quemaron los libros que hablaban de él, para grabar videocassettes de lo que a ellos, los jerarcas, les interesaba; escondieron los mapas, convirtiéndolos en restos arqueológicos solamente accesibles a los intelectuales que se dedicaban a su estudio; fotografiaron esculturas para, luego, destruirlas a golpes de martillo; derribaron iglesias y palacios, monumentos y acueductos, casas nobles y castillos; esquilmaron a los hombres sus orígenes, para que perdieran su identidad y pudieran ser manejados con mayor facilidad.

Casi lo habían logrado. Sólo quedaban esas hojas a punto de deshacerse que él, en aquellos instantes, tenía entre sus manos.

Y, sin embargo...

Algo iba a pasar.

Al igual que sus antecesores, había leído todas las páginas del libro, a excepción de la última..., la marcada con la indicación del siglo: XXII.

¿Por qué había aguardado hasta entonces? ¿Por qué no había satisfecho su curiosidad antes? Lo decía el propio libro: no podía leerse el futuro, porque ello podría redundar en contra de sus hermanos... ¿Hermanos? ¿Valía la pena sacrificarse por las escasas personas que, sin saber muy bien por qué, acudían a sus charlas?

Aunque, y eso lo reconocía, dudaba en ocasiones, estaba convencido de que sí. Menos eran cuando Pierre de Valdo había comenzado, siglos atrás, la ingente tarea de hacer algo que beneficiara a la humanidad. A toda la humanidad. Él estaba en mejores condiciones que el fun-

Escaneado con CamScanner

dador en sus comienzos. Por eso había esperado, porque respetaba, como sus antecesores, la máxima de seguir estrictamente las instrucciones del libro... hasta que se produjera el primer error. No existió tal error; por tanto, no debía variarse la forma de actuación.

Sin embargo, algo iba a pasar... Algo grave que podría repercutir en la hermandad, hasta el punto de aniquilarla: el proceso contra Rudolf Glaris. Era una causa en la que se perseguía el pensamiento, las ideas, la inconcreción absoluta, en suma. Y temía por la orden de la Rosa, de la Cruz y del Amor porque, aunque tolerada, presentía que la involucrarían en el juicio.

Por eso había decidido leer la última página, porque estaba seguro de que había llegado el momento de actuar.

Pasó directamente a la última página.

Y lo que leyó le dejó absolutamente anonadado.

* * *

Sentado en un sillón de su casa, Reginald Wanter intentaba averiguar si, en efecto, Rudolf Glaris era el hombre descrito. La lectura de la última página le había dejado tan sorprendido que, a decir verdad, dudaba ya incluso de su propia identidad. *Intuía* que era él, pero quería convencerse.

Mentalmente, repasó las palabras de la última página:

"Conoceréis el hombre, porque no tendrá interés en saber nada de la parte oculta y hablará como si conociera esa parte, aunque sin conocerla..."

Eso era cierto, desde luego... En todas las conversaciones que habían mantenido, quedó patente que "la filosofía que Glaris propugnaba era, justamente, la que desde hacía años... muchísimos años, defendía la hermandad.

¿Qué más ponía el libro?

"No morirá, sino que empezará de nuevo. Y al empezar, buscará en otra vida la solución para ésta. Cuando vaya a la otra, quien le envía morirá, para que *nada pueda seguir siendo igual.*"

Rudolf Glaris iba a ser desterrado en el tiempo. ¿No era eso *empezar de nuevo*? De ser así, la actuación era bien simple: *matar al juez.*

Reginald Wanter hizo una mueca de asombro.

Cuando sucedió al secretario anterior, se encontró con una herencia extraña: la preparación "especial" que periódicamente se daba a un hombre. Jamás comprendió por qué motivos, un individuo debía ser tratado hipnóticamente para que, llegado el caso, actuara sin ningún tipo de oposición personal. Muerto aquel individuo, lo sustituyó por Sankt Gallen, más por seguir las instrucciones del libro que porque lo considerara necesario. Evidentemente, ahora lo veía claro, no es que fuera necesario, sino *imprescindible.*

¿Qué más ponía el libro?

"Leerás la hoja doblada cuando hayas cumplido lo mandado."

Y entre la última página y el cartón que servía de sustento al libro, apareció una especie de pergamino doblado por la mitad, sellado y lacrado.

Eso era todo... y suficiente.

En ese momento llamaron a la puerta, y su rictus de inquietud se acentuó. Pulsó el interruptor que la abría e, instantes después, aparecía en la antesala un hombre. El hombre.

—Pasa, por favor, Sankt. Considérate como en tu casa.

Tímidamente, el hombre comenzó a andar hacia el interior del salón, mientras decía:

—Gracias, Reginald, gracias. ¿Me has llamado para algo en concreto?

Reginald Wanter movió la cabeza afirmativamente, mientras murmuraba en voz baja:

—Sí, Sankt... Te he llamado para algo muy en concreto. Pero ven... será mejor que salgamos a dar un paseo...

Las paredes podían oír. Y Sankt Gallen *necesitaba* recibir la última sesión de su *especial* preparación.

Escaneado con CamScanner

Capítulo II

Quizá fue debido a un error, pero Reginald Wanter pudo entrar en la sala donde iba a celebrarse el juicio sin ningún problema. Allí sentado, siguió el desarrollo de la vista.

"Parecía exactamente un diálogo de subnormales; si cualquier observador imparcial hubiera notado la farsa, ¿cómo no iba a percatarse de ella él, Reginald Wanter, que conocía perfectamente la trama de la comedia? Si algo le hacía falta para decidirse, si alguna duda medio velada albergaba en lo más íntimo de su conciencia, tan burda acusación le convenció. Ya nada podría parar el destino."

* * *

Sentado en un extremo del sofá, Rudolf Glaris terminó de leer el breve documento con afectado interés. Luego, tras firmarlo como muestra máxima de su supremo sacrificio, lo tendió nuevamente a Reginald Wanter, quien, sentado en el sillón que la tarde anterior ocupara Jean Capel, le observaba consternado.

—¿Ni una queja, Rudolf?

Ciertamente abatido, el reo contestó:

—No... ¿Para qué? ¿Acaso serviría de algo?

—Al menos te desahogarías...

—No lo necesito, créeme... No temo el futuro.

—Sin embargo, dentro de dos horas todo habrá cambiado para ti... Estarás a mil años de distancia de esta sociedad y quién sabe en qué lugar del mundo.

Esforzándose por sonreír, Rudolf Glaris replicó:

—Vivir a mil años de este *nuevo orden social* y tener la certeza de que jamás volveré a él... saber que no recordaré nada de cuanto me han hecho y que ni siquiera seré capaz de reconocer los lugares donde me instale o las personas con las que trate es, créeme, lo mejor que podría sucederme. No me castigan, si es eso lo que quieren... Me hacen un gran favor. Como le decía ayer al abogado Capel, sería absolutamente imposible mi coexistencia con esta sociedad.

—Lo comprendo...

—No creo, Reginald... No es odio o despecho, es asco... hastío... desprecio hacia unas formas de convivencia que permiten la realización de hechos como el que estoy protagonizando.

Wanter, quizá por no dejar la conversación en un punto muerto y ayudar así a que su amigo se distrajera, argumento:

—Pero eso ha pasado siempre, Rudolf... En todas las civilizaciones que conocemos.

—Lo sé, pero ¿acaso los errores anteriores justifican las equivocaciones actuales?

—No, claro.

Glaris sonrió levemente y, cambiando el tema, habló:

—He pedido al abogado Capel que me visitaras, porque quería despedirme de ti.

—Gracias, Rudolf.

—Soy yo quien debe dártelas... Me acogisteis en vuestra hermandad con los brazos abiertos, entendisteis lo que pretendía hacer y me brindasteis vuestro apoyo moral; comprendisteis que sólo buscaba la humanización de mis semejantes y supisteis valorar lo que había de bueno en mis intenciones.

—No hay mérito por nuestra parte, Rudolf; básicamente, nuestros objetivos eran los mismos: paz, concordia, amor. Y, desde su fundación, la Hermandad ha mantenido que esa paz, esa concordia y ese amor únicamente podría lograrse a través de un acto de voluntad de los hombres, es decir, viviendo en libertad. Eso, justamente eso, es lo que tú pedías: un mayor margen de libertad para conseguir la humanización de la raza... No fuiste un protegido, amigo mío, sino un aliado.

—Gracias, Reginald... Incluso en estos últimos momentos eres capaz de reconfortarme.

Durante varios minutos guardaron silencio. Reginald Wanter, máximo dirigente de la "Hermandad de la Rosa, de la Cruz y del Amor", miró preocupadamente a Glaris y, en su fuero interno, concluyó por enésima vez

Escaneado con CamScanner

desde el día anterior, en lo mismo que había determinado durante el juicio. Si alguna duda le quedaba sobre lo que debía hacer, ya se había desvanecido. Primero, la farsa del juicio; después, la teatralidad de los testigos; por último, el sereno abatimiento de aquel hombre, cuyo único delito estribaba en desear lo mejor para la humanidad.

"Y todo ello —meditó— estaba escrito. Los libros lo decían... No hay duda posible...

Rudolf Glaris, saliendo de su mutismo, preguntó:

—¿Qué haréis ahora?

Sorprendido, Reginald Wanter quiso matizar:

—¿A qué te refieres?

—Han utilizado el nombre de la Hermandad para condenarme... ¿No temes que, resuelto mi caso, intenten aniquilaros?

Súbitamente iracundo, el secretario respondió:

—Estoy seguro de ello.

—¿Y...?

—Sé perfectamente lo que debo hacer. No tengo dudas al respecto.

Rudolf Glaris vaciló durante unos instantes. Luego, tras vencer sus propias indecisiones, preguntó:

—¿Tiene algo que ver con esos libros de los que has querido hablarme en alguna ocasión?

Cautamente, el rosacruciano contestó:

—Sí... Alguna relación hay.

—Y... ¿no puedo conocerla?

Algo más relajado, el hombre razonó:

—Durante meses no has querido saber nada de nuestros secretos, ¿por qué ahora, que no te van a servir de nada, cambias de opinión?

—Tal vez precisamente por eso... Porque ya no van a servirme de nada los informes que me des.

—¡Lo que son las cosas! —exclamó Reginald—. Esa misma razón tengo yo para no hablar de ellos... ¡Tantas veces intentando hacerlo y ahora que estás dispuesto a escucharme, debo guardar el secreto!

Sin demasiada convicción, el reo se resignó:

—¡Qué se le va a hacer! Dejémoslo como está.

—Sí —coincidió Reginald—. Dejémoslo. Sin embargo, quiero decirte algo...

—Adelante.

—La Hermandad esperaba tu llegada. No sabíamos

cuándo, ni cómo, ni de qué manera, pero esperábamos tu llegada.

—Eso es imposible —aseguró Rudolf.

—No lo es... Hay una serie de vaticinios escritos que, según las indicaciones de interpretación, tan sólo podrían tenerse en cuenta cuando se dieran todos a la vez...

—¿Y ahora se dan? —preguntó, algo incrédulamente el sentenciado.

—Sí. Por eso no albergo ninguna duda de lo que debo hacer.

—¿Puedo saber...?

—No. Será mejor que no. ¿Para qué? Hasta ahora te has dejado llevar, en muchas ocasiones, por tus intuiciones... Sigue haciéndolo. Probablemente ahí estribe la razón... la explicación a muchas cosas incomprensibles.

Rudolf Glaris iba a protestar, cuando el sonido de la puerta exterior abriéndose y los pasos de varios vigilantes le obligaron a guardar silencio. Uno de ellos, mecánicamente, anunció:

—Son las seis. Debo acompañarle a la Cámara de Cumplimiento.

Glaris se levantó. Reginald hizo lo propio, se acercó a su compañero y, sin decir palabra, se abrazó a él. Durante algunos segundos permanecieron entrañablemente unidos en la desgracia y en el dolor. Luego, sobreponiéndose ambos a la tensión del momento, se separaron y, con voz entrecortada, se despidieron:

—Adiós, Rudolf... Que en tu nueva vida encuentres seres capaces de comprender a sus semejantes.

—Gracias, Reginald. Adiós. Espero que mi desgracia no sea el principio de una masacre en la que vosotros, los miembros de la Hermandad, llevéis la peor parte.

Inmóvil en la puerta del departamento de aislamiento social, Reginald Wanter observó cómo se llevaban a su amigo. Por un instante, pensó en los buenos deseos de Rudolf:

"Espero que mi desgracia no sea el principio de una masacre en la que vosotros, los miembros de la Hermandad, llevéis la peor parte..."

Y, temeroso e iracundo a la vez, murmuró:

—Habrá masacre, Rudolf. Seguro que la habrá. Y llevaremos la peor parte. Pero después de ella, después de cargar sobre nuestras espaldas con el peso del dolor y del aniquilamiento, *ya nada será igual. Ya nada podrá ser igual.*

Escaneado con CamScanner

Capítulo III

Era una técnica médica que había caído en desuso, pero que, en ocasiones como aquella, todavía se revelaba eficaz y definitiva. Su utilización en el transcurso de los siglos anteriores, cuando las civilizaciones caducas, se generalizó hasta el extremo de que, mediante profundas y largas investigaciones, la técnica evolucionó hasta el punto de poder ser computada y empleada por medio de los cerebros mecánicos.

Antes, cuando el nuevo orden social todavía no estaba implantado, ese sistema de influencia que Reginald Wanter venía utilizando se denominaba *hipnotismo*. En el siglo XXII, tanto el hombre como la técnica eran únicamente restos arqueológicos de antiguas culturas, estudiados en los misteriosos laboratorios de la élite intelectual.

Por eso era prácticamente imposible que alguien, sean cuales fueren sus conocimientos o altura laboral, pudiera detectar la presencia de un hombre hipnotizado. Y también por eso, cuando Sankt Gallen y Reginald Wanter volvieron a hablar por última vez de la dura misión que habían planeado, éste pudo decir:

—Será fácil, Reginald. Muy fácil.

—Estoy de acuerdo.

—Seguro.

Apenas media hora más tarde, Reginald Wanter y Sankt Gallen entraban en el edificio de la Administración Ejecutiva de Justicia y recorrían los casi alegres pasillos en silencio.

Al pasar junto a la puerta de un despacho, Reginald indicó:

—Aquí es.

—Bien —fue la seca respuesta de Sankt.

—No te precipites.

—No.

—Ni te retrases.

—No.

—Espera a que firme.

—Sí.

—¿Tienes alguna duda?

—No.

Parecía un autómata, pero, desde luego, no lo era. Reginald Wanter sonrió satisfecho y exclamó:

—Perfecto, Sankt. Perfecto.

—Será fácil, Reginald... Ya te lo dije... Será todo muy fácil. Saldrá todo bien.

Reginald le dio una palmada en la espalda e insistió:

—¿Sabes lo que debes hacer *luego*?

—Sí.

—¿Qué es?

—Quedarme aquí.

—Exacto. Quedarte aquí. Mucha suerte.

—Gracias.

Casi con parsimonia, Reginald Wanter abandonó a Sankt Gallen y se dirigió hacia la cámara de cumplimiento.

El mecanismo estaba instalado. Si Rudolf era desterrado en el tiempo, inevitablemente ese mecanismo se pondría en marcha. Y, con él, la masacre que tanto temía...

* * *

Cinco horas, cincuenta y nueve minutos, treinta segundos de la tarde del 7 de enero del año 2103. En la cámara de cumplimiento, Rudolf Glaris sentía la angustia, la intensa angustia, de una condena que iba a llevarle al pasado.

"Van a convertirme en un hombre cuarentón, sin ningún conocimiento de mi propia vida. Dentro de poco, no sabré cómo me llamo, ni de dónde vengo, ni hacia dónde voy. No estaré en condiciones de identificarme ante nadie porque ni yo mismo tendré la más ligera pista para averiguar quién soy... Ni padres, ni hermanos, ni recuerdos de la infancia, ni datos científicos acumulados por los estudios... ¡No sabré nada! Van a convertirme justamente en eso... *¡En nada!*"

Escaneado con CamScanner

Sin embargo, ¡cuán equivocado estaba!

A escasos metros de la cámara de cumplimiento, en un apartamento aislado, a un hombre le hervía la sangre...

Si bien no estaba completamente dormido, el íntimo contacto que Max Zonerson estaba realizando con su deseada Louise, le había sumido en una especie de sopor paradisíaco del que, inconscientemente, no deseaba despertar.

¡Era tan bella...! ¡Participaba tan intensamente en los juegos del amor! ¡Ofrecía tanto placer! ¿Cómo olvidarse de ella, y más cuando le habían separado de su lado sin previo aviso?

Mentalmente, entre sonrisas ausentes y jadeos imitados, Max siguió acariciando aquellos pechos infinitos... aquellas caderas rotundas y ágiles... aquellos muslos largos y suaves...

—¿Preparados?

Sí. ¿Quién no lo estaba? Sólo faltaba que el preámbulo fuera un poco más largo; que ambos vencieran las escasísimas inhibiciones que todavía, en ocasiones, frenaban un tanto sus impulsos, para entregarse sin ningún tipo de reservas...

—¿Listos?

El sopor de Max Zonerson pareció tambalearse... Simuló que quería huir porque algo, una orden pronunciada por un ser invisible, lo mandaba.

Pero no lo permitió.

Aquello no era un sueño... ¡Louise era real! ¡Le estaba aguardando y, seguramente, con la misma impaciencia que él sentía!

¿Por qué tenía que dejar de soñar con ella?

Volvio a aferrar su mente a las carnes de la mujer. Sus dos manos asieron firmemente los pechos de Louise y, sudoroso ya por el esfuerzo, se agarró a ellos para no ser arrebatado de su lado.

—¡Uno...!

Algo se despertó en el subconsciente de Max Zonerson. Algo que, si bien comenzaba a latir cada vez con más fuerza, no terminaba de concretarse.

—¡Dos...!

Abrió los ojos un tanto espeso todavía... ¿Uno...? ¿Dos...?, ¿qué significaba aquello? ¿Dónde estaba? ¿Y Louise? ¿Acaso no se habían acostado juntos? ¿No acababa de poseerla allí, en aquella litera desconocida para él? ¿Qué diablos...?

—¡Tres...!

¿Tres? ¿Qué podía ser...?

Súbitamente saltó de la cama y, como un poseso, gritó:

—¡¡Tres!! ¡¡Soy yo!!

De un enérgico manotazo pulsó el botón rojo que, misteriosamente, se había encendido unos segundos antes.

¿Segundos?

No... Décimas tan sólo.

Unas miserables décimas de segundo que no debían... *no podían* hacer fracasar el experimento. Entre otras muchas razones porque ella, su Louise, le esperaba con ansiedad.

Él, Rudolf Glaris, jamás pudo saberlo. Aquellas décimas de segundo, aquel segundo de vacilación, de duda, de indecisión, propició el fallo parcial de su ejecución.

Salió de su mundo, tal y como la computadora había ordenado. Pero nadie, en el año 2103, pudo descubrir que con él, con el reo Rudolf Glaris, también había partido su memoria.

Y, con ella, el germen de la destrucción del *nuevo orden social.*

Tres minutos más tarde, el juez Birger Hamrin moría estrangulado por un fino hilo de metal hábilmente utilizado por Sankt Gallen. Nadie intuyó la relación entre Glaris y el homicida.

Es decir, sólo el abogado Capel.

Mas, para él, hubiera sido absolutamente increíble la idea de que un segundo podían ser mil años. O de que, en efecto, lo habían sido.

Escaneado con CamScanner

Capítulo IV

Con las mejillas humedecidas por las lágrimas que brotaban de sus ojos, Reginald Wanter buscó una posición más cómoda sobre el duro suelo de la cueva y exclamó mentalmente:

"¡Lo sabía! *¡Sabía que era él!*"

Luego, tras secarse el rostro y aclarar su vista, volvió a leer de nuevo el último mensaje de Rudolf Glaris-Pierre de Valdo, incluido en el viejo pergamino, sellado y lacrado.

"No sé si alguna vez llegará este documento a manos de alguien ni, desde luego, puedo asegurar que se lea en el momento oportuno. Si no es así, probablemente todo se habrá perdido; si, por el contrario, este documento se abre después del día 7 de enero del año 2103, que quien lo lea sepa que, a pesar de las masacres que se avecinan, se ha abierto una puerta a la esperanza de la raza humana.

"Es difícil, muy difícil, plasmar en palabras los sentimientos que me embargan. Y lo es, sobre todo, porque debo luchar contra los lógicos impulsos de venganza que atenazan mi corazón, todavía dolido por los recientes acontecimientos que he padecido, y porque escribo a mil años de distancia de mi mundo real. Intentaré, sin embargo, utilizar el prodigio que se ha obrado en mí para ayudar a mis semejantes y, también, olvidar esas ansias de venganza que me degradan e insultan.

"Ésta es mi historia.

"Léala aquel que reciba este papel y, si lo hace en la época que más arriba indico, tenga fe en el futuro, porque a pesar de los acontecimientos que se avecinan, se presenta halagüeño y prometedor.

"Por causas que no vienen ahora al caso, fui condenado el 6 de enero del año 2103, a la pena de destierro en el tiempo, siendo tal sentencia ejecutada al día siguiente, a las seis horas.

"Por un misterio para mí indescifrable, que yo considero como prodigio, mi memoria me acompañó. No me convertí en un hombre nuevo... distinto al que era, sino que continué siendo el mismo Rudolf Glaris, aunque, eso sí, trasladado a una época en la que todo era distinto y, para mí, peor.

"El relato de mi vida está escrito en las primeras páginas del libro en dos tomos que acompaña a este documento, por lo que no voy a extenderme en ella, sino en mis intenciones.

"Al principio, y todavía ahora quedan rescoldos, sentí en mí el fuego de la venganza; luego, al ver el daño que se estaba haciendo a la humanidad, tanto en el siglo XXII como en el XII, comprendí que mi particularísima situación en este planeta debía ser aprovechada para algo mejor. Eran muchas las cosas que desconocía, sobre todo de la época a la que había sido desterrado, pero también sabía otras muchas, y quizá más importantes, relacionadas con todo lo que habría de suceder. Decidí, pues, utilizar estos conocimientos para ayudar a la Humanidad en general. No a un grupo, a una nación o un continente, sino a toda la raza de hombres.

"Tras algunas semanas de reflexión, llegué a conclusiones realmente paradójicas. Por ejemplo, yo moriría en el siglo XII o, quizá, en el siguiente..., pero *volvería a nacer de nuevo* en la época del llamado *nuevo orden social*. Esto, que parece absurdo y lógico a la vez, tenía que ser forzosamente cierto: los años iban a seguir su evolución normal; después de un siglo vendría otro, y tras él, otro, por lo que el año 2103 volvería a vivirse nuevamente. ¿Y cómo podrían desarrollarse los acontecimientos que yo mismo he vivido en el siglo XXII, si yo no volvía a nacer? Era absurdo, desde luego, pero lógico: me han desterrado y, sin embargo, volveré a vivir en la época de mi destierro, puesto que los tiempos seguirán, invariablemente, su inexorable paso. Probablemente, si me hubieran desterrado al futuro, jamás habría regresado, bien porque ese futuro todavía no existiera, en cuyo caso yo me perdería en el tiempo, bien porque si existiera y a mí me fuera imposible retroceder... Mas el hecho es que me han enviado al pasado

Escaneado con CamScanner

y que, por tanto, volveré a nacer con el tiempo y a *vivir lo mismo que he padecido.*

"Paradójicamente, esta circunstancia me desorientó. ¿Volver, una vez más, a sufrir procesos, condenas y destierros en el tiempo? ¿Era eso soportable? ¿Era justo?

"No, desde luego. Mas pronto me di cuenta de que yo no podría impedirlo. Los tiempos transcurrirían, quisiera yo o no, y la prueba más palpable de que yo no podría hacer nada, absolutamente nada, para impedir que los acontecimientos históricos se alterasen, estribaba en que yo mismo iba a nacer de nuevo y a padecer las mismas circunstancias que terminaba de vivir. ¿No es curioso? Sabía que el mundo alcanzaría, al menos, el año 2103, pero nada podía hacer para evitar que la historia se repitiese hasta en sus más insignificantes detalles.

"A pesar de ello, yo deseaba ayudar a la humanidad. Por ello, dediqué todos mis esfuerzos a conseguir que mi situación no pudiera repetirse en la persona de otro hombre y en batallar para que la libertad individual no fuera sometida a normativa general alguna y menos si esas normas o leyes tendían a favorecer el desarrollo de una parte de la personalidad humana, en detrimento de otras más importantes.

"Pero... ¿cómo hacerlo, si yo ya sabía que no podía cambiar el curso de los acontecimientos?

"Encontré fácilmente la solución. Sabía que nada podría variarse hasta el momento de mi destierro, puesto que ya todo había sucedido una vez; mas... ¿sería posible influir para que, tras mi partida, *algo* cambiase en el siglo XXII?

"No sé si ello es o no posible, pero es la única alternativa que tengo. Para llegar a ello, he creado el siguiente plan:

"Vivíamos en la zona central de Europa, donde se controla la práctica totalidad del mundo. Así, pues, adquiriré tierra y organizaré un pueblo que, alejándose de las guerras medievales y de las revoluciones que surgirán a partir del siglo XVIII, viva en paz justo encima de la tierra que, en el siglo XXII, me verá nacer de nuevo. Desgraciadamente, no conozco la historia tan a la perfección como para dejar escrito un libro preveyendo todos y cada uno de los acontecimientos que han de suceder, pero sí sé lo suficiente como para trazar unas líneas maestras de conducta, a través de las cuales mis sucesores podrán llegar, sin demasiado esfuerzo, a la

época del *nuevo orden social.* Si quien esté leyendo estas líneas vive en el año 2103, sabrá que estoy en lo cierto... que mi idea es posible y que se ha realizado.

"Mas... ¿qué deseo que suceda en el siglo XXII?

"Sólo una cosa: *la muerte del juez que me condene.* Podrá parecer injusto, mas es la única forma de que, tras mi nuevo destierro, el nuevo orden cambie totalmente y se inicie un camino que concluya en la humanización de los hombres. Para saber cómo han de realizarse las cosas, basta únicamente con leer los dos tomos del libro que he acompañado a este documento. En más de una ocasión, si todo sale como he previsto, la Hermandad se habrá visto obligada a actuar solapadamente; esta última intervención no tiene por qué ser una excepción. Así, pues, utilizando la hipnosis o algún otro sistema que se considere adecuado, alguien, cuando se estén leyendo estas letras, habrá matado al juez Birger Hamrin. Y ello desencadenará una masacre, una persecución hacia la Hermandad de la Rosa, de la Cruz y del Amor, que despertará al pueblo, que le hará vibrar ante la monstruosidad que se avecina y que le obligará a reaccionar en contra de tanta maldad, aunque probablemente, al principio ni siquiera el mismo pueblo que se levante contra sus jerarcas sepa concretar por qué razones lo hace. Pero se habrá alzado contra ellos, y a partir de ese instante, *nada será igual. Nada podrá ser igual.*

"Tal vez quien esto lea podrá pensar que hubiera sido más fácil dejar escrito quién soy, cómo me llamo y cómo se desarrollarán los acontecimientos.

"Nada más erróneo.

"Cuando yo vuelva a nacer en el siglo XXII, no recordaré nada de lo que he hecho en mi tiempo de destierro. Si alguien lo supiera, si alguien me hablara de ello, probablemente me negaría a sufrir otra condena o, lo que es igual, intentaría variar el curso de los acontecimientos, lo que, como ya he dicho, es imposible.

"Mejor, pues, el anonimato.

"Mejor demostrar en el plazo de mil años, que se puede actuar incluso respetando la Historia para variar esa misma Historia. Mejor aguardar a que llegue de nuevo el año 2103, porque entonces, y sólo entonces, la humanidad estará bajo un solo régimen y, destrozándolo, podremos influir en toda la raza humana y no sólo en una parte de ella, llámese esta parte nación, pueblo o país.

"Probablemente, mi inconsciente guardará algún re-

Escaneado con CamScanner

cuerdo de mi vida en la Edad Media. Seguramente, a causa de esos datos mantenidos en mi mente, pero jamás concienciados, actuaré en algunos casos por intuiciones en lugar de por reflexiones.

"Pero es igual.

"Será lo mismo.

"Lo que me ha sucedido volverá a pasarme y sólo espero que, la segunda vez, mi sacrificio sirva para que ningún otro hombre padezca lo mismo que yo.

"Para que, después de mi destierro, *nada pueda ser igual.*"

Plácidamente, Reginald Wanter tomó un papel que ya traía escrito de su casa, lo introdujo entre la tapa del libro y su última página, enterró de nuevo la caja con su precioso contenido y se marchó hacia la ciudad.

No pudo llegar a su apartamento. Unos vigilantes le detuvieron y acompañaron a centros de aislamiento social, expresamente dispuestos para los miembros de la Hermandad.

Sólo cuando estuvo dentro de uno de ellos, se enteró de que el *nuevo orden social* había reinstaurado la pena de muerte.

Y, lógicamente, sonrió ante la masacre que se avecinaba.

* * *

Doscientos años después, unos críos escarbaban en una cueva y encontraban un recipiente cuadrado, de un metal que desconocían por completo. Tres semanas después, realizados los oportunos análisis y efectuadas las oportunas traducciones, el mundo asistía al conocimiento del trasfondo de la llamada Revolución del Siglo XXII.

Uno de los científicos encargados del trabajo, comentó anonadado ante un coro de atónitos oyentes:

—Efectivamente, tenían razón. A partir de la monstruosa condena, ya *nada pudo ser igual.*

Y se hicieron centenares de miles de copias del libro para que todo el mundo lo leyese. Para que, en definitiva, nadie a partir del siglo XXIV *hiciera algo que les impidiese seguir viviendo igual.*

F I N

Escaneado con CamScanner

UN SEGUNDO PARA LA ETERNIDAD

"Existe un tiempo para todo, un tiempo incluso para que los tiempos se reúnan". Esta frase de Louis Pauwels hizo pensar al Dr. Frederick L. Beynon que experimentar mentalmente con el tiempo, podría llegar a ser un ejercicio altamente agradable.

Y no se equivocó.

Partiendo de la observación real de que el mundo, **nuestro mundo,** vivía poniéndolo todo en función del tiempo cronológico, se preguntó qué sucedería si, por un momento, la situación se alterara en sentido inverso; es decir, si el mundo fuera capaz, por un instante, de poner el tiempo en función suya.

Y llegó al descubrimiento de que, en tal supuesto, un segundo, un simple instante, podía dar paso a toda una eternidad.

Huyendo de disquisiciones filosóficas, a las que tan poco propenso es el autor, Dr. Frederick L. Beynon decidió plasmar sus conclusiones en una historia tan inaudita, como espectacular y atractiva. ¿Cómo pasar del **futuro** al **pasado?** ¿Cómo hacer lo propio del **pasado** al **futuro,** si en cualquiera de los dos caminos nos encontramos con un **presente,** aparentemente indestructible?

Este es el juego de ficción que se desarrolla en UN SEGUNDO PARA LA ETERNIDAD. Un juego de ficción, con todas las características propias de la realidad, que muestran perfectamente la posibilidad de pasar del pasado al

(Continúa en la solapa posterior)

400 PTAS.

Escaneado con CamScanner

futuro, sin que por ello el presente deje de serlo; sin que los que vivimos en un momento determinado dejemos de ser lo que somos, a pesar de que, probablemente, en ese preciso instante, alguien está efectuando tan espectacular como posible viaje y, además, a nuestro lado.

UN SEGUNDO PARA LA ETERNIDAD habla del pasado, centrado en la Edad Media, y del futuro, ubicado en el siglo XXII. Pero el lector se dará perfecta cuenta de que la historia podría haberse situado, sin alterar el fondo o las conclusiones del texto, en el día de hoy, en la oficina o en el taller, en lugar de entre guerras de religión o aparatos super sofisticados.

Y, lo más importante, utilizando la más pura técnica novelesca, lo que da a la narración un atractivo poco usual, el autor nos demuestra que, efectivamente, el tiempo es un mal invento de los hombres, que sirve unicamente para esclavizarlos.

En UN SEGUNDO PARA LA ETERNIDAD, el lector se percatará de que un sólo instante puede engendrar siglos de vida, al igual que una semilla basta para dar vida a una planta. Y que en cualquiera de los momentos de nuestra vida, por aburrida y rutinaria que nos parezca, podría encontrarse ese SEGUNDO que sirve de paso PARA LA ETERNIDAD.

Escaneado con CamScanner